LAS PELIGROSAS DAMAS DE LA SOCIEDAD WISTERIA



INDIA HOLTON

13

Cecilia Bassingthwaite es la dama victoriana ideal, y también una ladrona, al igual que los demás miembros de la hermandad criminal de la Sociedad Wisteria. Aunque tiene un pasado oscuro y traumático, y una tía muy autoritaria, vive relativamente tranquila… hasta que aparecen los hombres. Ned Lightbourne es un asesino que se enamora de Cecilia nada más verla, lástima que este encuentro se dé porque él tiene órdenes directas de matarla. Su patrón, el capitán Morvath, pretende librar a Inglaterra de todas las mujeres presuntuosas, empezando por la Sociedad Wisteria. Pero ambos hombres han cometido un grave error: nunca subestimes a una mujer. Cuando Morvath pone en peligro a la Sociedad Wisteria, Cecilia se ve obligada a formar equipo con Ned para salvar a las mujeres que la criaron, con la esperanza de demostrar, de una vez por todas, que es tan sinvergüenza como el resto de ellas.

India Holton

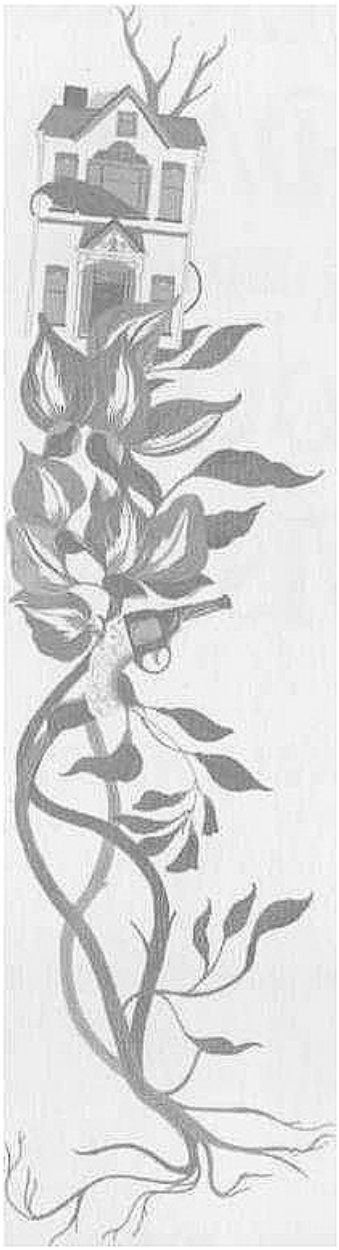
Las peligrosas damas de la sociedad Wisteria



Título original: *The Wisteria Society of Lady Scoundrels*
India Holton, 2021
Traducción: Mónica Herrero, 2024

Revisión: 1.0
20/06/2024

Para Amaya y Julie
Os amo hasta los confines del universo y más allá





1

UN VISITANTE INESPERADO – EL SUFRIMIENTO DEL ALCA – SEMÁNTICA – LA LUNA – LA AUSENCIA DE LA LUNA – EL VISITANTE REGRESA – UNA DISCUSIÓN SOBRE EL CÓLERA – UNA EXPLOSIÓN – EL ALMUERZO ESTÁ SERVIDO

No podría ir a la biblioteca aquel día. La lluvia matinal había cargado el aire y *Miss* Darlington tenía miedo de que Cecilia se resfriara y muriera en menos de una semana. Por eso Cecilia estaba en casa, sentada con su tía en una habitación diez grados más fría que las calles de Londres y leyendo en voz alta *La canción de Hiawatha*, de ese «rebelde estadounidense, *Mr*. Longfellow», cuando el extraño caballero llamó a su puerta.

A medida que el sonido irrumpía dentro de la casa, cortando la lectura de Cecilia a media rima, esta miró con expresión inquisitiva a su tía. Pero la mirada de *Miss* Darlington se dirigía hacia el reloj sobre la chimenea, que marcaba con parsimonia la una menos cuarto. La anciana señora frunció el entrecejo.

—Es una aberración cómo hoy en día la gente toca el timbre a cualquier hora salvaje e inapropiada —dijo con el mismo tono que el primer ministro había utilizado recientemente en el Parlamento para criticar a los manifestantes londinenses—. ¡Yo declaro…!

Cecilia esperó, pero la única reacción de *Miss* Darlington se redujo a sorber su té deliberadamente, por lo cual Cecilia entendió que el visitante abominable debía ser ignorado. Regresó a *Hiawatha* y justo había comenzado a dirigirse «hacia la tierra de Pearl-Feather» cuando los golpes volvieron con más intensidad, lo que la hizo enmudecer y a *Miss* Darlington depositar la taza de té en su platito con un leve tintineo. El té salpicó y Cecilia dejó el libro de poesía antes de que las cosas se fueran de las manos.

—Iré a ver quién es —dijo, alisando su vestido mientras se ponía de pie y se recolocaba el cabello rojo oro en las sienes, aunque no había ni una arruga en la muselina del vestido ni un solo mechón fuera de lugar en su peinado.

—Ve con cuidado, querida —la advirtió *Miss* Darlington—. Quienquiera que intente hacer una visita a estas horas del día es por descontado algún tipo de rufián.

—No temas, tía. —Cecilia cogió un abridor de cartas con mango de hueso de la mesita al lado de su silla—. No me molestarán.

Miss Darlington carraspeó.

—No vamos a suscribirnos a nada hoy —dijo en voz alta mientras Cecilia salía de la habitación.

En realidad, nunca se suscribían a nada, por lo que se trataba de un comentario innecesario, aunque típico de *Miss* Darlington, quien insistía en seguir viendo a su protegida como la temeraria marimacho que había entrado bajo su cuidado diez años atrás: propensa a trepar árboles, a llevar capelinas hechas con manteles y hacer compras no autorizadas en la puerta de casa cuando le daba la gana. Pero una década de educación adecuada había obrado milagros, y ahora Cecilia caminaba hacia el recibidor con compostura, sus tacones franceses repiqueteando contra el suelo de mármol lustroso, sus intenciones para nada dirigidas a suscribirse a nada. Abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

—Buenas tardes —dijo el hombre sobre el escalón—. ¿Le interesaría un folleto sobre el sufrimiento del alca del Atlántico norte en vías de extinción?

Cecilia desplazó la mirada desde la agradable sonrisa del hombre hacia el folleto que sostenía en la mano con guante negro. Notó de inmediato la escandalosa falta de sombrero sobre su cabellera rubia y el bordado que adornaba su levita negra. No tenía patillas ni bigote, llevaba botas y una argolla plateada le colgaba de una oreja. Miró de nuevo hacia su sonrisa, que se torció extrañamente ante su respuesta.

—No —dijo y cerró la puerta.

Y le echó el cerrojo.



Ned permaneció un instante más con el folleto extendido mientras su cerebro esperaba que su cuerpo procesara los acontecimientos. Trató de recrear lo que había visto de la mujer que había estado de pie tan brevemente en la penumbra de la entrada, pero no conseguía recordar el color

exacto del cinturón que se ceñía alrededor de su suave vestido blanco, ni tampoco si eran perlas o estrellas lo que adornaba su cabello, ni siquiera lo mucho que le recordaban al invierno sus hermosos ojos. Solo fue capaza de retener la impresión general de una «belleza tan rara y un rostro tan hermoso»… y de una implacabilidad tan aterradora en una muchacha tan joven.

Y luego su cuerpo se serenó y él sonrió abiertamente.

Miss Darlington estaba sirviéndose otra taza de té cuando Cecilia regresó a la sala de estar.

—¿Quién era? —preguntó sin levantar la vista.

—Un pirata, creo —dijo Cecilia mientras se sentaba y, a la vez que cogía el librito de poesía, comenzaba a deslizar un dedo página abajo para volver a ubicar el verso en el que la habían interrumpido.

Miss Darlington dejó la tetera sobre la mesa. Con unas delicadas pinzas con forma de monstruo marino, a añadir terrones de azúcar a su taza.

—¿Qué te hizo pensar eso?

Cecilia permaneció en silencio por un instante mientras recordaba al hombre. Era peligrosamente apuesto, a pesar su ridícula levita. Un cierto brillo en sus ojos sugería que sabía que ese folleto no la engañaría, pero se entretuvo manteniendo esa pose. Supuso que el cabello le caería sobre la frente si la brisa lo empujaba y que la ligera protuberancia en sus pantalones escondería, en caso de que las cosas se torcieran… una daga, o quizás una pistola.

—¿Bueno? —insistió su tía, y Cecilia entrecerró los ojos tratando de concentrarse en el recuerdo.

—Tenía un tatuaje de un ancla en la muñeca —dijo—. Una parte asomaba bajo la manga. Sin embargo, no se identificó con un apretón de manos secreto, ni se autoinvitó a tomar el té, como cualquier pirata decente habría hecho, así que lo tomé por un granuja y le cerré la puerta en las narices.

—¡Un pirata granuja en nuestra puerta! —*Miss* Darlington emitió un leve sonido de desaprobación con los labios fruncidos—. ¡Qué inaceptable! Piensa en los gérmenes que podría llegar a tener. Me pregunto qué buscaba.

Cecilia se encogió de hombros. ¿Se había Hiawatha enfrentado al mago ya? No lo recordaba. Su dedo, que había recorrido tres cuartos de página hacia abajo, se deslizó hacia arriba de nuevo.

—El diamante Scope, quizás —dijo—. O el collar de *lady* Askew.

Miss Darlington hizo rechinar la cuchara alrededor de su taza de un modo que estremeció a Cecilia.

—Imagina si hubieras salido como planeabas, querida Cecilia. ¿Qué habría hecho yo si este hombre hubiera entrado por la fuerza?

—¿Dispararle? —sugirió Cecilia.

Miss Darlington arqueó con vehemencia sus cejas depiladas hacia los rizos que le caían sobre la frente.

—Santo cielo, niña, ¿por quién me tomas? ¿Por una loca? Piensa en el daño que una bala podría hacer de rebote en esta habitación.

—¿Apuñalarlo, entonces?

—¿Y manchar con sangre la alfombra? Como bien sabes, es una antigüedad persa del siglo XVI, parte de la colección real. Me costó mucho trabajo adquirirla.

—Robarla —murmuró Cecilia.

—Obtenerla por medios privados.

—Bueno —dijo Cecilia abandonando una batalla perdida para regresar al tema original de conversación—. Ese hombre tuvo mucha suerte de que yo estuviera aquí. «La luna lo contemplaba…».

—¿La luna? ¿Ya ha salido? —*Miss* Darlington contempló la pared como si pudiera ver a través del enjambre de cuadros enmarcados, del papel pintado y de la madera, hasta alcanzar el orbe celestial y transmitir así su disgusto frente a sus travesuras diurnas.

—No, la luna miró a Hiawatha —explicó Cecilia—. En el poema.

—Ah. Continúa entonces.

—«Contempló su rostro pálido y demacrado…».

—Un tipo repetitivo, este Longfellow, ¿no te parece?

—Los poetas tienden a ser…

Miss Darlington sacudió una mano con irritación.

—No me refiero al poeta, niña, sino al pirata. Mira, ahora está tratando de entrar por la ventana.

Cecilia miró hacia arriba para ver al hombre de la entrada colgado del marco de la ventana de la sala de estar. A pesar de que su rostro estaba oscurecido por la cortina de encaje, ella se imaginó que veía murmurando con exasperación. Con un suspiro, dejó el libro una vez más, se levantó con gracia y se abrió camino a través de una acumulación de muebles, estatuillas, jarrones con rosas del jardín de tallo largo (del jardín del vecino, para ser más precisos) y varios objetos de valor inestimable (lo que quiere decir robados), para abrir la cortina, quitar el cierre de la ventana y deslizaría hacia arriba.

—¿Sí? —preguntó con el mismo tono que había utilizado en la entrada.

El hombre parecía bastante asombrado por su aparición. El cabello se le había caído exactamente como ella había imaginado y sus ojos ensombrecidos tenían una apariencia más sobria que antes.

—Si me vuelve a preguntar por mi interés en el alca del Atlántico norte —dijo Cecilia—, me veré obligada a decirle que el ave se extinguió hace casi cincuenta años.

—Hubiera jurado que esta ventana daba a un dormitorio —dijo él, revelando un ceño levemente fruncido al peinar su cabello hacia atrás.

—No somos gentuza común como para dormir en la planta de abajo. No sé su nombre, porque no ha tenido la cortesía de dejarnos una tarjeta de visita, pero asumo que de todos modos sería un *nom de pirate*. Conozco muy bien a los de su calaña.

—Sin duda —replicó él—, dado que usted también es de mi calaña.

Cecilia dio un respingo:

—¡Cómo se atreve!

—¿Niega acaso que usted y su tía pertenecen a la Sociedad Wisteria y, por ende, se encuentran entre los piratas más conocidos de Inglaterra?

—No lo niego, pero eso es justo lo que quiero decir. Somos muy superiores a los de su calaña. Además, estas no son horas apropiadas para hacer negocios. Estamos a diez minutos del almuerzo y usted nos ha importunado ya dos veces. Por favor, márchese.

—Pero…

—Estoy dispuesta utilizar una fuerza mayor de persuasión si es necesario. —Ella sostuvo en alto el abridor de cartas con mango de hueso y él se rio.

—Oh, no, por favor, no me lo clave —dijo en tono de burla.

Cecilia accionó un minúsculo pestillo en el mango del abridor de cartas. En un instante, con un zumbido de acero, el abridor de cartas se extendió hasta la extremadamente efectiva longitud de una espada.

El hombre dio un paso atrás.

—Diría que no hay necesidad de tanta violencia. Solo quería advertirle de que *lady* Armitage ha contratado a alguien para asesinarla.

Del otro lado de la habitación se escuchó la risa seca y brusca de *Miss* Darlington. Cecilia se limitó a sonreír, incluso en una situación así, con una mitad de la boca.

—Esa no es una causa para allanar nuestra morada. *Lady* Armitage lleva años tratando de matar a mi tía.

—No hablo de su tía —dijo—, me refiero a usted.

Un delicado rubor se coló por un instante en el rostro de Cecilia.

—Me siento halagada. ¿Ha contratado de verdad a un asesino?

—Sí —dijo el hombre con seriedad.

—¿Y este asesino tiene nombre?

—Eduardo de Luca.

—Italiano —dijo Cecilia, con la desilusión marchitando cada sílaba.

—Tienes que ser un poco mayor para poder atraer a un asesino como Dios manda, querida mía —le advirtió *Miss* Darlington desde el interior.

El hombre frunció el ceño.

—Eduardo de Luca es un asesino como Dios manda.

—Ja. —*Miss* Darlington se reclinó en su asiento y cruzó las piernas de un modo inusualmente libertino—. Me aventuro a decir que el *signor* de Luca no ha matado todavía a una criatura más grande que una mosca.

—¿Y por qué diría eso, señora? —preguntó el hombre.

Lo miró desde arriba, todo un detalle considerando que estaba a cierta distancia.

—Un asesino de verdad contrataría a un sastre cabal. Y a un barbero. Y no trataría de matar a alguien cinco minutos antes del almuerzo. Cierra la ventana, Cecilia, vas a contraer tuberculosis con esa corriente de aire helada.

—Espere —dijo el hombre extendiendo una mano, pero Cecilia cerró la ventana, echó el pestillo y corrió las pesadas cortinas.

—¿Crees que Pleasance ya tendrá lista la comida? —preguntó mientras se desplazaba a través de la sala de estar, no hacia su silla, sino hacia la puerta que daba al recibidor.

—Siéntate, Cecilia —ordenó *Miss* Darlington—. Una señorita no camina de esa manera tan inquieta.

Cecilia obedeció, pero, al coger su libro, lo dejó de nuevo sin siquiera mirarlo. Se limpió una mota de polvo de su manga.

—Deja de moverte —soltó *Miss* Darlington y Cecilia rápidamente juntó ambas manos sobre su regazo.

—Quizás comeremos pollo hoy —dijo—. Pleasance a menudo hornea pollo los martes.

—Así es —repuso *Miss* Darlington—. Sin embargo, hoy es jueves. ¿Dónde tienes la cabeza, niña? ¿No estarás histérica por un simple contrato de asesinato?

—No —dijo Cecilia. Pero se mordió el labio y lanzó una mirada a *Miss* Darlington. La anciana le devolvió la mirada con un gesto de simpatía tan leve que podría haber existido solo en la imaginación de Cecilia, si es que Cecilia tuviera algo semejante.

—El asesino en realidad no será italiano —le aseguró a su sobrina—. Armitage no tiene las agallas para contratar a un extranjero. Será un presumido Johnny cualquiera de Tilbury Docks.

Esto no levantó el ánimo de Cecilia, que se aferró inconscientemente al medallón de plata que colgaba de una cinta negra alrededor de su cuello. Al ver esto, *Miss* Darlington suspiró con impaciencia. Su propio medallón de similar aspecto triste descansaba sobre la gris crinolina que cubría su pecho y deseó por un instante poder hablar una vez más con la mujer cuyo retrato y rizos dorados era todo lo que conservaba. Pero, a decir verdad, Cilla hubiera sido incluso menos paciente con una doncella malhumorada.

—Cordero —dijo con un esfuerzo por ser gentil. Cecilia pestañeó, sus ojos se oscurecieron hacia un melancólico y nostálgico azul. *Miss* Darlington frunció el ceño.

—Si es jueves —explicó—, almorzaremos cordero, con salsa de menta y patatas hervidas.

—Sí, tienes razón —dijo Cecilia recomponiéndose—. También guisantes.

Miss Darlington asintió. Era una buena manera de cerrar el asunto y podría haberlo dejado allí. A fin de cuentas, una no quiere alentar demasiado a los más jóvenes, por miedo a que pierdan de vista el lugar que les corresponde: bajo control. Decidió, sin embargo, apiadarse de la muchacha porque ella misma había sido alguna vez así de motivada.

—Quizás mañana haga mejor tiempo para dar un paseo —dijo—. Podrías ir a la biblioteca y luego comprar una magdalena en Sally Lunn.

—Pero ¿eso no está en Bath?

—He pensado que un cambio de escenario nos podría hacer bien. Mayfair se está volviendo muy ruidoso. Vamos a volar con la casa esta tarde. Será una oportunidad para que Pleasance practique la última estrofa del encantamiento de vuelo. Sus vocales todavía son muy cerradas. Acercarse al suelo con la puerta de la calle en un ángulo de treinta grados es demasiada excitación para una tarde. Y puedo ver por tu expresión que todavía piensas que no debería haber compartido el secreto de ese encantamiento con ella, pero Pleasance es de fiar. Es cierto que lanzó esa librería por los aires hacia Serpentine cuando le dijeron que no tenían disponible ninguna novela de Dickens, pero eso tan solo demuestra un admirable entusiasmo por la literatura. Nos llevará a Bath sanas y salvas y luego podrás dar un hermoso paseo por las tiendas. Quizás puedas comprar algunas cintas de encaje bonitas o una nueva daga antes de ir a por una magdalena glaseada.

—Gracias, tía querida —respondió Cecilia justo cuando se suponía que debía hacerlo. De hecho, le hubiera gustado más ir a Oxford o, incluso, tan solo al otro lado del parque a visitar el Museo de Historia Natural, pero sugerir cualquiera de esas opciones podría hacer que *Miss* Darlington revirtiera por completo su decisión de ir a Bath. Así que se limitó a sonreír y obedecer. A continuación, se impuso un momento de placentera calma.

—De todas formas, cómete solo la mitad de la magdalena —dijo *Miss* Darlington mientras

Cecilia retomaba *Hiawatha* y trataba una vez más de encontrar su lugar entre las cañas y los nenúfares—. No queremos que enfermes de cólera.

—Esa es una enfermedad causada por aguas contaminadas, tía.

Miss Darlington inspiró profundamente: no le gustaba que la corrigieran.

—Un panadero utiliza agua para preparar sus productos. Nunca se es demasiado cuidadoso, querida.

—Sí, tía querida. «La luna reflejó su rostro pálido y cansado basta que…».

¡Plas!

Las dos mujeres miraron hacia la ventana mientras se hacía añicos. Una granada cayó sobre la alfombra.

Cecilia exhaló tediosamente. Cerró el libro de golpe, se abrió camino entre los muebles, abrió las cortinas y, a través de la hoja de la ventana rota, depositó la granada sobre la terraza, donde explotó con un destello de luz ardiente, trozos de ladrillo y un estallido de brotes de lavanda.

—Ejem.

Cecilia se giró para mirar a Pleasance, que estaba de pie en la entrada de la sala de estar, quitándose una astilla de vidrio de uno de los rulos oscuros que solían escaparse de su cofia de encaje blanco.

—Disculpen la interrupción, señoritas, pero tengo novedades —declaró en el solemne tono de una mujer joven que pasa demasiado tiempo leyendo escabrosa ficción gótica y la asociaba con las fantasías de su imaginación melodramática—. El almuerzo está servido.

Miss Darlington se levantó de la silla.

—Por favor, ocúpese de que venga un vidriero lo más rápido posible, Pleasance. Vamos de tener que utilizar el salón lila esta tarde, aunque prefiero reservarlo para recibir invitados. Ese vidrio roto es demasiado peligroso. Como saben, mi prima casi muere de neumonía en circunstancias similares.

Cecilia murmuró conforme, aunque se acordaba de que la enfermedad de la prima Alathea, contraída mientras trataba de hacer volar una cabaña durante un huracán, había tenido muy pocas consecuencias reales más allá de la pérdida de una chimenea (y cinco miembros de su equipo). Alathea continuó teniendo una salud de hierro y merodeando por la costa durante varios años más hasta perder una escaramuza con el cocodrilo mascota de lord Vesbry cuando estaba de vacaciones en el sur de Francia.

Miss Darlington se abrió paso a través de la sala con su bastón de caoba, pero Cecilia se detuvo, corriendo un poco las cortinas para echar un vistazo al jardín a través del vidrio mellado y del humo. El asesino estaba reclinado contra el enrejado de la casa al otro lado de la calle. Vio a Cecilia y se llevó la mano hacia la sien en señal de saludo. Cecilia frunció el ceño.

—No te demores, niña —la regañó *Miss* Darlington.

Cecilia bajó la cortina, acomodándola ligeramente para que colgara de manera recta y luego siguió a su tía hacia el comedor para degustar el cordero asado de los jueves.



2

LA SEÑORA ANTICIPA A SU VISITANTE – UNA DESILUSIÓN – EL SUFRIMIENTO DE LOS DEDOS DE CECILIA – OTRA EXPLOSIÓN (FIGURATIVA) – WHISKY EN WHITE – EL BRUTAL O'RILEY – LA ABADÍA AMENAZADORA – DOS CAPITANES DELIBERAN – LA TRAICIÓN SE PONE AL DESCUBIERTO

Isabella Armitage no era una muchacha con cabeza de chorlito; a pesar de los esfuerzos realizados a lo largo de los años, ninguna fuerza policial había podido atraparla. Sin embargo, últimamente se encontraba tentada de hacer algo que casi con seguridad la metería entre rejas a pesar de su riqueza y posición social.

Le indignaba que esa Darlington se exhibiera a plena vista (es decir, a vista de cualquiera que estuviera utilizando prismáticos) en un distrito tan noble como Mayfair cuando no era más que una talentosa ladrona. *Lady* Armitage no podía soportarlo.

Por supuesto, esos escándalos habían estado sucediendo a lo largo de una década, pero la familiaridad no era ningún impedimento para el odio de *lady* Armitage. Como hija de la familia Hollister, de York, cuyos miembros no habían hablado, que se supiera, con ningún habitante de Lancashire en los cuatros siglos desde de las guerras de las Dos Rosas, no le costaba esfuerzo

alguno mantener viva una mera indignación durante diez años.

A pesar de todo, había tratado de calmar las aguas revueltas lo máximo posible. Pero Darlington había persistido groseramente en evitar el puñal (y la pistola, el veneno, perro con rabia, caída desde las alturas, el garrote, flecha en llamas). Había llegado la hora de aplicar tácticas diferentes. Como hija del clan Fairley por la rama materna de su familia, *lady* Armitage tenía todo el ingenio y la flexibilidad que habían ayudado a sus ancestros a sobrevivir la guerra civil cambiando hábilmente de bandos, religiones y matrimonios, cuando las circunstancias así lo requerían. No trataría por enésima vez de exterminar a la Darlington. Pasaría rápidamente a urdir un nuevo plan.

Matar a Cecilia.

El pirata había prometido ayudarla.

—Usted tan solo descanse que ya la asesino yo por usted —había dicho sonriendo de una forma amable y relajada que le recordó a su segundo marido antes de que el veneno de acción retardada comenzara a mancharle la lengua. Se había mostrado reacia a contratar a alguien de afuera, pero a los cinco minutos de reunión, el pirata la llenó de excitación homicida. Habían bebido vino e intercambiado unos pocos chistes acerca del veneno antes de ponerse manos a la obra, y ella sintió en lo profundo de su corazón (o, por lo menos, en algún lugar) que él era el hombre indicado para el trabajo.

—¿Cómo le gustaría que lo haga? —le había preguntado—. ¿Pistola, garrote?

Lady Armitage se había encogido de hombros.

—Lo dejo a su discreción artística, *signor* de Luca. Pero solo mátela. Nada descortés. Soy una mujer ética y, después de todo, Cecilia es inocente.

El pirata había levantado una ceja poniendo en tela de juicio dicha inocencia y *lady* Armitage se había sentido tan sutilmente reprendida, tan tiernamente considerada como ingenua, como si fuera una mujer dulce y adorable, que se había sonrojado de verdad por primera vez en setenta años. Asesinar a tres esposos (y perdiendo de vista a un cuarto) tendían a inmunizar a una mujer frente al encanto masculino y, sin embargo, este hombre la había mirado por encima de su copa de vino y ella se había sentido inesperadamente inquieta y tratando de recordar de manera confusa dónde había guardado su anillo de matrimonio.

—*Miss* Darlington se postrará de pena ante la pérdida de su sobrina —había dicho—. Es incluso mejor que matarla a ella. Y, luego, por supuesto, la mataré también a ella, pero la muerte de Cecilia allanará el camino de su asesinato.

—Es un plan interesante —expresó el *signor* mostrando su conformidad—. Cuénteme sobre Cecilia. ¿Qué necesito saber?

—Oh, es una muchacha querida —suspiró recordando a una niña silenciosa y sombría que la llamaba tía Army y estaba fascinada con su colección de dagas. Así había sido en los buenos viejos tiempos, en los muelles y a lo largo de las costas doradas, cuando la Sociedad Wisteria todavía se reunía regularmente para discutir patrones de tejido y el catálogo de explosivos más reciente. ¿Cuánto hacía de eso? El tiempo suficiente para que Cecilia creciera y reuniera los requisitos para ser víctima de un asesinato.

Pensando en ello, *lady* Armitage suspiró de nuevo, melancólica. Y *signor* de Luca se había acercado a ella, con un mechón de cabello cubriéndole pícaro el ojo, y le había dado una

palmadita en la mano con amable solidaridad.

—Hágalo —le dijo ella, mirando sus largas y rectas pestañas y la curvatura de sus labios—. Mate a la muchacha. Y luego lidiaremos con Darlington.

Él e hizo un brindis por lo brillante que era ella, y ella pasó esa velada cosiendo rosetas en un portaligas y soñando con colinas italianas iluminadas por el sol del verano mientras las visitaba en su (quinta) luna de miel.

Al día siguiente, puso su plan en marcha. ¡Y funcionó! *Lady* Armitage observó con aliento contenido, pero después de que el polvo de la explosión se asentara, pudo ver que no había movimiento en la sala de estar de las Darlington. Parecía que las cortinas se agitaban un poco, pero eso podría ser debido a la gran ráfaga de aire. En la calle, los vecinos se estaban reuniendo en estado de pánico, no tanto por la explosión como al darse cuenta de que había dos casas de piratas en el barrio, pero *lady* Armitage no tenía ningún interés en ellos. Al fin y al cabo, los piratas eran lo suficientemente civilizados como para desplegar una bandera negra en sus techos cuando saqueaban y hacían explotar cosas. Si el público no miraba hacia arriba para verla, ¿de quién era la culpa?

Se alejó de la ventana y se permitió una satisfecha señal de asentimiento. Pobre Cecilia, muerta tan joven. Y, sin embargo, la mocosa ya había sido medio fantasma en vida: pálida y tranquila, un vago recuerdo de su madre.

Ese pensamiento le arrojó un recuerdo, la visión de cabellos brillantes y ondulados, ojos centelleantes… y el pecho atravesado por una espada y empapado de sangre. *Lady* Armitage se estremeció.

Luego sonrió. No era momento para sensiblerías. ¡Acababa de matar a la muchacha! El aire ya parecía más brillante (si bien más humo de la bomba). Se recostó sensualmente sobre su diván de terciopelo rosa para esperar *signor* de Luca.

Un instante después se incorporó para asegurarse de que sus medias estuvieran bien estiradas antes de volver a reclinarse una vez más. Con mucho cuidado, alisó el penacho de su cabello del color de la nieve (es por completo posible que sea del color de la nieve, aunque en algunas partes del norte del país sería gris) y adoptó una expresión elegante.

Varios minutos pasaron sin que nada sucediera. *Lady* Armitage estaba bostezando, rascándose la oreja, cuando su mayordomo, Whittaker, finalmente dio entrada al pirata.

—¿Por qué tardó tanto en llegar? —preguntó quejumbrosa.

Él hizo una reverencia.

—Le pido disculpas. Tuve que trepar por un tubo de desagüe para llegar a la puerta principal. Parece que su casa está en este momento sobre el techo de otra.

—Estamos experimentando algunas dificultades técnicas menores.

Desde que la criada de *lady* Armitage había lanzado por la ventana todo su buen tino y escapado para convertirse en bibliotecaria, *lady* Armitage se había visto forzada a hacer volar la casa ella misma. Por supuesto, su mente brillante dominó enseguida el antiguo encantamiento de vuelo. El mes anterior había hecho saltar la casa como un conejito hacia el río Avon y tuvo que reemplazar todas las alfombras; esa semana había apuntado hacia Chesterfield Street, pero terminado, en cambio, sobre un tejado. Ah, los peligros de la genialidad. Una casa de ciudad era demasiado liviana; sin duda, algún castillo o catedral soportaría mejor las fuerzas de su gran

intelecto. Además, siempre había fantaseado con tener uno de esos puentes levadizos en la puerta de entrada.

Debería entrenar a alguno de sus otros criados para hacer volar la casa, pero eran todos hombres y *lady* Armitage dudaba de su fortaleza mental. Por supuesto que parecían lo bastante robustos con sus uniformes, pero ¿podrían seguir así toda la noche? En su experiencia, no podrían. Por lo menos, dos de sus maridos habían aterrizado la casa en pantanos y el tercero lo había hecho en la cabeza de la reina Victoria (es decir, en la cabeza de la estatua real en Exeter). *Lady* Armitage pensó que todo iría mejor si ella se hacía cargo de las cosas y, si eso quería decir posarse en esa azotea, bueno, podría limitarse a llamar a su casa ático de lujo.

—Además —le dijo a *signor* de Luca—, me imagino que trepar hasta aquí no debería ser un problema para un italiano.

La expresión del hombre se desvaneció un momento mientras trataba de procesar la lógica de esa mujer. Luego sonrió de nuevo:

—Mitad italiano, señora.

—Poco importa su ridícula ascendencia, ¿está concluido el encargo?

—Sí —respondió él, y el humor de ella se elevó tanto que explotó en una sonrisa en sus labios finos y arrugados.

—Es decir —agregó él, y el humor de ella decayó nuevamente al igual que su boca—, no del todo todavía, señora, pero los tenemos batiéndose en retirada.

Lady Armitage golpeó con su mano el borde caoba del diván y trató de no hacer ninguna mueca mientras el dolor le atravesaba los huesos.

—¿En retirada? ¿En retirada? La casa todavía está allí. —Hizo un gesto hacia la ventana, a través de la cual se podía ver la casa de las Darlington si alguien se acercaba y se asomaba (mirando hacia abajo).

—Me refería a su sangre, señora —respondió él con suavidad. *Lady* Armitage comenzó a sospechar que, tras su hermosa sonrisa, el hombre se estaba burlando de ella—. Sus latidos se habrán desbocado por el miedo.

—Ah. Pero eso no es un logro. Podría usted haber estornudado en dirección a la casa Darlington y hubiera logrado el mismo resultado. No las quiero huyendo. Quiero que la muchacha yazga inmóvil, tiesa, muerta, y que Darlington esté destruida por un dolor que solo termine cuando yo la destruya. ¡Me ha fallado, *signor* de Luca!

Se hubiera desmayado de desesperación, pero el diván era bastante estrecho y temía que un desmayo la hiciera caerse al suelo.

—Señora, le aseguro que no —dijo el hombre. Se acercó hacia ella, su sonrisa esbozándose como la de un tiburón rastreando a su presa. *Lady* Armitage observó con cautela como el hombre se arrodillaba al lado del diván y tomaba su mano. Era la mano izquierda, con la piel más pálida alrededor del tercer dedo, donde había estado el anillo de matrimonio (el mismo en cada matrimonio, porque si bien los esposos eran fáciles de descartar, un anillo realmente hermoso, que embelleciera su dedo, era difícil de sustituir). La besó, luego levantó la mirada desde los nudillos, a través de sus pestañas. Ella casi se deslizó sobre el terciopelo hacia el regazo de él; solo la salvó el corsé, que estaba demasiado ajustado con los encajes para permitirle hacer ciertos movimientos.

—Debo admitir que me gusta jugar un poco con mi presa —murmuró con ironía—. Como sabe, la vida de un pirata puede ser tediosa y nos divertimos como podemos.

Ella suspiró:

—Eduardo, Eduardo, ¿qué haré con usted?

—Lo que usted quiera, señora —respondió él con una amplia sonrisa.

Lady Armitage retiró su mano de la de él y se escabulló del diván antes de encontrarse en una posición comprometida. Después de todo, era lindo soñar, pero todavía existía la duda legal acerca de la vitalidad de su cuarto marido, desaparecido, y para aquel entonces apenas podía señalar el montículo exacto en el jardín que resolvería la cuestión de una vez por todas.

Detrás de ella, Ned puso los ojos en blanco, pero cuando *lady* Armitage miró hacia el lado en que él estaba, sonrió con dulzura mientras se ponía de pie.

«Un muchacho encantador —pensó ella—, demasiado encantador para mi propio bien. Será mejor no mirarlo».

—Bueno, entonces —dijo con brusquedad, caminando por la habitación, deteniéndose aquí y allí para acariciar un pavo real disecado, contemplar el retrato de un antepasado noble, mover un poco la calavera de un chimpancé sobre su paño—. Aprecio sus modales afables, Eduardo, pero de verdad quiero que la muchacha muera. Quizás, por mí, ¿podría esforzarse con más solemnidad? ¿Una pequeña puñalada o asfixiarla en, por ejemplo, su silla? No en su cama, por supuesto: eso sería escandaloso. Y no más dispositivos incendiarios. Una vez que Darlington muera, en esa casa hay tesoros para saquear que una bomba podría dañar. Cuando haya completado su tarea, tráigame el dedo meñique de la muchacha o quizás un dedo del pie o dos, y le pagaré la suma que convinimos.

Se arriesgó a mirarlo de nuevo y su pulso flaqueó al ver una frialdad repentina en los ojos de Eduardo. Pero enseguida, sin siquiera parpadear, ya le estaba devolviendo la mirada con una agradable serenidad.

—El dedo más pequeño —dijo, e hizo una reverencia. Aunque se quedó allí un poco más de lo habitual, *lady* Armitage no pensó nada al respecto, excepto quizás que lo que él deseaba era demostrarle respeto. Cuando se incorporó, el cabello se le había caído hacia delante y parecía más joven, aunque más peligroso para el corazón de ella, tanto en términos sentimentales como por la imposibilidad que tendría para funcionar con un cuchillo clavado.

—Me retiraré a Lyme Regis. Cuando haya matado a la muchacha, me encontrará en Marine Parade. Tengo intención de pasear por el Cobb y sentir la brisa marina entre mis cabellos.

A excepción de su mirada, que se desplazó hacia la frondosidad del cabello de su interlocutora, la expresión de él no se alteró.

—Será un largo trayecto desde Londres. Es posible que su *digitus truncatum* se demore en llegar.

—Claro, me había olvidado de que usted perdió su casa y se ha visto limitado a viajar a caballo. Pobre muchacho, más que pirata en estos días se ha vuelto un salteador de caminos.

De una forma bastante perturbadora, *signor* de Luca no dijo nada, y *lady* Armitage empezó a buscar sin darse cuenta el relicario que guardaba en una cadena de reloj que llevaba alrededor de la cintura. La superficie de oro fría calmó sus pensamientos, a pesar del recuerdo tormentoso que contenía. «Oh, Cilla —pensó—, ¿en qué se ha convertido el mundo sin ti? Muchachos apuestos con sonrisas provocadoras, muchachas dulces que no mueren. ¡Esto es mucho más de lo que una

pobre y frágil mujer puede soportar!».

Giró para mirar al asesino de nuevo.

—La quiero muerta. ¿Entendido? Muerta. Y quiero prueba de ello. Tiene siete días.

—Sus deseos son órdenes.

Ella extendió su larga y blanca mano, con los dedos colgando de sus huesos, los anillos brillando a la luz de la lámpara de araña en el techo. Aplicó la voluntad férrea de su ascendencia Thorvaldson (de su abuela por parte de padre) y por nada del mundo permitió que su mano temblara, independientemente de lo que su corazón hiciera en su jaula secreta.

Él atravesó la habitación, tomó su mano, pero luego, por sorpresa, la dejó y, acercándose más, se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

Fue como si el pirata hubiera arrojado otra de sus bombas; deseos abrasadores y flores disecadas explotaron en su cerebro. Al alejarse, esbozó una profunda y amplia sonrisa de pirata, y luego partió en silencio.

—Bueno —dijo *lady* Armitage abanicándose—, indignante.

Se recostó sobre el diván y colocó la mano sobre la frente. Sentía que ardía y estaba molesta. Pero ser una Thorvaldson la emparentaba con los vikingos, que habían vandalizado a medio mundo, y había practicado su propia piratería sin piedad, con éxito, (de hecho, vikingamente) durante décadas antes de que ese muchacho hubiera nacido. Nadie besaba a *lady* Isabella Armitage y se salía con la suya por mucho tiempo.

Mientras esperaba el anuncio del almuerzo, evaluó a quién contrataría para asesinar al asesino.



Durante el resto de la tarde, Ned estuvo en el club White para caballeros, bebiendo *whisky* para limpiar el sabor de *lady* Armitage de su boca. De camino había hecho una escala en Henry Poole & Co. y había adquirido el mejor traje que el dinero falsificado pudiera comprarle, porque siempre honraba el código de vestimenta del club, incluso si legalmente hablando no era miembro. Por último, había logrado librarse de las garras de la vieja dama y estaba evaluando dónde podría dormir esa noche cuando un hombre de cabello oscuro se sentó de pronto en el asiento frente a él.

Maldición. Era Alex O'Riley, pirata, contrabandista, canalla de la ciudad por excelencia y justo la última persona a quien Ned querría ver en ese momento. Sin mediar palabra, el hombre se repantingó en su sillón y su largo abrigo negro se abrió para dejar a la vista una camisa sin corbata ni chaleco. Colocó sus botas sobre la mesa de caoba como si estuviera en un *pub* y se llevó la mano a uno de sus ojos azul oscuro, mirando de soslayo a Ned con el otro como si acabara de llegar de otro *pub* y mantuviera todavía la resaca que lo probaba.

Ned frunció el entrecejo. Alex era el tipo de pirata que les daba al resto una mala —es decir, una incluso peor— reputación. Uno casi esperaba que gritara «¡Hasta la vista!» mientras, desde su camarote, hacía que lanzaran a las personas desde la tabla de cubierta del barco hacia las aguas

infestadas de tiburones. También era la persona favorita de Ned en el mundo. Juntos habían estafado a lores, se habían emborrachado más veces de las que cualquiera pudiera recordar, y una vez habían llevado al límite la casa destartalada de Alex haciendo el trayecto Londres-Cashel en menos de doce horas y perdiendo unos cuantos marcos de ventana por el camino. Ned lo consideraba algo más que un hermano: un verdadero amigo.

—Vete —murmuró tomando el último trago de su *whisky* de un solo sorbo.

—Encantador —respondió Alex a la ligera. Cruzó un tobillo sobre el otro, poniendo en peligro el lustre de la mesa con la hebilla de la bota, lo que hizo que un caballero que estaba cerca carraspeara indignado—. Pareces triste. ¿Qué has estado haciendo? ¿Sirviendo comida gratis o algo por el estilo?

Ned se sirvió más *whisky* de un decantador de cristal.

—Peor. ¿Por qué tengo tu horrible rostro frente a mí, O'Riley? ¿No se suponía que estabas en Irlanda? —Hizo un gesto con el decantador para ofrecerle *whisky*.

—Salud —dijo Alex, cogiendo el decantador y bebiendo sin vaso ni buenos modales. El caballero de al lado carraspeó con más fuerza; incluso Ned elevó una ceja—. No me hagas caso —dijo Alex con una sonrisa maliciosa—. Sí que estuve en Irlanda, por lo que necesito todo el alcohol que pueda conseguir.

—¿Tu padre?

Alex dejó el decantador sobre la mesa con un ruido sordo.

—No hablemos de eso. ¿Qué te trae al White en este hermoso día?

—Me voy a encontrar con alguien a quien no quieres ver.

—¿Quién es?

Ned respondió con una mirada fría y prolongada, y Alex dejó de sonreír. Quitó el pie de la mesa.

—No…

—Sí. ¿Te he dicho ya que te vayas?

Alex se inclinó hacia adelante, con expresión sombría.

—Maldita sea, Ned, ¿estás seguro de esto? Sé que él…

—Estoy seguro.

—¿No puedo ayudarte a…?

—No, no necesito ninguna ayuda.

—Todos necesitamos ayuda alguna vez.

Ned puso mala cara. Cilla le había dicho esas mismas palabras una vez y, desde entonces, su fantasma las había susurrado a lo largo de los años recordándole las oscuras promesas que todavía debía cumplir. Su mala cara cambió para exhibir una sonrisa lúgubre.

—Me desenvuelvo mejor por mi cuenta, O'Riley. Puedes ayudarme retirándote antes de que llegue aquí.

—Mira —dijo Alex, inusualmente serio—. Sé que hicimos algunas cosas salvajes en nuestros días, pero esto es más peligroso de lo habría podido imaginar, lo cual es mucho decir. Creo que te has vuelto loco.

Ned se rio.

—Sin duda. Ahora, deja de hablar. Acaba de entrar. Si valoras nuestra amistad, ve a robar algo, seduce a alguien, pero vete.

—Está bien. —Alex se puso de pie, pero se demoró un minuto más, frunciendo el ceño hacia Ned—. Te dejo, pero sabes que estoy en Londres si me necesitas.

—No te necesitaré.

Alex se fue de mala gana, cogiendo a escondidas de encima de la mesa la pitillera de oro del caballero que estaba al lado y colocándola en el bolsillo de su abrigo durante el trayecto. Ned le hubiera susurrado: «No necesito a nadie para nada», pero en ese momento, una sombra se abalanzó sobre él: una frialdad, un enorme silencio que lo arrastró como las habitaciones oscuras y vacías de una antigua abadía. Ned suspiró sobre su vaso de *whisky*.

—Capitán Morvath —dijo mientras el hombre se deslizaba en el asiento. No se repantigó ni colocó sus pies sobre la mesa. Por el contrario, se mantuvo erguido como un arma amartillada.

—Edward Lightbourne. —Tenía una voz suave, típica de quienes han hablado durante mucho tiempo con gran poder; una voz que podría susurrar muerte en la habitación de una torre y un poco más abajo un hombre sería estrangulado en un jardín de rosas.

—Debería decir capitán Lightbourne —respondió Ned.

—¿Capitán de qué? Su casa se cayó de un acantilado. ¿Capitán de un caballo, por casualidad? ¿O de un carruaje de alquiler?

Ned no dijo nada, dio un trago al *whisky*. Miró de reojo al hombre elegante y canoso, viendo solo rasgos angulosos como una cimitarra, ojos como el carbón, sugerencias crueles en las sombras. Detrás de él, en un rincón lejano de la habitación, Alex lo observaba con preocupación. El *whisky* le quemó la garganta.

—Le he estado buscando —dijo Morvath con un tono amenazante.

Ned se encogió de hombros.

—Estaba ocupado con un tema personal.

—Usted no tiene temas personales hasta que termine de hacer mi trabajo. ¿Quién era el hombre con el que estaba hablando justo ahora?

—Un idiota que trató de venderme una propuesta de inversión.

—Espero que no lo haya escuchado. Créame cuando le digo que la gente no es de fiar. Lo que me recuerda que hace unas horas hubo una explosión en Chesterfield Street. Si usted fuera el responsable…

—No fui yo —mintió Ned complacientemente.

—Quiero que me traiga a la muchacha sana y salva, Lightbourne. Nada de explosiones. ¿Entendido?

—Entendido. —De hecho, era muy consciente de las retorcidas profundidades de la psique de Morvath, en las que la herencia bastarda que el capitán nunca pudo reclamar con éxito lo acechaba como un monstruo acuático, por momentos en forma de narcisismo, por momentos en forma de una desvalorización abyecta. Morvath dirigía ese monstruo con la intención de destruir a cualquiera que lo hubiera ofendido, pero su plan para Cecilia, de alguna forma, parecía ser peor que la aniquilación.

Ned trató de no pensar en ello.

—Puede contar conmigo —dijo.

El capitán exhaló una risa sibilante y Ned entendió que no contaba demasiado con él. Eso lo alivió. La gente en la que Patrick Morvath tendía a acabar bajo tierra.

—A quien trate de asesinarla, mátelo —dijo Morvath y Ned intentó no sonreír—. La casa

Darlington está desplazándose. La escuché al pasar por Curzon Street. Alguien está armando un verdadero revuelo con la parte de desamarrar del encantamiento.

—Interesante. —Ned tomó otro sorbo de *whisky* y deseó poder desamarrarla él mismo y escapar a algún hogar acogedor a millas de allí, donde la bebida era leche tibia y la compañía no resultaba ser un maniático homicida.

—Sígalos —le ordenó Morvath—. Robe una casa o, qué sé yo, una carretilla, me da lo mismo. Y no más distracciones con «asuntos personales» si no quiere sufrir una reducción en sus emolumentos.

—Pero no me ha pagado nada todavía —le recordó Ned.

—No estaba pensando precisamente en reducirle el sueldo —dijo Morvath y miró con intención hacia la oreja de Ned—. El tiempo corre. Todo debe estar en su lugar antes del Banquete de Jubileo de la reina. Todas las otras fases de mi plan se están acomodando como las líneas de un poema exquisito. Mis espías están listos, mi artillería está completa. Es hermoso, Edward, el mejor plan que jamás se haya maquinado. Solo queda esta última cuestión. Si me falla con ella o me traiciona, se arrepentirá. «En el próximo mundo no podré estar peor de lo que estoy en este».

Ned asintió, había nada que decir cuando el capitán comenzó a citar a su funesto padre biológico. Por lo menos, era mejor que cuando comenzaba a citar su propia poesía. Ned trató de no estremecerse. Al mirar por encima del hombro del capitán, vio que Alex por fin se había marchado. Algo punzante se movió en su corazón. Al diablo con que alguien tomara por válida la palabra de un pirata. Pero se había metido en esto solo y, en realidad, un amigo solo obstaculizaría su camino. Miró de nuevo a Morvath con frialdad.

—¿Y qué hacemos con *Miss* Darlington?

El rostro de Morvath se oscureció.

—Ella no me importa —gruñó—. Solo Cecilia. ¿Entendido? Ned dejó su *whisky* sobre la mesa y le devolvió al hombre maduro una sonrisa dura, aguda y sin atisbo alguno de humor.

—A su servicio, señor.

—Excelente —dijo Morvath—. Pronto, Edward, muy pronto, Inglaterra se incendiará. ¡Será algo hermoso!



3

UNA AVENTURA BOTÁNICA – LA INFLUENCIA DE LOS FANTASMAS – LA SOCIEDAD DE DAMAS WISTERIA – MISS DARLINGTON SE RINDE – MEDIDAS PREVENTIVAS – UN BANDIDO. UNA ALONDRA – UNA OCURRENCIA VERBAL – MISS BASSINGTHWAITE – EL PUENTE HALFPENNY – OTRA OCURRENCIA: LUNN – CECILIA SE ACERCA A LA BIBLIOTECA

No era la espina que se curvaba hacia las madreselvas lo que causó el enojo de Cecilia esa mañana, sino que las madreselvas abrazaran sus tobillos cuando trató de cruzar el campo. Las flores eran, por norma general, encantadoras, y la mantenían ocupada durante horas mientras las colocaba en jarrones o las prensaba en el interior de libros de poesía, pero esta manera indiscreta en la que los setos se desbordaban y se enredaban por el césped era sin lugar a dudas tosca.

Por supuesto que no estaría pisoteándolas si la casa hubiera anclado en la ciudad de Bath, a donde se suponía que se dirigía. Pleasance no pudo explicar lo que había sucedido.

—La brújula indicaba el camino con exactitud —había afirmado—. Recité el encantamiento a la perfección.

Y, sin embargo, se encontraban en un campo de vacas y flores salvajes, a media milla de la ciudad.

Pleasance había desmantelado el timón buscando la causa, lo que resultó inútil dado que el sistema de dirección no se basaba en nada mecánico, solo servía como un canal para que el hechizo orientara la dirección. Había inspeccionado las herramientas de navegación. También había mantenido una conversación con los viejos fantasmas y villanos que plagaban su conciencia novelística pidiéndoles que la dejaran en paz mientras volaba.

En secreto, Cecilia se inclinaba a creer que allí había un problema y no podía entender por qué *Miss* Darlington insistía en que Pleasance estuviera al timón. Del mismo modo que tampoco podía entender por qué ella misma y, en realidad, todas las piratas jóvenes que conocía, debían someterse a un régimen de entrenamiento largo, estudiando física taumatúrgica, escribiendo ensayos, tomando incontables clases de elocución y teniendo que correr una milla con un vestido con armazón antes de que les otorgaran sus alas de piloto, cuando incluso a los criados se les entregaba una copia del hechizo más secreto y más poderoso y se les decía que lo memorizaran para el final de la semana.

Sin embargo, no daba voz a sus pensamientos porque, si se examinaba el asunto de cerca, surgirían otras cuestiones sobre los criados como «¿Por qué no te lavas tus propios platos?» o «¿Por qué no te vistes sola para las fiestas?», y Cecilia se cuidaba mucho, por su propio bien, de no mostrarse demasiado inteligente.

Además, sus mayores sabían lo que hacían. Al fin y al cabo, se las habían ingeniado para mantener el encantamiento bajo control durante casi doscientos años, desde que Black Beryl lo introdujo en Inglaterra.

Beryl no había sido originariamente una pirata, sino la esposa joven y fuerte de Jeremiah Black, un explorador fallido cuyo fracaso se hizo patente cuando su barco naufragó en una isla en el océano Indico mientras buscaba una ruta para llegar a México desde Londres. Pero en una playa de esa isla, Beryl había encontrado una vieja botella varada que contenía un poema en latín. Cuando se dio cuenta de que recitando el poema en voz alta generaba una magia que podía mover los objetos, sin importar el peso, las posibilidades que ofrecía se le volvieron evidentes, a diferencia de su esposo (sobre todo porque unos «desconocidos» lo habían golpeado con una brújula hasta la muerte). Entonces Beryl expropió una choza del lugar y la utilizó para regresar volando a Londres, donde compartió el encantamiento con las damas de su club de lectura. De la crítica literaria casual pasaron a la piratería con una facilidad extraordinaria y se erigió una clase de magníficas mujeres con mansiones voladoras, lo que colapso la industria del pícnic en globo aerostático y dio un significado completamente nuevo a la expresión «temores sin fundamento».

Cecilia se había criado con los relatos de aquellos días excitantes. Las lecciones de historia de *Miss* Darlington habían estado plagadas de pólvora y azufre. Y en ellas abundaban los villanos, como las damas del club de lectura que encontraron un uso malicioso para el encantamiento, moviendo subrepticiamente personas y cosas en lugar de edificios, dedicándose de este modo a la hechicería vulgar. Las mujeres más honorables se vieron forzadas a separarse de esas degeneradas y formaron la Sociedad Wisteria, un noble cenáculo de damas que eran virtuosamente honestas acerca de sus crímenes.

—Dos caminos se bifurcaban en una habitación empapelada de amarillo y nosotras, las piratas, elegimos el mejor. —*Miss* Darlington le había contado a una Cecilia de diez años, blandiendo la daga que le gustaba usar para dirigir sus lecciones—. ¡Quien detesta a las piratas debe culpar ante todo a esas malvadas brujas!

Luego había que tener en cuenta el papel del ejército. Si las tropas de Su Majestad no hubieran respondido al advenimiento del crimen aéreo tratando de devolver a la Sociedad Wisteria al lugar que le correspondía, a saber, en tierra y preferentemente en la cocina, las damas nunca habrían aprendido a luchar. Por lo tanto, la piratería armada fue claramente culpa del ejército.

—La guerra terminó hace más de cien años. —*Miss* Darlington le había explicado a Cecilia cuando la niñita se mostró dispuesta a salir corriendo para unirse a la batalla—. Las armas terrestres fueron inútiles contra las casas voladoras y el Ejército finalmente se rindió. Sin embargo, no podemos relajarnos. Las patrullas anticontrabando y las órdenes de arresto debido a infracciones menores como asaltar un banco a mano armada son solo algunas de las indignidades que el Gobierno continúa perpetrando contra nosotras. ¡Tan solo se trata de una forma de intimidación misógina!

Sin embargo, los peores villanos eran las compañías de seguros y los servicios de guardaespaldas que se enriquecían a costa de un público temeroso. Y ni siquiera esto afectó a las agencias inmobiliarias, un nefasto negocio, que siempre trató de apoderarse del encantamiento de vuelo para poder vender casas ubicadas en «múltiples localizaciones».

Miss Darlington había sacudido la cabeza con tristeza ante todo este panorama.

—Black Beryl estaría horrorizada de como su encantamiento corrompió los corazones de los hombres en todas partes. Pero nosotras, las mujeres de la Sociedad Wisteria, debemos estar a la altura y elevarnos por encima de esta situación.

—En nuestras casas voladoras —había agregado Cecilia entusiasmada.

—En nuestros nobles corazones. Pero ya es suficiente historia por hoy. Ven, que te enseño cómo matar a alguien con una cuchara de té.

Ya de adulta, Cecilia se sentía feliz por haberse perdido la guerra. Le parecía un tipo de empresa caótica, que involucraba demasiadas irregularidades para brindar cualquier tipo de confort. De hecho, la visión de la casa Darlington siendo dirigida con el suelo de la cabina cubierto de un amasijo de esquirlas y fragmentos ya la perturbaba lo suficiente. Por su parte, *Miss* Darlington permanecía por completo indiferente frente al desorden que Pleasance había generado. De hecho, cuando Cecilia había sugerido que volvieran a ensamblar el volante y volaran a una ubicación más cercana a la biblioteca de Bath, su tía había rechazado la idea. Prefería el paisaje rural y había decidido pintar algunas vacas (es decir, sus retratos, no sus cuerpos), ya que distintas razas de bovinos pastaban cerca de la casa. Era, así lo había declarado, un hermoso cambio de ritmo respecto a los rigores que imponía la sociedad en Mayfair. Además, las vacas eran mejores interlocutoras.

—Dijiste que podría ir a la biblioteca. —Cecilia había argumentado con gentileza.

—¿Lo dije? Por Dios, no me reconozco. Oh, querida, quédate a salvo en casa, por lo menos hasta que Pleasance haya averiguado que no hay espíritus malignos en nuestro sistema de navegación. El campo está repleto de escorbuto.

—Eso lo causa la privación de fruta, tía querida.

—¡Justamente! ¿Ves algún huerto por ahí?

Cecilia no pudo dar ninguna respuesta razonable. Pero sus ojos hablaban por sí solos… especialmente sobre poesía tormentosa en la cual las heroínas tenían un triste final. Al tercer día, *Miss* Darlington había cedido. A pesar del riesgo para los tobillos, los pulmones y una tez

saludable, le dieron permiso a Cecilia para ir andando al pueblo y visitar la biblioteca.

Se había puesto un vestido de mangas largas y cuello alto, botas, guantes y un sombrero de ala ancha, por lo que no había ninguna parte de su cuerpo expuesta a los peligros del sol. Entonces, habiendo elegido un libro para leer durante el viaje, había abierto su sombrilla, prometido a su tía que vigilaría los aires insalubres y, por último, partido a través de los escombros.

En realidad solo le preocupaban las madreselvas y la bosta, pero llegó bastante intacta al borde del campo. Hizo una pausa y miró hacia atrás para contemplar la casa.

Era un edificio sombrío, pálido y estrecho con tres pisos y dos áticos embrujados con moderación: el tipo de construcción que suspiraría lastimeramente en su pañuelo antes de proceder a regañarte durante quince minutos por sostener la taza de té incorrectamente. Una construcción a imagen del corazón de *Miss* Darlington, o quizás al revés. Cecilia nunca había podido decidirse sobre este tema.

La ventana circular de su fachada, con una cortina de encaje que había sido tejida por un convento de ancianas monjas irlandesas enloquecidas por embrujos de canciones paganas de las *selkies*, se podía agrandar para desplegar cañones sin destruir la maceta de petunias que estaba debajo.

En ese momento, Cecilia advirtió un rayo de luz que salía de esa ventana y supo que era el reflejo del telescopio desde el cual *Miss* Darlington vigilaba su progreso. Agitó la mano para tranquilizarla. La casa se movió hacia ella con suavidad, como si quisiera colocarle una bufanda alrededor del cuello o hacer que se pusiera un abrigo, pero luego retrocedió de nuevo y se quedó fija en sus cimientos con un gesto de desdén. Al parecer, *Miss* Darlington iba a ser valiente.

Aliviada, Cecilia se dio la vuelta para adentrarse en un sendero que serpenteaba entre zarzas hacia Bath. Poco después, un bandido trató de robarle el monedero. Lo redujo con un codazo y luego con el puño, lo cual no requirió que se detuviera en su caminata, aunque se saltó una frase vital en su libro y tuvo que releer toda la página para entenderlo. Como el bandido, que yacía en tierra, se quejaba tan lastimeramente, ella se sintió obligada a dar media vuelta y ofrecerle un pañuelo, tras lo cual pudo proseguir con su camino en paz.

La campiña le ofrecía a su espíritu sensible más de lo que Mayfair le había dado. Vio una alondra saltando desde la tierra, aunque no parecía tanto la «nube de fuego» que el poeta Shelley habría anticipado, sino más bien un puñado de tierra voladora. Respiró la fragancia de la tierra recalentada por el sol sin pensar en la contaminación de los pulmones. Incluso elevó el rostro hacia la suave brisa. Era todo tan placentero que, cuando llegó a la ciudad, sentía verdadera felicidad.

Y, entonces, vio al pirata.

Merodeaba cerca del río, de nuevo sin sombrero y vestido de manera indecente: no llevaba corbata, su chaleco estaba abrochado con botones de peltre, sus pantalones eran demasiado ajustados. La forma en que el cinturón de la espada se balanceaba bien abajo, alrededor de sus caderas, perturbó inexplicablemente a Cecilia.

Hacía tiempo que esperaba un intento de asesinato. Era un desarrollo significativo en su carrera. El hecho de que hubiera sido encargado por *lady* Armitage la desilusionó un poco, porque siempre estaría latente la sospecha de que el objetivo real era *Miss* Darlington; además, recordaba cómo esa mujer le había enseñado muchos años atrás a utilizar un sextante (tanto para

navegar como para desmembrar a alguien) y siempre la había considerado como una mentora, no como una asesina. Pero, por lo menos, la tía Army había utilizado a un pirata y no a un simple rufián callejero, aunque Cecilia consideró darle un poco de dinero para que se comprara un traje decente. Cuando pasó cerca de él, le hizo un gesto con la cabeza desde el otro lado de la calle.

De repente él estaba a su lado. Cecilia suspiró, bajando el libro y mirándolo de reojo con una ceja arqueada. No sabía cómo transmitirle de manera más clara su desdén, pero él se limitó a sonreírle ampliamente a modo de respuesta.

—¡Qué sorpresa encontrarla aquí! —dijo.

—Espero que no me haga la descortesía de asesinarme en la calle, *signor* de Luca —respondió.

—Llámeme Ned. —La codeó como si fueran viejos amigos.

—No haré tal cosa. Sus modales son horribles y su colonia barata. Váyase.

—Debo decir que, para una mujer de tal delicadeza, usted tiene un tono increíblemente firme, *Miss* Darlington.

—Y para un italiano, usted tiene un extraordinario acento de Elton. Además, «*Miss* Darlington» es mi tía. —Él se dispuso a abrir la boca y ella levantó la mano para evitar que pronunciara cualquier respuesta—. No, no haré el honor de informarle cómo puede dirigirse a mí. Puede retirarse.

—*Miss* Bassingthwaite —dijo—, no hay necesidad de tanto misterio. He visto su acta de nacimiento, sé el nombre que figura allí. —Al notar que ella se volvía paulatinamente más pálida que de costumbre, se encogió de hombros—. ¿Se cree que llevaría a cabo (discúlpeme) el asesinato de una desconocida, *Miss* Cecilia, que por lo general es conocida como *Miss* Darlington júnior, pero prefiere que sus amigos la llamen por el nombre de soltera de su madre, Bassingthwaite?

—Amigos entre los cuales usted no se encuentra.

—Todavía.

Ella inclinó la sombrilla ligeramente para bloquear mejor el sol y, con toda la intención, apuntar una navaja oculta hacia el corazón de él.

—¿Cuándo amigos? ¿Antes o después de matarme?

—Por favor, diga «asesinar». Después de todo, no somos corsarios.

—Somos exactamente eso, *signor* de Luca: corsarios, ladrones, piratas. Sin embargo, también soy bibliófila y usted está impidiéndome que visite la biblioteca. Entonces, o me asesina ahora y terminamos con esto, o hágase amablemente a un lado.

—¿Tiene medio penique?

—Tendería a pensar que, si usted se propone matar a alguien, es su responsabilidad proporcionarme una moneda para Caronte.

—No. Quise decir para el puente. Hay un peaje.

—Oh. —Se detuvo frunciendo el ceño ante el puente estrecho y vallado que atravesaba el rio Avon más adelante—. No me había dado cuenta.

El joven metió las manos en los bolsillos de su abrigo y le sonrió con picardía.

—Siempre puede golpear al encargado de la cabina de peaje con su libro y cruzar gratis, para qué si no ser una corsaria y todo eso.

—De ninguna manera —respondió Cecilia, como si él le hubiera sugerido que sumergiera un bizcocho de jengibre en té. Al notar que él dirigía su atención a las páginas en las que su libro estaba abierto, lo cerró y lo guardó en su bolso tejido al crochet antes de que él se diera cuenta de lo que había estado leyendo.

—Podría pagarle el peaje —sugirió él.

Los ojos de ella se entrecerraron mientras lo miraba.

—¿Pagar mi peaje?

—Podemos hacer que sea un préstamo, si lo prefiere. Podrá devolvérmelo después con una moneda o un beso.

—¡Por encima de mi cadáver! —Sabía que sonaba como cuando *lady* Armitage gritaba indignada, pero no lo pudo evitar.

—Bueno… —Sonrió él con ironía encogiéndose de hombros.

Cecilia se acomodó de nuevo la sombrilla para que reposara sobre su hombro izquierdo y perderlo así de vista. Esto la expuso al sol, que le causaba pecas, pero era un riesgo que estaba dispuesta a asumir. Estuvo a punto de alejarse a grandes zancadas, pero se recompuso a tiempo y reanudó la marcha a paso tranquilo y elegante hacia el puente.

—Vamos, *Miss* Bassingthwaite, no sea tan dura conmigo —continuó el molesto hombre, caminando a su lado—. Al fin y al cabo, nuestros caracteres, el suyo y el mío, están hechos de la misma pasta.

Cambió de lugar la sombrilla una vez más para poder mirarlo horrorizada.

—¿Está usted parafraseando *Cumbres borrascosas*?

—¿Está usted leyendo *Cumbres borrascosas*? —replicó él con una sonrisa de satisfacción.

Ella siguió mirándolo por un instante, luego se dio cuenta de que su rostro se había ruborizado (sin duda por el exceso de exposición al sol) y se dio la vuelta.

—Voy a devolverlo a la biblioteca de parte de mi criada —dijo—. Solo lo tenía abierto para verificar la condición en la que lo ha dejado, dado que tuvo una educación desafortunada y, por ende, tiende a doblar las esquinas de las páginas.

—Mentirosa —dijo él afablemente—. Me pregunto qué diría su tía si supiera que usted está leyendo esa novela.

—Me preguntaría por qué no le corté la garganta al hombre con el que estoy teniendo esta conversación.

—¿Sabe?, el encargado de la cabina de peaje puede que la deje cruzar gratis el puente si le sonríe. La mayoría de los hombres son susceptibles a un rostro hermoso. ¿Es capaz de sonreír, *Miss* Bassingthwaite?

—Váyase.

—Aunque, en verdad, una muchacha como usted no necesita sonreír para encantar a un hombre. Tómeme a mí, por ejemplo. En realidad, debería estar apuñalándola justo ahora, pero estoy demasiado hechizado por su atractivo…

—*Signor* de Luca. Si le permito pagar mi peaje, ¿me dejará en paz?

—Por supuesto.

Ella asintió, extendió su mano para recibir la moneda y esperó.

—Claro que —dijo él— eso será una vez que la haya acompañado hasta el más allá. Más allá

del puente, quiero decir —agregó guiñando el ojo.

Ella cerró la mano, la retiró y continuó caminando.

—¿De verdad se piensa que cruzaría el puente en compañía de un hombre contratado para matarme?

—Señorita —le dijo en un tono ofendido—, simplemente quiero garantizar su seguridad de modo que cuando entre en su habitación…

—*¡Signor!*

—Con la intención de asfixiarla con su almohada… Eso era todo lo que quería decir. No hay necesidad de que se alarme tanto. Y, por favor, llámeme Ned.

—De ninguna manera.

—Entonces, capitán Lightbourne, por lo menos. Solo soy italiano por parte de padre y es justo decir que puede que haya sido una fantasía de mi madre.

—¿Lightbourne? ¿Cómo el temible capitán Lightbourne de Leeds?

—Exactamente —respondió él orgulloso.

—¿El mismo capitán Lightbourne cuya casa se cayó por un acantilado?

Él puso mala cara un instante:

—La empujaron.

—Vaya.

—Y eso no viene al caso.

—Entonces, ¿cuál es…?

—Que me gustaría llevarla a tomar el té de la mañana, *Miss* Bassingthwaite. Resulta que conozco una encantadora casa de té en los jardines Parade.

Ella lo miró atentamente.

—Se refiere, por supuesto, a Sally Lunn.

—En efecto. —Su sonrisa era tan deslumbrante que ella vaciló. ¿Qué daño podría hacer media hora de conversación tomando té con un colega pirata (a menos que él envenenara el té, lo que supondría un gran sobresalto)? *Miss* Darlington no lo aprobaría, pero quizás Cecilia podía presentárselo como una reunión para recopilar información, o simplemente no decirle nada. Después de todo, era adulta y podía tomar el té con quien ella quisiera. Además, todo lo que *Miss* Darlington desconociera no podía hacerle daño (de nuevo, a menos que él envenenara el té).

Cecilia casi dijo sí. La palabra yacía como un pétalo de rosa azucarado sobre su lengua, pequeño, pero delicioso. Abrió la boca para decirlo en voz alta.

Pero en ese momento se dio cuenta de que estaban a medio camino de cruzar el puente, con el río abajo lanzando destellos como hojas afiladas, y el pirata la miraba con una quietud alarmante en los ojos. Su corazón se sobresaltó y cerró la boca, tragándose lo que ahora parecía una espina.

Él debió lanzar una moneda al encargado de la cabina de peaje cuando ella no estaba mirando. Le preocupaba haber estado tan distraída. Y eso probaba que él era un hombre peligroso cuando estaba cerca. No es que ella necesitara más pruebas que el hecho de que trataba de asesinarla, pero los defectos de otros podían ser más fácilmente perdonados que los propios. A Cecilia no le gustaba equivocarse. Y lo había hecho y mucho al casi ceder ante este hombre.

—Discúlpeme, capitán Lightbourne, pero me temo que no puedo desviarme de mi plan. Gracias por su consideración. Sin embargo, y si tan solo me devuelve mi brazalete, le desearé que

tenga un buen día y retomaré mi camino.

—¿Qué brazalete? —preguntó él con tono inocente. Cecilia arqueó los labios y extendió una mano, y él sonrió abiertamente mientras depositaba el lazo de oro y perlas sobre la palma enguantada de ella.

—Gracias —dijo—. Por favor, envíele mis saludos a *lady* Armitage.

Se volvió para irse, pero él dio una buena zancada para situarse a su lado, y no había duda de que la detendría si fuera necesario. Entonces, ella se paró y lo miró con impaciencia.

—Mi pluma, si no le importa —dijo.

Cecilia suspiró. Retiró la pluma de su manga y se la entregó. Por un instante, él la miró, su sonrisa calma y sus ojos intensos, haciendo que el mundo entero se detuviera para Cecilia mientras el corazón le revoloteaba como si él le estuviera robando lo que albergaba en su interior. La sangre se le comenzó a alterar…

Y luego él le guiñó el ojo.

—Gracias —dijo, haciendo una reverencia—. Dígale a su tía que le mando mis respetos.

—Así lo haré —respondió Cecilia con calma, como si no hubiera pequeñas bombas explotando dentro de su cuerpo—. Adiós, capitán Lightbourne.

—Hasta la próxima, *Miss* Bassingthwaite.

«No habrá próxima vez —pensó ella mientras dejaba el puente atrás y se dirigía hacia el centro de la ciudad—. No seré nada más que silencio cuando vuelva estar en su presencia, una ligera alteración del aire quizás amablemente perfumada de lilas. Tan solo verá el cuchillo que le clavaré en la caja torácica. ¿Quién asesinará a quién, capitán Encantador Ned Seductor Lightbourne?».

Sonriendo ante ese pensamiento, saludó con la cabeza a una mujer que pasaba, esquivó a unos niños que correteaban con un cachorro y visitó brevemente Sally Lunn para comerse una magdalena glaseada antes de continuar hacia la biblioteca.



4

UNA DISTRACCIÓN FANTASMAL – CUANDO UNA PUERTA SE ABRE – CECILIA PIERDE SU SOMBRILLA – UN SOBRE MISTERIOSO – PROBLEMA EN MARCHA – MISS DARLINGTON TOMA EL TIMÓN – PAPERAS Y TOS CONVULSA – TÉ Y BIZCOCHOS – ¡EN GUARDIA!

No hay nada como la práctica activa de la literatura para consolar a los afligidos, por lo que, mientras Cecilia caminaba a través de Bath, suavemente restableció la paz de su mente leyendo el encuentro de *Mr*. Lockwood con el fantasma atormentado de Cathy Earnshaw. No estaba disfrutando la novela especialmente, pero su padre la había amado con todo el fervor que tenía por su herencia Brontë. Por lo tanto, ella la solía estudiar bajo la excusa de que era entretenida. Si Heathcliíf y Cathy podían darle alguna información acerca de la tragedia de Patrick y Cilla, los padres a los que casi no había conocido, el esfuerzo valía la pena. El hecho de realizar esta lectura a espaldas de *Miss* Darlington tan solo agregaba un placentero estremecimiento de peligro.

—No deberías hacer preguntas acerca de tu padre —le respondía *Miss* Darlington cada vez que Cecilia trataba de hacerlo—. No es un tema apropiado para los oídos de las jovencitas.

—Pero… —argumentaba Cecilia, dado que no podía pensar en cómo rastrear a su progenitor si no sabía nada sobre él salvo lo que recordaba de su infancia.

—No me vengas con peros —replicaba *Miss* Darlington, y así la conversación terminaba cada vez. Entonces Cecilia decidió volcarse en la literatura como alternativa.

La inquilina de Wildfell Hall le dio que pensar. *Jane Eyre* le pareció tolerable (aunque ella misma hubiera golpeado a *Mr*. Rochester en la cabeza con su pipa), y reconocía en Thornfield lo que claramente había sido la inspiración para amueblar su austero hogar de infancia, Northangerland Abbey. Pero la locura de *Cumbres borrascosas* le proporcionó mejor información que todas las otras novelas de Brontë. Se sintió tan inmersa en sus páginas mientras caminaba cuesta arriba hacia North Parade que no vio la casa Darlington irguiéndose en medio del camino, con la bandera pirata negra ondeando orgullosa en el techo, hasta que casi había llegado a su umbral.

La gente se movía despacio, rodeando la casa para luego dar grandes zancadas tan rápido como sus ropas a la última moda se lo permitían; no corrían, claro está, por temor a que la casa los persiguiera.

—¡Cuidado, señorita! —Un hombre le llamó la atención—. Mejor dé la vuelta. ¡Es una casa pirata!

Cecilia se lo agradeció asintiendo con la cabeza, pero suspiró para sí. No entendía a esos marineros de agua dulce. Eran lo suficientemente respetuosos hasta que mencionabas que eras una pirata, o hasta que te abalanzabas sobre ellos con tu casa convertida en un arma, o hasta que adquirías de manera creativa alguna baratija que les pertenecía y que no podía importarles de manera alguna. Luego empalidecían o gritaban, llamaban a la policía, o insistían en que te sentaras donde pudieran verte durante la hora del té o en la ópera.

Cecilia había tratado de hacer amigos entre sus filas, pero acabó saliendo de allí con el corazón herido, una orden de arresto y varios brazaletes hermosos.

¿No entendían que los piratas solo roban a los ricos para dárselo a… a ellos mismos? Ni una sola vez *Miss* Darlington y ella habían utilizado la casa para atacar a civiles. Simplemente no sería propio de unas damas. Aunque podían insistir en adquirir el elegante camafeo que lucía la muchacha vestida de verde, pensó Cecilia mirándolo desde la sombra de su pamela mientras la muchacha se acercaba… Justo entonces, la casa Darlington comenzó a repiquetear y crujir. Cecilia dejó de pensar en el broche. Cerró su sombrilla y deslizó el fantasma de Cathy dentro de su bolso, y dio un paso hacia la puerta, la abrió y la atravesó. Casi había llegado a la recepción cuando la casa comenzó a elevarse.

—¡Santo cielo! —murmuró Cecilia sorprendida ante tal precipitación. Miró hacia el techo de yeso con su roseta de adorno, al otro lado del cual su tía estaría frente al timón, con los pies separados y las horquillas del cabello erguidas mientras elevaba su domicilio sobre Bath.

—*¡Aéreo rápido!*

La voz de *Miss* Darlington se escuchaba por toda la casa. De repente, un enorme retrato al óleo de Beryl Black, que colgaba de la pared este del vestíbulo, se torció. La casa Darlington estaba inclinándose tanto que la magia estabilizadora falló.

Cecilia trató en vano de agarrarse a una consola, que, junto con el correo apilado en una bandeja, se deslizó hacia el oeste arrastrándola a ella también en esa dirección. Un jarrón de lilas se cayó al suelo haciéndose añicos, y sobre el aparador en la parte más alejada del vestíbulo un pesado cuenco de cristal comenzó a acercarse peligrosamente al borde. Cecilia recordó que el

cuenco había pertenecido al duque de Kent (y, para ser honestos, todavía le pertenecía) y que estaba valorado en cien libras. Dejó la consola y, con la sombrilla bajo el brazo por temor a que se abriera y causara mala suerte, Cecilia puso una mano sobre la pared para equilibrarse y comenzó a deslizarse hacia arriba del armario tan rápido como le fue posible antes de que el cuenco se cayera. La puerta se abrió frente a ella y, agarrándose del picaporte, trató de cerrarla.

En ese momento inoportuno, la casa se sacudió, el felpudo debajo de sus pies se deslizó y Cecilia se tambaleó. Acabó inclinada sobre la puerta abierta; solo evitó la caída gracias a que tenía ambas manos alrededor del picaporte. Con enojo, contempló como su sombrilla caía en picado para terminar hecha añicos en la carretera.

—¡Puertas! —gritó *Miss* Darlington desde el primer piso. Se escuchó el eco de pasos corriendo a través de la casa; una puerta se cerró. El edificio tembló y, abajo, las azoteas de Bath parecieron oscilar. Cecilia tuvo miedo de que la magdalena glaseada que había comido unas horas antes pudiera en cualquier momento regresar a la ciudad de donde venía. Los pasos se oyeron de nuevo, acercándose, y luego Pleasance colocó las manos alrededor de la cintura de Cecilia y la arrastró hacia adentro desde la puerta hacia la seguridad del vestíbulo.

—¡Santo cielo, señorita! —gritó Pleasance, dando una patada a la puerta para cerrarla. La casa se asentó en una posición horizontal una vez más—. Mil disculpas. Fue mi culpa. Estaba leyendo *Los misterios de Udolfo* y, con tanto llanto y jadeo, me olvidé de cerrar la puerta de la cocina. —Sacudió la cabeza agitadamente y los rulos le saltaron de las horquillas—. Por mi culpa usted ha estado a punto de caer precipitarse cientos de pies hacia su trágica muerte.

—Para nada, querida —replicó Cecilia, sonriendo para consolarla—. Eran noventa pies como mucho.

Regresó a la consola esquivando las lilas del jarrón hecho pedazos. Cogió el primer sobre de la pila del correo y examinó con interés la dirección del remitente.

—¿Dijiste que habría sopa para la cena? —preguntó.

—Sí, señorita —dijo Pleasance, agachándose para arreglar el felpudo—. Y huevos frescos de la granja donde estábamos acampando. Pensé que podía hacer un revuelto.

—Delicioso —murmuró Cecilia. El sello púrpura del sobre ya estaba roto y una sugerente fragancia flotó desde adentro. Cecilia frunció el ceño. Dejó su bolso en la consola y, con el sobre en la mano, se dirigió al piso de arriba.

—Tenemos una carta de la Sociedad Wisteria —dijo nada más entrar en la sala del timón.

Este era su lugar favorito de la casa porque contenía no solo el timón y el sistema de navegación, sino también la modesta biblioteca Darlington. Muchas habían sido las tardes en las que, de niña, se había acomodado en un mullido sillón de terciopelo junto al fuego, leyendo diccionarios y viejos relatos de aventuras mientras *Miss* Darlington volaba campo a través en busca de tesoros. Cuando tuviera su propia casa, llenaría todas las habitaciones de libros.

Como siempre, hizo una pausa dentro del cuarto para inhalar su olor a papel mohoso. Algunos de los libros se habían caído de los estantes a pesar de las redes instaladas para prever tales accidentes, y Cecilia sintió el impulso de recogerlos y colocarlos por orden alfabético de nuevo en su ubicación. Pero claramente se avecinaban problemas y no había tiempo para divertirse.

Miss Darlington estaba de pie rígida ante el gran timón de roble, mirando hacia afuera a través de las azoteas. Había terminado de decir la frase «*momentum automática*» y el propio aire

parecía susurrar magia sin cesar mientras ella movía el timón para dirigir el curso de la casa hacia el sur de la ciudad.

—¿Qué estabas haciendo en el camino? —preguntó sin darse la vuelta.

—Trataba de visitar la biblioteca —respondió Cecilia—. Era una caminata de solo dos millas, y en tal…

—¡Dos millas! —La casa se sacudió mientras *Miss* Darlington le arrojaba a Cecilia una mirada de alarma—. Siéntate, niña, antes de que tu corazón ceda.

—Te juro que estoy bien —dijo Cecilia en tono tranquilizador—. Por lo que veo, estamos metidas en problemas y supongo que esta carta tiene algo que ver con ello.

Miss Darlington observó el sobre que Cecilia le mostraba.

—Sí. Se ha convocado una reunión de emergencia de la Sociedad.

—¡Dios mío! —murmuró Cecilia—. No consigo recordar la última vez que algo así ocurrió.

—En 1877, después de que tu madre fuera… Después de que muriera.

Cecilia hizo desaparecer de su mente la imagen de una luz centelleando contra el acero de una espada mientras esta se hundía. En años anteriores, la hubiera hecho llorar o estremecerse, pero ahora se limitó a mirar el sobre, deseando poder extraer la carta y leerla por sí misma. Pero era un derecho exclusivo de los miembros sénior y, si bien Cecilia había estado esperando durante meses su inclusión en la mesa de té, siempre parecía haber alguna excusa para denegarle el ascenso.

Ser una matrona de la Sociedad Wisteria era el honor más alto en el mundo criminal, y Cecilia nunca se había imaginado persiguiendo otro objetivo. Había nacido en el gran privilegio de la piratería y, con ello, venía una gran responsabilidad. No podía solo dar media vuelta y convertirse en gobernanta, filántropa o incluso en una ladrona de poca monta en un barracón que a duras penas pudiera volar una milla: ella estaba obligada a ser ambiciosa, si no por su propio bien, entonces, por el bien de las mujeres que la habían precedido. Al fin y al cabo, habían sacrificado mucho para establecer la Sociedad (por ejemplo, largas tardes leyendo viejas revistas de peluquería y durmiendo siestas) para que, cuando una dama se sintiera agotada por el interminable trabajo de saquear y merodear, tuviera alguien con quien compartir una taza de té, una agradable conversación y un revitalizador intento de asesinato mutuo.

Al principio, las matronas de la Sociedad, que tenían gran aptitud para la crueldad pirata, habían cambiado rápidamente su red de apoyo mutuo hacia una competencia sin fin entre ellas, lo cual se había vuelto tan codificado a lo largo de los años que, para la época en que Cecilia entró en la Sociedad, había que abrirse paso en un complejo sistema de ascensos, descensos, demoliciones y pruebas antes de que a alguien se le ofreciera siquiera un bizcocho de la mesa del té. Cecilia había superado todas esas pruebas. Había robado varios bancos, chantajeado a una marquesa, volado por encima del canal, e incluso ido a comprar vestidos con la sabuesa Bess, que podría demorarse tres horas en una sola tienda. A pesar de todo, seguía en la división de mujeres júnior, aunque estaba decidida a tener éxito, incluso si eso significaba robar la mesa de té a las damas sénior para probar su valor.

Había otros poseedores del encantamiento de Beryl fuera de la Sociedad Wisteria, por supuesto. Brujas. Mujeres introvertidas. Hombres. Pero para Cecilia, la Sociedad era su único mundo. Ascendería en sus rangos incluso si eso la mataba.

Algo que, por supuesto, siempre era una posibilidad cuando una se codeaba con piratas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras veía como su tía leía la carta—. *Mrs*. Rotunder no

habrá hecho explotar de nuevo Hampton Court, ¿no? ¿O se ha declarado la piratería un crimen capital? No me digas que la mascota de *Mrs*. Etterly se comió a la reina.

—Algo mucho peor —dijo *Miss* Darlington con desesperación—. El mayordomo de Muriel Fairweather se ha fugado.

Miss Darlington abrió los ojos horrorizada, luego tuvo que enfocarlos una vez más para dirigir la casa, ya que casi choca con la torre de una iglesia.

—Bueno, eso sí que es desafortunado —dijo Cecilia—, pero no es lo que alguien entendería por emergencia.

—Se escapó… ¡con la casa de ella!

—¡Oh, Dios! —La casa de un pirata era la representación corporal de su psique.

—Sé que dicen que lo hizo el mayordomo —continuó *Miss* Darlington—, pero no me parece probable que haya sido tan desvergonzado. Una mano más poderosa está detrás de esto. Toma nota de mis palabras.

—Pero un miembro de la Sociedad Wisteria seguramente no iría tan lejos como para robarle la casa a otro.

—Tenemos tan solo tres leyes en nuestra Sociedad, Cecilia. No matar civiles. Servir el té antes que la leche. Y no robarnos las casas entre nosotras. Cualquiera que rompa esas leyes es expulsada, y en muchos casos desde una altura nada desdeñable.

—Entonces, ¿quién podría ser?

Ya sabía una posible respuesta. Al fin y al cabo, la adquisición maliciosa de casas era un tema de *Cumbres borrascosas*. Pero no se atrevió a decir esto en voz alta, se limitó a mirar fríamente a *Miss* Darlington, quien respondió a su vez del mismo modo.

Quizás rastrear a su padre se había vuelto más fácil de lo esperado.

De repente la casa se abalanzó en picado e hizo que un diccionario se cayera, sus páginas estampándose terriblemente contra el suelo. Cecilia dio un paso hacia adelante para colocar una mano con suavidad sobre el brazo de su tía.

—¿Por qué no conduzco yo un rato? —sugirió—. Estás entendiblemente perturbada. Siéntate, toma una taza de té. —Cecilia condujo con delicadeza a la señora lejos del timón, le entregó su bastón y luego se hizo cargo de conducir la nave. Murmuró la frase piloto y la magia pareció ganar en calidez mientras se ajustaba a su presencia mental—. El territorio de *Miss* Fairweather es Devon, ¿no es cierto?

—Sí, Ottery St. Mary. Las coordenadas están todas trazadas. —*Miss* Darlington se desplomó en la silla al lado del fuego y se puso una mano sobre la frente—. No puedo creerlo —murmuró inquieta—. Dos millas y a plena luz del día.

Cecilia examinó la carta que yacía en el estante entre el timón y la ventana. Vio enseguida que su tía había planeado una ruta bastante sinuosa para evitar Blackdown Hills, pero no dijo nada; solo sonrió un poco para sí misma ante la actitud anticuada de su tía para la navegación. La idea de que las corrientes de aire sobre esa región estaban distribuidas por las hadas y por fantasmas desamparados de gente que había visto a esas hadas fue descartada por el pensamiento racional desde hacía tiempo. Sin embargo, *Miss* Darlington continuaba siendo tenazmente anticuada. Cecilia cogió el sextante.

—Te podrías haber torcido un tobillo. —*Miss* Darlington insistía junto al fuego—. O podrías

haberte quemado con el sol.

—Estoy bien, tía —dijo Cecilia, alineando el sextante con el horizonte y haciendo cálculos mentales. Sin embargo, su mente oscilaba hacia pensamientos acerca del capitán Lightbourne. ¿La buscaría en Ottery St. Mary? ¿Y si perdía su rastro? Era triste, por el bien de su carrera, claro, y para nada por sus pantalones ajustados y sus ojos azules.

Era obvio que revelarle el encuentro con el capitán a su tía estaba fuera de discusión. No importaba que él fuera un pirata asesino; podría haber estado infectado con paperas o tos convulsa y *Miss* Darlington no descansaría durante semanas. Además, un breve intercambio con un colega pirata era intrascendente comparado con este asunto de la casa robada. Cecilia quedaría como una tonta si lo mencionaba. Por ende, logró convencerse por completo de que el silencio acerca del encuentro era su única opción.

—¿Llamo a Pleasance para que traiga el té? —preguntó.

No fue necesario. La criada apareció en ese preciso momento llevando una bandeja cargada con té y galletas digestivas. Después de haberlas consumido, *Miss* Darlington durmió la siesta. Cecilia las llevó sin sobresaltos hasta Ottery St. Mary, observando el vuelo de los pájaros, preguntándose si la ciudad tendría una biblioteca pública, sin pensar para nada en el provocativo pirata rubio cuyos dedos se habían deslizado breve y amablemente a lo largo de su muñeca cuando le había devuelto el brazalete, un momento intrascendente que de ninguna manera alteraba su pulso.

Contemplaba el horizonte y no pensaba. *Miss* Darlington estaba retando a alguien a un duelo de pistolas en el atardecer durante su sueño y Pleasance estaba abajo, acurrucada en una esquina, pelando nabos y conversando con su tatarabuela, a cuyo fantasma le gustaba visitarla y acecharla durante una agradable media hora cada semana; por lo tanto, la gran sombra puntiaguda que las seguía a lo largo de los pueblecitos y los campos del suroeste de Inglaterra les pasó desapercibida.



5

ROBO SOBRE EL CIELO DESCOLORIDO EN UN VUELO SOMBRÍO - DISPARO - EL FINAL DE CUMBRES BORRASCOSAS - LE DISPARAN A CECILIA. LA CENA SE POSPONE - LA MUCHACHA EN PANTALONES - UN TIGRE PERDIDO - MONTAÑAS INESPERADAS

Era estúpido desear la belleza, por lo menos en opinión de *Miss* Darlington. Tenía una mente muy cultivada, un corazón bien intencionado y gafas oscuras que la protegían del brillo del sol. Cualquier otra cosa era una extravagancia. Los campos mullidos y las sombras purpúreas del bosque de Devon eran para ella solo puntos de navegación. La luz elegíaca de la última hora de la tarde, serena, que acariciaba la ventana de la sala del timón era un peligro que la obligaba a entrecerrar los ojos. Cuando un cisne blanco se deslizó como un poema por su senda, pensó en embestirlo y solo la rapidez del cisne evitó que terminara como ingrediente en la sopa de Pleasance. Cuando vislumbró desde las alturas Ottery St. Mary, recitó la estrofa de descenso del encantamiento de vuelo, giró el timón hacia el puerto y dirigió la puerta de entrada de la casa hacia un conjunto de viviendas que se erigían de manera incongruente en un campo a las afueras de la ciudad.

—Aterrizando —rugió a través de la trompeta de metal situada junto al timón. Pleasance, en la cocina, arrojó con rapidez los cubiertos sueltos dentro del fregadero. Cecilia, que leía en la sala

después de haber pasado varias horas frente al timón, se levantó y fue hacia la ventana para contemplar la maniobra. Apretando *Cumbres borrascosas* contra su corazón, se inclinó para mover la cortina…

¡Crash!

La ventana se rompió violentamente y Cecilia cayó hacia atrás. Un dolor la atravesó. Gateó en busca de refugio detrás de un sillón y miró el libro, que yacía donde se había desprendido de su mano. Tenía un enorme agujero de bala negro.

—Esa era mi única copia —dijo en voz alta, irritada. Luego revisó su corsé. Una rasgadura chamuscada marcaba el lugar donde la bala había rebotado en las varillas metálicas. El encaje estaba destruido y seguramente tendría un moretón. Al espiar con cuidado por la parte trasera del sillón, vio que la ventana estaba hecha pedazos.

—¡Disparos! —observó tardíamente *Miss* Darlington, su voz resonando a través de la trompeta de metal—. Cecilia, ¡asegura nuestra zona de aterrizaje!

Cecilia se puso manos a la obra. Se quitó el vestido y, luego, con una camisa que le llegaba hasta la rodilla, una enagua, ropa interior con lazos de encaje, corsé, medias y zapatillas, se apresuró por la sala. Otro disparo destrozó lo que quedaba de ventana, rebotó en el samovar de plata de *lady* Askew y le pasó silbando tan cerca de la cabeza que el cabello pareció alborotarse. Voló a través de la puerta abierta de la sala y se incrustó en el sombrío rostro del cuadro de Black Beryl y la dejó con un solo ojo como, bueno, una pirata.

—¿Todo bien, señorita? —preguntó Pleasance, asomándose desde el comedor.

—Muy bien —respondió Cecilia, cogiendo un rifle del paragüero del vestíbulo. Lo hizo girar en su dedo para cargarlo—. ¿Puedes abrir la puerta trasera, por favor?

—Por supuesto. —Pleasance recorrió el recibidor al trote.

—Es posible que lleguemos tarde a la cena —avisó Cecilia—. Espero que no sea un inconveniente.

—Para nada, señorita —dijo Pleasance abriendo la puerta y mirando hacia afuera—. Cuatro pies —gritó haciéndose a un lado.

Cecilia se quitó las zapatillas, luego esprintó a lo largo del recibidor y se arrojó al exterior hacia el aire fresco del atardecer.

Girándose en pleno vuelo, aterrizó con elegancia sobre el césped. Sin detenerse, recorrió veloz el ancho de la casa con los pies enfundados en medias y, al bordear la esquina, encontró un conveniente seto en el que refugiarse. *Miss* Darlington debía de haber estado mirando a través de uno de sus espejos retrovisores porque, cuando Cecilia desapareció detrás del seto, la casa se desvió en dirección opuesta, alejando el fuego de su posición. Cecilia podía ver a una mujer joven detrás de un árbol con un rifle Winchester en las manos. Reptó hacia ella.

No era fácil pasar desapercibida vistiendo toda de blanco, pero la tiradora estaba concentrada en su objetivo y Cecilia se las ingenió para situarse detrás de ella sin ser vista. Mientras *Miss* Darlington lanzaba la casa en picado para evitar otra ventana rota, Cecilia colocó el cañón de su arma en el cuello de la muchacha.

—Baja el arma, si eres tan amable —dijo—. Me sentiría muy consternada si tuviera que matarte.

La muchacha bajó el rifle y mostró sus manos vacías.

—Gracias. Da un paso adelante, por favor.

—Disculpa, pero ahora debo pedirte que te calles. Mi tía querrá escuchar lo que tengas para decir.

—Pero quién…

—Soy *Miss* Cecilia Bassingthwaite. Un placer conocerte. Una palabra más y tendré que matarte.

—No lo harás.

—¿Perdón?

—Conozco a *Miss* Cecilia Bassingthwaite. A pesar de tu maldito parentesco, tienes reputación de ser una dama amable y refinada. No me matarás.

Cecilia evaluó esas palabras. No le importaba mucho que sus padres fueran considerados unos malditos, porque eso difícilmente podía discutirse, pero «amable» sonaba a insulto.

—Quizás no te mate —aceptó—. Pero con mucho gusto te dejaría inconsciente y luego te devolvería a tu familia a cambio de una recompensa exorbitante.

—Me parece justo —admitió la muchacha y caminaron juntas en silencio hasta la puerta de entrada de la casa Darlington.

Mientras se acercaban, la casa aterrizó del todo en el césped y unos instantes más tarde, Pleasance abrió la puerta.

—Buenas noches, señorita —dijo con una reverencia, como si Cecilia hubiera regresado de un paseo por la tarde con una dama de alta alcurnia.

Cecilia empujó a la muchacha con el rifle.

—Entra. Límpiate los pies en el felpudo.

—Pero…

—Me gustaría que hicieras lo que te he pedido.

La muchacha suspiró y Cecilia tuvo la sensación de que se estaba desesperando y ponía los ojos en blanco. Parecía dos o tres años menor que ella y tenía el cabello despeinado. Un lazo extravagante lo recogía en una cola de caballo que interfería con el arma de Cecilia. Pero la muchacha vestía también pantalones y una camisa de hombre, por lo que Cecilia entendió que, o era una pirata, o la joven y valiente hija de un campesino cansada de las casas que aterrizaban en los campos de fresas de su padre.

Entraron en la casa después de limpiarse los pies en el felpudo y Cecilia se alegró de no ver boles o jarrones dañados en las maniobras de aterrizaje. *Miss* Darlington apareció en lo alto de las escaleras y comenzó a descender con gran pompa. La muchacha la miró con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. *Miss* Darlington había sido conocida en su juventud como una muchacha saludable, pero setenta años de batallas y de entusiasta danza de salón la habían dejado dependiente del bastón y del pasamanos. Sin embargo, su majestuosidad pirata era impactante y su vestido negro de fustán ondeaba ligeramente como una bandera corsaria mientras bajaba por las escaleras.

La muchacha hizo una reverencia.

—*Miss* Darlington —dijo en tono respetuoso.

—¿Quién eres? —preguntó *Miss* Darlington.

—Constantinopla Brown, señora.

Miss Darlington hizo un gesto tan serio que indicaba que se sentía gratamente sorprendida.

—¿No serás la nieta de Ann Brown?

—La misma, señora.

—La última vez que te vi fue en la frontera escocesa. Tu madre estaba ayudándome a deshacerme de una banda de rufianes. Te llevaba en un portabebés cuando extendiste tu manita y agarraste el trabuco de uno de ellos. Sorprendido, apretó el gatillo, mató a su capitán y perdió el equilibrio debido al impulso del arma. Se cayó en arenas movedizas. Muy penoso. Me llevó tres días quitar de mi vestido las salpicaduras de lodo. Pero nos ayudaste a ganar esa escaramuza, jovencita. Buen trabajo.

La muchacha se sonrojó ante el elogio. Cecilia levantó una ceja elocuente, pero rápido la bajó de nuevo antes de que alguien lo notara.

—Nunca pensé que vería el día en que la pequeña Constantinopla estaría disparando contra las ventanas de mi casa. ¡Cecilia —dijo chasqueando los dedos sin quitar su mirada de la joven en pantalones—, baja ese rifle de una vez! Las damas no apuntan sus armas hacia las amigas. Por lo menos, no en ocasiones felices como esta.

—Lamento haber disparado —dijo Constantinopla—, pero les avisaron de antemano.

—¿Avisaron?

—Sí, señora. En la carta que les enviaron. Había una posdata…

Miss Darlington cogió la carta de su faja y la abrió. Sus labios se movían mientras leía detenidamente el contenido.

—La única posdata es PCP.

—Sí, señora —asintió Constantinopla vigorosamente haciendo que su cabello se arqueara y ondulara—. Como puede ver, no tenía otra opción que disparar.

—«PCP». —*Miss* Darlington repitió—. «Por favor, contribuya con un plato». Es una práctica común cuando la Sociedad se reúne. Pleasance ha estado preparando canapés de champiñón y gambas toda la tarde.

Constantinopla se sonrojó aún más.

—Oh, no, señora. Se trata de «Proporcione Código en Perímetro». Código morse, con su farol o cortinas, para que sepamos que no se trata del enemigo.

—¿El enemigo? —*Miss* Darlington estaba consternada—. Nadie me ha acusado de ser su enemigo desde hace…

—Dos semanas, tía. —Cecilia completó—. *Lady* Espinen.

—¿Espiner? ¿La mujer delgada con collar de rubí?

—Sí, tía.

Miss Darlington se burló.

—Yo no era su enemiga, estaba haciéndole un favor. Imagínatela usando rubís en verano. Es una joya de otoño. Y nunca hubiera pensado que mi propia Sociedad podría dispararme.

—Le disparaste a *Mrs*. Eames el mes pasado, tía —le recordó Cecilia—. Y *Miss* Coatwallis nos disparó en Greenwich durante la Pascua. Y *lady* Armitage…

—Sin embargo —dijo *Miss* Darlington—, no esperaba una bienvenida tan mediocre.

Una respuesta llegó desde la puerta de entrada.

—Tenemos que ser cuidadosas, que están robando casas bajo nuestras propias narices.

Todas se dieron la vuelta y vieron a una mujer atravesar el umbral. Llevaba un vestido negro

voluminoso, con una capa de encaje negra sobre los hombros atada con un broche con una calavera atravesada por huesos. El cabello negro y fino de su cabeza resplandecía, y tenía los ojos redondos y pálidos, uno pálidos labios delgados y una nariz tan pálida que parecía más bien una insinuación de nariz que auténticas cavidades nasales. Si la muerte tuviera una gobernanta, le gustaría que se pareciera a esta mujer.

—Anne —dijo *Miss* Darlington a modo de saludo.

—Jemima —respondió la mujer. Dio un paso adelante extendiendo la mano como si estuviera haciendo negocios. *Miss* Darlington la miró con cautela.

—¿Te has higienizado las manos antes de venir?

—Estoy usando guantes.

Miss Darlington se estremeció.

—Cecilia, dale la mano a *Miss* Brown de mi parte.

Cecilia dejó el rifle y educadamente estrechó la manita enguantada de *Miss* Brown.

—¿Cómo está?

—¿La hija de Cilla Bassingthwaite? —preguntó *Miss* Brown lanzando a *Miss* Darlington una mirada difícil de leer.

—Sí —respondió *Miss* Darlington.

—Interesante. —Inspeccionó a Cecilia más de cerca, como si estuviera midiendo mentalmente la profundidad del encaje en su enagua y ropa interior, evaluando su postura y juzgándola en relación con la memoria de una mujer muy superior a la que estaba de pie frente a ella—. Con ese cabello, se parece más a su padre. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete.

—Diecinueve —corrigió Cecilia con modestia.

Miss Darlington hizo un ademán de impaciencia con la mano como para dejar atrás el tema.

—¿Qué está pasando con el robo de la casa?

—¿Por qué no vienes a casa de Gertrude —dijo *Miss* Brown— y te contamos las novedades? Todas estarán allí.

—¿Todas? —se sorprendió *Miss* Darlington.

—Todas las que ahora están en el país y fuera de prisión. Solo Issy Armitage no ha venido, pero todas sabemos cuán antisocial puede llegar a ser. Yo volé desde Newcastle para la graduación de Constantinopla y para mi sorpresa me encontré con esto. Fue bastante decente por parte de las Fairweather proporcionar algo de diversión para mi primera visita al sur en diez años.

Su rostro anodino no se alteró; sin embargo, se las ingenió para transmitir la impresión de que estaba sonriendo.

—Eres la última en llegar, Jem. Más vale tarde que nunca, ¿no es cierto?

Miss Darlington elevó el mentón.

—A una le gusta hacer una gran entrada. Pleasance, trae los canapés. Cecilia, ve a buscar mi abrigo.

—¿Cuál, tía?

—El de terciopelo negro que *Madame* Yurovsky me habría regalado en la gala de apertura de la ópera si hubiera estado en la sala en ese momento.

—Sí, tía. —Cecilia comenzó a caminar hacia el pasillo, en dirección al guardarropa.

—Y ponte un vestido. Y zapatos. Y un abrigo, bufanda, boina. Pronto caerá la noche y no querrás coger una bronquitis.

—Sí, tía —respondió Cecilia, limpiándose los residuos de pólvora de la blusa mientras se retiraba.

—¡Esto es tan excitante! —declaró Constantinopla—. La Sociedad de Damas Wisteria por fin reunida de nuevo.

Miss Darlington frunció el ceño.

—Muchas de nosotras estuvimos juntas en abril para la despedida de soltera de Lavinia.

—Hace tres semanas fui la anfitriona de una reunión —agregó *Miss* Brown—. Olivia perdió su tigre en la playa y fue muy gracioso ver a marineros inexpertos corriendo y gritando despavoridos.

—No recuerdo haber sido invitada para esa ocasión —dijo *Miss* Darlington con frialdad.

—Sí. He tenido la intención de comunicarme contigo desde que me incriminaste por el robo de la casa Marlborough hace doce años. Pero sabes cómo es esto, siempre hay mucho ajetreo. He perdido la cuenta de todos mis robos y esposos. Y ahora esta pequeña está tomando su propio vuelo. —Dio una palmadita en el brazo de Constantinopla.

—¡Por fin! —agregó Constantinopla con fervor.

—Oply tiene mucho talento. Con sus excelentes notas y el toque justo de extorsión, se graduó tres meses antes de la escuela de Música y Artes Marciales de *Mrs*. Higglestone.

—Escuela —dijo *Miss* Darlington, su tono era el equivalente verbal a un té frío y sin azúcar —. ¡Qué moderno por tu parte!

Miss Brown sonrió.

Miss Darlington sonrió.

Constantinopla se apartó.

Las damas estaban a punto lanzarse al cuello de la otra cuando regresó Cecilia. Constantinopla estaba acurrucada en la entrada y Pleasance, que sostenía una enorme bandeja con canapés, estaba temblando tanto que las gambas se le cayeron al suelo. Cecilia suspiró.

—Tu abrigo, tía —dijo interponiéndose entre las dos mujeres para colocar la capa sobre los hombros de *Miss* Darlington. La tensión entre las damas se empezó a disipar. Anne Brown frunció el ceño, *Miss* Darlington puso mala cara y Constantinopla, aliviada, respiró profundamente. Pleasance comenzó a recoger las gambas del suelo y volvió a colocarlas en sus canapés.

—¿Nos unimos al resto? —sugirió *Miss* Brown.

—Maravilloso.

Formaron una delicada procesión femenina hacia la profundidad de la noche.

Cecilia, llevando la bandeja de Pleasance, miró al salir hacia el este más allá del campo. En la distancia lejana, puntiagudas torres de oscuridad se recortaban en el cielo sin luna. Cecilia frunció el ceño, tratando sin éxito de recordar los picos irregulares de East Devon. Tendría que consultar un atlas al día siguiente.

Se dio la vuelta y se apresuró para alcanzar las otras damas, por lo que no vio la luz que se iluminó en la ventana de uno de esos picos distantes cuando el capitán Morvath encendió un farol para inspeccionar sus cañones.



6

EL LEMA DE LA SOCIEDAD WISTERIA – LA SOCIEDAD WISTERIA MISMA – ASESINATO POR LORO – PROTOCOLO PARA SENTARSE – PRACTICANDO ESGRIMA CON MAYORDOMOS VOLADORES –ENFERMEDAD CONTRAÍDA POR LA LUZ DE LA LUNA – RIESGO DE MATRIMONIO (O ASESINATO) – EL LEMA DE LA SOCIEDAD WISTERIA. EL GRUPO JOVEN –PERSECUCIÓN DE UNA CASA A TODA VELOCIDAD – NED HACE UNA PROMESA

«Es la violencia el mejor remedio para superar el odio, la venganza la que sin duda cura las heridas y una buena taza de té la que alivia el alma más angustiada», así rezaba el lema de la Sociedad Wisteria de Damas Peligrosas. Por lo tanto, para cuando *Miss* Darlington y su sobrina se sumaron a la reunión de damas en el comedor de Gertrude Rotunder, ya se habían hecho planes para perseguir al mayordomo ladrón y colgarlo, descuartizarlo y exhibir sus restos mortales en Hyde Park a modo de advertencia. Las damas, sentadas alrededor de una mesa con mantel de encaje repleta de dulces y delicados bocadillos, enmudecieron cuando Cecilia y *Miss* Darlington entraron.

Fue como adentrarse en un jardín tropical después de que varias bandadas de pájaros exóticos

hubieran estallado. Había plumas por todas partes, en los sombreros floreados de seda y en los escotes. Alas enteras emergían de algunas cabezas, petirrojos embalsamados hacían nidos entre lazos de encaje. Los vestidos representaban tal histérica mezcla de colores que habría hecho enloquecer a cualquier pintor. La combinación de joyas que brillaba bajo la luz del candelabro era tal que el aire presentaba densos fragmentos de arcoíris.

Doce damas en total participaban de la reunión. La más joven era Essie Smith, quien acababa de hacer su debut antes de que sus padres fueran asesinados por la maldición del Diamante Negro. Había heredado la casa familiar Palladian y había pasado los cinco años posteriores saqueando los países del norte antes de establecerse para ser madre. La mayor era Verisimilitude Jones, conocida como la monstruosa Millie, plaga de la costa de Cornualles: eran tan vieja que se decía que una vez le había robado una tarta a María Antonieta. Pilotaba una pintoresca casita de campo con techo de paja a pesar de ser lo suficientemente rica como para poseer un castillo, y le había enseñado a Cecilia cómo utilizar un sable.

No había hombres sentados a la mesa, porque los habían dejado en casa cuidando de los niños, custodiando tesoros o, para ser sinceros, se limitaban a mentenerse alejados de los asuntos de las mujeres.

El corazón de Cecilia se avivó cuando vio a las damas. Sospechaba que, independientemente de su edad, siempre sentiría una oleada de consuelo cuando estuviera en su compañía. La niña huérfana de madre que había sido, que se escondía detrás de las faldas de estas damas para escuchar sus alocados cuentos para dormir y que, sobre todo, confiaba en que la mantendrían a salvo de su padre, nunca podría haber imaginado a alguien más poderoso o magnífico que las damas de la Sociedad Wisteria.

Ahora ella reunía los requisitos para convertirse en una de ellas. No se lo podrían negar, ya que otro miembro de la Sociedad la quería muerta. Sin duda, ¡ese sería el día de su iniciación!

«¡Vaya! ¡Qué sorpresa!», se recordó a sí misma de decir cuando retiraran la silla. Seguro que la colocarían al final de la mesa junto a los alimentos, pero qué más daba. Al acomodarse en el asiento mullido, de respaldo derecho, con la cabeza en alto, aunque sin sombrero, mientras una criada le sirviera el té, murmuraría: «Son demasiado amables. No me lo merezco».

Fue imaginar la escena y tratar de no sonreír o balancearse sobre sus talones como una niñita excitada.

—Jemima —dijo Gertrude Rotunder, levantándose y arrastrando consigo una avalancha de encaje azul, lazos, plumas y contoneos para saludar a su invitada recién llegada—. ¡Qué maravilloso verte! ¡Y con tan buen aspecto!

(*Mrs*. Rotunder había fracasado recientemente en su intento de que un loro entrenado asesinara a *Miss* Darlington, por no estar al tanto de la creencia de *Miss* Darlington de que los loros eran portadores de sífilis y, por ende, de que había que evitarlos escrupulosamente. Esto era su venganza porque *Miss* Darlington le había robado la pierna de *Mr*. Rotunder, que se decía que estaba tallada con madera de la Vera Cruz y, sin embargo, la había conseguido por quinientas libras en el mercado negro católico. *Mr*. Rotunder —un caballero delgado y anémico que nunca había estado del todo bien desde que un doctor loco le había serrado dos de sus extremidades justo antes de que llegara el equipo de rescate— hubiera preferido dejar el asunto atrás y pasar sus días en una mecedora, escribiendo cartas a los editores de periódicos con la mano que le quedaba y suspirando con pena de vez en cuando, pero su esposa no podía quedarse de brazos cruzados.

Cuando el intento de asesinato falló, no encontró consuelo hasta haber robado el gabinete de caoba favorito de *Miss* Darlington, con el cual mandó hacer una nueva pierna para *Mr*. Rotunder y, a partir de entonces, todo quedó resuelto entre las dos damas).

—Gertrude —respondió *Miss* Darlington—, ¡qué bien te sienta ese tocado! Plumas de loro, ¿no es cierto?

—Ja, ja, ja —dijo *Mrs*. Rotunder—. Garza blanca, de hecho. ¿No vas a sentarte? Cecilia querida, ¿no te sentirías más cómoda al lado del fuego?

Cecilia parpadeó. Sintió que su expresión amable se desvanecía, pero consiguió formar rápidamente una sonrisa.

—*Mrs*. Rotunder —se animó a decir, con el corazón galopándole—, ¿puedo compartir las últimas noticias? *Lady* Armitage ha contratado a un asesino para matarme.

Mrs. Rotunder elevó una ceja plateada y depilada. Detrás de ella, las otras damas intercambiaron miradas. Cecilia conocía el lenguaje de las miradas; no necesitaba una conversación para saber que incluso el asunto del asesinato no había servido para ganarle un ascenso. Su corazón se estremeció. ¿Sería porque la consideraban incompetente por naturaleza? ¿O es que los nervios de *Miss* Darlington les preocupaban demasiado? No preguntaría. Tampoco suspiraría, porque tenía su dignidad, pero en lo profundo de su corazón se reclinó y se empezó a lamentar dentro de un pañuelo.

—Sí, eso he escuchado —dijo *Mrs*. Rotunder divertida—. ¡Me alegro por ti, querida! Oh, mira, veo que tu amiga Jane está allí y Constantinopla también.

Cecilia hizo una reverencia y luego se retiró sin mediar palabra hacia el grupo de las mujeres jóvenes: los sillones cerca del fuego.



—¡Una asesina! —dijo Constantinopla con un entusiasmo gratificante mientras Cecilia se sentaba a su lado—. ¿Es feroz y astuta?

—Algo por el estilo —murmuró Cecilia. Miró al frente, hacia la joven delicada y de cabello recogido que estaba sentada frente a ella—. Jane, qué alegría verte.

Jane se asomó por el borde de sus gafas, asintió con brusquedad y luego regresó a la lectura de un libro de poemas clásicos de guerra que reposaba sobre su huesuda mano. Cecilia contuvo una mueca. Ella y *Miss* Fairweather júnior habían sido compañeras de aventuras mucho tiempo atrás, cuando habían compartido lecciones de equitación, aprendido a ensillar caballos, a trotar elegantemente y a balancearse desde el pomo de la silla de montar con un puñal entre los dientes. Sin embargo, hubo una disputa entre ellas acerca del valor de la poesía de Wordsworth y no habían vuelto a hablar desde hacía años. Y no iban a comenzar a hacerlo de nuevo ahora.

Constantinopla se inclinó para acercarse a Cecilia.

—No creo que le guste a Jane —susurró con ostentación—. ¿Por qué no está sentada en la mesa principal? Seguro que tiene edad suficiente.

El corazón de Cecilia gimió y se agitó en su pañuelo, aunque ella logró, sin embargo, sonreír.

—Jane debutó hace tres años —explicó tranquilamente—, pero todavía no ha robado un banco.

Consiguió encajar su extensa opinión sobre el asunto dentro de esa única frase. Jane, que la escuchó como Cecilia había querido, pasó la página del libro con tanta vehemencia que rasgó el borde. Cecilia no pudo evitar suspirar y Jane le arrojó una mirada como un puñal antes de desechar el papel rasgado en el suelo. Cecilia tuvo el presentimiento que algún día iba a frustrar intentos de asesinato por parte de la joven *Miss* Fairweather.

—Planeo robar un banco una vez me otorguen mis alas —declaró Constantinopla.

—Algunas de nosotras —dijo Jane deliberadamente, pasando con virulencia otra página— piensan que una muchacha no debería volar hasta que se recoja el cabello y se baje el dobladillo de las faldas o, mejor dicho, vista faldas como una dama de verdad. —Bajó la mirada hasta los pantalones de Constantinopla y la joven se ruborizó.

—Mis modales son correctos, solo que de una manera diferente —dijo Constantinopla—. Y he completado con éxito todas las asignaturas, solo me quedan las prácticas.

—¡Qué interesante! —exclamó Cecilia con una sonrisa alentadora—. Algunas necesitan unos cuantos intentos antes de aprobar…

Ahora es Jane quien se ruborizó.

—… pero estoy segura de que te irá bien.

Una criada trajo té y una selección de dulces para las jóvenes, que los fueron degustando mientras Jane continuaba leyendo. Constantinopla hablaba de su experiencia académica y Cecilia trataba de escuchar lo que las damas estaban diciendo en la mesa principal.

—Jane y yo salimos a comprar arsénico —explicó Muriel.

—El bigote de mi profesor de esgrima —suspiraba Constantinopla con anhelo.

—Qué duro fue ver mi propia casa volando por los aires…

—Rizado con una cera húngara…

—Bueno eso es lo que te pasa por confiar…

—Hombres…

—Sirvientes…

—Saltarines rosas…

Cecilia, frunciendo el ceño, se dirigió a Constantinopla, que se reía tontamente.

—Lo sé, ¿quién le pone nombre a sus zapatos? —dijo la joven—. Pero él está muy orgulloso de ellos y admito que le permiten moverse de un modo…

—Ultima vez visto en Bodmin Moor…

—Bailando un tango…

—Lo recuperaremos…

—Y luego un chapuzón…

—Lo golpearemos con…

—Guantes de niño…

—¡Escuchad! ¡Escuchad!

—Cabellos como el oro, incluso con la cera…

—Y látigos de cuero…

—Todo caliente y derritiéndose…

—Y luego le cortaremos las…

—Y los podrás comer con…

—*Lady* Armitage.

Cecilia se quedó congelada con la taza de té casi en los labios, mientras escuchaba cada vez más detenidamente lo que se estaba diciendo sobre su asesina. Sin embargo, Constantinopla estaba inmersa en su pasión por el maestro de esgrima y cualquier información útil se mezclaba con las descripciones de la virilidad del profesor, de modo que el resultado de la imagen que se figuró Cecilia fue la de *Lady* Armitage meneando las caderas en ajustadísimos pantalones de montar mientras conspiraba con el mayordomo para apoderarse de la cabina de mando de *Miss* Fairweather; momento en que su cerebro, por no mencionar su modestia, amenazó con explotar.

Dejó la taza de té sobre la mesa y se levantó.

—Disculpadme —dijo—, pero debo hacer una visita al tocador.

—Se te ve un poco acalorada —observó Constantinopla—. ¿Por qué no sales a tomar un poco de aire fresco?

—Pero es de noche —dijo Jane, uniéndose de forma sorprendente a la conversación.

—No me importa —dijo Cecilia—. Es una buena idea. Si mi tía pregunta por mí, ¿le diréis que me fui a retocar la nariz?

Las otras dos jóvenes se mostraron dubitativas ante la idea de mentirle a *Miss* Darlington, que era conocida por haber echado a una criada por tan solo haber dicho que no había más bollos cuando, en realidad, quedaba uno, verde y duro por llevar tiempo en el fondo de la despensa. La echó, es decir, la arrojó al vacío mientras la casa se encontraba a ciento veinte pies de altura sobre Oxford Street. Si las varillas de la enagua no hubieran servido como paracaídas, su despido podría haber sido mortal. Con todo, ambas muchachas eran sinvergüenzas de nacimiento, como las habían criado, así que, en última instancia, no se pudieron resistir ante la oportunidad de urdir un engaño.

—Claro —dijo Constantinopla con una amplia sonrisa—. Tómate tu tiempo. —Puso los ojos en blanco de modo sugerente, como si Cecilia se estuviera yendo a fumar un cigarrillo o a dar dinero a los pobres.

—Será tu sentencia de muerte —dijo Jane con un deje de esperanza en la voz para luego regresar a la lectura.

Las damas de la mesa principal estaban demasiado absorbidas en su discusión como para darse cuenta de que Cecilia se había escabullido del salón. Se deslizó por el corredor sin ser vista (salvo la criada, dos lacayos y el mayordomo) y salió hacia la noche con un suspiro de alivio. El mayordomo se ofreció a buscarle un abrigo, pero ella declinó la oferta y, mientras él cerraba la puerta detrás de ella con el puntilloso chirrido del pestillo, ella inhaló la oscura paz de la noche.

Se le puso piel de gallina y se frotó los brazos con complacencia. El frío era restaurador. Las casas que la rodeaban tenían encendidas las luces aquí y allí mientras los esposos o sirvientes iban haciéndose cargo de sus ocupaciones al atardecer. Solo una pareció destellar, luego oscurecerse y luego destellar de nuevo, como si los ocupantes estuvieran desplazándose rápido por la casa con faroles. Una sensación de paz invadió a Cecilia.

Deambuló alejándose de la puerta de *Mrs*. Rotunder y se quedó mirando hacia el este, hacia las montañas que había percibido antes. Formaban un horizonte atractivo y misterioso. Algún día haría volar mi propia casa hacia ese horizonte, buscando aventuras, robando tesoros, persiguiendo a su padre para asesinarlo, bailando entre los vientos salvajes. La Sociedad Wisteria no podría

negarle eternamente mi ascenso.

Miró hacia el oeste, pero luego frunció el ceño y volvió a contemplar las montañas. Qué inusuales que eran: un conjunto de bloques pesados y puntiagudos, bastante diferentes de las colinas mullidas que estaba acostumbrada a ver en el sur de Inglaterra. Su corazón le devolvió imágenes melancólicas de las torres de la casa de su infancia. ¡Cuán triste se había sentido en aquellos días oscuros! Se acurrucaba en un rincón a leer mientras su padre rondaba los corredores delirando sobre poesía y dolor, su madre lloraba y los fantasmas de la vieja abadía se lamentaban diligentes. Luego su mente, para no colapsar, se refugiaba en las imágenes de Thornfield Hall, de *Jane Hyre*. De repente, Cecilia lanzó un grito ahogado mientras agarraba por instinto su relicario. Entendió entonces qué era exactamente lo que estaba viendo en el horizonte.

Hubiera regresado de inmediato a la sala de *Mrs*. Rotunder, pero de golpe alguien estaba detrás de ella, rodeándole la cintura con el brazo y presionando un cuchillo contra su cuello.

—Buenas noches, *Miss* Bassingthwaite.

—Capitán Lightbourne —respondió ella gélidamente, reconociendo no tanto su voz como la sonrisa afectada detrás de sus palabras—. Como no hemos sido formalmente presentados, debo insistir en que retroceda.

—Pero me preocupa su salud, *Miss* Bassingthwaite. Ha salido sin un abrigo ni un chal, puede coger un resfriado. Considero que es mi deber hacer que entre en calor con una buena dosis de miedo.

—Estoy bien, gracias. Y apreciaría mucho que no me asesinaran en el campo como a cualquier propietario rural. ¿Quizás podríamos fijar un encuentro para la próxima vez que esté en la ciudad?

Su sonrisa se formó contra el cabello de ella. Y aunque Cecilia no tenía miedo, comenzó a entrar en calor de forma inexplicable.

—Un caballero no molesta a una dama precisándole el momento de su asesinato —dijo él.

—Un caballero tampoco aborda a una dama por la noche a menos que trate de asesinarla o de casarse con ella.

—No la voy a asesinar en este momento —le murmuró al oído.

Ella se estremeció ante el cosquilleo de su aliento. Luego frunció el ceño.

—¿Qué diablos está sucediendo en casa de *Miss* Dole? —Una avalancha de luces se había encendido en la habitación de arriba, la que Cecilia creía que era la cabina de mando, y pudo sentir el aura temblorosa de la vieja magia del vuelo.

—La estamos robando —dijo el capitán Lightbourne—. Me temo que voy a tener que dejarla inconsciente para que no dé la voz de alarma. ¿Preferiría un enérgico golpe en la cabeza o que le aplique cloroformo? Este método es menos doloroso, pero algunas personas piensan que es bastante insinuante, y como usted es una dama de verdad, yo…

Ella se movió abruptamente, insertando su brazo bajo el de él, formando un ángulo para coger su abrigo y luego agacharse para pasarlo por encima de su hombro. Él cayó a sus pies con un gruñido y ella se giró para alejarse.

Había dado tan solo medio paso cuando él agarró el dobladillo de su vestido y tiró de él haciendo que ella se tropezara y cayera. Acto seguido él estaba rodando sobre ella hasta sentarse a horcajadas sobre su cintura de una manera muy poco caballeresca. Le tomó las muñecas y las fijó contra el suelo y le sonrió abiertamente a través de su cabello despeinado.

—Señor —dijo ella con frialdad—. Suélteme de una vez. No lleva guantes.

—*Miss* Bassingthwaite —respondió él—, le ofrezco mis más sinceras disculpas, pero no tengo la libertad para… dejarla en libertad. Y, sin embargo, no puedo mostrarme demasiado arrepentido por aprisionar su suave mano o querer deambular por sus ojos sin igual…

—¿Lo dice en serio? —Cecilia estaba completamente en *shock*—. Está citando a Keats de la manera más atroz. Además, la empuñadura de su daga se me está clavando en mi… mi sección media.

—¿La empuñadura de mi daga? —Esbozó una expresión de leve confusión que se derritió en una sonrisa tan perversa que Cecilia se ruborizó. Se miraron en silencio durante un largo momento. Su sonrisa desapareció, el corazón de ella comenzó a agitarse, él se inclinó dispuesto a besarla y ella le dio un rodillazo en la entrepierna.

—Ugh —grito él.

Ella se lo sacó de encima y se apresuró a ponerse de pie. Mientras él se retorcía, ella se recogió la falda.

—Discúlpeme —dijo y corrió hacia la puerta de *Mrs*. Rotunder.

Ned estaba de nuevo en pie cuando ella llegó a la puerta, pero no la persiguió; en cambio, corrió con evidente torpeza a través del campo hasta la casa de Petunia Dole. Cecilia golpeó con el puño la puerta de *Mrs*. Rotunder, pero fue en vano. Para cuando el mayordomo abrió la puerta y las damas fueron alertadas y salieron todas apresuradamente con sus espadas desenvainadas y las pistolas listas, la casa Dole estaba navegando hacia el este bajo un hechizo ondulante.

—¡Pero qué demonios! —exclamó *Miss* Darlington, observando el cabello desordenado y el rostro ruborizado de Cecilia—. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Mi casa —gimió Petunia Dole.

—Fue el capitán Lightbourne —explicó Cecilia.

—¿Quién? ¿El hombre sin casa? —Gertrude Rotunder preguntó sorprendida.

—¿Quién si no sería más apropiado para robar una? —razonó Essie.

—Creo que está trabajando para alguien —dijo Cecilia—. Hay otra casa, más allá del bosque, una construcción enorme —señaló ella, a pesar de saber que era grosero. Todas se giraron para contemplar la enorme sombra con puntas que se elevaba a la distancia, con una luz brillando en una ventana alta. La casa de *Miss* Dole volaba hacia allí.

—¡Northangerland Abbey! —exclamó Gertrude.

—¡Capitán Morvath! —Essie dio un grito ahogado.

Un murmullo sombrío se filtró en el grupo. Varias de las mujeres miraron con ojos expectantes a Cecilia, pero como ella no comenzó a gritar de miedo ante la repentina aparición del mentiroso, gótico, monstruoso y malvado de su padre, se miraron unas a otras. Un código sin palabras viajó a través de sus miradas.

—A sus timones, damas —gritó Anne, levantando su espada en alto—. Debemos darle caza.

—¡Vamos! —gritó alguien.

—¡Hurra! —otra más gritó… y luego añadió—: Oh, Petunia, lo siento, en verdad esto no tiene nada de emocionante.

Y las damas corrieron hacia sus casas de batalla.

Cecilia se dio la vuelta para dirigirse veloz hacia su hogar, pero *Miss* Darlington la agarró del

brazo:

—No podemos irnos sin nuestros abrigos —dijo y la arrastró hacia el vestíbulo de *Mrs*. Rotunder con una fuerza que contradecía su bastón y sus frecuentes quejas de estar demasiado débil para ir en busca de cualquier cosa, incluso cuando se encontraba al alcance de sus manos.

—Buen hombre —dijo chasqueando los dedos frente al mayordomo que estaba dirigiendo al personal hacia los puestos de combate. Él hizo una reverencia y, de inmediato, con el entendimiento instintivo de los mayordomos, fue a buscar los abrigos de las damas.

Mrs. Rotunder ya se había lanzado a su cabina de mando y los criados comenzaban a correr por todas partes cerrando las ventanas y apagando las velas. *Miss* Darlington, todavía sujetando el brazo de Cecilia, la miró de cerca.

—¿Te encontraste con este tipo, Lightbourne, o solo lo viste entrar en la casa de Pet? —le preguntó en un tono severo.

—Tuvimos una breve conversación —confesó Cecilia.

—Bastante animada, a juzgar por tu apariencia —dijo *Miss* Darlington, y Cecilia se ruborizó.

—Hubo un intercambio de pareceres.

—Ya veo. —La corta frase pareció ir acompañada del sonido de campanas, campanas de iglesia para ser precisos, y Cecilia contuvo la respiración. Era reacia a casarse con su asesino, a pesar de cuán encantadora fuera su sonrisa. Pero los ojos de *Miss* Darlington brillaron con una luz inesperada.

—¿Quién ganó?

—Me atrevo a decir que yo —respondió Cecilia—, pero como ahora él está huyendo con la casa de *Miss* Dole, me temo que sería exagerado por mi parte afirmar tal cosa.

—Shhh —dijo *Miss* Darlington—. Pet debería haber cerrado mejor su puerta. ¿Dónde está ese hombre con mi capa? Deberemos ir a por ella si no nos la trae… Ah, por fin —dijo cuando apareció el mayordomo—. Ahora rápido, Cecilia, no podemos perder ni un minuto.

Cogieron sus abrigos y salieron de la casa. A su alrededor, los edificios estaban elevándose en la noche. Incluso mientras *Miss* Darlington y Cecilia estaban de pie colocándose la capa y el abrigo (y las bufandas, boinas y guantes), la casa de *Mrs*. Rotunder se quejó en lo alto. *Miss* Darlington elevó una mirada de desaprobación hacia la ventana de la cabina de mando.

—Parece que alguien recitó mal la segunda estrofa del encantamiento —dijo—. Cecilia Patricia Bassingthwaite, tu garganta está demasiado expuesta. Ponte bien la bufanda.

Cecilia lo hizo y luego se ajustó de nuevo la boina para satisfacción de *Miss* Darlington, después de lo cual su tía dijo con urgencia:

—Vamos, querida, démonos prisa.

Caminaron bajo mansiones, casas unifamiliares y casitas de campo hacia su propio hogar, donde Pleasance estaba esperando en la puerta con un hacha de guerra.

—Si algún ladrón trata de pasar por encima de mí, señorita —dijo mientras se acercaban a ella—, lo convierto en fantasma. Así podrá ayudar a la Dama de Blanco a acechar la habitación de huéspedes.

—Muy bien —respondió *Miss* Darlington, cerrando la puerta detrás de ella y procediendo a desabrocharse y quitarse la capa que un minuto antes se había colocado tan cuidadosamente—. Ahora debemos apresurarnos para unirnos a la persecución. Todas a cubierta. Cecilia, quiero que

revises que las ventanas y puertas estén cerradas, luego pon la tetera. El té es vital en un momento como este. Y, Pleasance, lustra el sextante y el telescopio. No podemos aventurarnos a la persecución con instrumentos sucios.

Cecilia y Pleasance intercambiaron una breve mirada.

—¿No tenemos un poco de prisa, señorita? —se atrevió a preguntar Pleasance.

—¡Por supuesto! —respondió *Miss* Darlington en un tono estridente—. Cada minuto cuenta. Mucho azúcar con el té, Cecilia. Y tráemelo al salón. Descansaré los ojos antes de ponerme en marcha. ¿Sabéis? Son muchos los accidentes que tienen lugar debido a la fatiga visual.

—Sí, tía —murmuró Cecilia. Sabía que *Miss* Darlington estaba tratando de protegerla al no estar al tanto de la intención a largo plazo de Cecilia de dar caza a su padre y atravesarlo con una espada. Sin embargo, también sabía que, si su tía se enteraba de su plan, no habría objeción que valiera y Cecilia podría darse entonces con un canto en los dientes si la dejaban hacer volar su propio sillón, y podía olvidarse por completo de tener una casa propia. Por lo tanto, no discutía y hacía lo que su tía le mandaba. (Después de todo, el lema de la División de Damas Júnior de Wisteria era: «No es para nosotras razonar porque lo nuestro es tan solo ejecutar y, con suerte, la otra persona muere»).

—Trae también galletas —pidió *Miss* Darlington—. De jengibre. No pude comer nada en casa de Gertrude, nunca sabes si la gente limpia sus cocinas como corresponde o no. ¡Los peligros de un estómago revuelto nunca deben subestimarse!



Ned suspiró soñador mientras cojeaba a través de las habitaciones de la planta inferior de la casa de *Miss* Dole, llenando sus bolsillos con pequeños artículos de valor y tratando de ignorar el dolor que sentía en cierta parte de su cuerpo. Si Cecilia Bassingthwaite no lo hubiera lesionado, estaría teniendo una reacción bastante opuesta respecto del encuentro. ¡Ahí tenía su contundencia! ¡Ahí tenía su tez delicada! El fuego corría por las venas de Cecilia. Lo había sentido en el cuello, latiendo contra el cuchillo. Lo había sentido en el aliento de ella bajo él. ¡Ella tenía la brujería en sus labios… y en sus manos y rodillas!

Definitivamente en sus rodillas, pensó retorciéndose.

Lady Armitage tenía razón en querer que una mujer así fuera eliminada, aunque sus motivos eran del todo equivocados. *Lady* Armitage la consideraba tan solo un medio para un fin. Pero Ned comenzaba a sospechar que Cecilia era el meollo de la cuestión.

Uno de los lacayos entró en la sala jadeando:

—¡Nos persiguen, capitán!

Ned hizo una mueca cogiendo de la mesa un pequeño retrato enmarcado en ónix.

—Por supuesto —dijo. Era un retrato al óleo y su artista había tenido suficiente talento como para capturar la sonrisa salvaje de la mujer, pero no lo suficiente para reflejar la tristeza de sus ojos color cielo. Ned recordaba esos ojos, aunque había pasado una década desde que los había visto. Dudaba de que alguien pudiera olvidarlos. Los ojos de Cecilia eran de un color más suave, como

el corazón en calma en el centro de una tormenta.

A excepción de esta noche, tan solo por un momento, cuando estaba inclinado sobre ella y ella pensó en no detenerlo, entonces, se pareció a su madre, una princesa pirata, salvaje y malvada.

Ned guardó el retrato enmarcado en un bolsillo secreto de su abrigo.

—No nos atraparán —le dijo al lacayo—. Pero manda a alguien a preparar el cañón de la casa, por si acaso.

—¿Quiere que disparemos a mujeres?

Ned se rio incrédulo.

—¿Dónde te encontró Morvath?

—En los muelles, señor. Cañonero de la marina, pero el capitán me ofreció mejor sueldo.

—La marina. Bueno, eso es tan útil como un plumero en una lucha de espadas. Yo me encargo de los cañones. Asegúrate de que los criados estén cómodos.

—¿Cómodos…?

Ned frunció el ceño.

—No matamos criados, muchacho. No bajo mi mando. Cómodos de modo que no queden en un lugar en el que elementos pesados puedan caer sobre ellos si la casa gira bruscamente. Vamos. A ello.

El hombre salió diligente hacia la cocina, y Ned, cogiendo un farol, trotó escaleras arriba en busca del depósito de municiones. No tenía interés alguno en disparar contra esas mujeres; si lo hiciera, las inspiraría a devolver los disparos y algunas de ellas tenían excelente puntería porque habían participado en batallas desde mucho antes de que él naciera. Sin embargo, tampoco escaparía sin defenderse.

Encontró la artillería de *Miss* Dole en un cuarto con un empapelado cubierto de rosas y un conjunto de sillones y mesitas de té. Después de tratar de sortear el laberinto de mesas, se limitó a trepar sobre ellas. Abrió los postigos rosados, expandió la ventana hasta su máxima apertura y transportó el multicañón de fuego rápido hasta su posición. Las luces brillaban a la distancia: casas unifamiliares, mansiones y lo que parecía una casa de campo regordeta envuelta en vides participaban de una intensa persecución sobre los campos de Devonshire.

Ned verificó el depósito del cañón y vio que estaba cargado solo hasta la mitad. A la luz de su farol, hurgó en los estantes y encontró más munición en una caja incrustada con conchas marinas y cintas. Cargó el depósito, giró la manivela y disparó unas pocas rondas como aviso. El humo salió por todas partes. Tosiendo y maldiciendo, Ned dio un paso hacia atrás. Vio un abanico de encaje pintado en los estantes y lo utilizó. Momentos después, cuando el humo hubo desaparecido, espió por la ventana.

Las damas los estaban alcanzando.

—Maldición —dijo y arrojó el abanico a un lado. Disparó de nuevo apuntando a las chimeneas y, mientras los ladrillos explotaban en la oscuridad de la noche, hubo una batería de fuego contrario. La casa se ladeó para esquivarla y Ned se agarró del tambor del cañón para no resbalarse. Nada se cayó (por lo menos la casa tenía buena magia estabilizadora), pero luego se desvió en la dirección opuesta y él hizo una mueca.

El mareo en las alturas era un importante contratiempo para un pirata.

—Uno de estos días —juró mientras apretaba los dientes y comenzaba a apuntar el cañón una

vez más— voy a robar una hermosa casita de campo y navegaré por el distrito de los lagos, pescando mirlos y… —Tuvo una repentina visión de Cecilia Bassingthwaite en la cocina de esa casa, vestida de blanco, ruborizada, con el cabello despeinado, una tarta de mirlo en las *manos*, llamándolo para cenar. «Más hermosa y más tempestuosa que un día de verano», se dijo soñadoramente y, mientras la casa caía de nuevo en picado, se arrodilló y vomitó.

De repente, una fuerza de piedra y sombra reverberó a través de las estancias. La casa se quedó quieta, pero la sensación de movimiento continuaba y Ned se dio cuenta de que habían aterrizado en el tejado de Northangerland Abbey. Desde abajo llegaba el ruido de explosiones mientras los cañones de la abadía disparaban. Se limpió la boca con el dorso de la mano, se puso de pie y miró por la ventana.

Una casa con el techo en llamas estaba precipitándose hacia el suelo. Otras dos la seguían, forcejeando con ganchos que salían de sus ventanas en un esfuerzo por atraparla y aminorar la velocidad del descenso. Las restantes perseguidoras estaban replegándose y Ned respiró hondo, aliviado.

Una campanilla repicó melodiosamente mientras la puerta de entrada de *Miss* Dole se abría. Ned cerró los ojos, sabiendo lo que venía a continuación.

—¡Lightbourne!

El capitán Morvath estaba a bordo.

Trepando de regreso sobre sillones, haciéndose camino a través de mesitas redondas, fue al encuentro del pirata de piratas.

Morvath estaba de pie en el vestíbulo de Dole, vestido de negro como un vampiro o un cantante de ópera; sostenía un huevo de mármol dorado a la altura de los ojos.

—Terrible trabajo —dijo.

—Mis disculpas —respondió Ned, inclinándose en señal de excusa.

Morvath sonrió con desprecio:

—Me refiero al huevo. Parecería lo bastante bueno para el ojo no experto, pero en realidad es una mera réplica del genio de Fabergé. Ha traído la casa hasta aquí intacta. Bien hecho.

—Gracias.

—¿Y Cecilia?

—Escapó de mis garras.

—Sus garras, ¿eh? —Morvath lo miró; Ned le devolvió la mirada sin pestañear. Hubo un momento tenso a continuación.

Luego Morvath se rio. Arrojó al aire el huevo y lo dejó caer en el suelo lustroso. El supuesto mármol se destruyó en miles de pedazos de arcilla.

—Mentiras baratas. Nada sino «trampas y artimañas del temperamento para atraer a los irreflexivos hacia su propia destrucción». Branwell Brontë dijo eso, ¿lo sabía? —(El hecho de que en realidad fuera Anne Brontë quien lo dijera nos cuenta prácticamente todo de lo que necesitamos saber sobre Patrick Morvath)—. Su sabiduría le permitía adaptarse a cada ocasión. Que yo haya heredado su brillantez prueba que Dios está de mi lado y que mi misión de restaurar Inglaterra al gobierno superior de los hombres es divina.

Pisó los fragmentos del huevo de arcilla con las botas y se acercó a Ned rebuscando en su abrigo a medida que se aproximaba. Ned no se movió, aunque su mente trabajaba a destajo para calcular su última oportunidad para extraer el cuchillo de su manga y apuñalar a Morvath si fuera

necesario.

Pero Morvath tan solo extrajo un relicario, que mostró a Ned mientras, al mismo tiempo, le pasaba un brazo por los hombros.

—¿Ve esto? ¿Sabe quién es?

Ned estudió el retrato en miniatura de la mujer. Se correspondía con el que había encontrado en la sala de estar de *Miss* Dole y que ahora llevaba en el bolsillo del abrigo.

—Sí —dijo.

—Mi bella Cilla. Era el más perfecto ejemplo de feminidad y mía, toda mía. —Su aliento apestaba a *whisky*, pero Ned no se atrevió a tomar distancia. Cuando estaba ebrio, el Capitán se volvía todavía más egocéntrico en su actitud hacia la realidad y más de un hombre había muerto por dar un paso que, según Morvath, iba en la dirección equivocada. Ned todavía no estaba tan seguro de cómo alguien con una mente tan retorcida se las ingeniaba para mantener en vuelo un edificio tan grande como la abadía cuando incluso las verdades más simples parecían estar fuera de su alcance.

—Nunca perdonaré a esas mujeres Wisteria por mi pérdida —continuó Morvath, ilustrando sin querer el punto de vista de Ned—. Si no hubieran hecho que el corazón de Cilla se volviera en mi contra con sus ideas venenosas acerca de los derechos y la dignidad de las mujeres, sé que ella nunca me hubiera abandonado. Pero no son solo ellas. Incluso mi propia madre pensó que podría tratarme como a un don nadie y deshacerse de mí, aunque la sangre de genios corre por mis venas. ¡Genios! Usted lo sabe, ha leído mis poemas.

—Sin duda.

—Las mujeres me quitaron el nombre, el corazón, el amor. Bueno, para cuando hayamos ejecutado nuestro plan, ni la Sociedad Wisteria, ni la reina ni ninguna maldita mujer inglesa tendrá nada, salvo lo que yo me digne a darles.

—Sí, señor —respondió Ned, como se esperaba de él.

—O usted morirá tratando de conseguirlo.

—Entendido —respondió Ned.

Morvath se rio, dándole palmaditas en la espalda.

—Bueno. Ahora pasemos a la fase tres de nuestro plan. ¿Está listo?

—Más de lo que se imagina —respondió Ned agregando un «bastardo» para sus adentros.

«Tanto literal como vulgarmente», añadió para sí y trató de no reírse.

Morvath cerró de un golpe el relicario y lo sostuvo contra su pecho.

—Oh, Cilla —gimió—. Para siempre mi más querido fantasma. Duele insoportablemente que me hayan separado de ti.

«Entonces, a lo mejor no debería haberla matado», comentó Ned para sí mismo.

—Vamos, muchacho —dijo Morvath, guardando el relicario de nuevo—. Vamos a quemar el mundo.



7

TÉ – EL EQUIPO DE UNA DAMA QUE PASEA – UNA RECETA EXÓTICA – EL EJEMPLO DE MARY SHELLEY – LAS OBSERVACIONES DE MISS BROWN – UNA ESCARAMUZA (DE MENTIRA) – EL GRAN PELIGRO – CECILIA BUSCA ORIENTACIÓN – UNA ESCARAMUZA (REAL) – ¡CALAMIDAD!

Si una mujer tomara té con todas las fuerzas de su endeble ser, no podría tomar tanto en ochenta años como *Miss* Darlington hizo durante la semana siguiente. Había una rutina diaria que mantener: té, y té con pastas, y una taza rápida, y un té medicinal, y té antes de ir a dormir, etcétera; pero también había una interminable cantidad de té ingerido en varias casas con otras damas de la Sociedad Wisteria mientras planeaban estratégicamente una respuesta a la piratería de Morvath. El viernes por la tarde fueron incluso a tomar té a un pequeño salón de té de Ottery St. Mary donde los manteles eran rosados y las cucharas eran dignas de ser robadas.

En esa ocasión, *Miss* Darlington, Cecilia y Pleasance caminaron hacia el pueblo acompañadas de Olivia Etterly, una dama de cuarenta años (y algunos más que no reconocería) que era conocida por haber hecho llorar alguna vez a lord Byron. *Miss* Darlington hizo el trayecto sentada bajo una sombrilla en una silla pavo real de mimbre con ruedas empujada por Pleasance. Mientras se desplazaban, se abanicaba para proteger sus pulmones de las enfermedades causadas

por la poda de plantas y, a intervalos regulares, advertía a Cecilia acerca de la brisa («no respires demasiado porque se te enfriará el corazón»), un gorrión que sobrevolaba («son ratones alados, lo sabes») y los peligros de caminar demasiado rápido («¡ay de mí, disminuye la velocidad, te romperás el tobillo con ese paso desmedido, querida mía!»). Pleasance continuaba mirando hacia atrás porque le preocupaba dejar la casa. De hecho, antes de disponerse a salir, había tenido una acalorada discusión acerca de este tema con las damas piratas y los monstruos que habitaban en su cabeza.

—La robarán —había dicho Pleasance llorando, con el cabello despeinado, las manos agarradas a las balaustradas mientras las damas trataban de convencerla de salir con ellas.

—Morvath nunca se atrevería a llevarse mi casa —había replicado *Miss* Darlington.

—El fantasma de la Condesa sangrienta me ha advertido de lo contrario.

—Los fantasmas no son reales —le había asegurado Olivia Etterly con la autoridad de una mujer que había matado suficientes personas como para saberlo.

—La condesa me dijo que usted diría eso —se lamentó Pleasance.

Olivia miró a *Miss* Darlington, quien se encogió de hombros.

—Es una cocinera increíble —explicó *Miss* Darlington—. Vale la pena aguantar algunas excentricidades por el bien de su pollo asado.

Olivia dio una palmadita en el brazo de Pleasance.

—Tu pasión es un bien muy preciado por tu señora, querida. Mandaré a mi marido a hacer guardia. Fue pirata y mantendrá su casa a salvo.

—Pero ¿qué hay de tu casa? —preguntó *Miss* Darlington (más preocupada porque *Mr*. Etterly pudiera toser sobre sus muebles o usar su taza favorita).

—Cualquiera que pueda burlar a mi tigre mascota, merece robarla —dijo Olivia.

Y así *Mr*. Etterly cruzó el umbral de la casa con sus zapatillas y bata de fumar, equipado con una provisión de álbumes de recortes para pasar la tarde mientras las damas estaban afuera. *Miss* Darlington no toleraría ninguna otra objeción. Una excursión era vital para la salud mental de Pleasance. Además, alguien tenía que llevar los abrigos, sombrillas, medicinas, dagas de reserva, monedas, pañuelos y sales que una dama necesitaba para cualquier paseo vespertino. A ello se sumaba empujar la silla de ruedas, con lo cual Pleasance iba tan cargada que, aunque su salud mental podría haberse beneficiado de la excursión, su salud física estaba ahora en considerable peligro.

En algún punto en su trayecto se encontraron con *Miss* Fairweather y *Miss* Jane Fairweather, que también se dirigían al pueblo a tomar el té. Ambas vestían ropas sencillas, porque, al no tener hogar, se habían visto forzadas a pedir prestadas ropas de otras damas de la Sociedad hasta que pudieran robar algunas. El vestido de *Miss* Fairweather solo tenía cinco flecos en el canesú y el armazón de la cintura no medía más de cuatro pies de ancho. Jane vestía de marrón. En contraste con el conjunto a la moda de Cecilia de color celeste y crema, el aspecto de Jane era muy deprimente.

A Cecilia le hubiera gustado vestir toda de marrón, pero a *Miss* Darlington le gustaba que se pusiera ropa elegante «por el bien de los niños que se mueren de hambre en Bethnal Green», quienes presumiblemente recibirían alimento espiritual (tan nutritivo como una sopa o un guiso) del estilo de Cecilia, si tan solo pudieran verla.

—Qué buena idea la tuya de tomar el té en el pueblo —dijo Olivia a la mayor de las Fairweather.

—Sí, aunque espero que ninguno de los lugareños tenga fiebre tifoidea —agregó *Miss* Darlington.

Las mujeres de más edad se entregaron al tipo de conversación agradable acerca de la fiebre gastrointestinal y a otros rigores de la vida de granja que solo las damas acomodadas de ciudad pueden entablar. Jane y Cecilia intercambiaron miradas hasta que la primera sacó su libro de poemas de batalla y leyó en penetrante silencio.

Cecilia sonrió. No es que tuviera un interés especial en hablar con Jane. Estaba demasiado ocupada con sus propios pensamientos. Una y otra vez se esforzaba por analizar su último encuentro con el capitán Lightbourne. Él solo recuerdo de esas manos sin guantes agarrándola de sus muñecas le causaba el mismo rubor incluso tras todos estos días. ¿La habría infectado de alguna forma con una dolencia a través del tacto? ¿Y por qué él, en apariencia el asesino contratado por *lady* Armitage, había estado robando casas en nombre del capitán Morvath? Esa pregunta le hacía fruncir el ceño con desconcierto y rápidamente ladeó la sombrilla para que actuara como escudo, puesto que una verdadera dama no hacía una exhibición tan excesivamente vulgar de sus emociones en público.

—Hola. —Se escuchó la voz de una mujer y todas se giraron para ver a Anne Brown surgir de detrás de un matorral a la vez que se acomodaba las faldas—. Estaba justo yendo a ver a mi tía —explicó y todas bajaron educadamente las miradas frente a ese atrevido eufemismo.

—¿Estás sola? —preguntó Olivia.

—Oply se adelantó con Tom Eames, loco por visitar el cementerio del pueblo «debido a razones literarias», algo acerca de Mary Shelley, que es una autora, según me cuentan. Me pareció una actividad lo bastante completa en su conjunto; por lo tanto, les permití ir sin supervisión. ¿Quizás te gustaría ir con ellos, Cecilia?

Tratando de adivinar cómo el ejemplo de Mary Shelley podría inspirar a un niño y una niña a visitar el cementerio sin supervisión adulta, pero sin querer instruir a la abuela de la niña al respecto, Cecilia rechazó la oferta en voz baja. El grupo siguió camino al pueblo.

—¿Cómo va *Mrs*. Eames con las reparaciones de su casa después de que ese espantoso Lightbourne le disparara? —preguntó *Miss* Darlington.

—Poco a poco —respondió *Miss* Brown—. Las goteras del techo se han reparado y la casa consiguió flotar a unos cuatro pies de altura esta mañana, desplazándose media milla en nuestra dirección hasta que una vaca tozuda la detuvo. El mayor problema es que Thomasina ha perdido la voz debido al humo, y la casa solo responde a sus órdenes.

—Pleasance tiene un remedio de miel y jengibre para el mal de garganta, ¿no es cierto, querida? —dijo *Miss* Darlington.

—En realidad es una crema para alejar a los vampiros de los cuellos de vírgenes inocentes —dijo Pleasance—, pero *Mrs*. Eames puede probarlo si así lo desea.

Un silencio incómodo se instaló en el grupo, pero Olivia lo rompió para decirle a *Miss* Brown:

—Es muy cristiano por tu parte dar cobijo al hijo de Thomasina en estos momentos.

—A una le gusta hacer su deber cada vez que sea posible. Y Tom es un buen muchacho. Él y

Oply se llevan bien, bueno, como una casa en llamas, ja, ja.

—Ja, ja.

—Ayer se ofreció a ayudarla con sus deberes de matemáticas. Pasaron toda la tarde encerrados en la biblioteca, repasando a conciencia la multiplicación. Y anoche me pareció escuchar a Oply gritar, fui directa a su habitación y solo me encontré a Tom en pijama ante la puerta. También había escuchado ruidos, dijo, y corrió a ver si ella estaba a salvo. Debió de haber corrido espantosamente rápido para llegar allí antes que yo, si consideramos que su habitación está en el piso de arriba. De hecho, el esfuerzo se notaba en su rostro sonrojado. Un joven tan distinguido y honrado.

—Por Dios, Cecilia, ¿estás bien? —preguntó *Miss* Darlington alarmada mientras la joven comenzaba a toser.

—Sí, gracias, tía. —Cecilia se las ingenió para articular a través de la tos—. Debo de haberme tragado una mota de polvo.

Miss Darlington frunció el ceño.

—Sabía que fue era mala idea que fueras tan lejos caminando.

—Estoy bien, en serio —dijo Cecilia, pero *Miss* Darlington no lo creía en absoluto.

—Cecilia es muy delicada —explicó.

Las Fairweather, Olivia y *Miss* Brown asintieron con la mirada. Cecilia permanecía de pie impasible mientras la examinaban de arriba abajo. Haber crecido con una docena de tías honorarias acostumbra a una joven a tales inspecciones.

—No es muy parecida a su madre —dijo *Miss* Fairweather con una voz contrariada.

De reojo, Cecilia vio a Olivia y a *Miss* Brown hacer la señal de la cruz.

—Me alivió ver que no te uniste a la persecución hacia Northangerland Abbey, Jem —agregó *Miss* Brown—. Imagina si Morvath la hubiera atrapado.

Jane emitió un pequeño sonido que no podía haber sido una risita por lo bajo, porque cuando Cecilia la miró, estaba de nuevo inmersa en la lectura de su libro. Le pareció a Cecilia que, si después de todo el capitán Lightbourne resultara no ser un traicionero esbirro de su padre, sino un inocente asesino, podría contratarlo para intentar matar a Jane Fairweather con ese librito de poemas de guerra.

—Cecilia nunca caerá en manos de Morvath —declaró *Miss* Darlington cerrando de golpe su abanico—. Tampoco será como su madre, que sucumbió a los dudosos encantos de un pirata atractivo y misterioso solo porque este tenía una espada sofisticada y le recitaba poesía. ¿Vamos a tomar el té o no?

Pleasance comenzó a empujar la silla de ruedas con fuerza a lo largo del camino, levantando suficiente polvo para hacer que todas tosieran si tenían tendencia a hacerlo. Olivia y *Miss* Brown miraron con ojos desenfocados hacia la media distancia, sin duda imaginando sofisticadas espadas; *Miss* Fairweather siguió mirando por encima del hombro como si esperara que Morvath apareciera de repente en cualquier momento; Jane leía y Cecilia, por su parte, estaba tan concentrada en no recordar el atractivo rostro y la sonrisa encantadora del capitán Lightbourne que el grupo llegó a El Viejo Marino, el salón de té situado en el corazón del pueblo de Ottery St. Mary, en lo que le pareció un abrir y cerrar de ojos.

En el sendero que llevaba al salón de té se encontraron con Essie y su marido, Lysander, cada

uno con un niño a sus espaldas. Los habían presentado hacía unos años mientras escapaban por el túnel de una prisión turca y se les conocía como la pareja casada más feliz de la Sociedad, para lamento de muchas que creían que Essie, de huesos finos y cabellos negros, sería particularmente apta para llevar un elegante traje de luto.

—«Se reúnen los invitados, la fiesta ha comenzado» —les dio la bienvenida Lysander, haciendo sonreír a Cecilia. Las otras damas miraban sin comprender, porque no estaban familiarizadas con el poema más famoso de Samuel Coleridge. Lysander le guiñó un ojo a Cecilia (porque él casi había olvidado ser Lysander el Salvaje bajo el lustre del matrimonio, la paternidad y la villanía rutinaria)—. Hemos estado explorando y ahora estamos recuperando el aliento antes de entrar en la contienda.

Ante esto, los niños, siendo jóvenes piratas bien educados, gritaron:

—¡Leven las anclas! —Y esgrimieron espadas de madera de una forma exuberante. *Miss* Brown, que nunca eludía una oportunidad educacional, desenvainó rápido su propia espada de la funda escondida entre sus faldas.

—*En garde* —gritó, para ofensa de la sensibilidad de *Miss* Darlington. «Una dama no debería hablar francés en la calle», advirtió a Cecilia, aunque Cecilia no había dicho nada y comenzó la escaramuza de mentira. Los niños, dirigiendo a sus padres como si fueran casas de batalla, se reían tontamente. Olivia trató de confundirlos con el golpe de su abanico, *Miss* Fairweather gritó indicaciones y *Miss* Darlington, frunciendo el ceño, plegó su sombrilla y la clavó como una bayoneta envuelta de cintas en las piernas de los participantes.

Pleasance aprovechó para acercarse a Cecilia y murmurarle al oído:

—¿Está usted bien, señorita?

—Muy bien, querida —dijo Cecilia—. Fue tan solo un poco de polvo.

—Quiero decir acerca de su madre asesinada y su malvado y horrible padre —dijo Pleasance y, luego, se ruborizó mientras veía los ojos de Cecilia muy abiertos—. Disculpe, señorita, no debí decir eso, ¿no es cierto? Lo lamento mucho, a veces los malos espíritus se apoderan de mi voz y no puedo detenerlos. Quise decir «su queridísima difunta madre».

—No te preocupes —murmuró Cecilia y sorprendió a Jane poniéndole mala cara antes de regresar a la lectura de su libro.

Cecilia se adelantó para abrir la puerta del salón de té. Una campanilla sonó y el perfume de *scones* recién horneados le llegó del salón. Cecilia miró hacia adentro a lo que parecía ser un delirante sueño impresionista. Fruncidos, pliegues, moños, plumas, cintas, pieles, flores falsas (y los rostros pálidos del personal del salón de té) le informaron de que el resto de la Sociedad Wisteria ya había llegado.

—Tía —dijo, haciéndose a un lado y gesticulando de modo que *Miss* Darlington pudiera precederla. El grupo entró en el salón de té.

Lo que quiere decir que cerraron las sombrillas, envainaron las espadas, desembarcaron los padres, establecieron el orden de entrada, buscaron el ángulo para hacer entrar de la silla de ruedas, se disculparon por cualquier inconveniente entre ellas, se agradecieron por cualquier asistencia y, luego, entraron en el salón de té.

—¡Tierra a la vista! —gritaron los niños.

—¡Tierra a la vista! —respondió la multitud. Tazas de té, tenedores de tarta y pistolas se

elevaron en señal de saludo. El personal se escondió.

—Cecilia, querida —dijo *Miss* Darlington mientras esperaba que el marido de Essie le consiguiera un asiento en la larga mesa—, ¿por qué no vas a ver si el salón de té tiene una biblioteca? Estoy segura de que te parecerá tediosa la conversación de señoras mayores acerca de lociones reafirmantes, anteojos a prueba de balas y las mejores armas para cuando se tiene artritis. Pleasance puede atender mis necesidades.

—¿Una biblioteca en el salón de té del pueblo?

—Vale la pena investigar. Quizás tengan novelas chispeantes acerca de, eh, la tarta de la Reina Victoria. En realidad, esta no es una reunión para gente joven.

Cecilia vio a los niños trepar por las sillas para llegar mejor a los platos de tarta. Jane Fairweather estaba sirviendo té para su abuela.

Claramente, *Miss* Darlington quería deshacerse de ella durante la reunión y estaba dispuesta a usar cualquier excusa.

A Cecilia no le sorprendía. Cada vez que alguien había tratado de hablar acerca de Morvath esta semana, *Miss* Darlington la había hecho salir de la habitación para hacer trámites irrelevantes. Había buscado más pañuelos, tazas de té, copas malditas, cajas de rapé y chales de los que había en la casa Darlington. Más de una vez, había escuchado a las damas murmurar «no hablen de él frente a la pobre niña, se verá afectada» y había luchado por reprimir una sonrisa.

De hecho, apreciaba que la mantuvieran en la ignorancia, porque eso significaba que las damas, a su vez, ignoraban los planes de ella. En una copia secreta de *Agnes Grey*, escondida bajo el colchón de su cama, había notas escritas sobre sus innumerables planes de parricidio. Cada noche los repasaba, agregaba ideas, esbozada diagramas y trataba de recordar una espada que caía y una mujer que gritaba «corre» hasta que su pluma se volvía una daga que rebanaba varias páginas del libro.

Una vez que Morvath estuviera muerto, la Sociedad Wisteria no debería ya susurrar para protegerla o enviarla fuera de la habitación para que no se angustiara. Le darían el mejor lugar en la mesa de té.

Además, en realidad, nada nunca la perturbaba, a no ser ese encantador y atractivo, eh, es decir descarado y totalmente deplorable, capitán Lightbourne.

Y quizás la sonrisita de Jane Fairweather, que se dirigía a ella de nuevo. Cecilia se recuperó de la ensoñación y le devolvió una mirada fría.

—¿Por qué Cecilia no visita la biblioteca del pueblo? —sugirió Jane.

—Oh, no, querida —dijo la mayor de las Fairweather—. No podría dejar que caminase sola y —aquí su tono se volvió más oscuro— sin supervisión.

Miss Darlington sacudió una mano para quitarle importancia.

—Cecilia tiene veintiún años, es lo suficientemente mayor como para salir sola.

Cecilia abrió la boca como para recordarle a su tía que tenía diecinueve, pero la cerró de nuevo en silencio. Le habían dicho que Chanters House en Ottery St. Mary tenía una magnífica biblioteca privada, en la que quizás podría conseguir una nueva copia de *Cumbres borrascosas*. El único defecto en este plan era que podría cruzarse con Constantinopla y Tom imitando a Mary Shelley en la tumba. Una dama no quería que su sensibilidad se alborotara de camino a robar una biblioteca.

—Solo si estás segura —respondió con toda la debida vacilación, pero sus pies ya la llevaban de regreso a la puerta.

—Totalmente segura —respondió *Miss* Darlington. Jane asintió alentándola, a pesar del ceño fruncido de *Miss* Fairweather. De reojo, Cecilia percibió que Anne Brown estaba abriendo un plano de Northangerland Abbey sobre la mesa entre los platos de minisándwiches y rollos de espárragos. Algunas habían hundido sus dagas en él. Cecilia dio otro paso hacia atrás.

—Se te ve muy pálida —dijo Jane—. Sal un poco, toma algo de sol.

—Pero… —comenzó a decir *Miss* Fairweather.

—Excelente idea —interrumpió *Miss* Darlington—. No olvides llevar el sombrero y usar la sombrilla y, hagas lo que hagas, no te quites los guantes. Recuerda el Gran Peligro, querida.

Al escuchar esa frase, la mitad de las presentes se quedó callada, incluyendo la monstruosa Millie, que llevaba un monóculo en su ojo sin parche, y Bess la Sabuesa, cuya sonrisa amplia parecía extenderse hasta su oreja izquierda debido a una cicatriz que recibió cuando trató de robar la piel de una zarina rusa. Cecilia se sintió como una niña a la que le estaban preguntando la lección.

—Pecas —recitó y las damas asintieron con satisfacción.



Así fue como Cecilia se encontró libre una agradable tarde cerca de una biblioteca pública, de una famosa biblioteca privada, de dos confiterías y de un museo. El hecho de que tuviera que agradecerle a Jane Fairweather por ello era la parte más extraordinaria. Pero Cecilia no le miraba los dientes a caballo regalado (aunque había leído suficiente historia como para no confiarse). Cruzó la calle mientras abría la sombrilla…

Y luego se detuvo, extasiada por la libertad. ¿Adónde iría en primer lugar?

Una mujer de negro pasó caminando con un objeto envuelto que tenía la longitud aproximada de una batidora o de un rifle.

—Disculpe —dijo Cecilia y la mujer se detuvo—. ¿Podría indicarme cómo llegar a Chanters House?

—Lo siento —respondió la mujer—. No soy de aquí. —Sin añadir nada más, apoyó el paquete contra el hombro y cruzó la calle hacia el salón de té.

—Creo que es en esa dirección —dijo un caballero que pasaba, inclinando la cabeza hacia el noroeste. Cecilia se vio atrapada entre la gratitud, la alarma de que un hombre desconocido le hubiera dirigido la palabra, y el desconcierto de que llevara un timón bajo el brazo.

—Gracias —dijo ella y él alzó el sombrero educadamente antes de cruzar la calle.

Miró hacia la dirección en que el caballero le había indicado preguntándose si no sería más inteligente preguntar a un comerciante que le diera indicaciones más precisas. Sus opciones inmediatas eran limitadas: un sastre de caballeros, un carnicero y un vendedor de revistas populares. Claramente, la única tienda en la que podría entrar sin dañar su reputación era la carnicería, pero no le gustaba la atmósfera de violencia que se respiraba en un lugar así. Estaba

dándose la vuelta para ver qué más podría encontrar cuando una mujer casi chocó con ella. Cecilia buscó por instinto su pistola escondida antes de recordar que estaba rodeada de civiles inocentes.

—Mira por dónde caminas —la regañó la mujer, que luego se apresuró a cruzar la calle, extrayendo un cuchillo de su manga mientras continuaba su camino. Otra mujer con un sable se cruzó con ella y se saludaron con la cabeza antes de continuar en dirección al salón de té. Cecilia miró hacia las tiendas sopesando hacer una visita a la pastelería que se veía más allá, donde quizás podría pedir indicaciones y al mismo tiempo comprar algún mantecado.

Tres hombres grandes con abrigos negros, cada uno portando armas, daban zancadas hacia el centro de la calle. Los peatones se apresuraron a irse. Cecilia miró su reloj de bolsillo. Una y media. Quizás tendría tiempo suficiente para visitar el museo de la ciudad cuando regresara de la biblioteca. Últimamente había estado buscando un plato de plata pequeño en el que colocar sus aros y los museos a menudo tienen hermosas piezas inadecuadamente custodiadas.

Contenta con este plan, volvió a guardar el reloj de petaca, se estiró los guantes, cerró la sombrilla, sacó la pistola de un bolsillo adornado con encaje y se dio media vuelta bruscamente.

Con dos disparos rápidos alcanzó a uno de los hombres en medio de la calle e hizo que los otros escaparan. Luego giró para clavarle el filo de la sombrilla en el brazo a una mujer que se abalanzaba detrás de ella con una espada. El carnicero cerró de un portazo, el sastre bajó las cortinas y, mientras Cecilia se dirigía hacia el salón de té, descubrió con alivio que la población civil había escapado. No había nada peor que tener que gritarle a la gente que corra, algo realmente muy descortés.

Arrojando a un lado su sombrilla empapada de sangre, extrajo un pequeño revólver de su cinturón y disparó hacia la pistola de los dos hombres restantes justo cuando llegaban al salón de té. Una bala rozó el brazo de uno, pero fue demasiado tarde. El Viejo Marino estaba comenzando a levitar. Ambos hombres se lanzaron a través de la puerta abierta y la cerraron de golpe detrás de ellos, y el edificio se elevó con brusquedad.

Cecilia pensó en disparar a la ventana para desestabilizar la magia, pero decidió que sería demasiado arriesgado para las piratas inocentes que había en su interior. No le quedaba más remedio que estar allí de pie en la calle sin poder hacer nada, cargada de armas y arrepentimiento, mientras el salón de té secuestrado era dirigido hacia arriba y lejos de Ottery St. Mary.

Toda la Sociedad Wisteria había sido secuestrada mientras tomaban té con *scones*.

—¡Qué desgracia! —murmuró Cecilia. Parecía que no tendría oportunidad de visitar biblioteca de Chanters House en un futuro cercano.

—¡Ayyyyy! —gritó alguien con furia detrás de ella. Al darse vuelta, le disparó a la mujer que esgrimía una espada cuando trataba de atacarla una vez más. La bala impactó en la pierna de la mujer, haciendo que cayera al polvoriento suelo de la calle. Cecilia la miró un momento mientras gritaba y se retorcía de dolor. Luego fue a golpear a la puerta de la carnicería.

—Váyase —gritó el carnicero desde adentro—. Tengo cuchillos y no temo utilizarlos.

—Eso es exactamente lo que necesito —respondió Cecilia—. ¿Puedo pedirle su servicio? Hay dos hombres con heridas de bala aquí afuera. Ninguna es de gravedad, pero requieren tratamiento médico. ¿Sería tan amable de asistirlos? Debo apresurarme.

—¿Qué? ¿Usted quiere que yo haga qué?

—Entiendo que los carniceros tienen habilidades quirúrgicas. Gracias, señor, por su ayuda, es

de muy buen vecino.

—Pero eso es tan solo un mito acerca de los carniceros. Ni siquiera puedo serrar de forma eficaz los huesos de una vaca.

—Y, sin embargo, he visto que usted tiene un hermoso local; entonces, debe ser inteligente y trabajador. Dejaré a los heridos en sus hábiles manos.

—¿Usted quiere que salve las vidas de dos piratas a los que usted disparó?

—Sí. Se lo agradezco muchísimo. —Cecilia dio un paso hacia afuera y, luego, después de pensárselo un poco más, regresó frente a la puerta—. Tan solo, quizás… le sugeriría que no llevara puesto nada de valor mientras los ayuda. Tenga un buen día, señor, mis saludos a su esposa; bueno, si es que tiene una, claro.

Enfundando sus armas y levantando sus faldas, se apresuró a través de la ciudad y a lo largo de senderos bordeados de arbustos hacia el campo distante donde las casas de la Sociedad Wisteria esperaban a sus dueñas que no regresarían por un tiempo… si es que alguna vez lo hacían.



8

GRAN ROBO DE DOMICILIOS – MANÁ DEL CIELO – EL CAPITÁN MORVATH EXPLICA AL CAPITÁN LIGHTBOURNE LO QUE ES SER UN CAPITÁN – UNA MEDUSA LLORONA – FANTASMAS DEL PASADO DE CECILIA – MÁS MANÁ – GLOBOS AEROSTÁTICOS – SE VUELVEN A ENCONTRAR – DESENMASCARAN AL CAPITÁN LIGHTBOURNE (DOS VECES) – UN DUELO QUE TERMINA EN UNA EXPLOSIÓN – CECILIA ABANDONA EL CAMPO

¡La amabilidad! ¡Cuánto más potente que la fuerza! El capitán Morvath sabía que esto era así y contaba con que, mientras la Sociedad Wisteria podía resistir su cólera si se lanzaba al campo de batalla con toda la fuerza de su arsenal, se volverían dóciles a su allanamiento de morada subrepticio. Por lo tanto, mientras El Viejo Marino estaba siendo secuestrado de una forma rápida y dramática, en el campo de fresas, los caballeros, criados y el tigre, alertados por un ataque frontal, no se dieron cuenta de que esbirros de Morvath estaban tomando sus puertas y ventanas, deslizándose sin ser vistos y susurrando el encantamiento de vuelo bajo las escaleras y detrás de las cortinas. Para cuando las familias se dieron cuenta de que habían sido abducidas, había poco que pudieran hacer.

Mr. Rotunder y su informal tropa de criadas trataron de repeler a sus enemigos, pero la casa acabó chocando contra un establo cerca de Buckerell. La tripulación de Morvath fue derrotada, pero la casa acabó volcando, y *Mr*. Rotunder requirió de un ojo de vidrio y varios dientes de madera para agregar a su colección de partes del cuerpo de reemplazo. Por lo tanto, la familia no tuvo ningún otro papel en el drama que se avecinaba y, en su lugar, tuvo su propio *spin-off*. En él reorientaban la casa con mucha hilaridad, arreglaban el establo y pasaban un buen rato con los caballeros del lugar, frustrando un robo en la taberna local (para luego robarla ellos) y disfrutando de huevos y tocino todas las mañanas gracias al servicial granjero y su esposa, que precisamente habían estado diciendo el día anterior que el establo necesitaba un nuevo techo, y que dieron gracias al cielo por estos acontecimientos.

Las otras familias se rindieron astutamente y, desarmadas, fueron conducidas al dominio secreto de Morvath en las profundidades de Blackdown Hills.

Ned observó tales actos de piratería al pie de una encina donde se había apostado como supervisor y donde se sentó a beber vino de una botella y reírse para sus adentros de vez en cuando. Había sido todo tan fácil. Teniendo en cuenta que estas personas eran ladronas profesionales, sus defensas antirrobo eran patéticamente inapropiadas.

A Ned le hubiera gustado estar involucrado en el secuestro de El Viejo Marino para asegurarse de que se producía sin incidentes, pero Morvath le garantizó que su topo dentro de la Sociedad Wisteria lo tendría todo bajo control, que reduciría a las damas con una poción para dormir en el té, que aseguraría el edificio y lo trasladaría; y cuanto más argumentó Ned, más sospechó Morvath.

—¿No es usted mi empleado? —preguntó el capitán—. ¿No es su papel hacer todo lo que le ordeno?

—Por supuesto —mintió Ned con aparente calma—. Pero en cuanto a su hija, pensé…

—Pensó.

—… que tenía que…

—Traérmela hace tiempo. Sí. Me cansé de esperar. Ahora la tengo a ella y también tengo a toda la Sociedad Wisteria, de un plumazo. Así es como un verdadero capitán hace las cosas.

—Soy un verdadero…

—Quiero decir un capitán con una abadía, no con una casa que está en el fondo del mar.

—De hecho, todavía está en la playa.

—Hecha pedazos como lo estará usted si no me obedece, Edward. Pero no soy cruel. No soy despiadado. Después de que haya torturado y asesinado a las damas de Wisteria, estaré más que dispuesto a darle una de sus casas como recompensa por sus servicios.

—Gracias —dijo Ned con la gratitud apropiada.

—Y recibirá el honor de una invitación al casamiento de Cecilia, aunque tendrá que contratar un sastre decente.

—¿Cecilia se va a casar? —Ned inspeccionaba una mancha en la uña de su pulgar como si fuera más importante para él que la respuesta a esa pregunta.

—Sí. Tengo en mi casa al heredero de Bassingthwaite…

—¿Su primo?

—Sí. Frederick es una medusa llorona, pero al casarse con Cecilia, ella será la dueña de Starkthorn Castle, la mayor finca de guerra en Inglaterra. Sin contar mi propia abadía, por

supuesto.

Ned se esforzó en sonreír. Había oído las historias acerca de Starkthorn Castle. Sus dueños, la familia comerciante Bassingthwaite, habían «ascendido» (a saber, en la acepción británica «volverse exitosos», y nada que ver con la «sinceridad» y la «honestidad» de la acepción americana del término), incluso antes de que aprendieran cómo hacer volar sus casas. Ningún mercero era más elegante o más despiadadamente ambicioso; la piratería era casi una operación secundaria y relajada para ellos.

También había escuchado una y otra vez de Morvath como la madre de Cecilia Bassingthwaite, también llamada Cecilia, corrió por ese castillo una noche hacia los brazos de Morvath, escapando de su represiva madre Cess (Cecilia) y abuela Sissy (Cecilia), cambiando de nombre a Cilla y jurando que no regresaría a Starkthorn a menos que fuera para quemar el lugar.

Y había escuchado de todos los demás como Morvath había encontrado a Cilla en el jardín esa noche y se la había llevado contra su voluntad.

Ned pensaba que la verdad estaba en algún lugar a medio camino entre esas dos versiones. Cilla había sido una criatura enigmática. Había renunciado a su orgulloso linaje pirata para casarse con un hombre cuyo crimen hasta entonces había sido componer una novela tan mala que los editores lo habían amenazado con tomar acciones legales si alguna vez volvía a ofrecérsela de nuevo. Pero en la época en la que Cilla lo abandonó, Morvath había pasado de soñar con la fama literaria a acumular en su haber una abadía gótica, una gran reserva de armas y varios cuadernos de notas con planes para destruir Inglaterra.

Ned no estaba seguro de que Cilla hubiera alentado el declive de Morvath, o si ella había sido uno de los tesoros que él siempre había querido capturar a lo largo del camino. Después de todo, ella era una Darlington por el lado materno, y Morvath odiaba a esa familia con pasión. Huir con ella había sido la manera idónea de hacer daño a los Darlington.

Pero siendo una Bassingthwaite por el lado paterno, Cilla era prácticamente una princesa pirata. Ned no podía evitar preguntarse: aunque Cilla era llorada por todos como víctima de Morvath, ¿quién le había enseñado el encantamiento de vuelo y dónde conseguir una gran cantidad de armas?

Era todo tan melodramático como una historia de las Brontë y, desde luego, involucraba varios fantasmas. Cilla y sus antepasadas, los padres adoptivos de Morvath (que habían muerto en un misterioso fuego mientras remaban en un bote por el río Avon), y todas las otras personas que había matado en su dilatada trayectoria. Pensando en todo eso, la sonrisa de Ned se apagó y tuvo que mirar hacia otro lado antes de que el capitán lo notara.

En verdad, Morvath podría haberse convertido en genio malvado independientemente de quienes hubieran sido sus padres o su esposa. Habitaba en él una locura que era fácilmente rastreable a su propia mente rota. Y ahora tenía una flota completa de casas de batalla a su mando, podía seguir avanzando con su sueño de quemar el Parlamento, tomar el trono e introducir una nueva era de tiranía, horrible poesía y modas aburridas.

Todo eso con Ned como la mano derecha en quien confiaba.

Había solo un defecto aparente en este plan, y en ese momento estaba corriendo hacia allí con un vestido celeste, el sombrero ladeado y el rostro expuesto de forma temeraria a la intemperie.

—Bueno, bueno, bueno —murmuró Ned para sí mismo con una sonrisa mientras se ponía de pie—. No será esa la mejor de las Cecilias, cayendo como maná del cielo directa a mis manos.



Cecilia había visto las casas elevarse como globos aerostáticos sobre los árboles, aunque rectangulares, rígidas y menos coloridas, sin llamas que las propulsaran, por lo que, de hecho, no se parecían nada a unos globos aerostáticos; con todo, una comparación defectuosa era el último de sus problemas en ese momento. Decidió correr camino abajo, con las faldas levantadas hasta las rodillas y las medias a la vista. Pero no había nadie que viera ese inapropiado comportamiento. No había un alma.

Solo se veía el gorro de una dama caído sobre el césped ondeando con la brisa generada por la magia, con los lazos agitándose tristemente.

Cecilia se detuvo en medio del campo, mirando el vacío que se desplegaba ante ella. Las casas iban desapareciendo hacia el noreste. El silencio fue como una bofetada que la dejó aturdida.

—Cielo santo —dijo y se quitó el sombrero.

—No hay necesidad de ser tan dramática.

Cecilia suspiró. La situación empeoraba a su alrededor y, sin embargo, sentía un cierto sentimiento de alivio. No estaba sola en el mundo después de todo.

Moviendo el sombrero para desenvainar las cuchillas del ala, giró sobre sus talones y se encontró con una pistola apuntándola. Detrás de la pistola, el capitán Lightbourne sonreía afable. Acercó su mano libre, le quitó el sombrero y lo arrojó lejos, tan lejos como puede llegar un disco de paja decorado con cintas y una pluma, lo que vendría a ser un pie y medio, antes de que regresara como un búmeran, de modo que tuvo que hacerse a un lado antes de que las cuchillas lo hicieran pedazos.

—Nos volvemos a encontrar, *Miss* Bassingthwaite.

—Capitán Lightbourne —respondió Cecilia—. Me parece que estoy equivocada en mi convicción de que trabaja para *lady* Armitage. Claramente, es usted un lacayo del capitán Morvath.

—Para nada.

Cecilia frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, señor? ¿Cuál de las dos situaciones no aplica?

—Ambas.

Su entrecejo se arrugó más profundamente.

—Usted está siendo de lo más molesto y gramaticalmente incorrecto. Y tengo que rescatar a una sociedad de damas. Por lo tanto, si me disculpa…

Ella iba a darse la vuelta cuando él amartilló su pistola y ella se quedó inmóvil.

—Usted no me dispararía.

Su sonrisa se ladeó.

—Me han contratado para asesinarla, señora.

—Y, sin embargo, usted ha demostrado ser bastante lento para tal cometido.

—Eso es porque me han contratado para protegerla.

Por primera vez en su vida, Cecilia frunció el ceño de forma evidente.

—Es usted un hombre muy exasperante.

—Gracias. Hago lo que puedo en circunstancias difíciles. Es un honor haber provocado su enojo, aunque todavía espero hacerla reír.

—No le sonrío a los asesinos.

—Pero no he asesinado a nadie, *Miss* Bassingthwaite.

—Entonces mi tía tenía razón al evaluar sus habilidades o la falta de ellas.

La sonrisa de él se ladeó en la otra dirección, luego desapareció por completo.

—No. Es decir, quiero decir, podría haber asesinado a alguien, si así lo hubiera querido. Así como puedo matarla a usted ahora mismo.

—Aunque ambos sabemos que no lo hará. Por favor, baje el arma y permítame seguir mi camino.

—No puedo hacer eso. Porque, como verá, señora, a pesar de las circunstancias de mi contratación, mi misión real es mantenerla a salvo de su padre. Veo en sus ojos la determinación de ir a su encuentro para rescatar a la Sociedad Wisteria y me veo obligado a detenerla.

—¿Por qué? —Cecilia casi puso las manos sobre las caderas antes de recobrar su dignidad—. ¿Quién es usted exactamente?

Él se encogió de hombros.

—Depende de a quién le pregunte. Si le pregunta a *lady* Armitage, soy Eduardo de Luca, un mercenario italiano contratado para matar a la hermosa acompañante de su archienemiga. Si le pregunta al capitán Morvath, soy Edward Lightbourne, un pirata que solo quiere una nueva casa y está deseoso de hacer lo que sea para obtenerla. Lo que se traduce en robar casas y devolverle sana y salva a su hija largamente perdida. (Aquí es donde usted se estremece de miedo).

—No tengo miedo, *Mr*. Lightbourne.

—Capitán.

—Eso dice usted.

—Pero es verdad. Porque también se me conoce como Ned Smith, capitán del servicio secreto real y encargado, entre otras tareas, de mantener a Cecilia Morvath lejos de su padre. Y soy…

—¡Usted! —alguien gritó.

Ned suspiró. Agarró a Cecilia del brazo, la estrechó contra él y sostuvo la pistola contra su sien, mientras Constantinopla y Tom venían corriendo a través del campo.

—¡Demonio! —gritó Constantinopla—. ¡Truhán! ¡Granuja!

—Hola, Oply —dijo Ned cansado.

—¿Adónde han ido todas las casas? —preguntó Tom desconcertado.

—Han sido secuestradas por el capitán Morvath —dijo Cecilia—. Este tipo lo ayudó a orquestar todo.

—No me sorprende —declaró Constantinopla—. ¡Tipejo sin escrúpulos, traidor, libertino!

—¿Se conocen? —preguntó Cecilia.

—Este tipo es Teddy Luxe —gritó Constantinopla, con el rostro rosado como su moño—. ¡Mi maestro de esgrima!

—¡Oh! —Cecilia recordó las descripciones de Constantinopla acerca de la cera caliente que se derrite, las caderas ondulantes y trató con repentina urgencia de soltarse del agarre del capitán Lightbourne. Solo consiguió que él la abrazara todavía con más fuerza—. Pero no tiene bigotes

—dijo a lo tonto.

—Era pelo de caballo —confesó Ned—. Picaba una barbaridad.

—¿Pelo de caballo? —El rostro de Constantinopla progresó del rosado al rojo y acabó en un violento púrpura—. Tan falso como sus palabras seductoras. Dijo que nos vería en la clase del lunes, pero al terminar la semana había desaparecido, sin siquiera dejar un botón olvidado o un mechón de cabello para alimentar nuestras tristes esperanzas.

—Lamento el engaño, *Miss* Brown. Pero, por lo menos, ahora es experta en esgrima y tango.

—¿Eso es todo lo que le enseñó? —preguntó Cecilia.

—Por Dios, señora, ¿por quién me toma?

—Por un pirata. Un ladrón. Un asesino taimado que traiciona a todo el mundo…

—Sí, pero ella es tan solo una niña —respondió Ned, señalando con su pistola a Constantinopla—. Por supuesto, yo no…

—No soy una niña —replicó Constantinopla, y hubiera dicho algo más si Tom no la hubiera agarrado de pronto para que lo mirara de frente.

—¿A qué se refiere? —preguntó el joven—. Me dijiste que tenías diecinueve años.

—¡Tengo diecinueve años! —respondió Constantinopla; después de captar la mirada de Ned y Cecilia, bajó la cabeza—. En mi corazón, por lo menos.

—Tu corazón… —repitió Tom tajantemente—. ¿Y qué edad tiene tu boca? ¿Y las otras partes de tu cuerpo?

Constantinopla murmuró algo, pero Tom lo escuchó con claridad, porque lo repitió lanzando un grito de horror. Constantinopla, apoyándose en su entrenamiento como dama y pirata, levantó la mirada con un destello de rabia y chasqueó la lengua.

—Thomas Eames, hemos pertenecido a la misma sociedad durante años. Si no sabes contar, la culpa no es mía.

Tom disputó dicha afirmación en un tono acalorado, a lo que Constantinopla respondió furiosamente y, en menos de un minuto, habían desenvainado las espadas y estaban por batirse a duelo por el honor mutuamente perdido. Ned dio un paso hacia atrás, soltando a Cecilia, y ambos intercambiaron miradas de desconcierto. Luego se alejaron de la pareja enojada.

—Admita —dijo Ned— que ella sabe manejar de la espada. Oply, levanta un poco más la mano.

—¿Por qué trabajaba como maestro de esgrima en su escuela? —preguntó Cecilia.

—Porque se trata de la institución educativa para muchachas de altos vuelos más prestigiosa, es decir, para niñas piratas. Supusimos que usted asistiría a ese lugar.

—No. Mi tía cree que demasiada educación corrompe la delicada mente de las jóvenes. Recibí solo la instrucción básica en casa; lectura, escritura, equitación, navegación, manejo de armas, piano, arpa, los principios del robo, geografía, anatomía, trabajo con metales, engaño, historia, estrategias bélicas y etiqueta para la cena.

—¿No ha echado nunca en falta una educación más formal?

—A veces. Me gustaría saber cocinar y bordar mis propios paños para limpiar armas. La verdad es que Constantinopla tiene aptitudes para la esgrima. Oply, querida, mueve tu pie hacia atrás un poco. E impúlsate de forma más pronunciada si quieres destriparlo.

—Estoy apuntando a lo que está debajo de sus tripas —respondió Constantinopla.

—Es entendible. Entonces, ¿cuál es su verdadero nombre, capitán Lightbourne?

—Quién sabe, *Miss* Bassingthwaite. La invito a que me llame Ned. Ya nos conocemos bastante a estas alturas.

—No sé qué decirle…

Él se giró para agarrarla del brazo, sonriéndole con todo el poder de su encanto.

—Señora… Mi querida… Cecilia…

—*Miss* Bassingthwaite.

—¿En serio?

—Sí. —Ella se soltó—. No me diga nada más, por favor, porque debemos poner fin a nuestro encuentro. Debo ocuparme del rescate de mi tía y sus amigas, y usted…, bueno, eso no es asunto mío.

—Pero sí lo es —dijo él, siguiéndola mientras ella comenzaba a dar zancadas a través del campo en la dirección en que las casas habían salido volando—. La reina en persona me ordenó protegerla…

—Protegerme —repitió ella dudosa, sin mirar hacia atrás.

—Bueno, la palabra exacta puede que fuera «neutralizar», pero…

Cecilia lo miró de reojo.

—¿Neutralizar? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para ofenderla? Además de robar algunas de sus instituciones, pero eso casi seguro que no constituye un delito capital.

—Ella y sus consejeros temen que se vuelva como su padre y se consideró prudente prevenir que eso suceda… mmm… dejándola fuera de juego.

Un repentino pensamiento en la mente de ella. ¿También se debía a eso que no le hubieran dado un lugar en la mesa de las piratas mayores? ¿Estaba la Sociedad Wisteria manteniéndola fuera de juego?

—Ya veo —dijo fría, dirigiéndose tanto a Ned como a las mujeres piratas ausentes. Se le revolvió el estómago, pero como respuesta se limitó a caminar como si pudiera ganarle una carrera a la sensación de malestar. Ned se apresuró para no quedar atrás.

—Sin embargo, usted no es nada parecida a su padre, Sissy, y por lo tanto lo que necesita es protección, no ser neutralizada. Por favor, tan solo déjeme llevarla a Windsor, donde estará a salvo.

—Para ser un agente del servicio secreto, usted no tiene muy buen oído —dijo ella—. Una vez más: mi nombre es *Miss* Bassingthwaite. No soy y nunca seré Sissy. Y no tengo ningún interés en estar a salvo. Espere. —Se detuvo de repente y la esperanza iluminó el rostro de Ned. Pero Cecilia solo se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso—. Me olvidé el sombrero.

—No importa su sombrero. —La siguió él con exasperación—. Vendrá conmigo.

—No. No lo haré.

—Sí.

—No.

Él se situó frente a ella, impidiéndole el paso, y la apuntó con el arma al rostro una vez más. Al instante Cecilia sacó su propia arma y la mantuvo paralela a la de él.

—No puedo dejar a mi tía en las garras de Morvath. Ya la ha hecho sufrir demasiado durante toda su vida.

—Entiendo. Pero adentrarse en Northangerland Abbey sola es una locura.

—Fue el… —Hizo una pausa para alejarse de la pareja que se batía en duelo, bailando

alrededor uno del otro, cruzando sus espadas—… hogar de mi niñez. Conozco los accesos secretos y pasadizos.

—También Morvath los conoce. La capturarán allí adentro en… (Oply, levanta un poco más la mano)… en cuestión de minutos. La reina enviará un escuadrón…

—Y usted ya sabe cómo terminá eso. Pero una persona entrenada en el arte del sigilo podría deslizarse y causar estragos antes de que la descubrieran. Tom, cuidado, no pises mi sombrero.

—Si la llevo a Windsor…

—Me escaparé.

—Sí, sin duda lo hará. Muy bien, señora, la llevaré en cambio con *lady* Armitage.

Cecilia levantó una ceja.

—¿Qué?

Levantaron las armas hacia el cielo cuando Constantinopla empujó a Tom hacia el hueco que los separaba. El muchacho tropezó, pero recobró la estabilidad y corrió de nuevo para reanudar el duelo. Cecilia y Ned se apuntaron al rostro con sus armas una vez más.

—*Lady* Armitage tiene la última casa de batalla de la Sociedad que queda —explicó Ned—. Está completamente equipada con cañones y un arsenal bien provisto y sé dónde encontrarla. Podemos robarla y utilizarla como base.

—¿Qué hay de Starkthorn Castle?

—Morvath robó todo su cargamento de armas. Ahora no es más que una enorme casa de piedra con los áticos vacíos y fantasmas aburridos.

—¡Oh! —La expresión de ella se marchitó.

—Lo siento. Sé que era la casa familiar de tu madre.

—En realidad, nunca puse un pie allí. Estaba solo pensando en la pérdida de todos esos cañones.

—Tengo un amigo que podría prestarme su casa, pero no hay tiempo para rastrearlo. *Lady* Armitage es nuestro único recurso.

—Entonces, ¿me ayudará?

Él se encogió de hombros.

—No me deja otra opción. Estoy ligado por el honor mediante una orden real para mantenerla a salvo. O, ya sabe, matarla, pero espero que no lleguemos a eso, Sissy.

—Cecilia. Quiero decir, *Miss* Bassingthwaite. ¿Dónde está ubicada *lady* Armitage? No tenemos tiempo que perder.

—Lyme Regis. Robaré un carruaje; podemos llegar allí mañana.

—No. Yo robaré un carruaje.

—Como quiera.

Se miraron durante un segundo más, luego bajaron las armas y las enfundaron. Ned interrumpió el duelo, quitándole a Constantinopla la espada de la mano.

—Mira —le dijo a ella—. La mano derecha hacia arriba, el pie izquierdo hacia atrás y entonces… —Impulsó la espada para bloquear la de Tom, luego dio un giro abrupto de muñeca y Tom se tropezó hacia atrás mientras su espada se desprendía de su mano. Aterrizó en el sombrero de Cecilia, que explotó convirtiéndose en una bola de humo y plumas.

Todos se quedaron mirando.

—¡Oh, Dios! —dijo Constantinopla tras quedarse brevemente conmocionada—. ¿Qué harás,

Cecilia? Ahora estás expuesta al Gran Peligro.

—La protegeré de eso —dijo Ned raudo.

Constantinopla lo miró desconcertada.

—¿Del sol?

—Bueno… Escucha, no hay peligro mayor que el capitán Morvath, que destruirá los cimientos mismos de nuestra pacífica civilización si no actuamos rápido.

—Puede ser —dijo Constantinopla—, pero ¿alguna vez ha intentado usted deshacerse de las pecas? Ni todo el jugo de limón con bicarbonato del mundo funciona contra eso.

Ned pestañeó. Miró a Tom Eames, que se encogió de hombros, y luego a Cecilia, que estaba de pie, imperturbable, cegada por la luz del ocaso. Su corona trenzada mantenía a duras penas su forma, con largos y finos mechones cayéndole sobre los hombros; su rostro brillaba como mármol pulido, impecable. De repente, Ned se dio cuenta de que él era el único peligro. Era «un hombre joven y su amor no yacía verdaderamente en su corazón sino en sus ojos», bueno no, al revés. Entonces la impasibilidad de Cecilia viró hacia la sospecha mientras le devolvía la mirada y se dio cuenta de que la estaba observando.

—Muy bien —dijo Ned levantando la mano para peinarse el cabello hacia atrás; lamentablemente, era la mano que sostenía la espada de Constantinopla; por lo que casi destripa a Tom—. Por el amor de Dios, muchacho, mira por dónde andas. Nos pondremos en camino. Cecilia, usted y yo encontraremos un carruaje. Estos dos…

—No se puede ir con usted a menos que tenga alguien que la supervise —interrumpió Constantinopla.

—Tonterías —respondió Ned—. Soy un agente de su majestad la reina. Mi moral es intachable. Estará completamente a salvo.

—Sin embargo, debo acompañarla, por el bien de las apariencias.

Ned suspiró.

—Vamos a ver, Oply, eres demasiado joven para luchar. Hospédate en la ciudad y enviaré a alguien a recogerte.

—¡No soy demasiado joven! Tan solo tengo tres años menos que Cecilia. —(Tom gruñó ante este recordatorio)—. Además, ¡llevo toda la vida entrenándome!

—Lo sé, he visto de lo que eres capaz. Vas a ser una pirata magnífica algún día. Pero no hoy.

—Esto es discriminación por edad.

—Sí.

—Estoy indignada.

—No esperaba menos.

—Cecilia ni siquiera tiene su propia casa. ¿Por qué toda la diversión deber ser para ella mientras yo me quedo atrapada en un pueblucho?

Tom se aclaró la voz, queriendo unirse a la discusión, pero lo ignoraron.

—Porque es la hija del mismísimo Morvath…

—No pienses ni por un segundo que se nos ha olvidado. Somos muy conscientes de que creció en la casa del enemigo.

—… y no es que se vaya de aventuras, sino que más bien viajará conmigo por su seguridad. No se la puede dejar sola.

—Perdón —murmuró Tom.

—Ahora no —dijo Ned agitando desdeñosamente la mano en dirección al joven—. Oply, sin supervisión, *Miss* Bassingthwaite puede ser asesinada o secuestrada para pedir rescate, o atrapada por los esbirros de Morvath. Tú eres una joven fuerte y llena de recursos, pero ella es vulnerable y debe ser protegida en todo momento.

—Mmm —dijo Tom, y Ned lo miró con mala cara.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Tom no respondió, se limitó a apuntar hacia el límite del campo.

Ned y Constantinopla se dieron la vuelta y vieron a Cecilia de pie en el camino, secuestrando un carruaje a punta de pistola.

—Oh —dijo Ned—. Vaya. Ustedes dos vayan a la ciudad y quédense allí.

Arrojó la espada y comenzó a correr, diciéndoles mientras se iba:

—Les mandaré alguien para que los lleve a Windsor. No se muevan hasta entonces. *Miss* Bassingthwaite, ¡espéreme!

Tom y Constantinopla se miraron en silencio mientras Ned alcanzaba a Cecilia y la ayudaba a desalojar a dos señoras, un caballero y el cochero.

Se cruzaron de brazos, fascinados, mientras los dos piratas discutían acerca de quién debería tomar las riendas.

Saludaron y dijeron adiós mientras Cecilia conducía el carruaje y Ned a su lado le indicaba un giro a la derecha, que ella ignoró.

Luego se miraron.

—Dieciséis —dijo Tom sombrío.

Constantinopla se encogió de hombros.

—Mes arriba, mes abajo.

—Voy a tener que casarme contigo.

—Oh, cielos, ¡qué sorpresa!

—¿En serio?

—El anillo que quiero está en Collingwood & Co. He reconocido el terreno e identificado el exhibidor. Debería resultarte bastante fácil robarlo. Y nos iremos de luna de miel a Whippingham, donde la princesa Beatriz se casó, en cuanto la modista termine de hacerme el vestido de novia.

—Supongo —dijo Tom sin ganas. Y mientras la brisa levantaba el sombrero destrozado de Cecilia, pensó desconcertado que las cintas chamuscadas eran su vida sucediéndose veloz ante sus ojos.

—Ahora debemos ponernos en marcha —dijo Constantinopla.

—Sí —convino Tom, regresando al presente. Levantó su propia espada, apuntando hacia el norte—. Hacia la ciudad.

Constantinopla se rio.

—Por supuesto que no iremos a la ciudad. ¿No creerás que voy a obedecer a Teddy Luxe, no es cierto? Rápido, tenemos trabajo que hacer.



9

CONDUCIENDO HACIA EL ATARDECER – ASALTO EN EL CAMINO – WORDSWORTH ES DEVORADO – EL CAPITÁN LIGHTBOURNE INSISTE – DISFRAZADOS – CECILIA TOMA UNA DECISIÓN FATÍDICA – POESÍA (INTERRUMPIDA) – UN COCHERO ENFERMO (INVENTADO) –EL HOTEL KNOWLE

El capitán Lightbourne no había dicho palabra durante millas ni mostrado una pizca de ternura o afecto, razón por la cual Cecilia se había sentido extremadamente feliz. Estar cerca de él y no tener que escucharlo hablar era una alegría en sí misma. No lo consideraba un interlocutor particularmente digno; era incapaz de entenderla, de hecho, por lo que ella alentaba el silencio entre ellos con el suyo propio.

El camino atravesaba los suaves campos de Devon hacia el enorme sol que se desvanecía en el horizonte. Cecilia no conducía con rapidez, aunque el paso que llevaban la frustraba, porque sabía que si los caballos se cansaban eso solo haría el viaje más lento. Pensó en soltarlos y dejar el carruaje. Pero era posible que los animales nunca hubieran sido montados antes e, incluso en ese caso, en el carruaje no había monturas. Además, Cecilia llevaba un vestido de colores y, por lo tanto, no podía ser vista de ninguna manera montando a caballo.

Entraron en un bosque de encinas y el mundo se volvió un poema de follaje luminoso y de sombras suaves y brillantes. Ned se había metido en el carruaje para descansar del esfuerzo de tener que soportar el silencio desdeñoso de Cecilia. Los caballos marchaban por sí solos sin dificultad, lo que le permitía a Cecilia concentrarse en su propio enojo. ¿Así que la Sociedad Wisteria pensaba que ella podría volverse como Morvath? ¿Debían dejarla fuera de juego? ¿Tratarla como si fuera una niña tonta que no podía desafiar su linaje y labrarse un propio destino, incluyendo la venganza por Cilla y la niña asustada y doliente que ella misma había sido para, en última instancia, reclamar el lugar que le correspondía por derecho en la mesa de las damas mayores, con una casa propia en su haber?

Pues bien, les iba a demostrar cuánto se equivocaban. Después de todo, ¿quiénes habían sido secuestradas y quién se encontraba en ese carruaje corriendo (está bien, sin prisa, pero sin pausa) para ir al rescate? Cuando Cecilia hubiera llevado a cabo su plan, las damas de la Sociedad Wisteria regresarían a sus casas sanas y salvas, Morvath estaría muerto y Gertrude Rotunder estaría sirviendo su té mientras Jane, celosa, la miraría desde el sillón de las jóvenes junto al fuego.

Resuelta a ejecutar su plan, Cecilia extrajo el libro para situaciones de emergencia que guardaba en un bolsillo secreto de su vestido y se puso a leerlo para calmar los nervios mientras vigilaba el camino. Sucedió entonces que una pequeña pero letal banda de asaltantes se frotaron las manos por la facilidad con que pudieron abordar el carruaje.

—¡Alto, entregue el carruaje! —gritaron mientras saltaban desde los matorrales, con las espadas en alto y los rifles apuntando hacia la dulce muchacha, quien, a la vez que retiraba la vista del volumen de Wordsworth, miraba con los ojos bien abiertos esa escena aterradora.

—¡Oh, Dios! —dijo—. ¿Están seguros?

—Estoy seguro de que encontraré tesoros bajo sus faldas —respondió el jefe de los bandoleros mientras le lanzaba una mirada lasciva.

—¡Qué grosero! —observó Cecilia—. Lamentablemente, tengo un poco de prisa, por lo que, si me disculpan, dejaré que se vayan sin más.

Los bandidos se rieron ante la respuesta, que, de hecho, era bastante amable, teniendo en cuenta que en las semanas venideras casi no podrían hablar, ni siquiera chasquear la lengua.

—Es una pena lo de su libro —dijo Ned a Cecilia mientras se dirigían desde el bosque hacia la suntuosa gloria dorada del atardecer al este de Devon—. No creo que rellenar la garganta del jefe de los bandoleros con sus páginas lo haya vuelto más elocuente.

—Una no puede dejar de intentarlo —respondió Cecilia—. Además, era Wordsworth.

—Ah, no ha sido una pérdida muy grande, entonces. Aunque habría que darle algo de crédito, porque compuso el hermoso verso «deambulé solitario como una nube».

—A menos que sea cierto el rumor de que en realidad escribió «solitario como una ubre» y su hermana se lo hizo cambiar.

Compartieron una mirada de diversión y, de repente, Cecilia se preguntó cómo sería mostrarse amable con él. Conversar sin miramientos. Estrechar su mano. Hacer que se acercara, que la tomara por el mentón y la besara hasta que ella dejara de ver con claridad. La idea hizo que se ruborizara, y desvió rápidamente la mirada. Indiferente, Ned agitó las riendas de los caballos con suavidad.

—Está siendo muy duro con ellos —le espetó Cecilia.

—Están bien —respondió Ned.

—Son bestias nobles que no merecen que se use el látigo con ellas.

—Es un suave toque de riendas. Sé cómo manejar a los caballos.

—No estoy tan segura. Solo le estoy dejando manejarlos porque no hay acantilados en los alrededores hacia los que pueda conducirnos.

—Muy graciosa. Debo recordarle, señora, que se encuentra bajo mi custodia. Soy el único aquí que puede dar o quitar permiso.

—Es entrañable cómo se engaña usted a sí mismo.

—Puedo atarla, si quiere, para demostrárselo.

—Puede intentarlo.

La retó con la mirada y de nuevo Cecilia imaginó que la conversación entre ellos se volvía más directa. ¿Tendría labios suaves? ¿La besaría con pasión abrasadora, despeinándola con la mano y metiéndole la lengua…?

Cecilia se atragantó con el aire y Ned sonrió ampliamente como si supiera con exactitud lo que ella estaba pensando.

Luego se impuso entre ellos un silencio tenso, durante el cual no se miraron (ni besaron). Al rato, Ned frunció el ceño ante el horizonte que se oscurecía.

—Pronto tendré que encontrar un lugar para que pasemos la noche.

—Podemos viajar toda la noche —propuso Cecilia.

—Los caballos necesitan descansar.

—Robaremos otros caballos.

—Nosotros necesitamos descansar.

Ella lo miró con mala cara, pero él le devolvió la mirada, serio. Cecilia no se habría imaginado que él pudiera parecer tan frío y seco. Un estremecimiento le agitó la sangre: los efectos de una repentina brisa fría, determinó, y deseó no haberse dejado su abrigo junto a Pleasance.

La querida y loca Pleasance, que había predicho correctamente los acontecimientos después de todo. ¿Qué haría con los fantasmas sedientos de sangre de Northangerland Abbey? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que comenzara a farfullar los recuerdos sombríos y los gemidos de esos fantasmas transportados por el viento?

—No puedo descansar —dijo ella—. Debo socorrerlas tan rápido como sea posible.

—Pero no querrá estar exhausta cuando se enfrente a *lady* Armitage —argumentó Ned—. Y ciertamente tampoco querrá estarlo cuando llegue a Northangerland Abbey. No le gustaría llevar una espada desafilada al combate, ¿verdad? Pues lo mismo vale para el propio cuerpo.

—Eso es cierto —concedió ella—. Pero le agradeceré que no hable de mi…, bueno, ya sabe.

Ned sonrió irónicamente de reojo.

—¿De su cuerpo?

—Si va a ser tan crudo, por favor, déjeme sola. Retírese al interior del carruaje. Lo llamaré si alguien más viene a preguntar sobre nuestras posesiones.

—Muy bien. Pero ¿sabe hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia el este.

—De hecho, ahora mismo nos dirigimos hacia el sur. No estamos lejos de Sidmouth. Asegúrese de seguir este camino, manténgase a la izquierda y deberíamos cruzarnos con un hotel llamado Knowle donde podremos pasar la noche.

Cecilia aún recelaba del capitán.

—¿Cómo sabe eso?

—Me dediqué al contrabando antes de que empujaran deliberadamente mi casa por un acantilado. Conozco Sidmouth.

La explicación inocente de Ned calmó la mente de Cecilia solo en parte.

—¿Es un hotel respetable?

Ned sonrió mientras se bajaba de su asiento.

—Nos servirá.

Cecilia imaginó una taberna rebosante de cerveza, con bandidos con olor a sal y pequeñas habitaciones que olían a roedores, pero entendió que no tenía alternativa. Ya sentía el cansancio que la arrastraba. Por lo menos se separarían durante la noche. Descansando sola en la cama, no debería preocuparse por los pensamientos sobre el capitán Lightbourne, sus fuertes manos retirando las sábanas, su sonrisa acercándose a su piel desnuda…

Agitó las riendas, muy diferente de cómo Ned lo había hecho, y esperó que el hotel no estuviera demasiado lejos.

Ned pasó el rato siguiente en el interior del carruaje. Cecilia escuchó cierto alboroto allí adentro, un abrir y cerrar de puertas que le habría llamado la atención si se lo hubiera podido permitir. Los alrededores de Sidmouth comenzaron a aparecer en el paisaje: granjas, casitas de campo, un edificio público. Mientras el día iba desapareciendo entre las sombras, Ned reapareció y trepó al asiento junto a ella. Llevaba un traje de noche negro elegante e incluso tenía un sombrero, que se quitó para saludarla. Cecilia se preocupó una vez más por la súbita brisa que la hizo estremecerse por dentro y, sin embargo, se sintió inexplicablemente a gusto.

—Encontré algo de equipaje —dijo él— y le eché un vistazo. Hay ropa de dama, si quisiera ponerse algo… menos…, eh, algo diferente.

—¿Por qué debería cambiarme?

—El Knowle no es una mera posada junto al camino. Si vamos a entrar por la puerta principal, deberíamos presentar nuestro mejor aspecto.

—¿No podríamos limitarnos a trepar por una ventana?

—Sí, pero esto será más divertido.

Detuvieron los caballos para que Cecilia pudiera bajarse y meterse en el carruaje. Luego, mientras Ned conducía, ella se sentó en el interior, contemplando el equipaje apilado en los asientos. Los anteriores ocupantes del carruaje debían de haberse dirigido a una fiesta privada, por la selección de seda, satén, encaje y terciopelo que se presentaba ante ella. Incluso a la tenue luz del crepúsculo, Cecilia pudo discernir el fino acabado de las telas y lamentó por momentos no haberse tomado el tiempo necesario para robarles a esos pasajeros antes de llevarse el carruaje. Sin duda, había dejado pasar la oportunidad de adquirir buenas joyas. Echó un vistazo a las ropas, eligió un vestido azul con mangas con pliegues y cuello alto adornado con piel…

Y luego lo descartó, cogiendo en cambio un vestido que hubiera causado un desmayo a su tía, si estuviera presente. «Morirás de frío al instante», habría declarado con toda probabilidad *Miss* Darlington.

Cecilia era una sobrina obediente, ahora bien, incluso la dama más responsable y sensata no hubiera podido resistirse ante una lujosa seda bordada de rosas con canutillo plateado, un escote redondeado adornado con encaje de perlas incrustadas, unas mangas pequeñas y abultadas de una forma que Cecilia nunca había visto, pero que inmediatamente quiso experimentar. Se quitó su

vestido de día y se deslizó en la seda ingeniándoselas para abotonarse casi toda la espalda. No le entraba del todo bien, pero Cecilia decidió que esa noche no necesitaría respirar de forma adecuada.

Destrenzó su cabello revuelto, se lo peinó con los dedos, luego lo enroscó en la parte trasera de la cabeza. Se limpió el rostro como pudo con una enagua que encontró en el equipaje. No había artículos de tocador, de modo que tuvo que contentarse con su perfume natural, que no era enteramente agradable después de todo el ejercicio que había realizado a lo largo del día. Pero el vestido olía a rosas viejas, y eso tendría que ser suficiente.

Después de colocar la pistola en el portaligas y revisar que sus cuchillos estuvieran en su lugar, todavía se sentía a medio vestir. Había unos largos guantes de noche de satén que hacían juego con el vestido, pero dejaban una brecha de dos pulgadas de piel expuesta entre el guante y la manga. Cecilia se desalentó; se estaba dando la vuelta hacia el voluminoso vestido azul cuando el carruaje se detuvo.

Al asomarse por la ventana, Cecilia vio un edificio grande y elegante ubicado en un jardín bien cuidado sobre el camino donde se habían detenido. Una docena de ventanas brillaban alegremente y lámparas de gas a lo largo del camino de entrada conducían a través de una ruta deslumbrante hacia una puerta de entrada majestuosa.

—¡Oh! —dijo Cecilia. Esto no era la modesta posada de carretera que había imaginado.

Ya no tenía tiempo para cambiarse el vestido. La puerta del carruaje se abrió y Ned bajó el escalón, luego extendió la mano para ayudarla a salir. Respondiendo automáticamente a una década de entrenamiento riguroso, Cecilia depositó su mano sobre la de él, se levantó la falda y bajó con gracia hacia el sendero de gravilla.

—*Miss* Bassingthwaite —dijo él en voz baja haciéndole una reverencia—. Se la ve preciosa.

Cecilia levantó el mentón con desdén.

—No toleraré cumplidos de un bandido —dijo y luego hizo una mueca al escuchar a su tía en su propia voz—. Usted se ve bastante razonable —concedió—. ¿Me ayudaría con los botones?

Volvió la espalda hacia él. Hubo un largo silencio y luego Ned se aclaró la garganta.

—Por supuesto —dijo y comenzó a deslizar las perlas en sus ojales. Sus dedos no la tocaron en ningún momento y, sin embargo, parecían agitar la misma brisa que ella había experimentado en el camino, fría y electrizante. Cecilia tragó saliva con sequedad: quizás se estaba resfriando. *Miss* Darlington iba a ponerse furiosa.

—No conduje hasta la puerta —dijo él mientras terminaba con su tarea, lo que la hizo sentirse extrañamente decepcionada—. Levantaría sospechas que no tuviéramos un cochero. ¿Puede caminar?

—Estoy bien equipada —dijo Cecilia, levantando el ruedo del vestido para revelar sus botas de andar—. Pero ¿qué hay de los pobres caballos?

—Enviaré a alguien a por ellos. Señora. —Le ofreció el brazo. Cecilia vaciló—. Es solo por el bien de las apariencias —explicó él, y entonces ella lo cogió con desgana.

—Nada de llamarme Siss —dijo ella mientras caminaban por el sendero hacia los escalones de mármol blanco, tratando de disimular la fuerza que ejercían sus músculos bajo la mano enguantada—. Nada de poesía chapucera. Y devuélvame mis pendientes.

—¿Disculpe, señora? —dijo él con un tono inocente.

Ella dejó de caminar y, tras un momento, él sonrió con ironía y le entregó sus pendientes de

perlas. Cecilia se los colocó y continuaron escaleras arriba.

—No necesita ningún adorno —murmuró Ned—. Es usted bella sin…

—Dije que nada de poesía.

—Pero es usted un poema, y entonces…

Cecilia se detuvo de nuevo.

—¿Quiere dormir en el carruaje, *Mr*. Lightbourne?

—Capitán.

Ella levantó una ceja y esperó. Luego él hizo una reverencia.

—Será prosa entonces, *Miss* Bassingthwaite.

—Gracias.

Dejaron las escaleras atrás, cruzaron el sendero superior y se acercaron a la entrada. El conserje de levita roja asintió respetuosamente cuando Ned abrió la puerta.

—Buen hombre —dijo Ned en un tono noble—, nuestro cochero enfermó y todavía está inspeccionando el contenido de su estómago en los arbustos más allá del césped. ¿Podría enviar a alguien a guardar nuestro carruaje y cuidar de los caballos? —Deslizó una moneda para el conserje, quien hizo una reverencia.

—Por supuesto, señor.

Entraron al vestíbulo del hotel.



10

LORD ALBERT Y LADY VICTORIA - ¡VINO GRATIS! - UNA AMIGA FAIR-WEATHER - DESARMAN A CECILIA - PEZ VOLADOR. ESPÍRITUS REBELDES. BRAZOS DESNUDOS Y OTROS ESCÁNDALOS - DESNUDAN A CECILIA - UNA MALA IDEA

Cecilia nunca careció de sentido común, ni siquiera cuando la sorprendían. Por lo que, aunque no había esperado un hotel tan lujoso como el Knowle, se dispuso a entrar allí sin miramientos. Al fin y al cabo, había frecuentado muchos establecimientos de renombre durante su vida como pupila de la rica *Miss* Darlington; la grandeza del Knowle no lograría intimidarla, con sus superficies de mármol lustrado y sus helechos bien cuidados, sus muebles elegantes y la gente con estilo que se paseaba con ostentación por los rincones iluminados por lámparas. Sin embargo, estaba cansada y tenía hambre, y se sentía feliz de encontrarse en un lugar tan excelente, en vez de en una taberna rústica que solo sirviera cerveza y el sustancioso guiso que, como lectora de novelas, se había imaginado.

No se acercaron al mostrador, sino que fueron directos, con calma, a través del vestíbulo hacia la sala, y luego hacia el comedor.

—Estoy muerto de hambre —dijo Ned—. ¿Comemos antes de coger una habitación?

—Me parece muy buena idea —respondió Cecilia.

El *maître d'hotel* anotó sus nombres, lord Albert, vizconde de Lumines, y su esposa, *lady* Victoria, quienes no estaban en la lista de invitados por algún imperdonable error, por lo que el *maître* se deshizo en excusas y les ofreció una botella de vino de cortesía para que no elevaran sus quejas a gerencia. Lord Albert estaba muy disgustado, pero *lady* Victoria lo persuadió para que aceptara. Después de que él entregara su sombrero, fueron guiados hacia una mesa con mantel blanco al lado de una ventana que daba al parque. Le trajeron un menú, y el vino, y Lord Albert pidió dos raciones de bacalao con salsa de ostras, seguidos de una ensalada rusa, pato, sorbete de limón y una selección de quesos, mientras su esposa contemplaba por la ventana la luna que se elevaba sobre los jardines oscuros.

—Algo que debemos recordar —dijo Ned una vez el mozo los dejó solos— es que la Sociedad Wisteria no está formada por mujeres y hombres comunes. Son fuertes, inteligentes, peligrosos. No me gustaría estar en el lugar de quien está tratando de manejarlos.

—¿Cómo consiguieron capturarlos? —preguntó Cecilia, todavía mirando hacia la luna como si fuera una gran casa blanca que pudiera secuestrar para volar al rescate de su tía.

Ned cogió un panecillo de una cesta en el centro de la mesa.

—Mediante engaños. El té de la tarde lejos de sus hogares. Un somnífero en el té. Todo organizado por algún traidor en las filas de la Sociedad.

—¿Un traidor? Imposible.

Ned se encogió de hombros.

—Nada es imposible si pagas lo suficiente.

—Nadie ayudaría a robar las casas de otros miembros de la Sociedad —insistió Cecilia.

Él frunció el ceño divertido.

—¿Por qué no, si la mitad de ustedes está tratando de asesinar a la otra mitad?

—Eso es diferente.

Ned permaneció callado tratando de adivinar cuál era esa diferencia, luego desistió y mordió un pedazo de pan.

—¿Quién fue el traidor? —preguntó ella.

Ned masticó su pan y ella lo miró impaciente. Él puso los ojos en blanco, tratando de comer más rápido, y casi se ahoga al tragar. Tosiendo, bebiendo vino, atrayendo miradas de desaprobación de los comensales cercanos, finalmente se las ingenió para decir:

—*Miss* Fairweather.

—¡Lo sabía! —Cecilia cogió un panecillo y lo partió por la mitad. Las migas volaron. Ned contemplaba con los ojos muy abiertos, luego dejó cuidadosamente su copa de vino, como si cualquier movimiento repentino pudiera provocarla—. Jane fue siempre una soplona —dijo—. Su pobre abuela…

—No…

—¿Cuándo viene la comida? —Cecilia frunció el ceño en dirección la puerta de la cocina.

—Acabamos de pedir. Entiendo que es difícil esperar hasta mañana, pero por lo menos Morvath no planea matar a las damas. —«No de forma inmediata», agregó para sí mismo—. ¿Por qué no bebe un poco de vino y trata de relajarse?

—Estoy relajada —dijo Cecilia, partiendo el panecillo de nuevo. Pero luego lo dejó en su plato y comenzó a limpiar las migas del mantel con la mano—. ¿Le dijo que no las mataría?

—Por supuesto —mintió Ned.

Ella suspiró y colocó las migas sobre su plato, luego puso las manos sobre el regazo.

—Por favor, discúlpeme por mi comportamiento tan escandaloso. Ha sido un día muy exigente.

Ned sonrió. Sus miradas se encontraron y un trémulo momento pasó antes de que Cecilia bajara los ojos, modificando levemente la disposición de un tenedor sobre la mesa, y la sonrisa de Ned se agrandó.

—No he visto nada escandaloso —le aseguró—. Haga el favor de probar el vino, no está mal.

Cecilia dudó. Nunca había bebido alcohol antes y no estaba segura de que fuera el momento más adecuado. *Miss* Darlington ni siquiera le dejaba beber vino de misa, creyendo que era la manera más segura de coger la rabia. Pero una mujer joven en la compañía de un caballero cortés no querría parecer poco sofisticada; por lo tanto, Cecilia alzó la copa y bebió.

Una dulzura seca explotó en su boca. El sabor era fuerte, pero no desagradable. Tomó otro sorbo y le siguió gustando. La dulzura burbujeó garganta abajo. A continuación, volvió a beber. Sus labios cosquillearon. La atmósfera de la habitación pareció teñirse de un calor suave. «Deben de haber encendido un fuego», pensó y miró a su alrededor sin éxito.

—¿Qué piensa? Bastante razonable para ser un vino de cortesía, ¿no le parece?

—Sí —convino ella y tomó otro trago más largo.

—Sissy —dijo Ned.

—Por favor, no me llame así. No respondo a ese nombre.

Él la miró (el rostro de él oscilaba de una forma muy peculiar) y luego sonrió.

—Creo que tiene razón. Y tampoco al de Cilla. ¿Quizás Ceelee?

—No.

—¿Leelee?

—Definitivamente, no. No.

Bebió el último trago de su copa antes de dejarla sobre la mesa. Movimiento que repitió cuando la mesa se movió. Ned vio que movía la mano lentamente lejos de la copa para coger un panecillo, luego las cucharas, luego golpear la mesa, antes de dejar descansar ambas manos sobre el regazo. La miró a los ojos, manteniendo la mirada firme con su sonrisa cálida.

—No —dijo—. No Leelee, sino Lily. Pálida y delicada, y a veces venenosa. Como William Blake dijo: «La blanca Lily se deleitará en el amor, ni una espina ni una amenaza manchan su brillo hermoso».

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Creo que ha recitado ese verso correctamente!

Astuto, él le sonrió abiertamente. Tanto el estómago de ella como lo que pensaba de él se dieron vuelta. Levantó su copa para tomar más vino y disimular su confusión, pero estaba vacía. Él le sirvió más.

—Una azucena —dijo ella, arrugando la nariz. En cuanto la copa estuvo llena, la cogió y bebió—. No estoy segura. Una flor sin espinas no parece apropiada para una pirata.

—Confía en mí —dijo él y ella se rio.

Ned se inclinó hacia atrás en su asiento, mirando que ella se reía, por completo fascinado. Estaba claro que su cuerpo no soportaba ni la más pequeña cantidad de alcohol y, en consecuencia, perdía el control, lo que no solo la hizo reír, sino que sus ojos se oscurecieran bajo sus largas pestañas y su rostro se suavizara de modo que parecía a la vez más grande pero también

más vulnerable; más amable, pero más mortal para el corazón de él. Se reía de la misma forma que hacía todo lo demás, con una consideración innata, silenciosa, tratando de no molestar a los otros comensales, pero lo suficientemente alegre como para hacer justicia a su sentido del humor.

Aunque la verdad es que él no estaba bromeando. Ella era delicada y peligrosa, y el hecho de que él se sintiera del todo seducido por ello iba a hacer las cosas muy difíciles cuando llegara el momento de mandarla a la cárcel.

O de lanzarla por una ventana.

Lo que se diera primero.

Inclinándose hacia adelante, sirvió más vino en su copa. Por qué no dejar que se divirtiera por una noche.

—Bebe —le dijo sonriendo, observando cómo pestañeaba para tratar de enfocar, luego se reclinó en su asiento satisfecho mientras el mozo les traía el marisco que habían pedido. Esto prometía.



Comieron en silencio, comentando de vez en cuando la excelente calidad de la comida o el calor de la habitación, y Cecilia permaneció tranquila, impasible, imperturbable frente a los temores de su tía o la indignación por su compañero de cena. Otra comensal estalló en carcajadas, luego lloró, tiró los cubiertos al suelo, después casi se cayó de la silla tratando de recuperarlos y, en un momento determinado, un trozo de pato salió volando de su tenedor y cruzó media sala. Para una dama hubiera sido de mala educación mirar. Cecilia se limitó a sorber vino, comer su cena y conversar con el capitán Lightbourne, manteniendo su habitual comportamiento decoroso.

Cuando terminaron el queso y llegó la hora de ir al cuarto a dormir, estaba consternada por como el hotel se sacudía mientras cruzaban el comedor. Obviamente había un problema con la magia estabilizadora. Quizás alguien estaba recitando el conjuro equivocado. Cecilia le sugirió al capitán Lightbourne que ofreciera su ayuda, pero él le aseguró que no era necesario. Agarrándola del brazo, la ayudó a cruzar la habitación mientras los otros comensales los observaban con clara admiración por su juventud, elegancia y hermosa vestimenta. Cecilia se imaginó cuán divertido sería darse la vuelta al llegar a la puerta y saludarlos, y el capitán Lightbourne se rio como si hubiera escuchado su pensamiento y vislumbrado toda la escena.

—Bueno, ¡yo nunca! —exclamó una mujer. Cecilia miró a su alrededor en busca de su tía, pero no la vio. Por lo menos, sin embargo, con ello quedaba demostrado que *Miss* Darlington estaba a salvo, sin duda disfrutando de una taza de té al lado del hogar del comedor, y Cecilia se sintió feliz de ir a la cama sabiendo que, después de todo, no tenía que preocuparse por su querida tía.

Devolvieron el sombrero a lord Albert y ambos se dirigieron escaleras arriba. Por desgracia, el ascensor estaba acechado por los fantasmas de contrabandistas perdidos hacía mucho tiempo en mares sacudidos por temporales y, mientras subían y bajaban y por momentos se desplazaban hacia los laterales, Cecilia trató de recordar los hechizos que Pleasance murmuraba para mantener

a raya a los espíritus problemáticos.

—*Lady* Victoria no se encuentra bien —explicó el capitán Lightbourne al ascensorista y, aunque no parecía un hechizo, Cecilia lo repitió de todas formas. Sin embargo, al hacerlo, agravió a los fantasmas, que la arrojaron contra el capitán Lightbourne y él la abrazó en actitud protectora. Un hombre encantador, una pena que tuviera que asesinarlo un día de estos.

De repente los fantasmas gritaron y el ascensor se abrió, y el capitán Lightbourne la guio hacia la relativa estabilidad del pasillo.

—Buenas noches —dijo ella con una voz suave y placentera al ascensorista, que murmuró algo que ella no escuchó del todo (sin duda, el correcto hechizo de protección) y cerró la puerta detrás de ellos.

—¿Sabe? —dijo Cecilia mientras estaban de pie tratando de decidir hacia dónde ir—, casi no puedo respirar en este vestido. —Tiró del corsé y de la cintura, retorciéndose incómoda—. Debería haber robado uno más grande.

—Shhh —dijo el capitán y Cecilia puso los ojos en blanco ante su tosquedad. Una mujer que pasaba también pareció horrorizarse como lo haría cualquier mujer en respuesta a un hombre que hace callar a su esposa en público.

Un momento. «¿Esposa?».

Cecilia frunció el ceño tratando de recordar esa parte. Pero no pudo y se encogió de hombros. El movimiento hacía que el vestido la apretara más todavía y de golpe se le acabó la paciencia.

—No —dijo—, no puedo seguir llevando esto un minuto más. —Comenzó a quitarse el corsé.

El capitán Lightbourne la agarró de la mano, a lo que ella respondió quitándose el guante, escapando de su control antes de continuar desvistiéndose. Él contraatacó alzándola en sus brazos y cargándola a lo largo del pasillo. Cecilia se quitó el otro guante y lo abofeteó. Él hizo una mueca de dolor, pero no se detuvo.

—Esto es escandaloso —declaró ella, arrojando los guantes al suelo con desdén.

—En su lugar, no me preocuparía —respondió él—. Pasará desapercibido entre todos los otros escándalos de la noche.

—Y ahora no tengo guantes y puedo ser víctima en cualquier momento del Gran Peligro.

—Ah, sí, las pecas. Bueno, por suerte, no hay riesgo a estas horas de la noche.

—Sin embargo, insisto en que me suelte de inmediato.

—No se angustie, *lady* Victoria. No está tan mal que su esposo la lleve en brazos.

—Oh, cierto. Muy bien, lord Albert, pero muévase un poco más suavemente, por favor. Me estoy mareando un poco.

Él se detuvo junto a varias puertas a lo largo del pasillo, escuchando tras una ellas, tratando de abrirlas aquí y allí. Finalmente consiguió abrir una y se adentraron en una habitación oscura.

—Esta nos servirá —dijo y bajó a Cecilia. Ella se balanceó de forma alarmante, pero se las ingenió para no caerse. El capitán arrojó su sombrero en un aparador y encendió las lámparas de gas. Mientras la habitación se iluminaba, Cecilia vio una ancha cama mullida con una colcha de satén dorado (y algún otro mueble que casi no percibió debido a la presencia de «La Cama»). De repente, sintió cómo un tórrido calor invadía su piel desde dentro.

—Eso es una… cama —murmuró como si la palabra fuera obscena.

El capitán Lightbourne miró por encima de su hombro.

—Sí —confirmó.

—Lo que quiero decir es que hay solo una.

—Por supuesto, ¿Ha escuchado alguna vez de una pareja no casada que tenga que pasar la noche en un hotel y les den dos camas separadas?

Su juicio se agitó, sacudiéndose y dando golpes dentro de la cabeza, hasta volver más o menos a prestar atención.

—Esta habitación es apropiada —dijo. Sonaba bien y le daba a su juicio la confianza para que se pusiera en guardia, agarrando la empuñadura de su espada, incluso saludándola para ponerse a su servicio—. ¿Cogerá usted una habitación cercana?

—No —respondió el capitán—. No me fio de que baje por la ventana y escape.

—Yo no haría eso —replicó Cecilia y su juicio asintió vigorosamente, aunque este movimiento no resultó ser una idea tan buena, porque su estómago miró hacia arriba con mala cara y emitió un quejido.

—¿No lo haría? —preguntó el capitán con una sonrisa escéptica.

—Claro que no. Me iría por la puerta.

—Ja, ja. Me quedo. Nadie sabe que Cecilia Bassingthwaite está aquí y *lady* Victoria no existe; por lo tanto, su reputación está a salvo.

Su juicio contempló la escena sin comprender, luego se encogió de hombros y se retiró dejándola sola. La cama brillaba tan hermosamente bajo la luz. Había música en algún lugar lejano y la luz comenzó a bascular como si estuviera bailando, una bailarina dorada y ágil sobre un acolchado escenario dorado, que le recordaba a Cecilia un sueño de infancia en el que bailaba por Europa, vestida en tul y… ¿por dónde iban?

—¿Podría, por favor, meterse en la cama antes de que se caiga? —dijo el capitán Lightbourne —. Le daré la espalda mientras se desviste.

—Un caballero no habla de desvestirse —dijo Cecilia maliciosamente y luego se abanicó con una mano. ¿Las lámparas de gas emitían calor además de luz? Quizás debería pedirle al capitán que abriera la ventana. Pero le estaba dando la espalda, mirando hacia la pared, y ella se apresuró a desabrocharse el vestido. Consiguió colocar las manos sobre la espalda unas pocas veces antes de abandonar su cometido con un suspiro—. Los botones se mueven. Necesito su ayuda, lord Albert. Si usted pudiera amablemente desvestirme… Pero no debe contárselo a nadie porque sería escandaloso.

El capitán Lightbourne se giró y consideró la situación con recelo.

—¿Está segura?

—No puedo responder con el vocabulario propio de una dama. La mitad de lo que llevo puesto no se puede ni nombrar. Digamos que, si usted estuviera vestido como una mujer, entendería la imposibilidad de ir a la cama con esta ropa.

Él dudó, despejando el cabello de su rostro.

—No sé qué decirle. Su tía me mataría. *Usted* me mataría si no estuviera tan borracha.

—No estoy borracha, caballero. Estoy en plena posesión de mis flacideces.

Él levantó una ceja:

—¿Sus facultades?

—Lo que he dicho. Vamos, venga, un verdadero caballero me ayudaría.

—¿Pero no se lo diría a nadie?

—Esact… Exact… Sí.

Él se encogió de hombros, luego se acercó y se puso detrás de ella y le desabrochó el vestido. Mientras esperaba, Cecilia comenzó a balancearse al ritmo de la luz danzante y el capitán Lightbourne le colocó una mano sobre el hombro para que se estuviera quieta.

—No me toque —murmuró ella, y la mano se deslizó a través de la nuca antes de retirarla. Por un instante ella se quedó sin aliento.

—Ya está. —Ned dio un paso hacia atrás.

—Un momento. —Ella se quitó el vestido—. Mi corsé. —Se estremeció mientras susurraba esa palabra, convencida de que todo el hotel la habría escuchado—. Sin ayuda, estoy atrapada, totalmente atrapada, sin poder respirar, condenada a una vida de…

—Está bien —dijo él—. Pero normalmente cómo…

—No lo diga.

—Perdón.

—Pleasance me echa una mano.

—Ah.

—No tiene que recitar la plegaria para protegerme contra los espíritus del inframundo que devoran la carne. Pleasance es demasiado cautelosa, y estoy segura de que estaré a salvo por una noche. Limítese a hacer eso que ya sabe con la cosa esa. ¿Entiende?

—Lo he hecho antes.

Ella lo miró por encima el hombro.

—¿Ha llevado usted un corsé alguna vez?

—No —dijo y sonrió ampliamente.

—Bueno, ¡yo nunca! —gritó Cecilia indignada, pero su rostro se puso colorado y giró la cabeza.

Él desató el corsé y Cecilia exhaló con alivio mientras se iba aflojando. Luego él extendió sus manos alrededor de ella y comenzó a desabrochar los ganchos en la parte delantera. Ella inhaló de nuevo.

El cuerpo de él se apoyó contra el de ella. Su aliento golpeaba su piel justo detrás de la oreja.

—Mmm —dijo ella.

—¿Sí?

La pregunta fue más bien un murmullo acompañado de una sonrisa que hizo que los dedos del pie se le curvaran y su juicio se pusiera a cubierto. Pero si ella respondía, diciéndole sin ambages que dejara de hacer lo que estaba haciendo, estaría completa y lingüísticamente comprometida y tendría que casarse con él.

—Nada —murmuró.

El corsé salió: él lo dejó en el suelo. La sangre se apresuró a correr por el cuerpo de ella, llenándolo de calor hasta que sintió que iba a explotar. Se pasó las manos por el abdomen tratando de calmarse y el capitán Lightbourne se aclaró la garganta.

—Y ahora mi cabello —dijo ella.

—Oh, Dios, ¿en serio?

—A menos que quiera que mis horquillas me apuñalen hasta morir en medio de la noche.

—Sería una muerte más rápida y menos dolorosa que a la que me está sometiendo.

Ella se rio y él la agarró de los brazos y le dio la vuelta.

—¡Señor!

—Disculpe, pero quiero ver cómo se ríe.

Ella sonrió y él aguantó la respiración. Extendiendo su mano, le quitó una horquilla del cabello. Esperaba un sensual y glorioso despliegue de rojo dorado, pero el peinado estaba en realidad tan bien asentado que tuvo que retirar tres horquillas más antes de que el cabello se soltara repentinamente cayendo de forma exuberante hasta la cintura. Ella apartó algunos mechones de su rostro, moviendo los ojos cuando se enganchaban con sus pestañas largas y gruesas.

—Oh, Dios —dijo él con voz estrangulada, tropezándose hacia atrás—. Váyase a la cama. Rápido. Y cúbrase con las sábanas hasta el cuello, y duérmase de una vez.

Ella se rio, perpleja, y él cerró los ojos.

—Simplemente… váyase a la cama.

—Pero necesito usar el tocador —dijo ella y él refunfuñó.

—Esto ha sido una mala idea. Una muy mala idea.

—¿Deberíamos haber dormido en el carruaje?

Él se lo imaginó, lo cual era otra mala idea, porque a pesar de que el incentivo era mínimo, su imaginación se desbocó.

—No —dijo—. De ninguna manera, decididamente no. Tocador. Cama. Yo… abriré la ventana para respirar el aire fresco de la noche. Sí. Esto sí que ha sido buena idea. Tan frío. Refrescante, no, *reprimido*, esa es la palabra. Frío como el hielo, que me atraviese, como un río de invierno, no, como el rostro frío y delgado de *lady* Armitage. Perfecto, Ned. Tan solo continúa pensando en *lady* Armitage y todo estará bien. *Lady* Armitage reclinándose en su sillón. La boca de *lady* Armitage. No, eso no, quieres estar tranquilo, no asqueado. *Lady* Armitage diciéndome que le trajera un dedo de Cecilia.

—¿De qué habla? —preguntó Cecilia. Él se volvió con las mandíbulas apretadas y casi saltó por la ventana al verla de pie tan cerca de él. Olía a vino y rosas, y un poco a sudor, lo que le hizo pensar con tanta intensidad como fuera posible en *lady* Armitage arrojándole agua helada al rostro. La respiración de ella se agitaba bajo su fina blusa de lino, removiéndolo también a él. *Lady* Armitage depositó en el suelo el cubo de agua y se encogió de hombros.

—¿Qué? —respondió él tontamente, tratando de no mirarla.

—No importa. —Pasó a su lado y se asomó por la ventana, inhalando el aire de la noche—. La noche es como la capa de piel más íntima de un poema, ¿no le parece, *Mr*. Lightbourne?

—Capitán —respondió él, a falta de algo más inteligente que decir.

Ella suspiró y su rostro se suavizó, y mientras Ned la contemplaba ansiosamente, los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Deber ir en la cama —insistió él, porque si había algo que lo aterraba de verdad era una mujer llorando. No había pensado que Cecilia fuera capaz de algo así.

—Me encanta contemplar el horizonte —dijo asomándose más por la ventana—. Ese sentimiento de nostalgia, misterio y magia distante me arranca el alma. Supongo que allí es donde mi madre debe de estar. Vagabundeando más allá del crepúsculo, robando en el cielo…

Extendió una mano como si tratara de alcanzar a Cilla, y Ned la agarró antes de que se cayera por la ventana.

—Vamos —le dijo alejándola firmemente del horizonte nostálgico hacia la sólida y segura cama. Cuando llegaron, se arrastró por la colcha y se metió en el interior como una niña.

—¿Estará cómodo durmiendo en el suelo? —preguntó, mirándolo con los ojos abiertos de par en par. Pero su mirada estaba tan desenfocada que él supo que no lo estaba viendo.

—Claro —mintió—. Váyase a dormir. Apagaré las luces.

—Todavía no. —Ella sacudió la cabeza y sus ojos parecieron continuar oscilando incluso después de que ella hubiera dejado de moverla—. No puedo dormir sin leer antes.

—Querida, no creo que vaya a tener ese problema esta noche. —Caminó alrededor de la cama, sintiéndose más valiente, porque ahora ella le parecía más bien una muchacha perdida, y no tanto una hermosa mujer medio desnuda, y su único deseo fue asegurarse de que se fuera a dormir sin vomitar en las sábanas. La tapó con las mantas. Ella terminó cerrando los ojos… y luego los volvió a abrir. Él sonrió como puro mecanismo de autodefensa.

—Usted dijo que me asesinaría en mi habitación —recordó ella—. ¿Cómo lo haría? ¿Me ahogaría con una almohada?

—Quizás —dijo él, retirándole un mechón suelto del rostro—. ¿Qué le parece? ¿Le gustaría?

—Agotador —dijo ella—. Aparentemente es necesario más esfuerzo del que se piensa. ¿Qué hay de un cuchillo clavado en el corazón?

—No, demasiado caótico, sucio. Esta es una colcha muy hermosa y no me gustaría estropearla. ¿Veneno?

—¿Lleva alguno encima?

Él negó con la cabeza. Ella era tan adorable, «pálida como la hoja de lila más polvorienta». Prefería pensar que su corazón bombeaba suspiros, en lugar de sangre, al mirarla.

—Bueno, entonces, eso no es una opción —dijo ella, con la voz desvaneciéndosele—. Tendrá que estrangularme. —Cerró los ojos de nuevo, murmuró algo acerca de las quemaduras causadas por la soga y se quedó dormida.

Ned miró un rato más cómo respiraba, luego se puso a andar por la habitación, apagó las lámparas, se quitó el abrigo y las botas, casi pisando el corsé sin querer, antes de acercarse a la cama. Había suficiente espacio como para que ella nunca se enterara de que él había dormido a su lado y por la mañana se levantaría antes de que ella se despertara. Cierto que este razonamiento carecía en cierta medida de principios, pero, al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de un pirata?

Empezó a abrir la cama…, pero se detuvo de repente, cogió una almohada y la arrojó al suelo. Con una alfombra debajo y su abrigo como sábana, preparó una cama que resultó ser tan poco cómoda e intratable como su sentido del honor. Arriba, en la cama de verdad, acogedora y calentita, Cecilia murmuraba algo sobre la dinamita, obviamente estaba teniendo un sueño agradable. Al escucharla, Ned sintió que su corazón se reblandecía. La mantendría a salvo, lo prometió, incluido a salvo de sí mismo. Incluso si se dejaba la piel en ello y, por Dios, ¿era un clavo lo que le pinchaba en la cadera?

Moviéndose de lado a lado, tratando sin éxito de estar cómodo, finalmente suspiró y se dispuso frustrado, aunque noble como un caballero, a dormir.



11

UN DESPERTAR REPENTINO - CECILIA DESAPARECE - LA FALTA DE SENTIDO Y SENSIBILIDAD DE LEER CUMBRES BORRASCOSAS - FACULTADES FLÁCIDAS - SE PRESENTAN - EL PELIGRO DE LAS HORQUILLAS DE CABELLO - MURMULLOS EN LA OSCURIDAD-EL MENSAJERO DEL ALBA

Sí bien la sensación no fue como la de una explosión de gas, resultó igual de intensa, extraña y sorprendente: tuvo efecto en los torpes sentidos de Ned y lo forzó a despertarse. No esperó a que el sobresalto se desvaneciera ante la comprensión de lo que estaba sucediendo y buscó rápidamente bajo su almohada el cuchillo. No encontró nada. Rodó sobre sus rodillas y palpó bajo la alfombra en busca de una pistola que también estaba ausente, antes de darse cuenta de que no estaba siendo atacado; se había olvidado de ordenar sus armas la noche anterior. Si se tenía en cuenta que siempre se despertaba de la misma forma (gajes del oficio, dado que los piratas, los policías secretos y los esbirros traidores de tiranos locos amantes de la poesía estaban en peligro incluso estando completamente conscientes y sin legañas en los ojos y, agh, babeando un poco), era sorprendente que no hubiera preparado su cuchillo de respaldo. Y luego se acordó.

Cecilia Bassingthwaite.

Se puso de pie quitándose el cabello enmarañado del rostro y miró hacia la cama esperando verla dormida en ella. Sin embargo, Cecilia no estaba ni durmiendo ni en la cama.

Se había ido.

—Maldición —dijo.

Mientras atravesaba la habitación a zancadas, se dio cuenta de que su vestido ya no estaba en el suelo, a diferencia del corsé, que se erigía como el último bastión del decoro al que había renunciado la noche anterior. Ned lo sorteó y golpeó la puerta del tocador.

—Señora, ¿está allí?

Silencio.

Al abrir la puerta, comprobó que Cecilia no estaba allí dentro y maldijo de nuevo.

«¡Esa boca!», le advirtió media docena de voces de mujer en su cabeza, pero las ignoró.

El sol estaba saliendo, su luz apenas iluminaba el cuarto. Esto significaba, con suerte, que ella no podía haberse ido hacía demasiado. Hurgó en sus bolsillos y encontró dinero, navajas, el reloj de bolsillo del *maitre d'hotel*, lo que significaba que Cecilia no había perdido el tiempo robando. ¿Se había quedado entonces sin recursos y desprotegida o su bella ropa interior con encaje escondía monedas y armas secretas? Ned debería haberlo comprobado la noche anterior. En realidad, debería haberla atado a la cama.

Ese pensamiento, mezclándose con los recuerdos de la ropa interior con encaje y las pantorrillas desnudas, lo hizo gemir. Se vistió rápido pensando en cuál sería el mejor plan para ir tras ella. ¿Se estaría dirigiendo hacia Lyme Regis con la esperanza de robarla casa de *lady* Armitage? ¿O cabalgaría de regreso a Blackdown Hills?

Si la suposición de Ned resultaba incorrecta, lo llevaría en sentido opuesto al de Cecilia mientras que ella se metía en más peligro del que incluso una joven entrenada por Jemima Darlington podía manejar.

—Pensemos con claridad —dijo Ned en voz alta mientras se sentaba en el extremo de la cama para colocarse las botas—. Ella supondrá que espero que se dirija a la casa Armitage; entonces irá, en cambio, hacia el norte; pero sabe que lo averiguaré tarde o temprano, de modo que tratará de burlarme cabalgando hacia Lyme Regis; a menos que se dé cuenta de que también adivinaré eso, en cuyo caso ahora estará a medio camino de Blackdown Hills; y, sin embargo, seguramente sabrá que sé que ella sabe que no puede confiar en mí, lo que significa que está dirigiéndose hacia Armitage; aunque, por otro lado…

—¿Café? —preguntó ella.

—No, gracias. Solo bebo té.

Su cerebro se rio de él. Al levantar la vista, encontró a Cecilia frente a él con una taza en una mano, un libro en la otra, todo su hermoso cabello recogido cuidadosamente de nuevo, sin ninguna traza de excitación en su bello y pálido rostro.

—Me lo imaginaba —dijo ella ofreciéndole una taza. La cogió aturdido y dirigió la mirada hacia el té con leche humeante. Bueno, maldita sea.

—¿Cómo se las ingenió para entrar en la habitación tan silenciosamente? —le preguntó.

—Si algún día me encuentro con una puerta que no puedo abrir sin ser escuchada, renunciaré a la piratería por vergüenza, me retiraré al campo y llevaré un estilo de vida pacífico criando gallinas y chantajeando a los párrocos de pueblo.

—Me parece bien. —Ned bebió su té tratando de recomponerse—. ¿Adónde fue? Estaba un poco desconcertado.

—Necesitaba un libro en caso de emergencia.

—¿Se refiere en caso de que la ataquen bandoleros malhablados?

—No. Me refiero a esos momentos en los que no sucede nada importante, como durante un viaje. Después de cenar. Antes de dormir. O mientras mis oponentes recargan sus armas.

—Ah. ¿Así que estaba en la biblioteca del hotel?

—¿Puede usted creer que no hay ninguna? —Sacudió la cabeza con incredulidad y Ned sorbió el té de nuevo para esconder una sonrisa.

—Perturbador —murmuró.

—Por supuesto. Por suerte, la Asociación de Jóvenes Mujeres Cristianas local tiene una sala de lectura. Tiene solo tratados religiosos, pero cuando accidentalmente me topé con una pila de biblias, encontré esto escondido detrás. ¿Quién hubiera pensado que las jóvenes de un pueblo estarían tan interesadas en escenas góticas de pasión salvaje y oscura?

Le entregó el libro para que lo viera y Ned levantó las cejas.

—*Cumbres borrascosas* otra vez. ¿Está segura de que quiere leer esto?

—Por supuesto. —Lo sostuvo en actitud protectora contra su pecho. Él se dio cuenta de que ella llevaba un conjunto de montar marrón y se preguntó si la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes tendría un guardarropa o si ella habría estado en algún otro lugar esa mañana—. ¿Por qué no debería leerlo? —preguntó.

—Porque su padre está planeando ir a la guerra basándose en ese libro.

—Seguro que no. Es tan solo un libro.

—Un libro de Brontë. Representa la herencia bastarda que da sentido a todos sus planes. Sabe, si Branwell Brontë no hubiera tonteado con…

—¡Cómo se atreve a hablarme así!

—… o incluso si se hubiera casado con su madre, Morvath habría crecido con una identidad sólida y no necesitaría probarse nada a sí mismo. Casi ciertamente nos habríamos librado de sus crímenes y de la guerra que trata de desencadenar sobre nosotros. Heathcliff es un muchacho malcriado comparado con Morvath.

—«Casi ciertamente» es un oxímoron —dijo ella y se dio la vuelta, la pluma larga y marrón de su sombrero se balanceaba en el aire con desdén. Abrió una puertecita en el mueble y hurgó en su interior para robar algo—. Además, ¿qué sabrá un mero esbirro sobre nada?

—¿Hay algún problema con llamarme «capitán»?

—No.

—Y lo sé porque he escuchado a Morvath leerlo en voz alta de sus memorias y poemas. No heredó el talento de sus tías, ya se lo digo. Sin embargo, sí que heredó su recargado sentido del drama: «¡La aflicción soy yo, fui adoptado, por lo tanto, me vengaré haciendo que el mundo arda!». Además, mi madre…, es decir, conocí a su madre.

Ella se quedó inmóvil.

—¿En serio? Bueno. ¿Está listo para partir? Me gustaría llegar a Lyme Regis lo antes posible.

—A Jemima Darlington le darían siete ataques de corazón si supiera que está leyendo una novela de las Brontë.

—Hay muchas cosas que la tía Darlington no sabe de mí que la matarían al instante, estoy segura. Además, las Brontë son parte de mi herencia también.

—Solo en parte. El resto es una respetable saga de piratas que se puede rastrear hasta…

—Gracias, señor, pero no necesito que me den una clase sobre mi propia historia, a cargo de

un hombre que ya ha adoptado diecisiete nombres diferentes. —Cerró los ojos, llevándose una mano a la boca.

Ned la miró ansioso. No debería haber dicho nada. Pero escuchar a la hija de Patrick Morvath hablar tan a la defensiva sobre su ascendencia hizo temblar a Ned. Cecilia era hermosa, seductora, pero, si sentía ni que fuera un poco de simpatía por su padre, entonces debería ser eliminada, independientemente de los sentimientos que Ned albergara por ella.

—Vamos —dijo él, dejando la taza de té sobre la cama y arreglándose el traje negro—. Primero bajemos al comedor a desayunar.

—No tengo hambre. Sin embargo, me tomé la libertad de coger algo de comida de la cocina del hotel para usted. La metí en las alforjas.

—¿Las alforjas?

Ella se dio la vuelta, aunque sus ojos no se cruzaron. Parecía bastante inmadura y él se preocupaba por cuán enfadada estaba.

—Elegí dos caballos de los establos que nos llevarán de forma más eficaz que un carruaje —dijo. Su voz fría y sin emoción lo tranquilizó y, sin embargo, había un reflejo de silencio en sus ojos, como el cielo sobre los pantanos, que le hizo creer que algún día ella podría dejar la razón de lado y correr hacia lo salvaje, arrastrando a todos tras ella hasta que el mundo fuera un corazón destrozado.

Ese pensamiento debería haberlo aterrorizado. Sin duda, debería haberlo convencido de atarle las muñecas, ponerla en el carruaje y llevarla inmediatamente a un lugar seguro. Pero, por lo que parecía, otra parte de su anatomía había tomado las riendas de la autoridad, desbancando a su cerebro; es decir (y con menos malicia de lo que se podría pensar), su corazón había prevalecido. Él quería que ella fuera buena. Quería que ella fuera de fiar.

Maldición, él tan solo la quería a ella.

¿Besaría con esa misma fogosidad? ¿O lo haría de manera educada, con la boca cerrada, con sus inhibiciones formando una defensa que él debería vencer con labios, dientes y lengua hasta que ella se derritiera en sus brazos? ¿Cuán pronto podría averiguarlo?

No ahora, seguramente. La verdad es que se la veía bastante angustiada.

—Cecilia, lo siento. —Dio un paso inútil hacia ella—. No debería haberme tomado estas libertades.

—Disculpas aceptadas —respondió—. Y, por favor, diríjase a mí como *Miss* Bathingsway, eh, Bassethwing…

—¿Se encuentra bien?

—Estoy bien. Levantó el mentón con la elegancia del estilo Darlington, y probablemente también del estilo Brontë. Dios, qué pensamiento. Pero no consiguió engañar a Ned, que notaba las ojeras bajo sus ojos. Y se dio cuenta de cuál era, en realidad, el problema, y casi se ríe.

—¿Dolor de cabeza? —preguntó—. ¿Sed?

—No —respondió ella—. Con lo que quiero decir que mi cabeza parece estar poseída por salvajes danzantes que lanzan fuegos artificiales, pero carece de importancia. En cuanto a la sed, bebí algo de té esta mañana. También algo de agua. Y un poco de jugo. Y cuando regresé de los establos, bebí otra taza de té del bufet del desayuno, junto con un vaso de agua con limón. Estoy un poco deshidratada, pero nada fuera de lo común.

—Ya veo. —Ned reprimió lo que hubiera sido una peligrosa sonrisa si ella lo hubiera visto.

Entonces, ¿no está experimentando ni náuseas ni mareos?

—Nada. ¿Por qué me lo pregunta? Aunque, debo decir, ahora que lo pienso, que este pueblo debe estar emplazado en un terreno inestable. ¿Se ha dado cuenta de cómo el suelo se mueve al caminar? Y las paredes se inclinan a un lado y otro sin cesar.

—No estoy muy seguro de que deba cabalgar hoy. ¿Por qué no tomamos el carruaje? Conduzco yo.

—Le aseguro que me encuentro en perfecto estado —replicó ella, tropezando abruptamente hacia estribor.

—Por Dios —dijo él agarrándola—. Parece que tiene resaca.

—Tonterías —dijo ella soltándose. Él observó cómo el mundo giraba en sus ojos antes de que se volviera a tropezar. Él la rodeó con el brazo de nuevo—. Me envenenaron —declaró ella, mirándolo con una sombra de sospecha.

—Para nada.

—Entonces, ¿qué es esta «resaca» de la que habla?

—Una enfermedad que se contrae al comer marisco.

Ella ahogó un grito.

—Comimos marisco en la cena.

—Sí —dijo como si se hubiera acordado de repente.

—Pero usted no se encuentra mal.

Ned se encogió de hombros.

—Después de sufrir resaca varias veces en mi juventud, he desarrollado inmunidad.

Ella suspiró.

—No importa. Debo rescatar a mi tía, independientemente de cómo me encuentre. Ahora, suélteme, señor. Puede citar la historia de mi familia todo lo que quiera, pero se olvida de que todavía no hemos sido correctamente presentados.

Él frunció el ceño divertido.

—Compartimos una habitación anoche. Luego la desvestí. Hemos estado conversando varios días. Me ha robado varios pequeños objetos… («incluido el corazón», agregó silenciosamente) y, además, está oficialmente bajo mi custodia.

—Aun así.

—Está bien. —Dio un paso hacia atrás y la soltó e hizo una profunda reverencia—. *Miss* Bassingthwaite, ¿me permite el honor de presentarme?

—Adelante —dijo ella, balanceándose un poco y llevándose una mano a la frente—. Pero sin llamar la atención.

Él sonrió con ironía.

—Ned Lightbourne, *Miss* Bassingthwaite. Capitán de la brigada de la policía secreta de Su Majestad, a su servicio.

—Si usted lo dice.

Parpadeó desconcertado.

—¿No me cree?

—Claro que no —respondió ella con una risa mordaz.

—Muy bien. —Hizo una reverencia de nuevo—. Ned Lightbourne, *Miss* Bassingthwaite. Un hombre cansado que intenta hacer lo correcto.

Cecilia asintió en señal de reconocimiento.

—Capitán Lightbourne, me han hablado tan bien de usted. Es un placer… —extendió la mano y ambos esperaron mientras su estómago revuelto evaluaba si deseaba unirse a la conversación—… conocerlo —concluyó ella y se dio la vuelta para vomitar encima de su corsé, que yacía aún en el suelo.

(Como declaración feminista, fue ambigua en el mejor de los casos).

—¡Cielo santo! —dijo Ned preocupado—. ¿Por qué no regresa a la cama?

—Estoy bien —afirmó ella, limpiándose la boca con su mano enguantada para de inmediato desaparecer en el baño. Ned escuchó como corría el agua y como Cecilia se cepillaba los dientes hasta la extenuación. Unos minutos después regresó limpia, aunque sin guantes. Hizo un gesto con la mano hacia Ned—. Dese prisa, deje de perder tiempo, ¡debemos ponernos en marcha de inmediato!

Ned se dispuso a objetar, pero en su lugar sonrió.

—¿Seguro que una dama recatada puede ser vista en público sin corsé ni guantes?

La irritación y el desdén formaron una unión poco probable en su rostro.

—Una palabra más, señor, y será visto en público sin dientes.

(Eso fue ir directo al grano).

Y así era ella. Podía tener una turbia herencia de intelectualismo romántico, pero había sido criada como una pirata de pura cepa. Ned hizo una reverencia de nuevo, sonriendo con satisfacción, y luego la siguió hasta la puerta. Ella la abrió y se encontraron a la distinguida pareja y al portero que estaban de pie al otro lado del umbral.

Ned se puso su sombrero de inmediato.

—Nos enviaron a la habitación equivocada —dijo con la voz ostentosa de lord Albert antes de que alguien pudiera hablar.

—Esto es una vergüenza —agregó Cecilia, sonando de forma sobrecogedora como su tía—. Alguien ha destrozado esta habitación, que está aún sin limpiar. Bajemos y pongamos una queja a dirección.

—Mmm —dijo el portero sorprendido.

—Fuera de mi camino —ordenó Ned y el portero se hizo a un lado.

—No recomendaré este hotel a mi querida amiga la duquesa de Leinster —dijo Cecilia mientras atravesaban la puerta y se encaminaban hacia el pasillo—. ¿Recuerdas, querido, cómo Hermione hablaba de su deseo de venir a Sidmouth?

—Por supuesto, querida —respondió Ned—. Pero este lugar no es apto para ella. —No tuvo que mirar hacia atrás para saber que los estaban observando. Y entonces…

—¡Por Dios! —gritó la dama, obviamente después de ver el estado en que se encontraba la habitación.

Ned agarró a Cecilia del codo y aceleraron el paso en busca de las escaleras hasta perderse de vista.



—¿Realmente conoce a la duquesa de Leinster? —preguntó Ned mientras corrían escaleras abajo.

—Por supuesto —dijo Cecilia—. Es decir, nos hubieran presentado si ella no hubiera estado absorbida por la ópera mientras yo sustraía su peineta de esmeralda para aligerar su carga. ¿Sabía que el peso de esa joya causa terribles dolores de cabeza en las mujeres?

—Fue tan amable ayudándola de esa forma. ¿Cómo va su dolor de cabeza?

—Seguramente me acabará matando. —Giraron por las escaleras hacia el pasillo que conducía hacia la cocina—. Pero mientras lo haga después de que haya rescatado a la Sociedad, no voy a quejarme.

—Muchacha valiente —dijo y la metió en un armario de las escobas.

Colocó una mano sobre su boca y, adentrándose en el pequeño espacio entre escobas, cubos y mopas, cerró la puerta detrás de ellos.

—Jacobsen —le susurró al oído.

El corazón de Cecilia dio un salto, porque no reconocía el nombre, pero el aliento de Ned, tan cálido y pesado en la oscuridad, encendió, más abajo en su cuerpo, algo mucho más cálido. Escucharon durante unos instantes pisadas por el pasillo, que finalmente se quedó en silencio.

—Mis disculpas —susurró Ned bajando la mano—. Ese era uno de los hombres de Morvath. No esperaba verlo aquí.

—Nos deben haber seguido.

—Obviamente, al fin y al cabo, Morvath no confía en mí.

—¿Alguien lo hace?

Él no respondió y el corazón de Cecilia inesperadamente se quebró arrepentido por haber hecho esa pregunta. Ella no confiaba en él, fuera quien fuera. Permanecía en su compañía solo para no perderlo de vista; no porque lo estuviera *mirando*, claro está, percibiendo la contracción de sus músculos bajo la piel, el lento deslizamiento de sus pestañas cuando parpadeaba a propósito, la forma en que amartillaba la pistola, la fortaleza… bueno, lo que se entiende por *no profesarle confianza alguna*. Sin embargo, parecía herido en su silencio, y eso le recordó que, bajo sus múltiples nombres, había una persona real, así como bajo su camisa y pantalones había…

Borró ese pensamiento de su cabeza, pero ya era demasiado tarde. Su mente le propuso varias imágenes, algunas muy animadas. Agradeció la oscuridad dentro del armario, porque sentía que estaba roja como un tomate.

—No tiene de qué preocuparse, Cecilia —le susurró. Su aliento le rozó la boca.

—Lo sé —respondió ella, tratando de mantener su voz firme—. Podemos dar esquinazo a Jackersen.

—No quise decir eso. —Puso una mano sobre la pared al lado de la cabeza de ella. Lo que era razonable, ella supuso, dado que el espacio era muy pequeño.

—No tengo miedo de que mi padre me capture —agregó ella—. Si lo hace, estaré en buena disposición para salvar a la Sociedad.

—No quise decir eso tampoco. —Se inclinó hacia ella, lo que ella consideró algo práctico, porque con tanto murmullo podría no estar escuchándola bien.

—Y no me preocupa en absoluto *lady* Armitage, cuya casa será fácil de sustraer.

Él suspiró, dejándola desconcertada.

—Me confieso del todo perdida respecto a lo que usted quiso decir —dijo ella.

—Quise decir —susurró él— que, cuando la bese por primera vez, será en un salón o un

jardín, es decir, en un lugar más bonito que este.

—Oh. —El pulso le vibró, sin duda una reacción fisiológica normal por estar encerrada en un armario tan estrecho. Pero luego frunció el ceño:

—¿Por qué?

Hubo un momento de silencio.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué un salón o un jardín? ¿En qué sentido un lugar bonito es relevante en esos asuntos?

Él sonrió.

—En ese caso, ¿la puedo besar ahora?

Ella suspiró y lo abofeteó, aunque en la oscuridad, no acertó a darle en la mejilla y, en cambio, le pegó en el oído.

—Au —dijo él sonando más divertido que dolorido. Se dio la vuelta, abrió la puerta y miró hacia afuera—. Creo que podemos salir.

—Oh. Bueno, excelente. En realidad me alegra que no vaya a besarme. Sí, de verdad, por Dios.



Ned cerró la puerta, se dio la vuelta, le cogió el rostro entre las manos y presionó sus labios contra los de ella con una intensidad repentina que hizo que Cecilia emitiera un sonido ronco. De inmediato suavizó el beso, haciendo que su pasión se volviera ternura, sintiendo que el corazón se le hundía en su calor mientras ella se tranquilizaba. Él se sorprendió al descubrir que ella no besaba con la pasión de un vendaval después de todo, ni tampoco con remilgo. Ella le dio la bienvenida, sus manos agarrando las mangas de su abrigo, acercándolo, pero su boca se mostraba dubitativa. Su dulzura lo emocionó.

Era obvio que nadie la había besado antes. Sin embargo, bajo esa inocencia, él sentía un deseo obsceno, y se preguntó si sería por él en particular o tan solo un interés general por besar. Deseó que fuera por él. Ella era astuta y fuerte y, ¡cielos!, tan solo la forma en que sostenía una pistola hacía que los dedos de sus pies se retorcieran de lujuria. Tenerla en sus brazos, contra su boca, se sentía tan bien que casi no podía soportarlo. Sin embargo, ella podría desmayarse o acto seguido apuñalarlo, por lo que finalmente se apartó y ella se movió contra la pared.

—Bueno, yo nunca… —murmuró ella aturdida.

Ned sonrió pícaro, el pulso acelerado como si hubiera escalado una montaña, lo que resultaba ser una buena metáfora de haber besado a Cecilia Bassingthwaite, considerando que había estado trabajando en ello desde el momento en que la había visto en el umbral de la casa Darlington. Definitivamente tenía la intención de hacerlo de nuevo. Pero se encontraban era un armario apestoso lleno de escobas y ella era inocente de un modo que él a veces olvidaba, teniendo en cuenta su mirada fría y la habilidad para matarlo con una horquilla. Por ende, se alejó a tientas para ubicar el pomo, casi golpeándose en la cara mientras abría la puerta.

—Deberíamos darnos prisa por si hay más esbirros de Morvath por la zona.

—Sí. Claro. Es cierto. —Ella no se movió.

Ned la miró. La luz que se filtraba desde el pasillo alcanzaba su rostro, iluminando su boca sonrojada. La vista fue tan excitante que tuvo que inhalar profundamente para calmarse.

—¿Está bien? —preguntó.

—Creo que me ha curado el dolor de cabeza.

Él se rio.

—Nunca antes habían otorgado tales propiedades curativas a mis besos, pero me lo tomaré como un elogio. Vamos, en marcha.

Pasaron sigilosamente a través del ala de los criados hacia los establos. Los caballos que ella había seleccionado horas antes estaban ensillados y esperando bajo el cuidado de un joven mozo de cuadra. Ned montó, luego vio que Cecilia hacía lo propio con su estribo sin pestañear.

—¿Todo bien? —preguntó él.

—Sí —dijo ella en un mareado estilo británico, queriendo o bien decir que estaba perfectamente o a punto de colapsar por dentro. Sacudió la cabeza, centrándose de nuevo, y le arrojó una mirada a Ned que no alcanzó su rostro. El vio cierta vulnerabilidad en dicha mirada, pero sobre todo peligro, y deseó haber esperado a besarla en un jardín, ni que fuera para después poder arrinconarla contra un matorral y besarla de nuevo, y de nuevo, hasta que sus ojos fueran solo suavidad y languidez, sin atisbo alguno de venganza a filo de navaja.

Ella se subió a la silla y Ned arrojó unas pocas monedas al mozo.

—Nunca estuvimos aquí.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el mozo desconcertado.

Ned rio.

—Nadie.

—Nadie no estuvo aquí —dijo el mozo obediente, guardando en el bolsillo las monedas.

—¡Alto! Deténganse.

El grito provino de la puerta lateral del hotel. El mozo suspiró. Ned y Cecilia se dieron la vuelta, esperando ver a alguna de las personas que iban tras sus pasos. Sin embargo, era Jacobsen, el esbirro de Morvath. Su rostro picado y con cicatrices se contorsionó de emoción bajo un áspero cabello gris revuelto. Llevaba una pistola en la mano.

—Vamos —gritó Ned, y espolearon a los caballos para que galoparan mientras las balas les rozaban la cabeza y, en algún lugar cercano, un gallo que anunciaba la llegada del día con orgullosas y majestuosas notas graznó para luego callarse de repente.



12

MUJER DE NEGRO – DULCES DE LA INFANCIA – LA VAJILLA DE PLATA DE LA REINA – NED SE SUMERGE EN EL POZO DEL HORROR – EL PROBLEMA CON LOS HOMBRES HOY EN DÍA – LA FORTALEZA DE LADY ARMITAGE – ¡A LA CARGA!

¡Si todo lo demás muriera y ella sobreviviera, *lady* Armitage sería realmente feliz! Y si todo permaneciera, pero Jemima Darlington fuera aniquilada, el universo se volvería un inmenso cielo y *lady* Armitage se convertiría en una fuente de placer visible para todas las personas de su entorno.

Pero mientras tanto, paseaba por The Cobb, el espigón del puerto de Lyme Regis.

Caminaba día tras día, esperando a *signor* de Luca. Había recibido una invitación para el encuentro de la Sociedad Wisteria en Ottery St. Mary, pero no pudo tolerar la idea de sentarse a una mesa con esa Darlington. Una vez que Cecilia fuera eliminada de la escena, podrían volver a verse para tomar té y tartas. Tartas Red Velvet. Té envenenado. Y un cuchillo en la espalda, a la manera de las damas cultas.

Hasta que llegara ese momento, *lady* Armitage no estaría tranquila.

La vida arremetía con crudeza contra su piel. No podía siquiera robar a los transeúntes, tan

fuera de lugar se sentía. En su lugar, caminaba a lo largo del espigón, misteriosa, vestida de negro, con sus cabellos ondeando en la brisa mientras miraba con melancolía hacia el mar.

Aunque a decir verdad el cielo despejado y las aguas tranquilas le quitaban lo pintoresco a la vida.

El vendedor de helados con un carrito tampoco ayudaba.

Y la brisa era tan cálida y suave que tranquilamente podría haberse vestido de rosa y colocarse un lazo en el cabello.

Sin embargo, *lady* Armitage suspiró melancólicamente (y se comió un pequeño helado). En cualquier momento Eduardo de Luca caminaría hacia ella, el capote ondeando… eh… el capote colgando con pesadez de su torso, la cabeza rubia malvadamente desnuda. El tomaría su mano con los modales bruscos de un libertino con el corazón destrozado, la besaría y le suplicaría con voz lastimera ser su sirviente. Es decir, ya era su sirviente… pero suplicaría ser el sirviente de su corazón, ¡no solo de su cartera!

Y luego, poniéndose de pie (porque se habría arrodillado como muestra de su honor y devoción), le entregaría una pequeña bolsa de terciopelo con el dedo o la oreja de una mujer joven que una vez le había regalado un adorable perro de juguete porque había pensado que la tía Army quizás estaba sola.

Y así se sucedían sus días de paseos junto al mar, hasta que, por fin, el sábado se aburrió (para nada preocupada por la gota, una aflicción que seguramente no tenía) y se retiró a su sala de estar con las ventanas que daban al mar. Un lacayo le ofreció té, galletas digestivas, pastillas de cocaína y la deliciosa vista de unas piernas enfundadas en calzones ajustados.

Aun así, ella suspiraba y holgazaneaba inquieta, aunque de un modo salvaje, vikingo, sentada en una butaca. Estaba usando un hueso de pierna de pigmeo para rascarse debajo de su almidonada mata de cabello cuando el mayordomo entró de repente.

—Disculpe, señora. Un caballero está en la puerta. ¿Qué tipo de violencia le gustaría ejercer contra él?

Signor de Luca, por fin. *Lady* Armitage se irguió, arrojando el hueso a un lado.

—Déjelo entrar. Y, Whittaker, traiga más té.

—¿El té especial, señora?

—No, no. Por lo menos, no por ahora. Algo de la nueva mezcla de Earl Grey.

—Sí, señora.

Una vez que se retiró el lacayo, *lady* Armitage arregló sus faldas, se alisó las cejas y experimentó con varias sonrisas antes de decidirse por la más apropiada. Se había pertrechado con semejante elegancia cuando *signor* de Luca entró en la habitación. Su sonrisa se agrandó…

Y luego se deshizo de golpe.

Se sentó tan rápido que su cabello reverberó.

—¡Usted no es Eduardo!

El hombre hizo una reverencia. Tenía los hombros abultados bajo el abrigo y, cuando la miró, su cara llena de cicatrices se frunció en una mueca que repugnó a *lady* Armitage mucho más que el arma que estaba apuntando hacia ella.

—Jacobsen —se presentó—. Trabajo para el capitán Morvath.

—¡Cielo santo! —Se reclinó sobre la mesa y tomó otra pastilla.

—¿Está él aquí?

—¿Morvath? —La pastilla rechinó entre sus dientes—. Escúcheme, hombre alto, de cabello gris, ¿de verdad tiene que tener esos modales? Claro que no. Oh, por favor, señor, baje el arma, siempre tan aterradora. —Se sirvió una taza de té.

—Quise decir Lightbourne.

—¿Quién? —Ella frunció el ceño mientras agregaba azúcar al té, pero luego su expresión se iluminó—. Ah, *signor* de Luca. El joven con los muchos nombres, pero sin casa. ¿Por qué habría usted de preguntarme eso? Soy tan solo una mujer frágil que ha venido a pasar una temporada junto al mar debido a mi salud. —Tosió convincentemente y, luego, de verdad, porque la pastilla de cocaína se le había atascado en la garganta. Jacobsen la observó con perplejidad mientras ella se palmeaba, jadeaba y se golpeaba el pecho y por último conseguía tragar la pastilla. Luego lo miró con el ceño fruncido.

—Bueno, no tengo todo el día. Le he hecho una pregunta: ¿por qué me hizo esa pregunta?

Jacobsen casi se rascó la cabeza con la pistola antes de recomponerse.

—He perseguido a Lightbourne desde Sidmouth, pero lo perdí al llegar al pueblo. Cuando vi esta casa pirata, me imaginé que era aquí a donde se dirigía.

—¿Cómo diablos supo que esta es una casa pirata?

—La calavera con los huesos cruzados me dio la pista.

—Muy observador.

—Y la típica bandera pirata que ondea en los aleros.

—Bien visto.

—Y el hecho de que la casa está estacionada en medio de Marine Parade, bloqueando el tráfico, con lo que parece ser una farola incrustada abajo.

—Sí, bueno, estamos experimentando dificultades técnicas menores.

Levantó un abanico que yacía en la mesa auxiliar y comenzó a agitarlo frente a su rostro. Jacobsen la miró (sin duda embelesado por su belleza y magnificencia).

—Lightbourne no está aquí —dijo ella—. Y esta conversación se ha vuelto tediosa, *Mr*. Jigglesen. Puede retirarse.

—Jacobsen. Y soy yo el que tiene la pistola, mujer. No puede decirme qué hacer.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no sabe quién soy?

—No —dijo él y le disparó.

Lady Armitage apenas dio un respingo. La bala impactó en su abanico con un sonido agudo, rebotó y alcanzó a Jacobsen en el hombro. Él gritó, tirando el arma al suelo.

—Parece que está usted experimentando dificultades técnicas también —observó *lady* Armitage—. Tome, aquí tiene té fresco.

Jacobsen corrió hacia la puerta y no tardó en caerse hacia atrás, golpeándose contra el suelo de madera noble. Sus ojos parpadearon y se cerraron.

—Buenas tardes, *lady* Armitage —dijo *signor* de Luca frotándose el puño que acababa de estrellar en el rostro de Jacobsen. Se inclinó para recoger la pistola del suelo—. Lamento interrumpir su *tête-a-tête*.

—Y debería hacerlo —replicó *lady* Armitage—. Ha sido de lo más incívico por su parte, me ha dejado el suelo hecho un asco. Sin embargo, dado que el caballero quería matarme, supongo que puedo perdonarlo esta vez. ¿Dónde diablos está Whittaker con mi té?

—Me temo que no está disponible, señora.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Muerto?

Signor de Luca pareció ofendido.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me ha tomado?

—Por un pirata… un sinvergüenza italiano… un asesino que contraté para matar gente…

Él se acomodó el cabello con un exceso de dignidad.

—Sus criados han sido despedidos con indemnización.

—¿Qué quiere decir con indemnización? ¿Les cortó las manos?

—No. —Una sombra de desilusión le cruzó el rostro y él frunció el ceño.

—Les pagué, con cubertería de plata sobre todo.

Lady Armitage se puso en pie de inmediato.

—¿No querrá decir con la colección de plata de ley Garrard & Co. que me dio la reina?

—¿Se la dio a usted?

—Por supuesto. Si no hubiera querido que me la llevara, no la hubiera dejado custodiada solo por dos soldados.

—Me parece justo. Sí, su plata de ley. Pero no pierda demasiada energía enojándose por esto. Lo siguiente que voy a robar es su casa.

Ella rio.

—Qué tipo más divertido es usted, Eduardo. ¿Realmente piensa que he llegado a esta edad, bueno, es decir, a mi lugar en la vida, sin prepararme para todas las contingencias? El mecanismo de dirección de esta casa está bloqueado y la llave está en un lugar en el que ningún hombre la encontrará.

Ella lo contempló de arriba abajo de nuevo a través de sus falsas pestañas largas y gruesas. Su boca se ladeó como una espada esgrimida en desafío.

Signor de Luca sonrió por toda respuesta.

—¿Ningún hombre?

—Absolutamente ninguno.

—Déjeme adivinar. Muchos lo han intentado, todos han sido envenenados. —Dio un paso adelante y le quitó el abanico, arrojándolo a un lado, por donde se deslizó de forma desapercibida a través de una estatuilla de Artemisa la cazadora y se quedó inmovilizado en la pared. Apuntó el arma de Jacobsen entre los ojos de ella—. Le pido disculpas, señora. Pero necesito que se arrodille.

Su expresión engreída se vino abajo.

—¿Qué? ¡Está de broma!

—Me temo que no. Haga lo que le pido o le vuelo las piernas.

Su sonrisa era dulce y gentil debajo de una mirada fría, muy fría. *Lady* Armitage tragó saliva secamente. No era tanto el malvado pirata con la pistola a lo que le tenía miedo, sino a la probabilidad de que sus rodillas le flaquearan a medio camino, dejándola de cara al suelo con el armazón de su vestido cubriéndola por completo. Quizás *signor* de Luca ya lo intuía, o quizás detrás del arma se escondía un caballero, porque le ofreció la mano para estabilizar su descenso. La cogió con agradecimiento, un poco trémulamente, y comenzó a arrodillarse.

Y luego se inclinó hacia adelante, alcanzando con su mano libre sus, digamos, joyas

personales.

Pero él era menos caballero de lo que parecía y le dobló la muñeca casi arrancándosela de cuajo mientras le hacía perder el equilibrio y la dejaba de rodillas. Los volados del vestido se desplegaron como un acordeón a su alrededor. Algo golpeó el andamiaje bajo sus faldas. *Lady* Armitage se desinfló en un charco de satén y dignidad herida.

Había caído, pero no estaba fuera de combate. Lo que veía desde su nueva posición le dio una nueva idea.

—Parece que estoy en una buena posición para sugerir una renegociación de los términos —dijo con las cejas arqueándose de manera sugerente (aunque breve, ya que estaba a punto de caerse).

Signor de Luca puso los ojos en blanco. Guardó la pistola en la parte trasera de sus pantalones, hizo una mueca de disgusto, inspiró profundamente y metió la mano en su canesú.

—Haga el favor, *signor* —dijo entrecortadamente *lady* Armitage. Deslizó los dedos en su manga, donde había un cuchillo escondido, y luego hizo una pausa. En cualquier momento apuñalaría al canalla impertinente. En cualquier momento.

—¿Qué pasa aquí? —Se escuchó la voz de una mujer de esas con pinta de rascar la pizarra con las uñas si la gente no comenzaba a comportarse.

Signor de Luca, con sus manos todavía hurgando dentro de la ropa interior de *lady* Armitage, la miró por encima el hombro. *Lady* Armitage se movió hacia un lado para poder ver también. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a Cecilia Bassingthwaite en su salón con una bandeja de té.

—Tan solo estoy robando la casa —explicó *signor* de Luca. Extrajo un pañuelo del corsé de *lady* Armitage, una bolsita con adelfa blanca, media galleta y, por último, la enorme llave de plata. Sonrió pícaramente a Cecilia, pero ella solo frunció el ceño mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

—Eso fue poco caballeroso por su parte —dijo ella—. Estoy segura de que *lady* Armitage le habría dado la llave si se la hubiera pedido con educación.

—Por supuesto que lo hubiera hecho —convino *lady* Armitage. Deslizó el cuchillo escondido un poco más hacia afuera.

—Lo dudo —replicó *signor* de Luca.

—¿Por casualidad pidió permiso antes de entrometerse en sus intimidades? Me imagino que no.

—Las palabras no son necesarias si la dama da su permiso con los ojos.

Lady Armitage comenzó a hablar en defensa de sus ojos, pero la conversación tomó otro cauce.

—¿Qué? ¿Incluso en un oscuro armario de escobas? Por decir algo…

—La luz se filtraba a través de la grieta bajo la puerta.

—Y un caballero es experto en traducir los ojos de una dama, ¿no es cierto?

—Un caballero con experiencia, sí.

—Con experiencia, pero sin —ella lo miró de arriba a abajo— casa.

El *signor* se enfureció.

—Puedo asegurarle, señora, que mis propiedades son de una considerable…

—Discúlpenme —dijo *lady* Armitage antes de que la conversación se volviera demasiado excitante incluso para ella—. ¿Por qué está Cecilia Bassingthwaite de pie en mi sala de estar?

—Usted me dijo que le trajera su dedo —respondió *signor* de Luca.

—Sí, pero ¡no pegado al resto de su persona!

—El capitán Lightbourne tiene dificultades para entender lo que una dama le quiere comunicar —explicó Cecilia, sirviendo té en tres tazas delicadas—. A saber, lo que le dice con palabras, no con una supuesta mirada cuando ella tiene dolor de cabeza y no ha dormido bien.

—Es una falta común en los hombres —dijo *lady* Armitage. Pensaba en silencio qué ángulo sería el más adecuado para clavar el cuchillo en el corazón de *signor* de Luca—. El patriarcado moderno ofrece una vergonzosa falta de respeto hacia las mujeres.

Cecilia asintió.

—El mes pasado, sin ir más lejos, le robé a un hombre y lo até a su caballo, y no me deseó las buenas tardes cuando lo largué.

—¡Qué espanto! No podría decirte la cantidad de hombres que me han insultado a lo largo de los años (de hecho, eran diecisiete, aunque solo sabía porque guardaba las recetas del boticario).

—Lo que necesitamos es el sufragio femenino —opinó Cecilia mientras colocaba rodajas de limón, cortadas en forma de flores, encima del té.

—No estoy seguro de ello —argumentó *lady* Armitage—. Ya sufrimos suficiente.

—Quiero decir el derecho de voto para las mujeres, tía —explicó Cecilia—. Demasiados hombres se creen que son los amos del mundo.

—Yo creo… —comenzó a decir *signor* de Luca, pero las mujeres lo miraron como si tuvieran dagas en lugar de ojos, y él dio instintivamente un paso hacia atrás—. No importa.

—Toma a este tipo, por ejemplo —dijo *lady* Armitage, señalando con la cabeza hacia *signor* de Luca—. Ni siquiera sabe robar correctamente una casa. Mientras que, si tú o tu querida y deteriorada tía Darlington estuvieran al mando, estaríamos ya a las afueras del pueblo, conmigo colgando de mis encajes por debajo de la casa.

—Tengo su llave —le recordó *signor* de Luca, sosteniéndola.

Ella sonrió con ironía.

—Usted tiene *una* llave, *signor*.

—¿Cómo dice?

—Esa es la llave para acceder el lugar donde está guardada la llave que necesita.

Él entrecerró los ojos de un amenazador.

—¿Y dónde está ese lugar, señora?

—Usted no quiere saberlo.

—Sí, quiero saberlo.

—No —dijo Cecilia acercándosele para entregarle una taza de té—. De verdad que usted no quiere saberlo.

—Exijo…

—Además —Cecilia continuó mientras regresaba junto a la bandeja—, la tía Army nos querrá ayudar cuando se entere de lo que ha sucedido.

—¿La tía Army? —*Signor* de Luca la miró incrédulo—. Esta es la mujer que me pagó para que te matara.

—Estoy segura de que Cecilia no se habrá ofendido por algo tan nimio como eso —dijo *lady* Armitage.

—Ayúdela a que se incorpore, por favor —agregó Cecilia—, de modo que pueda tomar el té.

—¿Está bromeando, Cecilia?

—¿Me ha visto bromear alguna vez?

Él frunció el ceño, ella suspiró con exasperación y se miraron el uno al otro. Se podría haber cortado la tensión (tanto psicológica como sexual) con un cuchillo. Eso es exactamente lo que *lady* Armitage había tratado de hacer. Aprovechando la distracción, extrajo el cuchillo de su manga y se lo arrojó a *signor* de Luca.

Gritos y destellos se apoderaron del aire. El cuchillo de *lady* Armitage rompió un plato que Cecilia arrojó como si fuera un disco, luego desvió su curso y se clavó en el previamente disparado hombro de Jacobsen, que estaba tirado en el suelo estupefacto. Se sacudió, gritando, los ojos abiertos de par en par, y Cecilia enseguida lo hizo regresar a su estado inconsciente golpeándolo con la bandeja de té.

Signor de Luca miró a su alrededor para comentar la jugada, pero en cambio se bebió su té en un educado silencio. *Lady* Armitage comenzó a tantear el cuchillo escondido en la otra manga.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Cecilia—. Tía, Morvath ha secuestrado a la Sociedad Wisteria y ha robado sus casas. Puede imaginar el terrible peligro al que mi tía Darlington se estará enfrentando en Northangerland Abbey. La tuya es la única casa de batalla que queda. Necesitamos organizar una misión de rescate. Además, tengo resaca por haber comido marisco y puedo morir en cualquier momento, dejándote a ti como la única capitana pirata disponible.

—Yo… —dijo *signor* de Luca, luego suspiró—, no tiene importancia.

—Por Dios —declaró *lady* Armitage—. ¿Por qué no dijiste eso desde el principio? Por supuesto que ayudaré. —Comenzó a levantarse del suelo, aceptando la cuidadosa asistencia de *signor* de Luca (porque, en realidad, ella podría haberse puesto de pie por sus propios medios, sin lugar a dudas: sus rodillas eran tan fuertes como las de una doncella, pero a una dama le gusta que le muestren el debido respeto). Una vez en pie, con el cabello agitado, extendió una mano con la palma hacia arriba. Tras un momento de reticencia, *signor* de Luca le entregó la llave. Se dio la vuelta, se levantó las faldas, y hurgó bajo ellas. El metal rozaba contra el metal.

Ned miró a Cecilia con una ceja levantada. «Cinturón de castidad», le comunicó ella haciendo gestos con la boca y el rostro de Ned se retorció de horror.

Lady Armitage se dio la vuelta, arreglándose las faldas y sosteniendo una pequeña llave dorada y húmeda.

—Zarpamos de inmediato —pronunció con una voz cantarina—. Nadie, salvo yo, mata a Jemima Darlington.



13

EL INFIERNO SOBRE LA TIERRA – UNA OPORTUNIDAD PERDIDA – SEMIINANICIÓN - LADY ARMITAGE SABOREA SU PROPIA MEDICINA - UN DISPARO EN LA OSCURIDAD - LA PSICOLOGÍA DE LA NEUMONÍA - ALBERT Y VICTORIA. ESTUDIANTES DE LA BIBLIA. NO MANÁ DEL CIELO - FUNDIDO A NEGRO

Se puede ser feliz en la eterna soledad: un libro, una taza de té y cero compañía; esa era la idea que tenía Cecilia del cielo. Al haber pasado la semana anterior rodeada de gente y haberse frustrado cada vez que trataba de ubicar una biblioteca, ya se sentía como si hubiera sobrevivido a un círculo superior del infierno.

Como consecuencia, se encontraba frente a la ventana del comedor de *lady* Armitage con los brazos cruzados y la boca tensa mientras contemplaba los exuberantes campos verdes, donde finalmente habían amarrado para pasar la noche.

—Blackdown Hills —dijo, por desgracia, no por primera vez—. Colinas. Hemos estado viendo solo prados desde hace horas.

—Había una colina así en Stockland —le recordó Ned mientras colocaba un plato con embutidos sobre la mesa. Ella miró la comida con desagrado.

Sin criados en la casa, se habían visto forzados a cenar lo que encontraron en la cocina, de modo que, mientras *lady* Armitage ideaba un plan para reconocer el terreno por la mañana y Jacobsen gritaba desde el cuarto en el que lo habían encerrado, Ned y Cecilia habían buscado comida en los armarios y despensas.

Esto se había convertido en la oportunidad ideal para enmarcar encantadoras escenas cómicas que habrían forjado de manera más estrecha su relación: una pequeña explosión de harina, lanzarse agua, un choque de caderas y algunas miradas mientras se desplazaban por los espacios de la pequeña cocina y alcanzaban torpemente la cucharas; pero como Ned tenía el estómago revuelto debido a los mareos y Cecilia había llegado al límite de su paciencia, habían perdido la oportunidad y se las habían ingeniado para organizar una cena en un tiempo tristemente eficiente.

Se trataba de las sobras, con solo dos tipos de embutido, unas patatas al horno frías, pescado ahumado, buñuelos de venera, panecillos con manteca endulzada, espárragos, corazones de alcachofa y un postre de manzana cocida que Ned había preparado en un santiamén mientras Cecilia preparaba las armas para una posible batalla y *lady* Armitage iba haciendo saltar la casa como si fuera un conejo a través de los campos con granjas antes de, por fin, aterrizar.

Cecilia no creía que fuera a tener apetito incluso para una oferta tan escasa. Cada vez que trataba de calmar sus pensamientos, se volvían como una espada que rebanaba la luz del sol, Cilla gritándole que corriera, Morvath riéndose mientras destruía su mundo. Se sintió cada vez más insoportablemente tensa frente a los recuerdos y el miedo. ¿Estaba la tía Darlington siendo asesinada ese mismo día o incluso en ese momento? Ned le había prometido que no. Y, sin embargo, ¿qué Ned había hecho esa promesa? ¿El encantador asesino, el noble capitán Smith al servicio de la reina, o el hombre que había estado trabajando con su padre? ¿Podía ella confiar en algo de lo que él dijera? Su cerebro le aconsejaba que no lo hiciera, pero su corazón le susurraba lo contrario. En cuanto a su estómago, estaba más tenso que el cabello de *lady* Armitage.

Cecilia pensaba que ya habrían encontrado la abadía. Aunque Ned había explicado que Morvath se mantenía en movimiento, y Jacobsen se lo había confirmado bajo la amenaza de que *lady* Armitage lo forzara con sus artes seductoras a dar la información si no hablaba rápido, ella todavía había creído que un día debería ser suficiente para localizar una abadía descomunal acompañada de varias casas de batalla, sobre todo si se tenía en cuenta la geografía de la región.

—Tan solo un inglés podría llamar a ese montículo una colina —dijo Cecilia—. La torre de la iglesia del pueblo es más alta.

—Eso se debe al ángulo desde el cual lo está observando —respondió Ned complaciente—. Además, mire ese horizonte de allí, lleno de misterio y magia.

Ella lo miró larga y fríamente. A pesar de su traviesa sonrisa, él parecía muy cansado: sin afeitar, ojeroso, con la ropa polvorienta. Cecilia supuso que ella misma no tendría mucho mejor aspecto.

—Sin embargo —dijo—, el nombre Blackdown Hills evoca una impresión diferente a esta. —Señaló la vista desde la ventana.

Ned se acercó y metió las manos en los bolsillos mientras miraba las praderas y sus escenas de paz rural al atardecer, manchadas con ovejas y adornadas con exuberantes matorrales de rosas salvajes y zarzamora.

—Admitiré —dijo— que no es la típica ubicación para la guarida de un villano.

Cecilia suspiró. Se sentía temblorosa, lo que se debía enteramente a la preocupación, se dijo a sí misma, y no a la cercanía del bandido. Después de todo, ella era una mujer moderna y fuerte. Una mujer que lo sabe todo, podría decirse. Si Ned Lightbourne se atrevía a besarla de nuevo, ella lo haría… ella lo haría… saltar por la borda. Aunque no estaba lo suficientemente lejos para caerse en las susodichas colinas. ¡Una bofetada sería lo mejor! Claro está que no quería ganarse la reputación de ser una cualquiera. ¡Apuñalarlo! Sí, ese era un hermoso pensamiento. Le arrojaría un cuchillo largo y pesado, que lo atravesara…

—Dios mío, hace mucho calor aquí —murmuró y tiró del pestillo de la ventana.

Ned la miró de reojo sonriendo como si pudiera leerle los pensamientos

—¿Está bien, Cecilia?

—Solo preocupada, eso es todo. —La ventana no se abría. Murmuró algo mientras tiraba más fuerte.

—Permítame. —Mientras él se acercaba para intentar abrir el pestillo, su mano rozó el cuerpo de ella. Su olor a camino polvoriento y piel de manzana conquistó los sentidos de Cecilia, que dio un rápido paso hacia atrás, se golpeó contra una silla y se tropezó hacia adelante hasta encontrarse de bruces contra el cuerpo de él. Su *Miss* Darlington interior soltó un grito ahogado. Su pirata interior observó cuántas armas llevaba él escondidas en lugares interesantes. Y su *lady* Armitage interior, que incluso la joven más dulce tiene guardada en algún lugar muy profundo, susurró que no todo eso que veía con bordes afilados eran armas, y si se apretujara más contra él…

Cecilia saltó como un resorte.

—Me temo que la ventana no se abrirá —dijo Ned como si nada extraño acabara de suceder. Tiró de los puños de su camisa, que se habían enganchado con una cinta del corsé de Cecilia, pero no antes de que ella pudiera ver parte del tatuaje de un ancla en su muñeca. Luego ella se abanicó vigorosamente con una mano.

—¿Le traigo un vaso de agua? —él le preguntó.

—No. No, gracias. Estoy perfectamente bien y serena.

—No tiene calor, ¿entonces?

La miró indiferente, pero el lento movimiento de sus pestañas avivó sus llamas internas, haciendo que se preguntarse si a *lady* Armitage le importaría que ella rompiera la ventana en busca de un poco de aire fresco.

—Es solo que parece que tiene un brillo… justo aquí. —Extendió la mano, pasó con suavidad un dedo bajo un lado de su cuello. Se observó a sí mismo hacerlo, luego alzó la vista para sostenerle la mirada sin decir palabra, sin respirar.

—Ay, te comería —susurró Cecilia. Luego se dio cuenta de lo que había dicho y parpadeó furiosa—. Quiero decir mi *tía*. Si estoy sudando un poco es solo porque me preocupa mi tía. —Esta justificación reforzó su capacidad para razonar y asintió con remilgo—. Además, pensé que ya le había mencionado que es indecoroso comentar cualquier circunstancia en el… de una mujer.

—¿Cuerpo? Disculpe. Pero debo decir —se acercó susurrando— que, si de verdad fuera a hablar indecorosamente de su cuerpo, no estaría usted pensando en su tía a continuación.

Su aliento rozó la oreja de ella, pero lo sintió en sus muñecas, en su corazón y en ciertas partes no mencionables; caliente, tembloroso, como el recuerdo de su beso. Trató de responderle, pero él dio un paso atrás, dándose la vuelta para mirar por la ventana.

—No se preocupe por *Miss* Darlington —le dijo—. Solo ha pasado un día. Bueno, y otro medio día. Y una noche entera. Y hoy no podremos ir a ninguna parte tampoco. Pero de verdad, créame que estará bien. Quizás un poco incómoda en su calabozo, eso es todo. No hay que entrar en pánico.

—Una dama nunca debería entrar en pánico —dijo *lady* Armitage, entrando en la habitación. Sus faldas exuberantes y anticuadas rozaban el marco de la puerta y resonaban con el tañido de la crinolina que tenían debajo. Aunque vestida por entero de negro, como correspondía a una viuda, brillaba con lentejuelas de cristal como estrellas, ya que, al fin y al cabo, era una viuda feliz. Una tiara de diamantes adornaba su cabello—. Una dama permanece tranquila y preparada bajo todas las circunstancias. En lugar de entrar en pánico, aprieta la mandíbula, protege su corazón y se asegura de tener suficiente munición para disparar a todos los que se le crucen en su camino. ¿Es esto jamón glaseado?

Se sentaron a la mesa, la matrona pirata, la hija del malvado genio y el hombre contratado por la primera para asesinar a la segunda.

—Por favor, alcáncenme las alubias —dijo *lady* Armitage, Como no había alubias en la mesa, Ned le pasó los espárragos y ella comenzó a servírselos en su plato. Cecilia la observaba porque así evitaba mirar en la dirección opuesta, donde estaba Ned y, mientras *lady* Armitage pinchaba un espárrago, cortaba el jamón y extraía los corazones de las alcachofas, sintió que se iba calmando de nuevo. El capitán Lightbourne era un malvado seductor, eso era todo, y estaba dispuesta a ignorarlo de una forma perfectamente digna.

—¿Me pasaría la sal, Cecilia, por favor? —le pidió él.

—Por supuesto. —Ella se la arrojó a la cabeza.

—He estado interrogando a este tipo, Jefferson, un poco más —dijo *lady* Armitage, ignorando la amplia sonrisa de Ned mientras atrapaba el salero y el gesto de Cecilia a modo de respuesta—. Está de acuerdo con usted, *signor*, en que Morvath vaga por la región sin llegar a establecerse. Pero sospecho que no estamos muy lejos de su escondite actual.

—¿Lo interrogó? —preguntó Ned deliberadamente. *Lady* Armitage sonrió y se encogió de hombros.

—Últimamente me siento bastante desatada —explicó. Ned recordó el escondite de la llave de la casa y casi se atraganta con una patata.

—¿Por qué piensas que el escondite está cerca, tía? —preguntó Cecilia.

—Hay una enorme cantidad de humo que viene desde más allá del bosque a estribor.

—Un granjero quemando basura —sugirió Ned.

—Puede ser —dijo *lady* Armitage—. O un pirata peligroso en una abadía con muchas chimeneas.

—Deberíamos ir a explorar hoy por la noche, aprovechando la oscuridad —propuso Cecilia mientras cortaba el jamón en pequeños cubitos.

—De ninguna manera —respondió *lady* Armitage—. Una Darlington no va por ahí durante la noche como una bandolera.

Ned frunció el ceño.

—Pero usted no es una Darlington. De hecho, usted es una enemiga jurada del clan. Por lo tanto, cómo puede decirle a ella…

La mirada que le lanzó *lady* Armitage no admitía réplica.

—Dado que la tía de Cecilia no está, y su pobre madre está en el cielo, debo hacerme cargo de guiarla.

—Es una mujer adulta —señaló Ned—. Y, si bien no quiero ser pesado, usted me pidió hace dos semanas que la matara.

—Ned —murmuró Cecilia—. No se discute un intento de asesinato durante la cena.

—Cilla estaría muy orgullosa de saber que a su hija la quieren asesinar —dijo *lady* Armitage sacudiendo una mano impaciente para dejar atrás el tema de una vez por todas.

Ned se encogió de hombros y cenó en silencio mientras las mujeres conversaban sobre el tiempo. Cuando terminaron la cena y *lady* Armitage se retiró a beber licor de cereza y fumar un cigarro en la sala de estar, los piratas más jóvenes llevaron los platos a la cocina.

—Investigaré ese humo esta noche —reiteró Cecilia mientras apilaba los platos en el fregadero para prepararlos para el proceso de lavado que no tenía idea de cómo afrontar, dado que nunca había lavado un plato en su vida—. Si es Morvath, puede que sepa que estamos cerca y, por ende, estará listo para recibirnos por la mañana.

Ned dejó de arrojar las sobras a la basura.

—¿No le parece que sería increíblemente conveniente que, teniendo en cuenta la extensión de Blackdown Hills, hayamos tenido la suerte de aterrizar a media milla de donde Morvath se esconde?

—De hecho, eso es lo que solo sucedería en una novela muy mal escrita.

—O si *lady* Armitage la hubiera traicionado.

Cecilia frunció el ceño.

—Ella no haría eso.

—Pagó para que yo la asesinara.

—¿Por qué sigue trayendo ese tema a colación? Somos bandidos, Ned. No se estila entre nosotros solventar nuestros acuerdos de forma respetuosa puertas adentro. Además, la tía Armitage siempre se ha opuesto a Morvath. No tendría sentido que me traicionara ahora para favorecerlo a él.

—Oh, claro. Todo lo que hace *lady* Armitage es tan razonable.

Cecilia suspiró, pero no se molestó en discutírselo. La verdades que no tenía suficientes argumentos para hacerlo. La mezcla de inmoralidad y modales practicada no solo por *lady* Armitage sino por toda la Sociedad Wisteria había, desde hacía mucho tiempo, confundido su habilidad para pensar de forma crítica, lo que la hacía refugiarse constantemente en la disociación.

—Me dispongo a investigarlo. Puede quedarse aquí y cuidar la casa.

—No —dijo él acercándose a ella—. Voy con usted.

—No podemos andar por ahí solos de noche sin supervisión.

Él se rio.

—¿Cómo puede decir eso después de pasar las dos últimas noches sola conmigo?

—El mal comportamiento en el pasado no justifica que deba continuar en el… —Hizo una pausa, mirando con cautela mientras él se acercaba más, recordando sus dedos en contacto con la piel desnuda de ella, cuando estaban en el comedor. Solo recordarlo la hacía estremecerse y sus

palabras se dispersaron. ¿Qué estaba diciendo? Algo acerca del mal comportamiento en el…—… dormitorio —dijo a modo de conjetura. Sin embargo, mientras él sonreía pícaro, se dio cuenta de que, en realidad, había sido una muy mala conjetura.

—Entonces, ¿entiendo que quiere decir que no debemos besarnos más? —preguntó él.

—¡Sobre todo quiero decir eso! Retrocedió hacia el fregadero, pero él seguía acercándose y ahora ella no tenía cómo escabullirse.

—Pero ¿qué hay de sus ojos *Miss* Bassingthwaite? —preguntó él—. ¿Qué mensaje me transmiten?

Estaba tan cerca de ella que percibió una pequeña cicatriz en su mejilla. Tan cerca que no tendría que extender mucho la mano para… bueno, para abofetearlo, por supuesto. Era más alto que ella, y ella tenía que inclinar levemente la cabeza para ver la cicatriz y los ojos azules sonrientes. De repente, se dio cuenta de cuán expuesto estaba su cuello y, peor aún, sus labios. Bajó rápido la mirada.

Otro error. El botón superior de su camisa estaba desabrochado, lo que revelaba su piel bronceada. Cecilia nunca había visto lo que había debajo del cuello de un hombre; era mucho más excitante de lo que hubiera imaginado, si hubiera sido el tipo de muchacha que imagina ese tipo de cosas. Trató de mirar para otro lado, pero él parecía llenar la totalidad de su campo de visión; por lo tanto, ella colocó una mano contra el pecho de él.

—Señor, mis ojos le dicen que se aleje.

—Muy bien. Pero si quiere que haga eso, a lo mejor debería empujarme.

—Lo estoy empujando. —Los dedos de ella recorrieron el bordado de su abrigo.

Él inclinó la cabeza y murmuró tan cerca de su oído que lo sintió como una caricia.

—Más fuerte, Cecilia.

—Pero, señor —alcanzó a decir ella, a pesar del fuego que ardía en sus entrañas—, una caricia suave es de más educación.

—Oh, ¿de verdad? —Le besó suavemente en la mejilla—. ¿Eso fue más educado?

Todos los nervios de Cecilia clamaban por responder. Pero los calmó con decisión.

—Supongo que sí.

Él sonrió. Con un movimiento tan suave como el terciopelo, le besó la boca.

—¿Y eso fue educado?

—No tanto —respiró Cecilia.

—¿Y qué hay de esto? —Le mordió el labio inferior tan suavemente que ella jadeó debido a su feroz suavidad. Inmediatamente, él aprovechó para deslizar su lengua dentro, moviendo su punta contra el paladar de ella haciendo que gimiera y se agarrara a su chaleco. ¡Qué grosero que era! ¡Qué desgraciado! Se puso de puntillas para acercarse a él, curvando su lengua alrededor de la de él, sin querer que se fuera.

Pero él retrocedió, y ella cogió aliento lamentándose antes de poder detenerse. Él parpadeó ante ese sonido y, por un momento, se vio tan vulnerable como ella se sentía. Luego cogió el rostro de ella entre sus manos y la besó de nuevo; un beso largo, profundo y dolorosamente tierno. La suavidad invadió el cuerpo de ella, la hizo sentirse tan débil que tuvo que apoyarse contra él para mantenerse erguida. Ll pasó un brazo alrededor de ella, acercándola con más firmeza, besándola en la boca y en la sien y en la ceja. Ella envolvió una pierna alrededor de la de él y, en un gesto que le pareció más atrevido que saltar de una casa en pleno vuelo, le besó con

suavidad el mentón.

Él se tensó contra ella. Su respiración se agitó. Entonces ella lo besó de nuevo con más valentía, esta vez en la comisura de la boca. Cuando él se movió, sus labios se encontraron, sus corazones de encontraron; desarmada, ella se deslizó con él hacia una felicidad tibia y exuberante.

Poco a poco, los besos cesaron. El abrazo de sus cuerpos se intensificó hasta que la pasión se convirtió en familiaridad, las bocas se separaron, pero los corazones se volvieron más cercanos. Sus latidos eran como pequeños besos suaves a través de su ropa. Cecilia suspiró. Esta suavidad más peligrosa que cualquier arma. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había sostenido de esa forma? No desde el día en que su madre había muerto. Cecilia no había entendido hasta ahora cuánto había deseado algo así.

—Me disculpo por ser irrespetuoso —dijo él.

—Debería hacerlo —murmuró ella cerrando los ojos, deseando poder permanecer en sus brazos para siempre.

—La próxima vez que discutamos acerca de la suavidad, deberá ser en algún lugar más propicio para poder hacer una demostración como Dios manda, en vez de en la cocina de *lady* Armitage.

Cecilia sonrió como si estuviera soñando, y luego comenzó a fruncir el ceño mientras sus sentidos procesaban lo sucedido. Cuando lo terminó comprendiendo, quedó en *shock* y se alejó de él con el fervor que debería haber aplicado varios minutos antes. Él dio un paso hacia atrás, sonriendo de una forma encantadora.

Pero los ojos de él estaban cargados de significado, y había una amplitud en su sonrisa que ella no quería ver. El hombre era un bandido, nada más, y ella debía resistirse a sus encantos. Se dio la vuelta y cogió un farol del armario de la cocina.

—Salgo a buscar la casa de Morvath —dijo firme.

—Voy con usted —Ned replicó.

—No. Alguien tiene que quedarse y vigilar a *lady* Armitage. —Coger algo de distancia respecto a este hombre le pareció en ese momento una idea sensata.

—No se preocupe por ella. Le puse un somnífero en su licor.

Cecilia frunció el ceño.

—¿De dónde sacó un somnífero?

Atravesó la cocina para dar un golpecito a un armarito situado en la pared encima del molinillo de café. Su puerta estaba marcada con la palabra venenos, junto con el grabado de una flor.

—Ya veo —dijo Cecilia—. Supongo que puedes venir.

Ella lo fulminó con la mirada, pero en lo más profundo de su mente sintió un zumbido, como si sus traidores ingenios hubiesen abierto una botella de vino.

Ned sonrió sardónicamente.

—Gracias.

—Pero tienes que comportarte.

Su sonrisa se desvaneció. En tres rápidas zancadas estaba con ella y tenía la mano debajo de su barbilla, inclinándola hacia arriba, antes de que pudiera recuperar el aliento. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, el pulso acelerado, mientras él se inclinaba.

—Por supuesto que me comportaré.

—¿Lo juras?

Empezó a sonreír, despacio, con un dedo deslizándose por su cuello.

—Te doy mi palabra de sinvergüenza.

—Oh. Vale, bien.

Él la dejó ir, dio un paso atrás, su sonrisa tan torcida como sus modales. Cecilia recordó el consejo de *lady* Armitage y cuadró la mandíbula, miró hacia otro lado para proteger su corazón e imaginó derribar al Capitán Lightbourne en su camino interior bien barrido hacia la tranquilidad.



—Maldición. —Cecilia maldijo por primera vez en su vida, sobresaltando a Ned. Se alejó de la puerta de la sala de estar de *lady* Armitage y se puso el dedo índice sobre los labios.

—Está dormida —susurró él—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió Cecilia—. Es decir, me golpeé el dedo del pie.

—¿Dentro de sus botas?

—Sí, deje de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Haciendo eso con las pestañas.

—Ah, de acuerdo. —Trató de digerir su desconcierto y transformarlo en una sonrisa—. ¿Por qué no se queda aquí y cuida de la casa y, quizás, duerme un poco? Voy a explorar los alrededores y vuelvo para informarle.

—No. —Sacó unos guantes de cuero negro de un bolsillo de su túnica de montar y comenzó a colocárselos en las manos con tal vehemencia que Ned pensó que en algún momento se rompería un dedo—. ¿Procedemos?

Soltó una risa sofocada para no despertar a *lady* Armitage y gesticuló a lo largo del pasillo.

—Muéstreme el camino.



A la luz tenue del farol, cruzaron el campo hacia el bosque de encinas. Entonces Ned tomó la delantera, ya que estaba más familiarizado con los peligros nocturnos de una pradera. Así evitaron excrementos de vaca, cardos, zanjas repentinas, turbios charcos oscuros y un rastrillo de hierro que alguien había dejado a la espera de generar un momento cómico. Se adentraron en el bosque. No habían ido muy lejos cuando un ruido repentino los alarmó; tras apagar el farol, Ned empujó a Cecilia detrás de una encina. Escucharon en silencio, casi sin respirar.

Alguien más estaba moviéndose cautelosamente a través del bosque con una vacilación que sugería sigilo, aunque pisoteaba ramas caídas y hojas con una torpeza que sugería el deseo de ser asesinado por piratas. Ned y Cecilia se miraron a la débil luz de la luna. Ned señaló a Cecilia,

alzó una mano y luego señaló un árbol. Cecilia asintió. Ned sacó una pistola de su cinturón, cogió aire para estabilizarse y luego saltó.

—Alto o disparo —advirtió al desconocido.

O por lo menos así comenzó la escena. Sin embargo, fue interrumpido por Cecilia, que también saltó desde detrás del árbol, con el arma en alto mientras ella también le advertía al desconocido que se detuviera.

—¿Disculpas? —Ned giró hacia ella con impaciencia.

—¿Qué? —dijo ella mirándolo.

—Le dije que se quedara detrás del árbol.

—No. Hizo esto. —Ella repitió sus gestos y, mientras lo hacía, su arma se balanceaba.

—Sí, lo que significa «quédese detrás del árbol».

—Eso es ridículo.

—Algo de ridículo sí que tiene —convino el desconocido.

Ambos se giraron, alzando las armas, y miraron al hombre medio canoso frente a ellos, iluminado por la luz de la luna. Estaba armado con un rifle.

—Jokerson —exclamó Cecilia.

—Jacobsen —la corrigió él con los dientes apretados—. Arrojen sus armas.

—No —respondió Ned y le disparó.

Jacobsen gritó y se cayó hacia atrás, su rifle disparó hacia el cielo. Se golpeó contra el suelo y quedó inerte.

Cecilia gesticuló.

—No tenía que haberlo matado.

Ned golpeó con su bota el cuerpo del hombre.

—No está muerto. Tan solo le disparé en el hombro. Debe haberse golpeado la cabeza cuando se cayó.

—Pobre tipo.

Ned la miró incrédulo mientras recuperaba el rifle de Jacobsen.

—Iba a matarnos.

—Incluso así. —Ella enfundó el arma—. No me gusta la violencia.

—Bueno, ha escogido en la profesión equivocada, entonces, querida. —Vació el rifle de municiones y arrojó las balas y el rifle en direcciones opuestas—. Creo que deberíamos regresar. Puede que haya matado a *lady* Armitage al escaparse.

—Lo dudo.

—Oh, ¿cómo es eso?

—Porque él está vivo todavía —respondió una voz desde las sombras.

Ned suspiró.

—Tita Army —dijo Cecilia como si hubiera encontrado a la dama en una calle de Londres en una tarde cualquiera.

Lady Armitage se hizo visible, pisando ruidosamente una rama al hacerlo.

—Entonces ese ruido era usted —dijo Ned—. Me pareció poco probable que fuera Jacobsen. ¿Cómo es que usted está aquí si le di un somnífero?

—Aprecio su inocencia, *signor* —replicó *lady* Armitage—. Una extraña cualidad para un pirata, pero hela aquí. Yo, por mi parte, no soy tan estúpida como para ser honesta. Las pociones

de mi armario están todas etiquetadas de forma incorrecta. Me dio algo para limpiar el hígado.

Ned solo pudo reírse.

—*Touché* —dijo haciendo una reverencia.

—Pero tía —dijo Cecilia—, no deberías estar aquí fuera. Es peligroso.

—Soy el terror de los piratas, querida.

—Pero también hace frío. Cogerás una neumonía.

—Tonterías. La neumonía es solo para las muchachas jóvenes cuyas tías desean reprimirlas para que nunca se independicen y las dejen solas.

Cecilia lanzó un grito ahogado. Detrás de ella, Ned asintió, pero cuando Cecilia se dio vuelta para fruncir el ceño hacia él, este en cambio sacudió la cabeza, con la boca curvada en firme desacuerdo.

—No es tu culpa —continuó *lady* Armitage—. Jemima no debería haber sido tan castradora. Vio lo que pasó cuando su hermana trató de mantener a Cilla atada en corto. En ese aspecto, vivió las consecuencias de su propia juventud salvaje. Pero obviamente estaba en tu sangre ser libre y correr hacia la oscuridad con un muchacho malvado.

—No soy un muchacho —trató de quejarse Ned, pero Cecilia lo interrumpió.

—¿La tía Darlington tuvo una juventud salvaje?

Tanto *lady* Armitage como Ned la miraron sorprendidos.

—¿No lo sabía? —preguntó Ned.

Cecilia frunció el ceño.

—¿Saber qué?

—No importa —dijo *lady* Armitage con contundencia—. No deberíamos estar aquí parados cotilleando. Si Morvath está por aquí cerca, habrá escuchado los disparos.

—¿Cómo es que Jacobsen llegó a liberarse? —preguntó Ned.

—Ni idea.

—Entonces, ¿no fue liberado y enviado aquí a matarnos?

Lady Armitage suspiró.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me toma, *signor*? —Su sonrisa de satisfacción fue del todo innecesaria—. Debemos darnos prisa; hay mucho que hacer. Si la abadía realmente está allí, debemos regresar a mi casa y prepararnos para atacar por la mañana… y para asesinar a Cecilia por la tarde, *signor* de Luca, por favor, o de lo contrario, quiero mi adelanto de vuelta.

—¿Por qué no la mato ahora y terminamos con esto? —preguntó Ned seco.

—¿En el bosque? No es una campesina. Por favor, muestre algo de respeto.

—Bueno. Pero avancemos en silencio, ¿entendido? Nada de pisar ramitas, ningún salto repentino desde detrás de los árboles. Si eso es Northangerland Abbey, no queremos que nos atrapen.

—Estoy de acuerdo —respondió *lady* Armitage enseguida.

Ned se giró para ver la respuesta de Cecilia, pero ella estaba mirando pensativa a través de la oscuridad.

—¿Cecilia? —dijo él con inquietud.

Ella parpadeó y le devolvió la mirada.

—¿Qué? Oh. Sí, de acuerdo. Ciertamente no queremos que nos atrapen y nos lleven a la

abadía.

Ned frunció el ceño. *Lady* Armitage también. Ella les sonrió vivaz.

—¿Vamos, entonces?

—Solo para echar un vistazo —aclaró Ned.

—Por supuesto. —Su sonrisa dio paso a una expresión herida—. ¿No confía en mí?

Ned suspiró. Esta era, después de todo, la inocente Cecilia que nunca se había alejado más de unas pocas horas de la protección de su tía. Sus enormes ojos que lo miraban heridos hicieron que quisiera encogerse y pedir perdón.

—Sí, confío en usted —dijo él sonriendo.

Lady Armitage resopló, pero cuando la miraron, sacudió una mano bajo la nariz.

—No me presten atención. Alergias.

Ned suspiró de nuevo y sacudió la cabeza. Luego, con sigilo, se dio la vuelta para guiarlos por un camino a través del bosque. Cecilia iba tras él, sin gesticular, seguida por *lady* Armitage. La vieja tropezó con una rama de nuevo y, ante un gesto de desaprobación de Ned, se quedó muda como una delincuente.

—No puedo creer que no sepa lo de su tía y Morvath —le susurró Ned a Cecilia.

—¿Saber qué? —preguntó ella de nuevo.

—Se lo cuento después.

Después de andar unos quince minutos, el bosque dio paso a un campo sin vegetación. Una nube cubrió la luna y sumió al mundo en la oscuridad. Tan solo podían ver las siluetas desnudas del campo, los matorrales, el bosque y, alrededor de quinientos pies a lo lejos, una inocente granja escondida detrás de unos pocos árboles, con una luz encendida en una ventana y el humo saliendo de su chimenea.

—Ni rastro de una abadía —susurró Ned.

—Qué raro —susurró Cecilia—. Estaba segura de que estaría allí.

—¿Por qué?

—Quizás solo me hice ilusiones. Pero la tita Army me convenció.

—Mmm. —Se dio vuelta hacia la vieja señora y se quedó helado.

—Mierda.

—Capitán —lo regañó Cecilia—. No debería hablar así en la presencia de damas.

—De una dama —la corrigió.

—¿Qué?

—De una dama, su tita Army no está.

—Tonterías. —Cecilia también se dio vuelta y contuvo la respiración—. ¿Tita? —la llamó, pero no hubo respuesta. *Lady* Armitage había desaparecido.

Sacó su arma.

—Estamos en apuros.

—Debe haberse tropezado.

—No sea estúpida.

—¡Señor!

—Nos tendió una trampa.

—Pero no hay nada aquí. Además, la tita Army no me traicionaría con Morvath. Se debe de haber perdido en la oscuridad.

—Tan solo metafóricamente. —Le señaló el cielo y Cecilia alzó la vista para ver que la casa Armitage volaba bastante desequilibrada hacia el este.

—¡Qué maleducada! —dijo ella—. No importa. Podemos continuar buscando la abadía.

—No. Robaremos esa granja y nos iremos de aquí rápido.

Cecilia frunció el ceño.

—Pero…

—Nosotros dos a pie con solo una pistola cada uno no seremos rival para una abadía llena de cañones, sirvientes armados y una flota cautiva de casas de guerra.

—También tengo una horquilla que tiene el filo de una navaja.

Ned se rio.

—No voy a abandonar a la tía Darlington.

La expresión de él se volvió por un momento más grave.

—Lo sé. Tampoco yo. Pero tenemos que ser razonables. Casi seguro que hemos caído en una trampa. Esa granja es nuestra única esperanza.

—Pero no podemos volar sin un timón y un sextante.

—¿Nunca has improvisado un timón con cucharas y alambre? Y no necesitamos navegar, solo salir de aquí. —La cogió de la mano y, sin añadir más argumentos, corrieron a través del campo hacia la casa tranquila y desprevenida. La oscuridad se cernía sobre ellos con pesadez, como estuviera a punto de llover. El aire parecía gemir. Se tropezaron en el felpudo de la puerta de la granja, recobraron el aliento por un momento y luego Ned llamó educadamente a la puerta.

—Nunca he robado una casa antes —confesó Cecilia—. ¿Cuál es el protocolo?

—Menos directo que con un carruaje y un poco más difícil de entrar. Pero, una vez lo haces, sueles encontrar té y un sillón cómodo en su interior.

La puerta se abrió y un hombre con unas patillas profusas y marrones se asomó con recelo.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Buenas noches —respondió Ned, todo inocencia, con ojos encantadores y lánguidos—. Mi nombre es *Mr*. Albert y esta es mi esposa, Victoria. Estábamos de vuelta a casa tras horas estudiando la Biblia cuando se rompió la rueda de nuestro carruaje. Esperábamos que pudiera indicarnos la dirección de un refugio para pasar la noche. Pagaremos por cualquier consejo que nos pueda ofrecer. Y quizás, si es tan amable, ¿un poco de té?

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—¿No serán piratas?

—¿Le parecemos piratas, señor? —tanto él como Cecilia sonrieron amablemente al granjero.

—Bueno… ¿Dijeron que me pagarían?

—Por supuesto.

—Casualmente, mi esposa acaba de poner a hervir…

Se detuvo, los ojos abiertos de par en par mientras miraba con horror hacia algo que se elevaba por encima del hombro de Ned.

Los piratas se miraron y suspiraron. El granjero cerró la puerta. Los cerrojos se desplazaron con estrépito.

—Bueno, por lo menos no tenemos que tomarnos la molestia de robar una casa —dijo Cecilia.

—Es cierto. ¿Ya le dije cuán hermosos se ven sus ojos a la luz de una torre enemiga?

—Es muy amable.

Se giraron para contemplar la vasta y oscura abadía mientras descendía de las alturas para aterrizar frente a ellos.



Cecilia echó un vistazo con los ojos entrecerrados a la docena de ventanas repletas de cañones y armas.

—Por Dios, esto es una vergüenza —comentó como si nada.

Ned la miraba con la boca abierta.

Ella se encogió de hombros.

—Le dije que quería meterme dentro de esa abadía. Si eso quiere decir que me capturen, no me importa.

—Está loca. Tenemos que largarnos de aquí.

Pero, de repente, la puerta de la gran abadía se abrió y tres hombres armados vestidos de negro aparecieron.

—Lightbourne —gruñó uno—. Traidor. Hazme el favor de tratar de escapar para que tenga una buena razón para dispararte.

Ned levantó la vista, divertido.

—No seas tan dramático, Randall. No impresionas a nadie. Estoy en la puerta de la casa de Morvath con su hija perdida hace largo tiempo, como se me ordenó que hiciera. Lejos de ser un traidor, espero un aumento de sueldo.

Le guiñó un ojo a Cecilia. Ella le devolvió una mirada cruel y dio un paso atrás como si de repente le diera asco.

—Oh, no, de ninguna manera —dijo él, agarrándola del brazo y acercándola de nuevo contra él—. ¡Nada de escaparse!

—No lo estaba haciendo —comenzó a decir ella, pero él le tapó la boca con su mano. Ella removió, pero su agarre era firme.

—Randall, hay una botella de cloroformo y un pañuelo en el bolsillo de mi abrigo. ¿Me los alcanzas, por favor?

—Mmm. —Cecilia forcejeaba.

—No se preocupe —le dijo Ned mientras Randall hurgaba en sus bolsillos—. No es una de las pociones de la tita Army. Siempre llevo conmigo una botella de cloroformo en caso de que surja la necesidad de secuestrar a alguien. —Le sonrió con los ojos abiertos de par en par—. Es cierto que podría haberla dejado inconsciente en cualquier momento y haberla llevado a su padre. O a prisión. O lo que sea que eligiera. ¿Se tranquiliza, por favor?

Ella respondió pisándole el pie. Él ni se inmutó. Cogiendo el pañuelo empapado de la mano de Randall, lo presionó contra la nariz y la boca de ella.

—¿Tuviste un día ajetreado? —le preguntó a Randall para entablar conversación mientras Cecilia forcejeaba en sus brazos.

—Oh, ya sabes —respondió Randall encogiéndose de hombros—. Atar prisioneros, práctica de tiro, escuchar los desvaríos del capitán, lo de siempre.

—Ajá —dijo Ned y miró a Cecilia, que estaba hundida contra su hombro, los párpados le temblaban—. Y ya está —dijo sonriendo.

Cecilia sintió que caía y caía… incluso mientras el brazo de Ned la sostenía. Su último pensamiento antes de que la oscuridad la sorprendiera fue que la tía Darlington iba a enfadarse muchísimo.



14

CONSTANTINOPLA DEJA QUE TOM TOME EL LIDERAZGO – CHOCOLATE PROHIBIDO – WINDSOR – LA ROPA DE CAMA DE SU MAJESTAD – SU MAJESTAD – UNA TOSTADA PELIGROSA – UN LORO CERTERO – EL LORO POR SUERTE SE EQUIVOCA

Constantinopla no creía que Tom Eames tuviera ningún derecho a darle órdenes solo porque era mayor que ella o porque había visto más mundo que ella. Al fin y al cabo, la superioridad depende del uso que se haya hecho del tiempo y la experiencia y, mientras que Tom había estado pegado al delantal de su madre durante años, visitando aburridos museos (y robándolos), conociendo aristócratas aburridos (y robándoles), Constantinopla había aprendido cosas verdaderamente importantes, como preparar *fudge* con un mechero Bunsen en un dormitorio después de que las luces se apagaran y cuánta sal se le podía echar al té de una profesora antes de que se diera cuenta. Tom seria tres años mayor que ella, pero Constantinopla era obviamente superior a él en las cuestiones de verdad importantes.

Sin embargo, no era tan ignorante como para decírselo. Cuando él pisó con hombría e insistió en que regresaran a Ottery St. Mary:

—Eres muy joven, Oply, para entender las consecuencias de tus acciones —declaró él con toda su nueva e inesperada autoridad como su prometido; ella obedecía de mala gana.

Y, a pesar de ello, se las ingeniaron para tomar el desvío equivocado entre los caminos del campo, algo de lo que Tom se dio cuenta solo cuando estaban varias millas en dirección a Londres.

Y cuando en Taunton él decidió que viajar a caballo sería mejor que en tren, Constantinopla se mostró de acuerdo segundos antes de que un transeúnte le robara el monedero y corriera hacia la estación, abordando un tren con destino a Londres. Tom galantemente corrió tras él, con Constantinopla siguiéndolo de cerca, y estaba a punto de confrontar al hombre a punta de pistola cuando, ¡oh!, ella descubrió que no había perdido su monedero, sino que estaba en el otro bolsillo. Para entonces, el tren ya había salido de la estación y no les quedó más remedio que sentarse en primera clase (robando los billetes de otros pasajeros y chasqueando la lengua en señal de desaprobación cuando esos pasajeros fueron obligados a irse a tercera clase) para disfrutar un faisán al horno para cenar y dormir hasta que llegaran a Windsor al amanecer.

—Gracias a Dios que te tengo a mi lado para guiarme y protegerme —había dicho Constantinopla mientras comían el postre de chocolate que Tom le había prohibido con la excusa de que le sentaría mal, pero el mozo lo trajo de todos modos y, por supuesto, no se desperdicia la comida—. ¡Qué afortunada soy de que me hayas propuesto matrimonio! Tendremos un matrimonio feliz contigo al timón.

Aunque Tom en realidad no recordaba haberle propuesto matrimonio, sonrió ante esta ocurrencia y, cuando ella colocó la cabeza sobre el regazo para dormir, no pudo sentir más que adoración por ello (literalmente: sus piernas se durmieron a la media hora y permanecieron así toda la noche).

En Windsor, Tom decididamente tomó la delantera.

—No intentaremos entrar en el castillo —declaró—. Informaremos a la policía acerca de los planes de Morvath.

—Tiene mucho sentido —acordó Constantinopla—. Al fin y al cabo, ¿qué pirata no buscaría ayuda de la policía para llevar a cabo sus planes? Pero ¿no deberíamos quizás cambiarnos de ropa antes, ya que estamos bastante sucios del viaje?

Tom no vio ningún problema en ello. Por lo tanto, Constantinopla lo siguió hasta unos grandes almacenes, donde ella rechazó con modestia sus ofertas de seda rosada y encaje *beige*, eligiendo en cambio un simple vestido negro, que era menos costoso (aunque no es que Tom lo pagara, dado que la tienda no estaba abierta a esa hora tan temprana). Comieron bombones de la pastelería mientras se cambiaba de ropa.

—Pero ¿no preferirías un sombrero de terciopelo con una pluma? —preguntó Tom, perplejo, mientras Constantinopla se colocaba una cofia en la cabeza.

—Quiero ser una esposa buena y austera para ti —le explicó—. Déjame que te ayude con la corbata.

—Parezco un mayordomo —dijo él, poniendo mala cara ante su imagen reflejada en un mueble de cristal mientras ella volvía a hacerle el nudo que él estaba seguro de haber hecho a la perfección.

—Para nada —murmuró Constantinopla—, para nada.

Dejaron su ropa y salieron por la puerta trasera, que cerraron educadamente con llave tras ellos.

—Nuestra ropa valía mucho más que esta —dijo Tom—; por lo tanto, en el fondo no

estamos robando. Aun diría más, esta tienda nos está robando a nosotros.

—Eres tan inteligente —declaró Constantinopla con ojos soñadores.

Él sonrió e hinchó el pecho y, desde entonces, se persuadió fácilmente de que su idea de coger un atajo en Queen Charlotte Street era excelente… Luego, en su afán protector, hizo que se colaran por una puerta cuando Constantinopla afirmó que empezaba a llover… y después se animó a trepar por una pared, seguir por un pasaje lateral, escabullirse de la vista de un guardia, girar a la izquierda en lugar de a la derecha, y arriesgarse a través de otra puerta que con toda probabilidad les conduciría fuera de ese laberinto…

Por ende, acabaron en la lavandería del Castillo de Windsor.

—Por Dios, ¡qué sorpresa! —declaró Constantinopla.

Tom frunció el ceño.

—Puedo ver por tu expresión sombría que estás pensando que, ya que estamos aquí por pura casualidad vestidos como sirvientes, podríamos tratar de encontrar a la reina. Muy inteligente por tu parte, mi amor.

Ella le dio la espalda a sus ojos, que se oscurecían, porque si algo se puede aprender de hacer chocolate a medianoche (además de medir ingredientes ingeniosa y cuidadosamente, utilizar equipo peligroso en la oscuridad, evitar quemaduras y dónde esconder el azúcar) es cómo no dejar que las cosas lleguen al punto de derramarse. Escuchó a Tom respirar hondo para calmarse y, para cuando ella regresó, él estaba sonriendo con una admiración reticente ante las ocurrencias de ella.

—Está bien, niña pirata —dijo haciendo una reverencia—. Tú ganas, esta vez. Pero entiende para futuras ocasiones que soy el cabeza de familia.

—Por supuesto, mi querido. Lo dejo en tus manos.

Él sonrió ampliamente.

—Ya que estamos aquí, vamos a buscar a una reina.

Pertrechados con pilas de ropa blanca doblada, se abrieron paso a través de los magníficos corredores del Castillo de Windsor. Los dedos de Tom le ardían en deseos de robar los adornos de oro y objetos artísticos de plata exhibidos en los armarios que se iban cruzando, pero Constantinopla había aprendido a contenerse (si comes demasiado chocolate, te encontrarás mal y no podrás acudir a la clase de esgrima del maestro Luxe) y lo mantuvo a raya. Solo vieron a un criado, apoyado contra la pared medio dormido, otro barriendo la alfombra y una doncella que los detuvo, preguntándoles qué estaban haciendo.

—Nos llamaron para cambiar la ropa de cama en la habitación de Su Majestad —dijo Constantinopla en lo que supuso era un acento irlandés, pero que sonó más bien como una mezcla entre *cockney* y un exceso de aguardiente.

—¿Volvió a volcar su té? —Suspiró la criada—. Más vale que se den prisa, entonces, antes de que comience a arrojar la comida por los aires.

Continuaron caminando, mirándose con alivio.

—Alto —los llamó la criada.

Sus pies se detuvieron al igual que sus corazones. Lentamente, se giraron. La criada los miró con las manos en las caderas.

—¿Adónde creéis que vais?

—Bueno, le dijimos…

—¿Qué te sucede, niña?

—Mmm.

—¿Eres nueva aquí o qué?

—Sí. Acabo de venir de Irlanda. Porque soy irlandesa. Comencé ayer.

—Bueno. Eso lo explica todo, por qué estás yendo por el camino más largo. Ve mejor por este pasillo. Luego gira a la derecha y luego a la izquierda. —Sonrió cálidamente—. Es un lugar grande, pero no te preocupes. Pronto te conocerás todos los atajos. Apúrate. Le arrojó una tostada a Belledy una vez que llegó tarde y casi le saca un ojo.

—Genial —dijo Constantinopla y siguieron con rapidez las indicaciones. Una vez lejos de la criada, Constantinopla hizo una mueca.

—Mamá me lavará la boca con jabón si se entera de que dije «genial».

Tom se rio.

—Creo que le preocupará más que viajes sin supervisión a Windsor, irrumpas en la residencia de la reina y te comprometas a casarte sin autorización.

—Bueno, tan solo podemos esperar a ver cómo reaccionan ella y papá cuando regresen de excavar la Tumba de Minas (y de saquearla).

Encontraron la puerta de la habitación de la reina Victoria, pero un guardia los detuvo.

—Usted, compañero de servidumbre, déjenos entrar —ordenó Tom, agitando una mano imperiosamente—. Tenemos sábanas limpias para la cama de Victoria.

Constantinopla puso los ojos en blanco. El guardia le echó un vistazo rápido para luego volver su imperturbable mirada hacia algún lugar situado más allá del rostro de Tom.

—Solo a modo de aclaración —dijo en una voz tan aguda como la espada que llevaba—, ustedes, a quienes nunca he visto en palacio y que llevan un atuendo poco común, ¿están tratando de entrar en los aposentos de Su Majestad con la dudosa excusa de llevarle ropa de cama limpia, aunque ella se acaba de despertar y está disfrutando de su comida previa al desayuno?

Constantinopla dio un paso al frente antes de que Tom pudiera hablar de nuevo.

—Dijeron abajo que era urgente. Volcó su té.

El hombre la miró con severidad.

—Nadie ha entrado o salido de su habitación desde que le trajeron la bandeja, ¿cómo pueden saber que ha ocurrido esta calamidad?

Constantinopla experimentó un segundo de puro terror antes de que la inspiración llegara al rescate.

—Llamó por teléfono al ama de llaves.

—¿Y cuál es el número del ama de llaves?

—Uno-dos-cuatro-tres —dijo rápido Constantinopla, suponiendo que el guardia no lo sabría.

Él suspiró, la boca se le arqueó, como si estuviera desilusionado.

—Muy bien. Pueden entrar.

Tom tomó la manilla de la puerta.

—¡Pero…!

Se quedaron inmóviles, mirándolo con ansiedad.

—Tengan cuidado —les advirtió en voz baja—. Cuidado con las tostadas voladoras. Y si les pide que le tiren del dedo, no lo hagan. Simplemente… no lo hagan.

Asintieron y abrieron la puerta.

Un olor a perro viejo les dio la bienvenida.

Constantinopla y Tom se miraron nerviosos, luego entraron y la puerta se cerró tras ellos.

La reina Victoria estaba sentada en una cama con dosel en el centro de la habitación, comiendo una magdalena mantecada. Era a la vez pequeña (verticalmente), enorme (horizontalmente) y aterradora (psicológicamente). Su rostro redondo se movía mientras masticaba, pero sus ojos pequeños y oscuros parecían fijos en un punto a media distancia. Dos perros estaban tumbados en el suelo a los pies de su cama, un enorme loro verde estaba posado sobre una pantalla de lámpara, y el príncipe Alberto, difunto hacía mucho tiempo, estaba reclinado sobre almohadas al lado de la reina, es decir, bajo la forma de un retrato enmarcado en negro.

Tom quedó impresionado por la visión majestuosa, aunque doméstica, de la reina. Sin embargo, Constantinopla había sido educada entre mujeres que, por lo menos, se consideraban a la altura de Victoria, y dio un paso hacia adelante sin dejarse intimidar. Colocó su pila de ropa blanca en una silla cercana y luego hizo una reverencia. —Su Majest…

La reina hizo una señal con la mano para que guardara silencio. Constantinopla esperó a que Victoria terminara de masticar. Finalmente, la reina suspiró con satisfacción y levantó la mirada.

—¿Sí?

—Su Majestad, mi nombre es…

—¡Ladrona! —gritó el loro. Constantinopla casi pierde los papeles.

—Le juro que no he robado nada —dijo la joven— del… del castillo, por lo menos. Soy una pirata, es verdad, pero…

—¡Una pirata! —declaró la reina sin atisbo de diversión—. Me advertiste que este día llegaría, Albert. Los asesinos han llegado a mis aposentos.

—No, no. —Constantinopla dios dos pasos al frente, luego se quedó inmóvil mientras la reina se comía otra tostada. H izo una reverencia de nuevo con urgencia—. Le aseguro que no tengo intención alguna de hacerle daño. Mi nombre es…

—Yo podría haber sido una pirata si no fuera reina —advirtió Victoria. Entrecerró los ojos como si calculara cuál sería el mejor ángulo para sacarle un ojo a Constantinopla con un trozo de masa madre cubierto de mermelada—. Un paso más y la ensarto.

—¡Muerte a los ladrones! —chilló el loro, y uno de los perros levantó la cabeza y ladró.

Los pensamientos de Constantinopla comenzaron a dar vueltas. Pero ella era una doncella pirata, había recibido entrenamiento para la batalla y seguro que podría sobrevivir a una conversación con la reina.

—Su Majestad, mi-nombre-es-Constantinopla-Brown-y-le-traigo-noticias-urgentes. —Hizo una pausa para coger aire y la reina Victoria mordió la tostada. Rezumaba mermelada.

—Bueno. ¿Qué noticias? —preguntó la reina con la boca llena—. Dese prisa que no tengo todo el día. En cuanto terminemos, debemos bajar a desayunar, ¿no es cierto, Alberto querido?

Constantinopla miró al retrato y luego de nuevo a la reina, aturdida.

—El capitán Morvath ha robado una docena de casas de combate y representa una seria amenaza para su trono.

—¡Cielos! ¡Qué horror! ¿Quién es el capitán Morvath?

—Pues un pirata espantoso, Su Majestad.

—¿«Espantoso» como opuesto a un pirata bueno? Sois todos atroces. ¿Saben cuántos ingresos por impuestos he perdido por su culpa? ¿Cuántas damas han venido a mí llorando debido a que les han robado los diamantes o los maridos?

—Bueno, lo siento —dijo Constantinopla mansamente.

—¿Y quién es ese? —preguntó la reina señalando con una tostada a Tom, que se puso a temblar.

—¡Idiota! —chilló el loro.

Constantinopla reprimió un gesto en la comisura de su boca.

—Su Majestad, permítame presentarle a *Mr*. Eames, mi prometido. Es un caballero pirata. Su Majestad, el capitán Ned Smith nos envió como sus emisarios oficiales para advertirle de plan malévolo de Morvath. —Miró hacia el loro, rogando que no chillara «mentirosa».

Silencio, gracias a Dios.

Más silencio. Algo preocupante.

Incluso más silencio. Constantinopla contuvo la respiración.

Por fin, la reina tragó la tostada.

—El querido Ned. Un joven tan encantador, se le ve increíblemente espléndido en mangas de camisa.

—En efecto —convino Constantinopla con una mirada más relajada. Tom hizo una mueca.

—Pero ¿qué está haciendo? Lo envié para que lidiara con una tal *Miss* Cecilia. Habrán escuchado hablar de su padre, un pirata horroroso, el capitán Morris o Morepain o…

—¿Morvath, Su Majestad? —sugirió Constantinopla.

—No, no lo creo. Pero cuando una está rodeada por tantos hombres pomposos que piensan que pueden manejar el reino mejor, los nombres tienden a confundirse.

—¿Puedo preguntarle qué quiso decir con eso del capitán Smith lidiando con Cecilia, Su Majestad?

—No creo que pueda hacerlo —dijo la reina—. Eso es un asunto confidencial de la Corona. ¿No te parece, querido Alberto?

El retrato del príncipe Alberto no respondió.

A Constantinopla se le encogió el corazón, el estómago y la esperanza de vida. ¿Se le había encargado a Ned Smith, alias Teddy Luxe, lastimar o encerrar en prisión a Cecilia? ¡Y Constantinopla la había dejado sola en su compañía! *Miss* Darlington iba a matarla.

Si la reina Victoria no lo hacía antes.

—Su Majestad, yo…

La reina sostuvo una cuchara con avena con la misma actitud que un pirata sujetando una granada, y Constantinopla dio un paso atrás.

—Basta de hablar, niña. Me quitaste el apetito. Seguro que no podré terminarme estos cereales antes de bajar a desayunar.

—Su…

—Pero ya sé qué hacer contigo. ¡Adisa! —llamó en voz alta y aguda, muy parecida al sonido de un látigo momentos antes de impactar en la desventurada víctima.

La puerta se abrió de par en par y un enorme guardia entró con la espada desenvainada.

Constantinopla empalideció. Tom gimió.

—Ja, ja —chilló el loro—. ¡Estáis muertos!



15

LA TRÁGICA INFANCIA DE CECILIA – AMOR A PRIMERA VISTA – OLGA, LA OGRA – ENTRE LA ESPADA Y LA PARED – EL BARÓN PORTUGUÉS – EN LOS SOMBRÍOS SÓTANOS – CORTESÍAS – EL FANTASMA DE EMILY BRONTË – ¡A LA CARGA! (EN VOZ BAJA)

Cecilia nunca había deseado ser de nuevo una niña, medio salvaje, fuerte y libre. Aunque le habían enseñado relativamente tarde el decoro y el autocontrol, le parecía que esas cualidades encajaban bien con ella. En realidad, si fuera un pájaro, dejaría feliz que una red la atrapara.

Cierto que con toda probabilidad cortaría esa red con su puñal para construir una hamaca y tumbarse a leer libros y beber limonada en algún lugar en el que nadie la molestara, pero eso no viene al caso.

Recordaba con incomodidad sus primeros años corriendo descalza y sin disciplina por el laberinto de habitaciones de Northangerland Abbey mientras Cilla se dejaba llevar por ideas románticas acerca de la maternidad. «¡Diviértete! —le había incitado—. ¡Canta! ¡Baila! Tan solo no molestes a papá cuando está urdiendo planes malvados en su estudio». A los otros niños pirata se les permitía aprender a leer mapas, copiar el diccionario y desarrollar una buena postura caminando con una espada sobre sus cabezas. Pero a Cecilia la habían obligado a jugar con muñecas.

Su padre no estaba de acuerdo con ello, razón de peso para que Cilla lo abandonara (además de esa tendencia suya a tratar de destruir el mundo). Pero tampoco es que estuviera del lado de Cecilia.

—No tendré una hija con alma de cobarde —declaraba con los ojos encendidos por la pasión que sentía cada vez que citaba a algún miembro de la familia Brontë o a alguna otra persona. La había sorprendido leyendo un manual en la sala de estar, lo que lo había avergonzado frente al estafador al que estaba a punto de dar una paliza—. Arroja ese libro al fuego y ve a cazar fantasmas o hacer dibujos siniestros en el papel de pared —le había ordenado.

—Pero es de aritmética —había respondido Cecilia con una vocecita afligida.

El capitán Morvath había puesto los ojos en blanco ante el estafador, que se encogió de hombros para mostrar su comprensión. (Hubiera mostrado su comprensión incluso si el capitán le hubiera dicho a Cecilia que fuera a jugar con un cocodrilo, tan deseoso estaba de calmar a Morvath y evitar una paliza).

—Aritmética —se había burlado el capitán—. ¡Qué tontería! No lo permitiré. Tienes que vivir tu vida como poesía salvaje.

Le había arrancado el libro de las manos, lo había arrojado al fuego y en su lugar le había dado un arma de juguete.

El recuerdo la estremeció cuando trató de salir de esa ensoñación inconsciente causada por el narcótico para transportarse a un olor familiar de madera vieja y polvorienta. Sintió el frío contra el rostro. Escuchó como soplaban brisas extrañas a través de los pasillos solemnes. Northangerland Abbey había sido un edificio pulcro, bien iluminado y moderno hasta que su padre se apoderó de él. Pasó años transformándolo hasta alcanzar un estado de lúgubre penumbra. Se trataba, como le gustaba decir, de su obra tangible.

Todo el mundo decía que él era un idiota pretencioso.

Un idiota pretencioso con una enorme cantidad de armas y el deseo de utilizarlas.

Si Cilla había elegido vivir con él o había sido forzada a hacerlo, nadie lo podía saber. Sin embargo, llegó un día en el que, incapaz de soportar la idea de otro triste día anclada en un terrorífico e inhabitado páramo mientras su marido trataba de encontrar inspiración para una novela, se había escapado.

Cecilia no quería recordar. Luchó para despertarse por completo, pero el recuerdo tenía sus garras llenas de cicatrices en su interior y la arrastraba hacia abajo. Volvió a ser una niña pequeña de nuevo, con frío y asustada, encaramándose a una ventana hacia los brazos de su madre…

—Tenemos que correr, querida —había susurrado Cilla sonriendo a pesar de las lágrimas en sus ojos hinchados—. No tengas miedo. Un mundo entero de diversión y juegos nos espera.

A la pequeña Cecilia no le había gustado cómo sonaba eso, pero obedeció. Habían huido a través de los pantanos, con sus oscuras capas balanceándose a la luz de la luna, que las acariciaba con dedos largos y fantasmales. Si Morvath las hubiera visto, hubiera corrido tras ellas con papel y pluma, rogándoles que describieran sus emociones mientras corrían (y luego las hubiera arrastrado de nuevo hacia la casa). Pero Morvath estaba encorvado sobre un vaso de brandi en su estudio, sintiendo pena de sí mismo y, para cuando se dio cuenta de que se habían escapado y las comenzó a perseguir, era demasiado tarde.

—Estamos a salvo ahora —había prometido Cilla mientras iban camino a Londres y *Miss* Darlington…

Se había equivocado.

Dos años más tarde, en un campo soleado de Greenwich, mientras Cilla soplaba dientes de león y Cecilia bailaba riéndose mientras los perseguía, Morvath finalmente les dio caza.

—Corre —le había gritado su madre en ese momento, con voz mucho más alta y salvaje que antes. Entonces Cecilia había corrido de nuevo, sola, hacia un mundo que no tendría más diversión ni juegos, por lo menos no hasta que conoció a un pirata medio italiano con una sonrisa dulce y rebelde. Había corrido hasta que *Miss* Darlington la encontró acurrucada temblando detrás del Observatorio de Greenwich, contemplando tan solo cómo la espada de su padre caía y los deseos blancos y frágiles de su madre se elevaban al cielo…

Y *Miss* Darlington la había abrazado.

Jadeó abriendo los ojos, alejando con desesperación esos recuerdos. Cientos de pájaros enloquecidos la miraban.



Mientras parpadeaba atontada, Cecilia se dio cuenta de que estaba en su habitación de la infancia. El papel de pared amarillo, que hacía juego con las cacatúas verdes y naranjas, parecía agrandarse y encogerse hasta que la vista se le ajustó. Las muñecas alineadas sobre los estantes la miraban con malicia. Cecilia dio vueltas en la cama…

Y encontró a un hombre joven sentado junto a ella, observándola con anhelo.

—¿Disculpe? —lo amonestó, sentándose y buscando su cuchillo, que ya no estaba en su manga. Ni en su portaligas. Ni bajo su cinturón.

El hombre joven se inclinó hacia adelante, su sonrisa bigotuda deslizándose hacia sus patillas negras bien recortadas. Cecilia se apartó lo máximo posible y se cayó de la cama.

—Prima —dijo él. Su voz era tan sedosa como el aceite sobre el agua—. Te he estado cuidando durante las dos noches pasadas mientras yacías como la Bella Durmiente, en un profundo sueño forzado y con tu inocencia que dependía de un despertar esperanzador.

Cecilia lo miró fijamente.

—Eres —dijo él llevándose una mano al pecho— tan hermosa como siempre soñé, brillante como el rocío y suave como la mañana, con brotes de feminidad desplegándose en tus ojos.

—¿Qué? —dijo Cecilia.

—Eres una melodía encarnada, una promesa hecha realidad por el…

—¿Quién eres? —preguntó ella. Su actitud abrupta le cortó la efusividad y lo dejó en silencio, boquiabierto. Ella lo contempló mientras él recomponía su altanería y la deslizaba sobre su rostro delgado y anguloso. Todo él brillaba, desde su cabello repeinado hacia atrás hasta sus enormes dientes lustrosos y, sin embargo, Cecilia percibió una capa de miedo muy profundo en su mirada.

—Soy tu ardiente servidor y primo, Frederick Bassingthwaite —dijo él—, que al igual que tú estoy encerrado en esta abadía taciturna bajo la cruel autoridad del capitán Morvath. Aunque nunca nos habíamos visto antes, querida Cecilia, siento que te conozco íntimamente a partir de las historias que me han contado de tu madre. —Acercó un relicario de plata y, al abrirlo, le

mostró a Cecilia un pequeño retrato de Cilla Bassingthwaite—. Guardo esto en lugar de una imagen tuya, porque me contaron cuán parecidas son. Pero, en realidad, no es así. Eres mucho más encantadora, más elegante al ojo del…

Cecilia se bajó de la cama. Su cuerpo osciló a estribor y su mente a babor, pero inspiró profundamente y se realineó a fuerza de voluntad. Aunque todavía estaba vestida con su ropa de montar, tenía la chaqueta desabrochada y no llevaba las botas puestas. Su cabello suelto le colgaba por la espalda. Claramente, alguien había cuidado de ella después de haberla drogado y secuestrado.

Frunció el ceño. Había tenido el cloroformo encima todo el tiempo; sin embargo, no la había llevado a la prisión de la reina ni a la casa de su padre hasta que esta aterrizó frente a ellos. La había apoyado y protegido, y también besado, aunque ella no quería pensar en eso. Pero él mismo se había declarado sirviente de Morvath desde el principio y había conversado con Randall mientras la drogaba.

No importaba. Ned Lightbourne no importaba, ni siquiera en lo más mínimo. Todo lo que importaba era rescatar a la Sociedad y asesinar a su padre. Cogiendo las botas del suelo, Cecilia se las puso y abrochó tan rápido como pudo.

—Cuando tu padre me contactó —estaba diciendo el primo Frederick—, tenía claro que debiera aceptar su hospitalidad. De todas formas, me trajo aquí y decidió depositar en mi persona tu felicidad. Aunque he sido un prisionero desdichado, alimentado solo tres veces al día y sin libertad dentro de estas paredes, ¡no me importó! Todo lo que hago, lo hago por ti. La garantía del capitán Morvath de que serás la novia perfecta ha sido sellada con la prueba más feliz. Piensa, querida prima, como las heridas del pasado serán reparadas entre nuestras familias cuando nos unamos en la felicidad del matrimonio.

Para cuando terminó su discurso, Cecilia había trepado por encima la cama, cruzado la habitación dando grandes zancadas, descubierto que la puerta estaba cerrada con llave y, luego, dado vuelta para inspeccionar la habitación. Parecía que habían mantenido todo como estaba cuando ella había vivido allí doce años atrás.

—Te encantará el castillo de Starkthorn tanto como le gustaba a tu madre —continuó Frederick, ignorante tanto del humor de Cecilia como el de Cilla—. En el huerto abunda la exuberante opulencia de la naturaleza, la misma que tu forma de Venus…

Al regresar del otro lado de la habitación, Cecilia comenzó a coger las muñecas de los estantes, inspeccionándolas de cerca antes de arrojarlas sobre la cama.

—Eres una manzana sonrojada y yo el gusano del amor…

Encontró lo que buscaba en una muñeca de porcelana vestida como Olga la Ogra, una pirata emigrada de la que se rumoreaba que se había bañado en sangre de muchachos vírgenes. (En realidad era jugo de pomelo, excelente para la piel, pero Olga no vio la necesidad de arruinar su reputación desmintiendo lo que se decía de ella).

—Poblaremos el árbol familiar con nuestra fecundidad iluminada por el sol…

Olga había muerto aplastada por el ganado de un loco barón escocés al que había tratado de matar (trató de matar al ganado, no al barón), pero la muñeca contenía bajo su vestido escarlata un despiadado cuchillito que una Cecilia de siete años había escondido allí unos días antes de que ella y su madre escaparan de la abadía. Rápidamente colocó el cuchillo en su portaligas, lo que hizo que Frederick casi se desmayara ante la visión de su pierna.

—Digo —jadeó él—, incluso conociendo tu crianza, no esperaba una potra tan hermosa. Me recuerdas a mi hermana: tiene las mismas pantorrillas deslumbrantes…

Cecilia miró por un instante la pared con detenimiento, luego dio golpecitos a uno de los pájaros del empapelado. No sucedió nada. Lo intentó con otro, luego con otro. Finalmente, la pared cedió dando paso a una puerta secreta que se entreabría. Las bisagras emitieron un quejido y un olor a humedad se filtró hacia afuera. Mientras Frederick continuaba elocuentemente hablando sobre la figura de su hermana, ella dio un paso hacia la oscuridad más allá de la pared.

Doce años era un lapso considerable de tiempo, pero Cecilia nunca había olvidado este pasaje oculto porque lo había utilizado decenas de veces cuando era niña. Caminó recto durante un minuto, después giró a la derecha y bajó tres escalones hasta abrir una puerta que daba acceso la biblioteca de Morvath.

—Está muy oscuro —dijo Frederick, siguiéndola por detrás. Cecilia se detuvo, tratando de no responderle con impaciencia.

—¿Por qué no me esperas en la habitación? —le sugirió dándose la vuelta hacia él.

—Pero es que yo te seguiría hasta los abismos del infierno, querida Cecilia.

—No me dirijo hacia ese lugar. Voy a la biblioteca y desde allí a matar a mi padre. Estarás más a salvo en la habitación. Regreso a por ti más tarde.

—¿Matar a Morvath? ¡Cómo me gusta tu humor coqueto! Cuando estemos casados…

—No estoy bromeando —lo interrumpió Cecilia—. Nunca bromeo. Permíteme ser más directa, primo Frederick. O esperas en la habitación o te apuñalo ahora mismo.

—Pero yo…

—Tan solo escuche a la dama. —La sugerencia llegó desde la oscuridad detrás de Cecilia. Ella suspiró. A este paso, sería más vieja que *lady* Armitage antes de poder poner un pie en la biblioteca de nuevo.

—Capitán Lightbourne —dijo ella con hartazgo.

No necesitó verlo para sentir esa amplia sonrisa cuyo calor la quemaba por dentro.

—*Miss* Bassingthwaite, nos volvemos a ver.

—Lucifer.

—También me da gusto verla. El efecto del cloroformo debería haberse ido hace horas. Era casi como si no quisiera despertarse.

—Sinvergüenza.

—Y, sin embargo, se despertó aún más elocuente.

Ella trató de pensar rápido. La situación no era buena; atrapada en un pasadizo sin luz entre una medusa llorona y un sinvergüenza sonriente, con solo un cuchillo para ambos y una biblioteca fuera de su alcance.

—No puede darse la vuelta y darme una patada en los innombrables —reflexionó Ned, respondiendo a sus pensamientos—. Este pasadizo no es lo suficientemente ancho para ello. No puede regresar, Freddy obstaculiza su camino. Y el arma, que seguramente ha escondido en algún lugar, es inútil dado que me da la espalda. También está el factor agravante de esta arma que tengo apuntando a su cabeza. Regrese a tu habitación, Cecilia.

—Que sepa —dijo Frederick haciendo pucheros— que no puede llamarme Freddy, Lightbourne. ¡Soy descendiente de la noble familia de piratas Bassingthwaite y usted es un don nadie sin hogar!

—En realidad —respondió Ned—, en Portugal se me conoce como Duarte Leveport, Barón de Valando, un título que se me otorgó después de que, eh, bueno, le hiciera un favor a la princesa Maria Amélia. Por lo tanto, tengo un rango superior al tuyo, *Freddy*. Y ahora, quítate de en medio para que la dama pueda regresar a su habitación.

—No es una dama.

Ned amartilló su pistola.

—¿Disculpa?

—Es un ángel. —Frederick extendió sus brazos expansivamente. Sus muñecas crujieron cuando golpearon las paredes—. ¡Auch! ¿Ves cuánto sufro por ti, Cecilia? «Dama» no hace justicia a alguien tan…

—Dispárele —dijo Cecilia.

—Lo haría, pero me preocupan los rebotes en este espacio pequeño —respondió Ned.

—No me importa. Prefiero arriesgarme a morir si eso implica hacerlo callar.

—Muy bien.

Frederick se escabulló murmurando algo acerca de la insignificancia de Portugal. Con un suspiro, Cecilia comenzó a seguirlo. Pero Ned la cogió del brazo y la acercó hacia él y ella se dio la vuelta para reprenderlo. Él presionó la mano que sostenía la pistola contra la boca de ella.

—Lamento lo del cloroformo —susurró—, pero me preocupaba lo que pudiera decir. Y si dudaban de que yo fuera uno de los secuaces de Morvath, me hubieran matado y a usted la hubieran capturado de todos modos.

La explicación tenía sentido y ella sintió alivio en el corazón. Pero su boca todavía tenía un sabor amargo y metálico.

—Está bien, no se preocupe —le susurró—. Me alegra que no lo hayan matado.

Ella lo miró con enormes ojos a través de sus pestañas y él tragó saliva secamente. Su mano se apartó de la boca de ella y ella sonrió. Inclinándose, ella le susurró al oído:

—Porque lo quiero matar yo misma.

Se liberó de su abrazo, pero él la atrapó antes de que pudiera irse.

—Por favor, Cecilia, créame. Estoy de su lado.

—Entonces, ¿por qué está parado aquí apuntándome con una pistola y forzándome a regresar a mi prisión?

Frunció el ceño como si la respuesta fuera tan obvia que no podía creer que ella le hubiera hecho esa pregunta.

—Esta es la guarida del villano. El mal abunda en cada pasillo: piratas, mercenarios, arañas aterradoras. Por Dios, mujer, no puede ir por ahí como si fuera a dar un paseo por Mayfair un domingo por la mañana. Trato de protegerla de usted misma.

—¿Me está llamando débil y tonta?

Él frunció más el ceño y parpadeó algunas veces.

—No, claro que no. La estoy llamando… —dudó y sus ojos se empequeñecieron.

—¿Sí?

—Yo… Mire, no es seguro. Es posible que haya arañas encima de nuestras cabezas en este momento que esperan para abalanzarse sobre nosotros. —Ned echó un vistazo a las vigas llenas de polvo del techo y Cecilia resopló riéndose. Contemplándola de nuevo, él le sostuvo la mirada tan intensamente que la mueca sardónica de la boca de ella desapareció.

—Por favor —le susurró—. Tan solo vuelva a la habitación.

—Muy bien —ella accedió—. Pero solo para salvarlo de sus aterradores arácnidos con colmillos que ahora mismo están bajando por su rostro.

Ella elevó su mentón imperiosamente y comenzó a deshacer el camino, pero de pronto él la atrajo tan cerca que los latidos de sus corazones se golpeaban entre sí.

—La Sociedad está retenida en el sótano. Tenga cuidado con Frederick.

—Y no me dé la espalda, Capitán, a menos que quiera que le clave un cuchillo.

Cuando ella se alejó, él la dejó ir. Ella se marchó hacia la habitación.

Ned fue detrás.

—Su padre quiere verla en el desayuno —dijo—. Están preparándole un baño ahora.

—Yo no —comenzó a decir ella, pero luego Frederick se acercó a toda prisa y apretó su mano entre las suyas.

—No temas, querida prima —la instó—. Lightbourne es un bruto, pero estarás a salvo conmigo, tus tiernas extremidades y tu gentil corazón bajo mi protección a pesar de…

Cecilia se dio la vuelta, tomó el arma de Ned y golpeó con la culata la frente de Frederick, que gritó y cayó entre las muñecas que yacían en la cama.

—Mucho mejor —dijo Cecilia devolviéndole el arma a Ned.

Ned sonrió con ironía.

—Escuche, Cec…

—*Miss*. Bess. Ing. Thwaite.

—Pero…

La puerta se abrió y un lacayo entró con dos esbirros que portaban armas y toallas suaves y plegadas.

—Su baño está listo, señora —dijo el lacayo—. Si me sigue por aquí.

Ned se sumió en un silencio lúgubre. Sobre la cama, Frederick gemía. Cecilia sacudió la cabeza disgustada y caminó sin mirar atrás.



Mucho más abajo, en el sótano enmohecido y lúgubre de la abadía, Pleasance estaba de pie infeliz mordisqueándose el nudillo del dedo gordo. Se había pasado años soñando con estar cautiva en los sótanos de un loco, pero la realidad había resultado no ser tan deliciosamente lamentable como había esperado. De hecho, era sencillamente incómoda. Y aburrida también. Las damas de la Sociedad Wisteria habían aprovechado la oportunidad para ponerse al día con los chismes, pero como simple criada, Pleasance era ignorada, aunque sabía cómo volar una casa y también las siete formas de robarle a una duquesa sus diamantes. Esperaba que algo interesante sucediera pronto, antes de que perdiera toda la fe en el melodrama.

Si tan solo los guardias entraran. Todo lo que tenían que hacer era bajar los tres escalones que conducían hacia el sótano. Tres pequeños escalones. Las prisioneras los habrían desnudado hasta quedar en paños menores y se habrían apoderado de suficientes armas ocultas como para proveer

a un batallón. Entonces, ¿qué daño habría en que dieran esos tres pasos?

(Había, por supuesto, una gran trampa que esperaba a quien quisiera tratar de escapar, dado que los piratas solo necesitaban su ropa interior y unas pocas viejas cajas de vino y un clavo extraviado para crear algo letal. Pleasance ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Los pensamientos no eran seguros. La mente no era un santuario).

Cerca, *Miss* Darlington se apoyaba en una caja dada la vuelta, con los ojos cerrados, como si meditara pacíficamente en un jardín veraniego en lugar de en un sótano húmedo y apenas iluminado. El resto de la Sociedad la contemplaba con cautela y murmuraba en voz baja. Todas sabían del odio que Morvath profesaba por el clan Darlington, que solo era equiparable a su odio por el clan Bassingthwaite, por su familia adoptiva, el clan Morvath, por el clan Hanoverina, entonces representado por la reina Victoria, por el clan de editores Chapman y Hall, y por la compañía que hizo esos profiteroles de caramelo que tenían gusto a pescado. Nadie podía creer que todavía estuviera viva. Morvath debería estar planeando algo particularmente lento y malvado para ella y, aunque fuera por pura curiosidad profesional, había varias conversaciones teniendo lugar allí acerca de cómo sería esa venganza.

Pleasance, sin embargo, permanecía indiferente. *Miss* Darlington había sobrevivido siete décadas de agitación (desde luego, la mayor parte causada por ella misma) y ningún hombre malhumorado y llorón la derrotaría.

—Psst —dijo un fantasma. Pleasance frunció el ceño, decidida a no escuchar.

—Psst —le dijeron de nuevo. Ella sacudió la cabeza.

Un guijarro le golpeó el brazo. Mirando a su alrededor con cara de espanto, al final se dio cuenta de que no estaba siendo atormentada por el espíritu de una princesa asesinada susurrándole al oído, sino por una figura cobijada en las sombras profundas detrás de un estante para botellas. Se acercó.

—¿Plácida? —le preguntó la figura.

—Vete, espíritu maligno —susurró ella desde la comisura de su boca.

—¿Qué? —le susurró el espíritu en respuesta.

—Mis pensamientos están custodiados por los arcángeles; no me corromperás.

—Bueno, está bien. Pero no soy un espíritu. Mi nombre es Ned…

—No me engañarás fácilmente, oh, aparición maligna. Solo un espíritu podría aparecerse de la nada de esa forma.

—En realidad, hay una puerta secreta…

—¡Ja, como si me fuera a creer algo tan bizarro!

El espíritu permaneció en silencio por un instante. Luego volvió a la carga…

—Tienes razón. Soy el fantasma de Emily Brontë.

—¿En serio? —Pleasance miró en su dirección—. No puedo ver a través de las sombras, pero tienes voz de hombre.

—Mi voz era muy ronca, la gente siempre decía eso. Oh, cómo de borrascosas están las cumbres.

Pleasance dio un grito ahogado.

—¡Eres Emily Brontë!

—Lo soy. Después de todo, ¿dónde más en el mundo podría yo acechar sino en el sótano de la abadía de mi enloquecido sobrino bastardo?

—Tiene sentido.

Ned puso los ojos en blanco.

—Necesito tu ayuda, Pleasant. Necesito que le digas a *Miss* Darlington que su sobrina está a bordo y que, si quiere mantenerla a salvo, debe hacer lo que le pida de modo que juntas podamos vencer al capitán Morvath.

—¿Por qué no se lo pides tú? La hago venir hasta aquí.

—No, espera. *Miss* Darlington no tiene tu sensibilidad psíquica. No escuchará mi voz etérea.

—Eso es verdad. —Pleasance se acercó—. Hueles mucho a jabón para ser un fantasma.

—Pues es que, eh… ya sabes, la limpieza está al lado de la santidad, y estoy en el cielo.

—Excepto cuando acechas una vieja abadía gótica, claro.

—Por supuesto. Adviértele a *Miss* Darlington que esté lista para mi regreso. Si sigue mis instrucciones, cuando sea el momento, las ayudaré a ella y a la Sociedad a escapar.

—Parece una trampa, Emily.

El silencio que siguió fue tenso, en la oscuridad se adivinaba un ceño que se fruncía por la impaciencia.

—¿Por qué les tendería una trampa a personas que ya están encerradas, Pleasant?

—Porque…

—¡Es una prueba! Una prueba para tu alma, para averiguar si eres digna de ser una heroína de verdad. ¿Eres digna, Pleasant?

Ella inhaló profunda y temblorosamente.

—Rezo por ello.

—Entonces, transmítele mi mensaje a *Miss* Darlington.

—Lo haré.

—Volveré en un rato.

—Adiós, noble espíritu de los páramos.

Hubo un movimiento y un roce en la oscuridad, luego un crujido tenue como de bisagras. Pleasance percibió una suave luz dorada, tal como se imaginaba que el sagrado inframundo debería proyectar. Apretó las manos contra su corazón. Luego, con unos pasos sin prisa, cruzó el sótano hasta llegar a *Miss* Darlington y se acuclilló.

—El asesino italiano acaba de estar aquí, señorita —le susurró a la vieja dama—. Vino a través de una puerta secreta detrás de los estantes de vino. Parece que lleva a un pasillo de servicio. Las cocinas están más allá, a juzgar por el olor.

—¿Qué quiere? —preguntó *Miss* Darlington sin abrir los ojos.

—Su cooperación a cambio de la vida de *Miss* Bassingthwaite.

—Entonces, el lacayo planea derrocar a su amo. Así es la fatalidad de los hombres. ¿Qué dijo de Cecilia?

—Que estaba en la abadía, señorita.

Miss Darlington abrió un ojo.

—¿En serio? Qué fastidio. Reúne las tropas, Pleasance.

—Con todo respeto, señorita. No creo que todas puedan atravesar la puerta secreta sin que se den cuentan.

—Tonterías, niña. Hay tres puertas secretas que conducen al exterior de este sótano, por no

mencionar también una trampilla secreta en el techo. Hemos permanecido aquí solo para descansar y que nos dieran de comer. Pero si Cecilia está a bordo, no hay tiempo que perder. ¡A la carga!

—¡A la carga! —susurró Pleasance y se apresuró a correr la voz.



16

DESAYUNO CON EL DIABLO – DUELO DE DAMAS – UNA REUNIÓN. UN RECUERDO – EXPLOSIONES (PORCELANA. HEROÍNA) – ESCAPE (RÁPIDO. FUTIL)– NED ARROJA A CECILIA AL PELIGRO

Cecilia estaba mortalmente apenada de que la sala del desayuno no fuera digna de ser derribada. Pero prefería ser decorosa que feliz, por lo que la entreabrió con suavidad. Luego dio un paso hacia atrás de modo que su escolta armada pudiera entrar primero.

Su escolta sacudió la cabeza e indicó con su rifle que era ella quien debía precederlos.

—Gracias —murmuró ella, y él casi responde con una sonrisa antes de recordar que era un criminal reincidente. Ella entró en la sala del desayuno.

Y entonces estuvo cara a cara con su mayor enemigo.

—Jane Fairweather —dijo ella con ojos sombríos mientras miraba a la mujer con el cabello bien alisado que estaba de pie ante ella con un plato de comida—. Buenos días.

—Cecilia Morvath —respondió Jane. Su boca hizo una mueca hacia un lado en el intento de formar una sonrisa—. Mi querida, qué lindo verte. Y con ese aspecto tan juvenil con el cabello suelto. Vaya, nadie pensaría que tienes más de dieciséis años.

Las otras personas de la sala contuvieron la respiración.

—Ese es un encantador ejemplo de la gracia que una puede esperar siempre de ti, Jane querida —dijo Cecilia—. En respuesta, ¿puedo decir que la edad te está tratando bien? Imagino que no tener que robar bancos es bueno para el cutis.

Jane se puso pálida, pero logró agudizar su sonrisa.

—Debo decir que tú misma pareces gozar de una excelente salud, a pesar de las preocupaciones habituales de tu tía. Esos kilos que has ganado te sientan muy bien.

Un grito ahogado se escuchó entre los presentes.

—¡Qué amable! —dijo Cecilia—. Y me alegro de que no hayas temido por tu propia salud, ya que veo que estás como en tu casa en la guarida de mi padre, participando de su hospitalidad y comiendo sus tostadas, mermeladas, huevos y jamón y arenques. Válgame Dios, chuletas de carne, envidio cómo puedes mantenerte tan delgada teniendo un apetito tan voraz.

—Deberías decirme dónde conseguiste ese vestido. No he visto un estilo así en décadas.

Cecilia se acomodó las faldas de muselina blanca.

—Era de mi madre. No sabía que te interesaba la moda. Siempre eres tan discreta con lo que vistes.

—La discreción es la mejor parte del valor, como *mi* familia ha ejemplificado siempre.

—Qué admirable conocimiento de una misma al caracterizar como pusilánime la elección de tu guardarropa.

Con el rabillo del ojo, vio a Frederick repitiendo esa palabra y tratando de adivinar qué significaba. Jane era más inteligente que él. Su boca contraatacó golpeando donde más dolía.

—Por lo menos son mis elecciones y no me las ha impuesto una tía autoritaria como si fuera una niña.

Cecilia sonrió con languidez, al haber llevado a Jane a este muy satisfactorio grado de agravio; la repasó con una mirada desinteresada. Jane hizo una mueca porque no había posibilidad de restaurar el silencio y recordó demasiado tarde que Cecilia había, después de todo, sido educada por *Miss* Darlington. Nadie superaba a esa gran dama en el arte mortal de la conversación educada.

Cecilia echó un vistazo a la habitación. Para su alivio, no había rastro de Morvath. Ned se apoyó en la pared junto al aparador lleno de comida, quitándose las cutículas con su daga. Su capa negra estaba bordada en plata y oro, tenía un rubí en la oreja que colgaba de su aro y las hebillas de sus botas altas de color negro estaban tan lustradas que reflejaban la luz de la lámpara. La extravagancia debería haberlo hecho parecer un dandi, pero por algún motivo solo agudizaba el sentido de peligro que emanaba su figura, como una flor que atrae a sus víctimas hacia su venenoso corazón. Parecía haber estado muy entretenido por el parlamento de las damas y, cuando captó la mirada de Cecilia, alzó las cejas de una forma que hizo que ella quisiera coger el cuchillo de mantequilla más cercano y apuñalarlo con él.

Cerca de ella, Frederick se escondía tras un plato de arenques y una tostada con mermelada. Cecilia trató de no mirar la mancha de mantequilla en su bigote. Y sentada en un extremo de la mesa, la mayor de las Fairweather sostenía un tenedor en posición defensiva, su mirada oscilando entre Cecilia y la puerta abierta como si pidiera que la rescataran. ¡Pobre mujer, forzada a caer en las garras de Morvath por su traidora nieta! Cecilia se sentó a su lado.

—Señora —dijo colocando su mano al lado de la de *Miss* Fairweather sobre el mantel blanco de la mesa—. ¿Se encuentra bien? ¿Ha visto a mi tía? ¿Está viva?

Miss Fairweather se quedó desconcertada. Obviamente no estaba acostumbrada a la amabilidad. ¡Cuán cruel debía de ser Jane! Cecilia le ofreció una sonrisa amable y alentadora.

—Hago lo que puedo —respondió *Miss* Fairweather; su voz temblaba. Jane lanzó una risa despectiva, pero Cecilia la ignoró deliberadamente.

—Son tiempos difíciles —le dijo a *Miss* Fairweather, e incluso fue tan lejos como para darle una palmada en la mano. La dama se puso rígida y luego suspiró con un temblor—. ¿Y qué hay de mi tía? —insistió Cecilia.

—Su tía está bien —dijo Ned desde el otro lado de la habitación.

Ella le puso mala cara. Él sonrió con sarcasmo.

—Estaba bien de salud cuando la vi por última vez —dijo *Miss* Fairweather—. ¿Has venido a reunirte con tu padre, querida?

—*Miss* Bassingthwaite fue secuestrada, abuela —dijo Jane, sugiriendo con su tono que ser secuestrada denotaba una falta en el carácter de Cecilia—. No está aquí por su propia voluntad.

—Oh, querida —murmuró *Miss* Fairweather—. Eso sí que es difícil.

—Pero hemos sido bendecidos con su compañía —dijo Frederick, con el bigote untado con mantequilla moviéndose sobre la boca—. Con todo su encanto, arroja una suave y beatífica luz en el lúgubre…

—Me llevé una desilusión al ser traicionada por alguien en quien pensé que podía confiar —dijo Cecilia, sin dignificar a Ned con la mirada—. Pero estar aquí conlleva ciertas ventajas. Estoy mucho mejor posicionada para rescatar a mi tía y al resto de la Sociedad.

Miss Fairweather se reanimó ante esto.

—Es cierto. Pero ¿cómo lo harás, querida? ¿Tienes un plan? Cuéntame todos los detalles.

—Bueno, pensé —comenzó Cecilia, pero fue interrumpida por Jane, a quien le dio un repentino ataque de tos. Cecilia la miró con una feroz inexpresividad, luego regresó hacia *Miss* Fairweather—. Pensé —repitió elevando el tono de voz y fue interrumpida de nuevo por la daga de Ned clavándose en la pared junto a su cabeza.

Frederick chilló. Jane se atragantó con su propia tos.

—Uy —dijo Ned con falsa inocencia—. Disculpen, se me fue la mano.

Cecilia sonrió excusándose ante *Miss* Fairweather. Luego se puso de pie, se agarró la falda y se dio la vuelta para quitar la daga de la pared y devolvérsela, con la punta por delante, al capitán Lightbourne.

No pudo moverla ni un centímetro.

Lo miró a través de la habitación, los ojos abiertos de par en par con incredulidad. Él le devolvió una mirada inescrutable. Una tensión se generó entre ellos. Frederick chilló de nuevo. Jane se cubrió la boca con una servilleta. *Miss* Fairweather miró a uno y a otra como tratando de decidir cuál de los dos ofrecía mejor espectáculo.

Y entonces alguien se rio.

Cecilia se dio la vuelta para ver un hombre apuesto, con el cabello plateado, que irrumpía en la habitación. Ella cayó abruptamente de nuevo sobre su silla.

—¡Cecilia! —exclamó él, extendiendo los brazos y con una amplia sonrisa mientras se acercaba a saludarla—. ¡Mi encantadora hija! ¡Cómo has crecido!

Cecilia ahogó un grito. Se volvió a incorporar desde la silla…

Y los recuerdos la arrollaron.



Había sido un día hermoso.

Ella y Cilla habían llegado temprano a la reunión de verano de la Sociedad Wisteria en Greenwich y, mientras estuvieron esperando a las otras damas, Cecilia bailaba siguiendo los dientes de león que Cilla soplaba para ella, sin ver más que los pequeños deseos blanquecinos hasta que, de repente, de forma implacable, una sombra los borró del mapa…

—¡Patrick! —Cilla trató de sacar una espada que, se acordó demasiado tarde, había dejado sobre la manta de pícnic. Siguiendo su instinto pirata, Cecilia desenvainó su pequeña daga, escondida en un bolsillo secreto, lo que había hecho que Morvath sonriera.

—Hola, mi pequeña bucanera —dijo él. Su sonrisa era tan afilada como la larga y brillante espada que sostenía en su mano. Sus ojos ardían con el mismo fervor que Cecilia recordaba de las noches en que él recitaba sus poemas al pie de la cama, consiguiendo que no quisiera dormir por miedo a las pesadillas.

—¡No! —Cilla, que no tenía más escudo que su propio cuerpo, empujaba a Cecilia detrás de ella—. Déjala en paz, te lo ruego.

—Pero si es mi hija. Mi hija de corazón salvaje con ojos como el mar del Norte. Tiene derecho a conocer su ascendencia.

—Darlington es su ascendencia, y Bassingthwaite también. Vete, Patrick. Ya no somos tuyas.

—Vete. —Cecilia empuñaba su daga desde detrás de la cadera de Cilla, haciendo reír a Morvath.

—¿Ves? Tiene el fuego de los Brontë. No te preocupes, Cilla, que la criaré bien. Bajo mi guía, se convertirá en una de las mayores villanas que Inglaterra baya conocido jamás.

—¡Nunca volveremos contigo!

Su sonrisa se intensificaba con asquerosa diversión.

—Me malinterpretas, mi amor. Solo me la llevo a ella. A ti te voy a matar.

Estas palabras golpearon a Cecilia con tanta fuerza que el cuchillo se le cayó al suelo. Cilla se echaba hacia atrás sin quitar la vista de Morvath y cogía a Cecilia por la blusa, sujetándola y apartándola en un momento de confusión y angustia.

—Hija —dijo en una voz que se ceñiría con fuerza alrededor del corazón de Cecilia durante muchos años—, ¡corre! Corre tan rápido como puedas y no mires atrás.

Morvath se limitó a encogerse de hombros con languidez.

—La atraparé si lo hace.

—Pero, mamá…

—¡Vete!

Corrió, obediente como siempre. Un momento más tarde, el terror se abría paso, atravesando su respiración y sus músculos, haciendo que se tambaleara. Había mirado hacia atrás, llorando… y había visto a su padre hundir su larga y brillante espada en el cuerpo de su madre.

Diez años después, en la casa de Morvath, bajo su mirada ardiente y oscura, Cecilia sintió como su propio cuerpo temblaba de manera violenta, como si hubiera sido ella la persona apuñalada, lo que reabrió una herida que había dejado profundas cicatrices en su alma. Ella era mitad ella y mitad Cilla cayendo en el césped de verano, inconsciente, cegada por la memoria de la sangre. Trató de liberarse, como solía hacer su mente para protegerse, arrojando el horror y la rabia hacia el salvaje páramo que se extendía en la parte más remota de su conciencia. Pero escuchó a alguien gritar, escuchó el estruendo de latidos desbocados, el ruido sordo de botas impactando sobre el suelo duro.

—Corre —le susurró, gritó, jadeó su madre de nuevo.

Y entonces corrió, corrió, toda su vida corrió dejando atrás el amor.

Ned observaba sorprendido mientras Cecilia insultaba y arrojaba platos, cubiertos y una fuente con mermelada hacia el terrible capitán Morvath.

Y el capitán, con su afable sonrisa paternal vacilante, no parecía tener otro recurso que elevar los brazos para defenderse cuando una porción de mantequilla se estrelló contra la pared a su lado, seguida inmediatamente después de un cuchillo para la carne. Las Fairweather miraban horrorizadas. Frederick trató se escabullirse bajo la mesa. El guardia armado que estaba junto a la puerta dudó, ya que tenía órdenes de tratar a la hija del capitán con amabilidad y respeto, y no sabía cómo se traducía eso a la hora de detener a la hija del capitán e impedir que lo matara con una tetera.

—Deje eso —trató de improvisar el guardia.

El té y la porcelana se hicieron añicos a los pies de Morvath.

El guardia dejó a un lado las palabras y la apuntó con el rifle. Al ver esto, Ned dio un veloz paso hacia adelante y cogió a Cecilia del brazo. Ella lo miró por un momento aturdida, y él se sorprendió al ver la mueca rígida de dolor en sus ojos. Su color invernal se había vuelto vivido como el verano y eso lo aterrorizó. Luego ella se soltó y salió corriendo de la habitación.

El silencio volvió a reinar en la sala, solo perturbado por el tembloroso sonido de un plato que se estrelló contra el suelo. Nadie se movió.

—Por Dios —dijo *Miss* Fairweather al fin, torciendo un poco la boca como si Cecilia acabara de dar un leve paso en falso.

—¿Es seguro salir de aquí? —preguntó Frederick desde debajo de la mesa. Nadie se molestó en responderle.

—Que alguien me la traiga —dijo Morvath—. Tiene la pasión de Catherine Earnshaw, pero por su propia salud, debe desayunar.

Ned justo captó los ojos de Jane en ese momento y los vio oscurecerse al entender las palabras de Morvath del mismo modo que él.

—Iré yo —dijo él antes de que cualquier otro pudiera hablar. Estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta cuando Morvath lo llamó.

—¡Ni un rasguño!

Ned lo miró. El capitán estaba de pie con los hombros caídos, mermelada en el cabello y mantequilla manchándole el rostro; parecía un padre derrotado, arrepentido y ligeramente ridículo: «no lastimes a mi preciosa y problemática niña». Pero el resto de sus gestos eran más fieles a la realidad: «porque quiero hacerlo con mis propias manos».

Ned no respondió, desconfiando de su voz. Simplemente asintió y se apresuró a salir.

El rugido de Morvath lo acompañó hasta la salida.



Para ser una mujer vestida de largo y con enaguas, Cecilia era rápida. Descendió por unas escaleras a lo largo de dos pasillos, pasó ante un, primero asombrado, luego inconsciente, esbirro, cuyo cuerpo Ned tuvo que sortear mientras corría hasta que en mitad de la galería de los retratos finalmente la alcanzó.

—Mire, una estantería —gritó él mientras ella miraba hacia arriba y se tropezaba. Su pie se enredó en el dobladillo del vestido y se cayó al suelo.

Ned se apresuró, listo para detenerla si trataba de reincorporase y atacarlo. Pero parecía derrotada al fin: se balanceaba mientras trataba de sentarse en el suelo. Ned se acuclilló junto a ella.

—Váyase —murmuró ella.

—Me temo que no puedo —respondió—. El capitán Morvath quiere que regrese a la habitación del desayuno. Por el amor de Dios, muchacha, ¿su tía no le enseñó que es de pésimos modales arrojar comida en la mesa, especialmente cuando esta golpea al hombre más peligroso de toda Inglaterra?

—Es solo de malos modales si no aciertas.

Se rio, muy a su pesar.

Ella miró a ambos lados del pasillo a través del cabello que le caía en la frente:

—¿El cuchillo para la carne lo alcanzó?

—No, pero estará estornudando mermelada durante una semana.

Ella casi sonríe, pero luego toda expresión desapareció de su rostro.

—Alguien viene.

Ned escuchó los pasos y se incorporó deprisa, arrastrando a Cecilia con él. Cuando ella forcejeó para oponerse, él la agarró con más firmeza.

—Sea astuta —le susurró—. Haga lo que le digo.

—Canalla —le replicó.

—Claro que sí, pero…

En ese momento, un guardia con un rifle apareció en la galería. Al verlos, alzó el arma.

—La atrapé —gritó Ned, sonriendo ampliamente mientras comenzada a arrastrar a Cecilia a lo largo de la galería—. Y ni siquiera tuve que utilizar el cuchillo que llevo en el bolsillo de mi abrigo.

—Me sorprende que te hayas controlado —dijo el guardia.

La sonrisa de Ned se transformó en un gesto de tristeza.

—¿Por qué nadie confía en mí? ¿Te parece que voy por el mundo apuñalando a gente en cuanto se me acerca?

—¿Qué? ¿Te refieres a asesinarla?

—Nunca apuñalaría a una dama. Por lo menos, no en la casa de su propio y peligroso padre. Apuñalo hombres, claro, a lo mejor en el brazo o quizás en el cuello, si voy en serio, y solo cuando no puedo dispararles porque el ruido me metería en problemas. Tendría que utilizar bastante fuerza, sin embargo, para asegurarme de haberlos desarmado antes de que puedan reaccionar.

—Dios, sueltas una gran cantidad de tonterías por la boca —dijo el guardia—. A mí no me importa apuñalar damas, si sabes a qué me refiero. —Deslizó una mirada lasciva sobre el cuerpo de Cecilia.

—Por todos los medios, hazlo —dijo Ned y empujó a Cecilia hacia el guardia.

El guardia gritó, luego balbuceó y después su arma repiqueteó contra el suelo. Miró estúpidamente al cuchillo que Cecilia le había clavado justo en el brazo. Ella lo hizo girar y, mientras él caía de bruces con un gemido, Ned le golpeó en la frente con su rodilla. El hueso golpeó contra el hueso, y el guardia cayó inconsciente al suelo.

—Muy bien hecho —le dijo Ned a Cecilia mientras se agachaba para recuperar su cuchillo. La sangre brotaba de la herida y Ned hizo una mueca mientras limpiaba la hoja en el abrigo del guardia—. Creo que hacemos un gran equipo, ¿no te parece? Aprecio que haya confiado en mí.

Giró para sonreírle…

Y suspiró mientras la veía correr alejándose por el pasillo hacia la galería.



17

UNA DISCUSIÓN ACALORADA – MUERTE EN UNA SESIÓN DE ESPIRITISMO – DOS ALEXANDERS – HACIA LA OSCURIDAD – NED SILENCIA A CECILIA – NED ES ATACADO – UN TRAIDOR ES DESCUBIERTO – VARICELA Y OTRAS INFECCIONES – EL JARDÍN SECRETO DE LA MADRE MUERTA

La vida era demasiado corta para perder el tiempo alimentando rencores o elaborando listas de agravios; así había educado *Miss* Darlington a Cecilia, según los valores de la Sociedad Wisteria. Por su parte, Cecilia había pasado varios años planeando el momento en que encontrase a su padre. El discurso que le daría. Las explicaciones que le pediría. Y el arma que clavaría en su tóxico corazón.

Sin embargo, cuando lo vio de verdad, todos esos planes cuidadosos y minuciosos se hicieron añicos como una tetera a sus pies.

Mientras corría, Cecilia imaginaba lo que su mente había repasado tan fríamente a lo largo de los años, el cuerpo de él bajo las botas de ella, gritando y luego cayendo en un silencio inerte. Se había imaginado golpeándolo, colgándolo, arrojándolo desde una alta ventana mientras volaba sobre una montaña muy puntiaguda. La violencia hinchaba los músculos de su cuerpo y hacía

arder su aliento. Le gustaba ese sentimiento. Y, sin embargo, la idea de dar la vuelta y regresar para hacerle todas esas cosas la hacía querer llorar como una niña angustiada.

Cuando Ned la atrapó de nuevo, a medio camino de la galería de retratos, ella se giró y levantó su mano libre dispuesta a golpearlo. Pero él la cogió de la muñeca y la acercó hacia él para darle un firme abrazo.

—Está bien —le dijo. Su voz era recia, aunque consoladora.

Cecilia se apoyó contra él.

—No voy a regresar a esa habitación.

—Lo sé.

Él colocó el mentón sobre la parte superior de la cabeza de ella y ella metió un pie alrededor del tobillo izquierdo de él.

—En serio, Ned —dijo y giró el pie. Él se trastabilló y la soltó; ella le dio un rodillazo en el estómago y se liberó de él.

—Aprecio sus sentimientos —jadeó él, agarrándole la parte trasera de la falda para que no pudiera correr. Ella se cayó hacia adelante y el repentino e inesperado movimiento hizo que su falda se liberara de los dedos de él. Colocó la cabeza hacia abajo, dio un giro en el suelo sobre los hombros, saltó y se puso de pie de nuevo, y ya estaba dirigiéndose hacia él con un cuchillito en la mano antes de que este pudiera parpadear.

—No creo que tenga la menor idea —dijo ella—. Lo vi matar a mi madre.

Se lanzó con el cuchillo, pero él la esquivó, la agarró del brazo y la hizo girar.

—Y yo lo vi matar a la mía —dijo él mientras el cuchillo caía al suelo. Le dio un puntapié y, en ese instante de distracción, ella se deslizó bajo sus brazos, girando y embistiendo con el puño en su costado.

—Lamento escuchar eso —dijo ella.

El aliento de él estalló. Tiró del brazo con tanta fuerza que ella se tambaleó y, al cogerla por la cintura, la hizo girar sobre su espalda.

—Gracias —dijo montando a horcajadas sobre las caderas de ella.

—¿Era usted muy joven? —Sin esperar una respuesta, ella se agarró de las caderas de él y se deslizó por entre sus piernas. Recuperó su cuchillo, se incorporó y, antes de que él pudiera darse vuelta del todo, saltó sobre su espalda.

—Trece —dijo, su voz ahogada por los brazos de ella alrededor de su cuello.

—Lo mataré por los dos. —Ella rodeó las caderas de él con sus piernas para tener más fuerza para estrangularlo. Él retrocedió, la golpeó contra la pared. Ella gruñó.

—Eso implicaría regresar a la sala del desayuno —dijo él mientras ella lo soltaba y se deslizaba hasta llegar al suelo. Él se dio la vuelta, le agarró las muñecas y las fijó contra la pared a ambos lados de la cabeza. El cuchillo sobresalía inútil en el puño de ella—. E implicaría que se convirtiera justo en lo que él ha planeado para usted todo este tiempo, una réplica despiadada de sí mismo. Habrá ganado, incluso si lo apuñala. No, lo mataré yo y la salvaré de ser despojada.

—Eso es muy considerado por su parte —dijo ella alzando su rodilla con fuerza.

Él la bloqueó con su cadera. Presionando contra su cuerpo, la inmovilizó con firmeza entre él y la pared. Se miraron con los ojos brillantes, el aliento mezclándose, ardiendo. Él podía sentir el corazón de ella. Ella podía sentir algo que no era el corazón de él moviéndose contra ella. La conciencia de ello impactó en sus miradas.

—Su madre —dijo ella—. ¿Cómo sucedió?

Él parpadeó. Una sombra se deslizó bajo sus pestañas y desapareció.

—Morvath la apuñaló. Era una vidente famosa, hacía sesiones de espiritismo y cada mes él acudía a ella para hablar con los Brontë. Cuando descubrió el dispositivo secreto de mi madre para golpear la mesa, la asesinó allí mismo. Quise luchar contra él…

—Era tan solo un niño.

—Fui débil. Fue Cilla quien me encontró. Nunca la olvidaré emergiendo de la bruma de Londres con un largo abrigo escarlata, con todo ese cabello dorado y un arma con mango de oro. Parecía la reina de los piratas. —Miraba a Cecilia con la vista desenfocada, viendo en cambio a su madre—. Cuando le dije que le debía la vida, me hizo devolverle el favor con una promesa.

Cecilia asintió.

—Es el código pirata. Nunca dar nada sin recibir algo a cambio.

Él sonrió. El recuerdo de la belleza feroz de Cilla era vivido en su mente, como si no hubiera mirado su retrato insípido y sentimentaloide tan solo unos días antes. Ella había sido mucho más que lo que sus retratos podían llegar a captar. Recordaba también la forma en que ella lo había abrazado, suave pero feroz, mientras él lloraba angustiado. Era por completo diferente a cómo él sostenía a su hija en este momento, once años después, un hombre ahora, fuerte de cuerpo y mente. Cilla Bassingthwaite lo había dejado impresionado, pero era la frialdad de Cecilia lo que, paradójicamente, lo abrigaba, su implacabilidad lo que le hacía arder en lugares peligrosos; sus sombras, tan profundas bajo la mansa superficie, las que le atravesaban el corazón con sus llamas.

Había hecho una promesa a la madre, pero la llevaría a cabo por la incomparable hija.

—Tenemos que salir de esta casa —dijo él.

—Entonces usted es realmente el capitán Ned Smith.

Él sonrió ampliamente.

—No, pero soy un agente de la Corona. Y estoy de tu lado —la tuteó—. Cilla me pidió que trabajara para hacer del mundo un lugar seguro para su hija. —Hizo una pausa, soltando una de las manos de Cecilia para poder quitarle un mechón de cabello que caía sobre la ceja. Su tacto suave la hizo estremecerse. Ella colocó la mano libre sobre la mejilla de él, pero él la tomó y la presionó en cambio contra su corazón.

—Desde aquel día, todo lo que hice fue por ella. Por ti. Utilicé el dinero que me dio para convertirme en un pirata, para ganar en fuerza y astucia. Acepté el contrato de *lady* Armitage para que no lo hiciera un asesino de verdad. Soporté la poesía de Morvath para averiguar cuáles eran sus planes y protegerte de ellos. Pensé que lo más seguro era que él me reconocería, aunque nunca lo hizo. Pensé más de una vez en matarlo, pero siempre estaba demasiado bien custodiado. Entonces me quedé para espiarlo en nombre de la reina, pero con el corazón motivado por la promesa que hice a Cilla. Luego te conocí y me di cuenta de que, después de todo, no me necesitas. Sabes cuidar de ti misma. En ese momento la promesa se volvió una excusa para estar contigo. No porque seas la hija de Cilla, sino porque eres tú.

—Oh —susurró ella—. Gracias.

—De nada. ¿Quiere decir esto que finalmente confías en mí?

Cecilia quedó impactada por melancolía en su voz, que le hizo pensar en como él había transitado todos esos años sin feroces tías piratas que le dieran cariño, lo reprendieran o lo sobreprotegieran cada vez que el recuerdo de la muerte de su madre lo acechaba.

—Quizás —dijo ella sonriendo a los hermosos y sombríos ojos de él.

—Yo no lo haría si hiera tú —dijo alguien más.

Se separaron, girándose con las armas en alto…

Y Ned suspiró.

—Maldita sea, O'Riley, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Cecilia miró divertida al hombre que estaba de pie frente a ellos. Con su cabello oscuro y descuidadamente cortado, la mejilla sin afeitar, la sonrisa sardónica, era el pirata más pirata que jamás hubiera visto. Ya sus botas altas ajadas eran suficiente como para hacer que un ciudadano decente temblara; y se hubiera desmayado frente a las armas y cuchillos medio escondidos en su largo abrigo negro. Balanceaba su enorme espada con la desidia de alguien que sabe cómo utilizarla con precisión mortal cuando llega el momento, y Cecilia sintió que, si hacía un movimiento equivocado, la dejaría fuera de combate sin pensarlo y se negaría a disculparse luego.

No le gustó.

—Estoy aquí porque eres un idiota, Lightbourne —dijo.

Bueno, quizás lo había juzgado demasiado rápido.

—Un tonto —continuó—. Un burro decidido a meterse en problemas.

En realidad, ella se había equivocado por completo: era un buen tipo, de hecho.

Ned rio secamente.

—Vete, Alex.

—De verdad que no entiendo cómo tienes la reputación de ser encantador. Me quedo.

—Supongo que quieres que te lo agradezca.

—No.

—En ese caso, te lo agradezco. ¿Cómo me has encontrado?

Alex se encogió de hombros.

—Sabía que estabas trabajando con Morvath y leí en el periódico que esta casa de batalla había sido avistada en Blackdown Hills. Entonces vine hasta aquí y le pregunté a los lugareños. No me llevó mucho tiempo encontrar el lugar.

Ned y Cecilia se miraron entre sí.

—Preguntaste a los lugareños —dijo Ned inexpresivo.

—No estoy seguro de qué me sorprende más —replicó Cecilia—, que no lo pensáramos o que a un hombre por su cuenta se le ocurriera preguntar cómo llegar a su destino.

—Ja, ja —dijo Alex secamente. Apuntó a Cecilia con su espada.

—¿Es ella?

Ned suspiró de nuevo.

—*Miss* Bassingthwaite, permítame presentarle a mi amigo el capitán Alexander O'Riley, un irlandés en el extranjero. Alex tiene un especial interés en volar rápido y volverme loco. Alex, *Miss* Bassingthwaite.

El pirata hizo una reverencia.

—Encantado de conocerla, señora.

Antes de que Cecilia pudiera responder, se escuchó una voz dura y enfurecida procedente de algún pasillo cercano, lo que los sacudió a todos.

—Cecilia. ¿Dónde estás?

Los piratas se miraron con los ojos bien abiertos.

—Morvath —dijo Ned, aunque no fuera necesario.

—Cecilia. —La voz la llamó de nuevo—. Regresa antes de que el té se enfríe. Y Ned, regresa también. Tengo un desayuno especial para ti.

El aire pareció crepitar cuando se escuchó el sonido de un arma siendo amartillada.

—Mierda. —Ned comenzó a correr, agarrando a Cecilia, desesperándose por la inhóspita extensión de la galería y con la necesidad de alejar a Cecilia de su padre tan rápido como fuera posible.

—Hay una escalera al final de la galería —dijo Alex, también dándose prisa—. Lleva a las cocinas y a una puerta trasera.

—Guíanos —le ordenó Ned, que se tambaleó cuando Cecilia de repente se soltó de él—. Antes de que pudiera atraparla, ella se dirigió a toda prisa al muro de la galería.

—Sé que no tengo cultura —dijo Alex, mirándola incrédulo—, pero ¿es este el mejor momento para apreciar arte?

—Pasadizos secretos —murmuró Cecilia frunciendo el ceño mientras contemplaba los retratos, se colocaba debajo de ellos y palpaba la pared tras cada marco. A Ned le vinieron a la cabeza algunos nombres, «Zenobia, Mary, Arthur», y los reconoció como personajes de los primeros escritos de Branwell Brontë. Había tratado de leer esas historias alguna vez como parte de su preparación para infiltrarse en la cabeza loca de Morvath, pero no había llegado muy lejos. Eran densos, extraños y, en su conjunto, perturbadores. De algo se acordaba: el personaje favorito de Morvath era el gran pirata y bandido Alexander Percy.

Y allí estaba, con sus brillantes anillos y cuello elegante, mirando poéticamente a la galería desde su marco dorado. Ned se lanzó hacia el retrato. Seguramente el lugar más probable para una puerta secreta sería bajo el original, aunque imaginario, lord de Northangerland. Pero Cecilia sacudió la cabeza.

—María Henrietta —susurró y le mostró la pared bajo un pequeño esbozo en tinta de una mujer. La madera se abrió y Cecilia se volvió para hacerle un gesto con la mano, instándolos a darse prisa. Ned miró a lo largo de la galería, asegurándose de que no los vieran, luego se deslizó tras ella por la apertura. Hizo una mueca al percibir un intenso olor a podrido que, sin embargo, era mucho mejor que ser asesinado por un pirata lunático. Alex entró después de Ned y cerró la puerta lo más silenciosamente posible; una negrura absoluta redujo el mundo a la nada.

—¿Conoces este pasadizo? —susurró Ned.

—Sí —respondió Cecilia; estaba tan cerca que su voz rebotó cálida contra el cuello de él—. Pero en un principio se abría bajo el retrato de Percy, como tú adivinaste. Mi madre cambió los retratos; pero no conseguía acordarme de cuál era. Si nos…

Ned le cubrió la boca con una mano. Se escuchaban pasos lentos a lo largo de la galería.

—Cecilia —la llamó Morvath—. No te escondas de mí. No es una bonita forma de tratar a tu padre.

Los pasos se acercaron. Los tres piratas se acurrucaron lejos de la puerta, sin querer atravesar el estrecho pasaje por temor a que Morvath los escuchara, pero ansiosos también por que, si se quedaban quietos allí, él pudiera escuchar sus respiraciones, los latidos del corazón, si permanecían quietos.

Tap. Tap. Estaba buscando la puerta secreta. «Zenobia… Mary…».

Cecilia pensó que se ahogaría. Le mordió a la mano a Ned y él la alejó con un siseo. Pero eso

no ayudó. La oscuridad vieja y rancia se cernía sobre ella, forzándola a coger más aire. Sentía como las ganas de gritar crecían en su interior.

—Ven conmigo, hija —la llamaba Morvath—. ¿Dónde está tu lealtad? Sé que estás con ese hipócrita de Lightbourne. No lo escuches. No confíes en nada de lo que te diga. No es un bandido, no tiene una pizca de maldad en su cuerpo. Serías mucho más feliz con Frederick. Tú y él seréis la princesa y el príncipe de los ladrones, y yo seré el rey de Inglaterra.

Golpeó la pared a pocas pulgadas de donde estaban. Ned se acercó a Cecilia; al lado de ellos, Alex hizo un leve sonido al desenvainar un arma. Cecilia se mordió los labios desesperadamente para permanecer en silencio.

—Maldita sea, niña. Lo lamentarás. Por cada media hora que permanezcas oculta, le cortaré el cuello a una dama pirata. —Su voz vibraba a través de la madera. Su sonrisa cortaba la oscuridad—. Estoy seguro de que no quieres eso, ¿no es cierto?

Cecilia se movió al instante dispuesta a abrir la puerta. Ned la agarró, empujándola contra la madera y las telarañas. Ella luchó, pero él fue tierno, lo que confundió su instinto por resistir. Le peinó el cabello hacia atrás, tranquilizándola, calmándola, hasta que ella se relajó.

—Cecilia —gritó Morvath de nuevo, pero su voz se estaba desvaneciendo y sus pasos se alejaban. Por fin se había ido.

Ned se alejó, pero Cecilia lo atrajo hacia ella de nuevo de un modo impulsivo, sus brazos y corazón se adhirieron al firme consuelo de la seguridad que le ofrecía.

—Disculpen —alguien susurro en una voz refinada y culta—. No me gusta interrumpir, pero están bloqueando nuestra vía de escape.

Ned se alejó de inmediato de Cecilia.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Un rasguño agudo sonó en la oscuridad, luego se encendió la luz. Mientras los piratas trababan de dar forma a las menguantes sombras, la luz inundó el pasadizo. Sus ojos se acostumbraron; vieron a una mujer corpulenta sosteniendo un farol.

—¿Quién es usted? —preguntó Alex elevando su espada.

—Capitana Anne Brown, a su servicio —dijo ella con aire de superioridad—. ¿Quiénes son ustedes?

—*Miss* Brown. —Cecilia se deslizó entre los hombres para tomar la mano de la mujer—. ¡Está a salvo, está libre! ¿También lo está mi tía?

—Ah, Cecilia, qué alegría encontrarte. Tu tía se encuentra seis personas más atrás.

Cecilia sintió tal alivio que podría haber roto a llorar si *Miss* Brown no la hubiera estado observando con sus ojos agudos y cínicos.

—Morvath dijo que las mataría a todas si no regresaba con él.

—Sí, querida —replicó *Miss* Brown, dando palmadas en el brazo de Cecilia—. Lo escuchamos. Pero todas hemos escapado. Excepto *Miss* Fairweather y su nieta Jane. Las separaron de nosotras ayer y tememos lo peor.

—Lo peor de lo peor, *Miss* Brown —replicó Cecilia—. Jane Fairweather es una traidora. El capitán Ned Lightbourne puede contárselo todo.

—En realidad… —intervino Ned.

—Fue ella quien ayudó a Morvath a secuestrar a la Sociedad. Nunca confié en ella. ¿Qué tipo de persona le quita el glaseado a una magdalena antes de comérsela? En cuanto a sus gustos en

literatura… Pero, en otro orden de cosas, ¿están todas ustedes aquí? ¿Y los niños?

—No. Ellos y los hombres están retenidos en otra parte como rehenes para que nos portemos bien. ¡Por lo tanto, no podemos perder un minuto! Los guardias pronto se darán cuenta de que nos hemos ido.

De repente una legión de pasos llenó la galería. La gente corría en ambas direcciones, alguien gritó. Los piratas se quedaron inmóviles, casi sin atreverse a respirar.

—¡Ustedes, al piso de arriba! —ordenó un hombre—. Comprueben todas las puertas. La muchacha debe de estar en algún lugar. Jack, encuentra también a ese marinero de agua dulce, Bassingthwaite. Debe estar escondido en algún rincón, pero en caso de que esté tratando de escapar, deténganlo.

—¿Lo quiere vivo o muerto, jefe?

—Vivo, intuyo. Aunque imagino que cualquiera de ustedes estaría encantado de cortarle lengua. ¡Vamos, no se queden ahí parados! ¡A por ellos!

Las pisadas se alejaron y en el pasadizo secreto todos respiraron de nuevo.

—Trataremos de encontrar una salida más lejana —susurró *Miss* Brown.

Las piratas jóvenes se dieron la vuelta. Ned dio tres pasos en la oscuridad y se chocó con un cuerpo que chilló como si fuera un ratón a escala humana.

—¿Quién diablos? —siseó Ned.

—Soy yo, Frederick Bassingthwaite.

—Por Dios, ¿es que la mitad de esta maldita abadía cabe en este pasadizo? —murmuró Alex.

—Trataba de esconderme detrás de un armario —explicó Frederick— y me caí a través de la pared. Alguien entró en la sala justo después y, por lo tanto, no tuve más remedio que adentrarme en este túnel maloliente, esperando escapar del abismo infernal de…

—Da media vuelta y condúcenos de regreso, pórtate bien —le dijo Ned.

—¿Yo? Pero usted es quien tiene un arma; debería ir primero. Yo acompañaré a Cecilia y la protegeré.

—¿Con qué? ¿Con un pañuelo con bordes afilados?

Frederick resopló.

—¡Estafador!

—Dandi —replicó Ned.

—Calavera.

—Por supuesto. Mejor eso que imbécil.

—No es digno ni de atarle los cordones a Cecilia.

—Ya los he desatado. Pruebe con otra cosa.

Frederick ahogó un grito.

—Alégrese de que no tenga la espada ancestral Bassingthwaite conmigo, señor, o lo desafiaría a un duelo en este mismo instante.

—Puedes pedir prestada mi espada si quieres. Estoy seguro de que en algún lugar tengo un cuchillo para mantequilla que me serviría. Sin embargo, puede dolerle un poco más cuando le cercene el corazón.

—¡Por lo menos tengo corazón!

Alex se acercó.

—¿Ned? ¿Fred? Un consejito. Quizás deberían dejar de pelear sobre quién va a ir delante,

dado que *Miss* Bassingthwaite ya ha tomado la delantera y se encuentra a unos cincuenta pies de nuestra posición.

Los hombres se giraron rápidamente y, tras intercambiarse unos breves codazos, se apresuraron a lo largo del pasadizo tras Cecilia. Alex daba zancadas tras ellos, y la Sociedad Wisteria, que solo se intuía en la oscuridad, los siguió.

De vez en cuando, escuchaban voces o pasos, o nudillos golpeando contra la pared, y se detenían hasta que el silencio regresaba. Al final llegaron a un rayo de luz y, después de escuchar a través de la pared, estuvieron de acuerdo en arriesgarse. Ned colocó los dedos como si fueran ganchos en la ligera abertura y, con cuidado, entreabrió la puerta.

Frente a él había un mueble bar. Ned se acurrucó detrás para escuchar. El silencio lo tranquilizó, pero decidió asomarse de todos modos por el borde del armario con el arma en la mano. Estaba en una sala de estar. Las lámparas estaban apagadas, las cortinas corridas y la oscuridad se aferraba húmedamente al silencio como un fantasma. No había nadie dentro.

Con un suspiro de alivio se puso en pie y se disponía a llamar a las damas cuando algo suave pero pesado lo golpeó en la cabeza. Se giró aturdido y lo golpearon de nuevo. No tuvo oportunidad de apuntar su arma al asaltante antes de que le golpeara las rodillas, y todo lo que pudo hacer fue cubrirse la cabeza con los brazos en un gesto inútil de defensa contra lo que parecía ser un asesinato con almohada.

—¡Ay! —gritó, aunque en voz muy baja para no llamar la atención de los esbirros de Morvath —. Ay, ¡basta!

De repente el objeto fue arrojado lejos y Ned levantó la mirada con cuidado a través de sus manos y cabello y vio a Cecilia sosteniendo un cuchillo contra el cuello de Jane Fairweather.

—¡Cecilia! —dijo la joven, parpadeando detrás de las gafas que colgaban torcidas en su rostro.

—Traidora —dijo Cecilia.

—¡Escucha! —exclamó Jane, pero luego vaciló cuando Frederick salió del pasadizo, lleno de telarañas como una novia llorona—. Yo… —comenzó de nuevo, pero fue silenciada una vez más cuando apareció la intimidante figura de Alex O'Riley, seguida de catorce damas en varios estados de desnudez. Jane se sonrojó ante la camisola de *Miss* Brown, dio un grito ahogado frente a los calzones de la monstruosa Millier (rosados, con alegres lazos amarillos) y casi se desmaya cuando *Miss* Darlington salió en camisola y enaguas.

Enseguida la habitación estuvo llena de mujeres medio desnudas y Cecilia hacía todo lo que podía para mantener a Jane en una posición erguida.

—Cecilia. —*Miss* Darlington chasqueó los dedos e inmediatamente los hombros de Cecilia se irguieron, su mentón se elevó y la mano del cuchillo se movió hacia un ángulo más refinado—. ¿Qué demonios le estás haciendo a *Miss* Fairweather?

—Nos vendió a Morvath —explicó Cecilia.

—Me atacó con una almohada —agregó Ned.

—Almohadón —dijo Jane pedante y Cecilia presionó el cuchillo un poco más firmemente contra su cuello. Jane hizo una mueca de dolor—. Lo siento, asumí que era uno de los hombres del capitán Morvath. Estaba escondiéndome de ellos detrás de las cortinas. ¡No soy una traidora, lo juro!

—Si no lo eres —preguntó Cecilia—, ¿por qué estás corriendo libremente por

Northangerland Abbey y desayunando con Morvath?

—No puedo decirlo —balbuceó Jane.

—Yo sí puedo —interrumpió Ned—. Y, de hecho, llevo todo este tiempo tratando de decirlo. Es muy simple. *Miss* Fairweather no es culpable; lo es *Miss* Fairweather. La mayor. La abuela de *Miss* Fairweather: *Miss* Muriel Fairweather, no *Miss* Jane Fairweather, para ser exactos.

—Cielos —exclamó la monstruosa Millie. El resto de la Sociedad murmuró. Cecilia dudó, mirando el rostro delicado de Jane y su boca tensa, siempre tan aficionada a citar a Wordsworth. Deseó tener alguna otra razón para continuar teniendo a la muchacha a punta de cuchillo, pero el disgusto basado en unos vagos y antiguos celos y la tristeza de una amistad desaparecida no eran suficiente excusa. Bajó el cuchillo y dio un paso atrás.

Jane se acomodó las gafas, luego hizo una reverencia hacia las mujeres.

—Me disculpo en nombre de mi abuela. ¿Me creerían si les digo que se trató de un asunto sentimental?

—No —dijeron quince voces.

—¿Me creerían si les digo que Morvath se aprovechó de su sensibilidad como mujer mayor?

—No.

—Oh. Bueno, entonces, ¿me creerían si les digo que le prometió cinco mil libras y el diamante Heppingworth?

—Eso tiene más sentido —dijo *Miss* Darlington, y las demás asintieron.

—No estuve de acuerdo con su decisión. Pero soy una Fairweather. La lealtad lo es todo para nosotras.

Mrs. Rotunder resopló con una áspera sonrisa en los labios.

—Tu tía hizo arrestar a tu tío porque le robó el Rembrandt que ella le había robado a la amante del príncipe Eduardo.

—Para nosotras el arte de la piratería está por encima de la lealtad —corrigió Jane—. No me atreví a desenmascarar el falso robo de nuestra casa y no tuve la valentía de frustrar el secuestro. Sí, en cambio, insté a Cecilia a abandonar el salón de té para salvarla de su padre. —Le sonrió a Cecilia, que la miró inexpresiva. La sonrisa se desdibujó—. Pensé que los rumores acerca de su maldad eran exagerados. Unos pocos días en compañía del capitán Morvath me han hecho cambiar de opinión. Nos hizo escuchar cómo recitaba su «Oda a la melancolía». —Se estremeció. Ned y Frederick se estremecieron. Incluso *Miss* Darlington se estremeció, aunque esto último quizás se debió a que estaba casi desnuda en una habitación lúgubre y fría.

—Cuando supe que Cecilia estaba bordo de la abadía, decidí ayudarla a escapar, a pesar de la confianza que mi abuela tenía depositada en mí. Robé la llave del jardín secreto donde están amarradas las casas de la Sociedad.

—Magnífico —dijeron las piratas con susurros entusiastas—. Bien hecho. Bravo. Excelente trabajo. —Empujaron a Cecilia a un lado con los codos para dar una palmada a Jane en la espalda, estrechar su mano, y para que se mortificara con la visión de cerca de los tobillos desnudos y los pechos sin corsé. Cecilia se dio la vuelta con los labios tensos y captó la sonrisa de Ned. Ella puso mala cara.

—Cecilia —dijo *Miss* Darlington emergiendo de entre la multitud como una casa de batalla —. ¿Estás bien? ¿Has visto a tu padre?

Todas se giraron para mirar a Cecilia antes de que respondiera. Ella vio en sus ojos la tercera pregunta no formulada: «¿Han despertado tus instintos frente a la enmohecida y oscura herencia de maldad que acecha estos corredores en los que te criaron?» (o, como más probablemente lo formularían: «¿Ya te has descarrilado?»).

—Lo vi un instante, pero no hablamos —explicó con voz firme—. Estoy bien.

Las damas, británicas hasta la médula, no se dejaron engañar por la palabra «bien». Miraron más de cerca el vestido de su madre, como si se tratara de su fantasma; luego volvieron sus miradas sospechosas hacia Ned, que sonrió ampliamente en respuesta.

—Tus ojos están llorosos —continuó *Miss* Darlington con inquietud—. Me temo que has cogido la varicela en este húmedo lugar. Y no deberías llevar el cabello suelto; nunca sabes qué alimañas puede atraer. —Miró a Ned. Su expresión se volvió rígida cuando se dio cuenta de que Frederick estaba de pie a su lado—. ¿Y este quién es?

Frederick hizo una reverencia.

—Permítame que me presente. Oh, señora de magnificencia, cuyo augusto nombre…

—Es mi primo —dijo Cecilia—. Tía Darlington, te presento a *Mr*. Frederick Bassingthwaite. Es el heredero de Starkthorn Castle y tiene un gran interés en las pantorrillas de las damas. *Mr*. Bassingthwaite, *Miss* Darlington.

Frederick dio un paso hacia adelante para coger la mano de *Miss* Darlington, pero ella no se la ofreció.

—Un Bassingthwaite en Northangerland Abbey.

—Cecilia y yo nos vamos a casar —explicó Frederick—. Soy el más feliz de los hombres. Nuestros destinos se han alineado y mientras…

—Debemos ir inmediatamente al jardín —declaró *Miss* Darlington—. Cecilia, ¿recuerdas el camino?

—No estoy segura —admitió Cecilia. Podía visualizar a su madre desplazándose por el jardín tapiado, suntuosamente lleno de follaje y flores, pero sus recuerdos no le bastaban para determinar su ubicación.

—Yo lo sé —dijo Ned.

Miss Darlington le lanzó el tipo de mirada que solía destinar a una superficie insalubre.

—Bueno, supongo que no hay más remedio. Cecilia, mantenlo a tu lado y vigila que no se meta en líos.

: Ned frunció el ceño.

—Soy un cap… Oh, qué más da.

Miss Darlington le dio a Cecilia una palmada en el brazo con efusividad y emoción, luego frunció el ceño.

—Esta muselina es demasiado ligera. ¿Por qué no llevas un chal? ¿Quieres languidecer y morir? Compórtate, niña. Y si algo sucede que *de verdad* amenace tu vida, debes correr, ¿entiendes?

Cecilia asintió cansada. Era, al fin y al cabo, la historia de su vida.

—Corre en busca de armas y cose a tiros este lugar —enmendó *Miss* Brown guiñándole un ojo.

—Mmm —dijo *Miss* Darlington—. Llamemos a eso «plan B».

—Y, miren, señoras —dijo Gertrude Rotunder alegremente sosteniendo una botella de *whisky*—. ¡¡Armas!!

—¡¡Hurra!! —susurraron las damas.



18

UNA SESIÓN DE MANUALIDADES A CARGO DE LAS DAMAS – PRIMERAS IMPRESIONES – EL DESENLACE DEL VILLANO – UNA NUEVA TEORÍA – EXPLOSIONES (INFORMATIVAS. LITERARIAS. ORNAMENTALES) – REFRIEGA – EL ACERTIJO DE LA PUERTA – RASGUÑOS –EL CORAZÓN DELATOR

Observen a una dama cuando realiza alguna tarea que le es propia, concentrada tranquilamente en su labor, y estarán ante una escena de paz. Así estaban las matronas de la Sociedad Wisteria; se mantenían en humilde y femenina concentración, rompían botellas contra los almohadones, afilaban mezcladores de cócteles y repartían sacacorchos. Olivia Etterly diseñó una manopla (puño americano) con cucharas de té y la monstruosa Millie utilizó los cordones trenzados de las cortinas como garrote.

Cecilia hacía guardia en la puerta mientras las mujeres estaban manos a la obra. Miraba hacia al pasillo que formaba un agujero sombrío en su recuerdo, con las velas de cebo humeando tristemente dentro de candelabros a lo largo de las paredes. Trató de imaginarse como la niñita que bailaba a lo largo del pasillo, pero no pudo hacerlo. Esa parte de ella estaba tan distante ahora que parecía pertenecer a otra vida, como si la propia Cecilia hubiera vivido siempre con *Miss*

Darlington, leyendo en voz alta obras moralizantes en las mañanas, entrenándose para robar y estafar a la gente por la tarde y nunca atreviéndose a soñar por temor a encontrar en su corazón a un fantasmita de ojos tristes abrazando un libro de matemáticas.

—¿Está bien? —Le llegó una voz masculina por detrás del hombro. Cecilia se giró y se alarmó por unos instantes al ver a Alexander O'Riley de pie a su lado. La luz de las velas parpadeaba en sus ojos azul oscuro y se reflejaba en el gancho plateado que colgaba de su oreja izquierda como si tratara, aunque sin éxito, de acecharlo.

—Tiene un aspecto bastante melancólico —dijo él, la voz teñida por un leve acento irlandés.

—Estoy más que alegre —respondió y le sonrió. Él hizo una mueca.

—Un poco más alegre y estaría en un ataúd.

Cecilia le devolvió la sonrisa.

—Creo que se confunde, capitán O'Riley.

—No estoy en desacuerdo con usted —dijo él inclinándose contra el marco de la puerta—. Habiendo crecido con historias acerca de la infame Sociedad Wisteria, no esperaba ver a un grupo de señoras en enaguas. Estoy bastante confundido.

—Solo un hombre se sentiría así —replicó Cecilia.

—Sin duda. También me confunde usted, *Miss* Bassingthwaite. No se parece en nada a su madre.

Una mezcla repentina de emociones la invadió y se irguió más, con los ojos entrecerrados. Nadia le había dicho nunca algo así. Estaba indignada, molesta, increíblemente complacida.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Cogió un anillo de su pulgar, deslizando el rubí para revelar un compartimiento secreto en el que había un retrato de Cilla Bassingthwaite. Cecilia se quedó muda.

—Le robé esto a Ned hace unos años. Pensé que estaba demasiado obsesionado con el fantasma de una mujer a la que solo había visto una vez en su vida. No lo entendí entonces. Ella es magnífica, sin duda, pero usted es… —La miró casi con interés profesional—. Si me permite decirlo, su belleza es más delicada.

—Bueno, eh… —dijo Cecilia—. ¿Gracias?

—De nada. ¿Le gustaría tener este anillo? —Se lo extendió.

Cecilia sacudió la cabeza con rapidez.

—No, tengo mi relicario… y un retrato en mi cuarto… y un dibujo… y un retrato similar bordado en un marco.

—Dios —murmuró él, devolviendo el anillo a su pulgar—. ¿Así que se va a casar con Lightbourne?

—¿Qué? —Estaba tan asombrada que casi gritó—. ¡Por supuesto que no! ¿Por qué diablos me pregunta eso?

Él se encogió de hombros.

—Ninguna razón en especial. Salvo que solo la conozco desde hace diez minutos y gran parte de ese tiempo se han estado rozando. Incluso ahora, él la acaricia con sus ojos.

—Para nada —replicó Cecilia y miró a través de la habitación hacia Ned. Estaba de pie con Frederick, enseñándole cómo construir un arma con un palillo de plata y un lazo anudado, pero su atención no estaba en los esfuerzos confusos de Frederick. La miraba a ella con un calor que la hizo sonrojar de inmediato. Ella desvió la mirada, vio la expresión sardónica de Alex y frunció el

ceño.

—Es un idiota.

—Sí —concordó Alex—. Y si le hace daño, me disgustará mucho.

La dejó antes de que pudiera responder. Frunció el ceño hacia Alex y acabó posando la mirada, por mera casualidad, en Ned una vez más. Lo vio sustraer un reloj de oro del bolsillo del abrigo de Frederick y su pulso vaciló en lugares inusuales de su cuerpo.

La había besado dos veces. ¡Escandaloso! ¡Injustificable! ¿La besaría la próxima vez a la luz del sol? Por Dios, ¡ojalá no! ¿La atraería hacia él, su mano acariciándole la espalda como si ella fuera algo frágil, querido? ¡Que el cielo no lo permitiera!

Se aferró tan fuerte a su pequeño cuchillo de la infancia que las uñas se le clavaron en la palma de su mano. La vida había sido mucho más tranquila antes de que ese «pirata» irrumpiera en su camino. Bueno, había habido evasiones, robos, asesinos, memorias espantosas que reprimir, meriendas, tigres y el pensamiento de que su padre estaba en algún lado azuzando su sentido de la justicia. Pero no había habido ni una sola de esas sonrisas.

Una vez que este asunto de Morvath terminara, Cecilia tenía la intención de reunir una pila de libros y encerrarse en la sala de estar hasta que el capitán Lightbourne se hubiera ido.

¿Estaba todavía mirándola? ¡Qué grosero! Le guiñó un ojo, entonces desvió la mirada tan rápido hacia el pasillo que vio estrellas.

Sintió estrellas bajo su corazón.

—¡Listo! —susurró alguien. Cecilia se dio la vuelta con alivio para ver que las piratas estaban finalmente armadas y listas. Comprobó que no hubiera nadie en el pasillo a ambos lados, escuchó atentamente durante un instante y luego anunció que era seguro avanzar.

Las tablas del suelo crujían con un melodioso lamento mientras el grupo seguía las indicaciones de Ned a lo largo de varios pasillos en su camino hacia el jardín secreto. Cecilia tuvo un destello de memoria: Morvath levantando las baldosas del suelo y haciendo colocar unas viejas tablas deformadas en su lugar. Lo despreció de nuevo.

Miss Brown y la sabuesa Bess iban al frente, empuñando botellas dentadas, mientras que *Miss* Darlington y Cecilia dirigían la retaguardia. De repente, *Miss* Brown se detuvo, con el puño en alto. Todos se detuvieron. Ella señaló la esquina que estaba adelante, luego giró el dedo. El grupo dio la vuelta…

—¡Ayyyy! —chilló Frederick.

Morvath estaba patrullando el pasillo con una pistola de mango largo en la mano, acompañado de varios hombres con el rostro sombrío. El gran abrigo negro le colgaba mientras caminaba. Sus ojos lanzaban destellos de fuego oscuro. La mitad de la Sociedad Wisteria se dio la vuelta para escapar, pero fueron detenidas por otro grupo de hombres armados que apareció por la otra esquina.

—Bien hecho, madre —dijo Morvath cuando se detuvo, levantando su pistola. Sorprendida, Cecilia miró a su alrededor para ver a quién se refería. ¿*Miss* Brown, viuda por largo tiempo y feliz de levantar sus faldas detrás de unos arbustos? ¿La sabueso Bess con su atractiva sonrisa con cicatriz? ¿La monstruosa Millie… porque nunca se sabe con algunas personas?

—Hijo —respondió *Miss* Darlington sin inmutarse.

Cecilia dio un paso hacia atrás, como si esa revelación la hubiera impactado. ¿La tía Darlington era su abuela?

La vida parecía expandirse e implosionar a la vez en un único momento sorprendente. Se chocó con Ned, quien la estabilizó abrazándola.

—La vida es un camino en descenso, señora —dijo Morvath—, y está a punto de llegar al final.

—Palabras de Branwell Brontë, si no me equivoco —respondió *Miss* Darlington—. Pero la inteligencia es una curva ascendente y no incluye plagiar al supuesto padre de uno.

—Mejor las palabras de mi padre que la mirada de mi madre —replicó Morvath—. Mejor el eco de un hombre que el aliento vivo de cualquier mujer. ¡Nuestro sexo siempre será superior al de ustedes!

—Dile eso a los editores de *Jane Eyre*.

El rostro del capitán se puso de color escarlata.

—Si mi padre hubiera vivido, hubiera superado por mucho en grandeza a sus hermanas. Pero las mujeres lo hundieron. Y tú rompiste su corazón al negarte a casarte con él.

Miss Darlington se encogió de hombros.

—Hubiera con mucho gusto roto su corazón, o incluso le hubiera clavado una espada, si hubiera podido encontrarlo.

—Una pregunta —dijo Essie, levantando la mano—. ¿A qué te refieres con «supuesto padre», Jem?

Miss Darlington levantó el mentón con un exceso de dignidad.

—Una dama no se rebaja a hacer números. Branwell Brontë pudo haber sido su padre —hizo una pausa para el efecto dramático— o Chubber Darwin.

—¿Qué? —exclamaron las presentes. Ella se encogió de hombros.

—Chubber Darwin, buen tipo, bastante estudioso; creo que se fue a hacer algo con animales.

—¿No querrá decir Charles Darwin, acaso? —preguntó Ned.

—Por supuesto —respondió *Miss* Darlington.

Morvath se atragantó con un grito. Tragando con dificultad, su boca torcida gritó:

—¿Mi padre fue un científico?

—O Branwell —agregó *Miss* Darlington—. ¿Quién sabe?

El capitán gruñó incoherentemente.

—Me hubiera casado con cualquiera de ellos, pero Chubber se acaba de comprometer con su prima y Branwell desapareció. No tuve más elección que darte en adopción.

—Abandonarme —le espetó él.

—Te di a una pareja respetable que juró amarte con todo lo que tuvieran.

—¿Todo lo que tuvieran? Paz campestre, veranos en la playa, descanso los domingos. ¿Qué tipo de vida es esa para un poeta o pirata? ¡Podría haber sido capitán de la infame Casa Darlington!

—En realidad —intervino Petunia Dole—, la casa Darlington les corresponde a las mujeres, creo. A menos que fueras una mujer, nunca iba a ser tuya.

—Silencio —gritó Morvath—. Arruinaron mi vida, ¡todas ustedes! Despojándome de mi derecho por nacimiento, robándome a Cilla, negándome la entrada a su sociedad.

—¿Nuestra sociedad de mujeres? —preguntó Olivia.

—Pero triunfaré —continuó Morvath—. Tengo todas sus casas. Y, pronto, el trono de

Inglaterra será mío. ¡No habrá más reinas! ¡Todas las mujeres regresarán al hogar, donde pertenecen, y los hombres serán una vez más los amos!

—¿No creéis que ya nos ha revelado bastante de su plan? —preguntó Petunia, golpeando su media botella dentada contra la mano.

—Sí —respondió *Miss* Darlington—. Patrick, lamento si te sentiste herido por el hecho de que te diera en adopción, pero el mundo hace que el amor sea imposible para las mujeres a veces y nos deja sin elección excepto la pérdida y el dolor. —Se encogió de hombros—. O la piratería rampante. Pero no quiero hacerte daño, muchacho. Te amo, siempre lo hice, a pesar de todo. ¿No podemos sentarnos con una taza de té y…?

—¡No!

—Muy bien. Cecilia, plan B.

El pulso de Cecilia vaciló. Sabía que era su deber seguir las órdenes de un miembro sénior, pero no podía abandonar tan fácilmente a su tía o, en cualquier caso, el viejo sueño de derrotar a su padre. Dejó los brazos de Ned, rebuscó en un bolsillo de su vestido, extrajo el elemento mortal que había en su interior y lo aplastó en el suelo entre Morvath y la Sociedad Wisteria.

Todos saltaron alejándose.

—¡Noooo! —aulló Morvath. Alzó una mirada furiosa desde el volumen roto y agrietado de *Cumbres borrascosas* hasta Cecilia—. ¿Cómo te atreves?

—He evolucionado hasta el punto de no querer leerlo —dijo Cecilia.

—¡Eres… como tu madre, una desilusión total!

—Gracias a Dios —respondió ella.

Miss Darlington asintió con rapidez hacia ella y Cecilia casi sonrió ante tan efusiva muestra de aprobación.

—¡En guardia! —gritó Petunia.

Y Morvath le disparó.

Su pistola explotó en una nube de gas caliente y fragmentos de metal. Con un grito, la arrojó lejos mientras apretaba su mano quemada y sangrante contra su pecho.

—¿Ya le dije —dijo Ned— que manipulé todas tus armas?

—Traidor —gruñó Morvath.

Ned se encogió de hombros.

—Depende de cómo se mire.

El aire siseó cuando Morvath desenvainó su espada. Detrás de él, las armas de fuego cayeron al suelo y sus esbirros empuñaron sus espadas, cuchillos y garrotes.

Petunia dio un paso hacia atrás, con las manos en las caderas.

—¿Todos preparados? ¿Lo intentamos de nuevo? ¡En guardia!

—¡Por Inglaterra!

—¡Por Cilla!

Los sexos se lanzaron a la batalla.

—Vamos —murmuró Ned tirando de Cecilia.

Se abrieron paso entre la acometida de mujeres gritando y hombres maldiciendo, esquivando espadas aquí y allí, y se encogieron cuando un cóctel de cebollas explotó cerca. Un hombre agarró a Cecilia del cabello y ella le dio una patada en la tibia para luego darle un rodillazo en sus partes íntimas. Mientras se desplomaba gritando, ella se levantó las faldas, saltó por encima de su

cuerpo y le torció el brazo a otro hombre que estaba a punto de apuñalar a Essie por la espalda. Ned se adelantó, le quitó el cuchillo al hombre y lo utilizó para apuñalar a un tercero en el muslo, mientras Cecilia lo forzaba a arrodillarse. Un golpe rápido de Ned con el tacón de la bota en su cabeza lo dejó inconsciente. De este modo se abrieron paso a través de la refriega, y en unos minutos habían doblado la esquina y corrían tan rápido como podían a lo largo del pasillo.

—¡Espérenme! —gritó Jane detrás de ellos.

—Oh, genial —murmuró Cecilia.

—Tengo la llave de la puerta del jardín —dijo Jane sin aliento mientras los alcanzaba—. Las casas Wisteria están todavía completamente armadas.

—Les daremos apoyo aéreo a las damas —dijo Ned sonriendo ampliamente.

—De acuerdo —dijo Cecilia—. Pero no te retrases. Esto será incluso más duro que robar un banco.

—Habría robado un banco —replicó Jane—, pero hay pocas de nosotras que nos sintamos lo bastante seguras como para cometer un crimen así sin tener una mala influencia que nos aliente. Con mis padres de viaje vendiendo oro de mentira en América y mi abuela demasiado ocupada conspirando contra la Sociedad, me he visto forzada a ser razonable.

—Ningún pirata debería ser razonable —concedió Cecilia de mala gana.

—Espérenme. —Llegó otra voz. Miraron hacia atrás y vieron a Frederick tropezándose y agitándose detrás de ellos.

—Genial —murmuró Ned. Nadie lo esperó, pero Frederick, llevado por el terror, se las ingenió para seguirles el ritmo. Detrás de él venía Alex, con la espada chorreando sangre.

—¿Alguien más? —preguntó Ned seco.

—Oh, no te estoy persiguiendo —dijo Alex mientras corría—. Voy en busca de mi propia casa. Acabo de adquirir un cañón de campaña de trece libras y estoy ansioso por probarlo.

—Apunta al ala oeste —le dijo Ned—. Allí es donde Morvath tiene el depósito de la artillería.

—Así lo haré. Buena suerte, compañero.

Alex se desvió. Los otros llegaron al final del pasillo, corrieron escaleras abajo, se deshicieron de dos esbirros que encontraron en el camino y giraron hacia otro largo y tenebroso pasillo que desaparecía en la oscuridad. Ned los condujo a través de una puerta, pero se detuvo frente a la próxima.

—Esta —dijo tirando del pomo oxidado—. Jane, dame eso.

Se detuvo mirando el pomo, que se acababa de romper en su mano.

—La llave —dijo sin fuerzas.

—Trata de colocarlo de nuevo —sugirió Jane.

—¡Vamos a morir!

—Está totalmente roto —dijo Ned, tratando sin éxito de volver a colocar el pomo.

Cecilia frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Echa la puerta abajo a patadas —sugirió Jane.

—No quiero morir virgen —se lamentó Frederick.

—¡Por Dios! —dijo Ned poniendo los ojos en blanco.

Cecilia dio un paso hacia adelante, empujándolo para que se hiciera a un lado. Con su

cuchillito comenzó a hacer palanca en el mecanismo de la cerradura.

—Suave —sugirió Jane.

—Me voy a desmayar —lloriqueó Frederick.

—Cásate conmigo —le susurró Ned a Cecilia.

—Sobre el cadáver de Freddy —murmuró ella en respuesta.

—Esta tarde, entonces —dijo Ned—. El pobre tipo está a punto de morirse de un ataque de histeria.

—Eso es lo que sucede cuando vives en un antiguo y lujoso castillo en lugar de en una casa que alguien lanzó desde un acantilado.

—Te voy a besar por decir eso. Te voy a besar la boca y la garganta y tu…

—Esa boca, capitán Lightbourne. —Lo miró con el ceño fruncido, luego su expresión fue deslizándose hacia una picara media sonrisa. Abrió la puerta, Ned sonrió ampliamente, con los ojos resplandecientes de admiración.

—Rápido —alentó Jane, agitando las manos hacia ellos.

—¡¡Bravo!! —se alegró Frederick.

Ned y Cecilia se hicieron a un lado para dejarlos pasar primero.

—¿Tú qué crees? —murmuró Ned—. ¿Deberíamos cerrar la puerta detrás de ellos y escaparnos, robar una oficina y convertirnos en abogados?

Cecilia suspiró y sacudió la cabeza. Entraron en el jardín secreto.

El jardín de Cilla era el corazón de Northangerland Abbey, y también su mente, a juzgar por la oscura y colgante maraña de plantas que habían crecido de forma desmesurada. Las sombras eran húmedas y las paredes estaban negras por el moho. Desde algún lugar entre las rosas muertas, ululó una lechuza. O quizás era el fantasma de un arboricultor perdido hacía mucho tiempo, lamentándose a la deriva en este cielo en ruinas. Los piratas se estremecieron.

—¡Ay!, tu madre seguro que se sentiría desconsolada al ver esto —le susurró Frederick a Cecilia.

—¿Por qué? —preguntó Cecilia—. Es exactamente como lo recordaba.

—Oh.

Las casas de la Sociedad Wisteria se alzaban silenciosas alrededor de ellos. Las habían amontonado de cualquier forma para que entraran: algunas en ángulo contra una pared, otras apiladas de tres en tres. La casa Darlington estaba posada como una reina sobre la casita de campo de la monstruosa Millie.

Ned declaró lo obvio:

—Vamos a tener que trepar.

—No creo que pueda —admitió Jane, volviéndose tan pálida que parecía uno de los fantasmas de Pleasance.

—Esa casa está en tierra. —Ned apuntó hacia una estrecha casa de ciudad estilo georgiano de cuatro pisos con lavanda rosada que crecía en las macetas de sus ventanas.

—Esa es para mí —dijo Jane de inmediato.

—Te acompaño —agregó Frederick—. Una dama nunca debería estar sola en este peligroso mundo.

—¡Excelente! —Ned dio una palmada a Frederick en el hombro. Frederick hizo una mueca —. Buena suerte a los dos.

Jane y Frederick se apresuraron. Ned se giró para preguntarle a Cecilia si necesitaba ayuda, pero ella ya había desaparecido. Miró alrededor con urgencia y vio la puerta de la casa de Millie entreabierta. Corrió a través de las acogedoras habitaciones, llamándola, y se llevó un tremendo susto cuando ella reapareció de repente con una escalerilla de mano.

Él se puso una mano en el corazón, que le latía fuerte.

—No deberías seguir desapareciendo sin avisar.

—¿Por qué no? —Ella frunció el ceño confundida.

—Porque la gente se preocupa por ti. Se preocupa cuando desapareces.

Su confusión aumentó. Ned suspiró y, sin añadir nada más, cogió un extremo de la escalerilla y la ayudó a cargarla desde la casa.

—¿Dónde están Jane y Frederick? —preguntó cuando salieron al jardín.

—¿Por qué? ¿Te preocupan? —respondió Ned burlón.

—No, solo tengo prisa por llegar arriba.

—Encontraron una casa en la que no tenían que trepar. —Mientras hablaba, la casa de ciudad comenzó a sacudirse y se elevó. Rozó una mansión, y las flores de lavanda se movieron suavemente a través del jardín.

—¿Freddy se fue con Jane? —dijo Cecilia—. Por fin, un poco de buena suerte.

—Entonces, ¿no quieres casarte con él? —preguntó Ned mientras colocaban la escalera contra la pared de una casita de campo.

—No quiero casarme con nadie.

—Pero ¿qué haría *lady* Victoria sin su Lord Albert?

—Emplear a un criado escocés. Sube tu primero.

—Debería ir debajo por si te caes.

—Llevo vestido, señorito. No quiero que mires hacia arriba y veas mi ropa interior.

—Ya la he visto antes —le recordó con una sonrisa. Pero ella se limitó a mirarlo inexpresiva hasta que él se encogió de hombros y comenzó a trepar. Ella se arremangó las faldas y lo siguió.

Cuando llegaron a la azotea de la casita de campo, caminaron por el techo de paja hasta la puerta de entrada de la casa Darlington. Cecilia la abrió.

El vestíbulo era un caos. Los jarrones se habían volcado vaciando su contenido. El bol de cristal del duque de Kent yacía hecho añicos sobre el suelo. Un reguero de lazos y encaje conducía a la sala de estar y a unas tijeras de mango perlado que yacían en un charco de sangre en el parqué.

—Limpíate los pies —le dijo Cecilia a Ned—. La sala de mando está arriba, al final del pasillo. Voy a controlar que las puertas estén cerradas, luego prepararé las armas. Tú te encargas de poner la casa en marcha.

—¿Tu timón no está cerrado con una llave oculta en algún lugar interesante? —peguntó Ned mirando las bragas de ella.

Cecilia frunció el ceño, bajándose las faldas.

—No. Y deja de reírte así o te haré caminar por la tabla.

Ned se rio y subió las escaleras. Cecilia se apresuró hacia el salón lila, donde se encontró con una hecatombe de álbumes de recorte y adhesivos florales. *Mr.* Etterly no había sido capturado sin ofrecer resistencia. Se aseguró de que la puerta del porche estuviera cerrada, luego recorrió el resto de las habitaciones de la planta baja hasta que pudo gritarle a Ned:

—Preparados para la lucha. —Inmediatamente, la casa comenzó a despegar.

Cecilia corrió hacia el ático. La casa Darlington tenía una interesante selección de artillería que incluía una ametralladora, un cañón y un arpón. Cecilia eligió el cañón sin dudar, incluso sabiendo el peligro que suponía para los miembros de la Sociedad Wisteria que todavía estaban dentro de la abadía.

—Que Dios esté contigo, tía —murmuró Cecilia. Su corazón se estrujó, pero había pasado diez años reprimiendo el amor incluso más ferozmente que el sistema patriarcal, y este no era el momento para dejar de hacerlo. Arrastró el cañón hasta la ventana y comenzó a cargarlo.



19

EXPLOSIONES. UNA VEZ MÁS – EA HEREDERA DE BODICEA – EMPERADORA DE EOS CIELOS – SANGRE Y FANTASMAS – PLEASANCE SE CONVIERTE EN UNA HEROÍNA – PLEASANCE SE CONVIERTE EN UNA BARONESA LOCA – UN INTERLUDIO – CECILIA DECIDE

Una científica debe carecer de deseos, afectos, tener un corazón de piedra (y una buena provisión de municiones). Constantinopla Brown se enorgullecía de ser una científica, pirática, criatura femenina; incluso hizo una mueca cuando el cañón impactó en Northangerland Abbey. En algún lugar de ese venerable edificio estaban las damas de la Sociedad Wisteria. Quizás habían estado en la esquina del ala oeste que acababa de volar por los aires reduciéndola a una nube de humo y escombros. ¿Había traído Constantinopla las tropas reales para rescatarlas o solo para condenarlas a una muerte horrible?

—Pásame el pollo.

Los pensamientos negativos de Constantinopla fueron sacudidos por la petición de la reina Victoria.

—Sí, Su Majestad —dijo y buscó en la cesta de pícnic una pata de pollo frita. La reina, sentada en un taburete invisible bajo su amplio vestido negro, dejó su pincel para coger el pollo. Mientras masticaba, contemplaba la acuarela que estaba pintando.

—No estoy segura de haber conseguido captar el rojo profundo del fuego en esa fachada. ¿Qué piensas, querido Albert?

El retrato del príncipe Albert, apoyado en una silla al lado de ella, no emitió opinión alguna.

—Es hermoso, Su Majestad —dijo Constantinopla. E hizo una mueca de dolor ante una nueva explosión, que lanzó tierra y césped por los aires en un estallido peligrosamente cercano a las tropas reales. Northangerland Abbey estaba defendiéndose. Aunque la reina había traído dos cañones y cincuenta hombres armados, y aunque tres casas de batalla se precipitaban y sobrevolaban encima, bombardeando la abadía, Morvath estaba bien pertrechado para defenderse del asalto. Si conseguía hacer que su abadía volara, habría poca esperanza de detenerlo.

Eso sí, si pusieran el castillo de Windsor en el aire, sería derrotado en unos pocos segundos.

Constantinopla se quedó sorprendida cuando la reina Victoria le ofreció su castillo para el rescate, declarando que había visto suficientes alzamientos durante su reinado y que ella misma detendría este.

—Pero, Su Majestad —le dijo Constantinopla, haciendo una reverencia a modo de disculpa —. No tengo las aptitudes para elevar un edificio de este tamaño. Tan solo tengo diecinueve años.

Tom le lanzó una mirada oscura, pero no dijo nada.

—Bah —respondió la reina, sacudiendo un tenedor con desdén—. Soy la reina; se elevará para mí.

—¿Conoce el encantamento pirata para volar? —Constantinopla se había cansado ya de andar diciendo «Su Majestad».

—Claro que lo sé. Simplemente no me lo has enseñado todavía.

Constantinopla abrió y cerró los ojos, tratando de analizar esa lógica. Solo podía concluir que el tiempo real funcionaba de forma diferente al de la gente común.

Tom se llevó a Constantinopla a un lado.

—No podemos enseñarle el encantamiento —le susurró—. Piensa en lo que diría tu abuela.

—Si es que está viva para decir algo —respondió Constantinopla—, entonces me complacería escucharlo. Sabes que Morvath va a matar a la Sociedad. Con gusto le enseñaré a la reina el encantamiento si con ello conseguimos tropas para el rescate.

Y de este modo Tom y Constantinopla le enseñaron el conjuro a la reina. Se sorprendieron al ver que Su Majestad era una estudiante muy capaz.

—Somos descendientes de las grandes reinas guerreras de antaño —le recordó la reina Victoria—. Está en nuestra sangre ir a la cabeza en la batalla y destruir al enemigo.

Hizo una pausa para sorber té de una taza de porcelana delicada y Tom aprovechó la oportunidad para preguntarle a Constantinopla dónde estaba Antaño. Ella suspiró profundamente. Si tan solo pudiera ser lesbiana y aun así tener un gran casamiento público.

La reina captó su expresión y le hizo una señal.

—Querida —le susurró—, un consejo de una mujer con muchos años de casada. Cada vez que él hable, cierra los ojos y piensa en Inglaterra.

Se habían procurado un timón, cañones y tropas, y la reina había recitado el encantamiento de vuelo en una voz que hizo estremecer a todos los que la escucharon. El castillo de Windsor gimió y se estremeció, luego se elevó pesadamente en el aire. Las piernas de Constantinopla empezaron a temblar y ella agarró la mano de Tom tan fuerte que sus nudillos se volvieron

blancos. Había nacido pirata, la idea de hacer volar casas había sido siempre algo común para ella. Pero de pie ahora, en un gigante de piedra de mil habitaciones que se elevaba en el aire, sintió el peso de la gravedad contra el hechizo, y se había dado cuenta con horror que la habilidad de una vieja dama para mantener la rima del encantamiento era todo lo que había entre ella y morir aplastada contra el suelo.

De repente, el castillo se inclinó, haciendo que todos ahogaran un grito. Pero Victoria dio una fuerte pisada con su piececito, bramando el encantamiento no tanto con el poder de una reina y emperadora, y más con el de una madre de nueve hijos. El castillo se enderezó dócilmente y continuado elevándose y, a partir de entonces, había navegado suavemente. Los criados trajeron té para la garganta seca de la reina, y Constantinopla se dio cuenta de que estaba realizando su práctica de encantamiento de vuelo de la mejor manera posible: ayudando a navegar la casa de batalla de Inglaterra hacia Blackdown Hills.

Lamentablemente, ninguno de los presentes tenía la habilidad para maniobrar un descomunal castillo hacia una batalla aérea. El capitán de las tropas había sugerido aterrizar sobre la abadía para deshacerse de Morvath y de la Sociedad Wisteria de un solo golpe. Luego demostró su temple al no retroceder cuando la reina le arrojó una maceta.

—Hay damas dentro de la abadía —le recordó—. ¡Tenga mejores modales!

El capitán, que a menudo había sido enviado por la propia reina a tratar de arrestar a esas damas mientras pasaban de contrabando té libre de impuestos hacia Inglaterra y joyas a sus propios monederos, se sintió ahora poco inclinado a ser educado con ellas. Sin embargo, hizo una reverencia rindiéndose ante la cambiante opinión de la reina.

Y así, pues, solo pudieron atracar el castillo de Windsor más allá del rango de alcance de los cañones de Morvath y sentarse delante, bajo grandes sombrillas, tomando limonada servida por criados indiferentes mientras contemplaban el desarrollo de la escaramuza.

—Esa casa de ciudad más pequeña se lanza como una avispa —comentó la reina Victoria—. Nunca pensé que vería tanta gracia y velocidad en un edificio.

—Esa es la casa Darlington, Su Majestad —le dijo Constantinopla—. *Miss* Darlington es una de nuestras grandes damas pirata. Dicen que el espíritu de Black Beryl la guía.

—Me gustaría conocerla —declaró la reina.

—Oh, murió hace más de doscientos años —dijo Tom.

La reina le lanzó una mirada que sugería que le habría cortado la cabeza si de verdad hubiera sido como sus antepasadas.

—Quise decir a *Miss* Darlington.

—Estoy segura de que eso se puede organizar, Su Majestad —dijo Constantinopla.

—Podría asistir a nuestro Banquete del Jubileo —proclamó animadamente la reina.

«Si sobrevive», pensó Constantinopla, y volvió a hacer una mueca mientras los cañones rugían.



No era del todo seguro que *Miss* Darlington fuera a honrar a la reina con su presencia en el banquete. No solo sospechaba que Victoria era poco higiénica, considerando todos esos niños que había concebido, sino que también estaba el leve impedimento de que *Miss* Darlington estaba medio muerta.

Pleasance la había escondido en la pequeña habitación hacia la que habían caminado con dificultad después de escapar agónicamente de la refriega. La rodilla de Pleasance tenía cortes, sus costillas estaban amoratadas, y un cuchillo de sierra sobresalía de su bíceps izquierdo.

Sin embargo, había cargado a su señora a lo largo de varios pasillos, escaleras arriba, y hacia una habitación donde pudieron esconderse detrás de una cama estrecha y oxidada. *Miss* Darlington estaba mortalmente pálida en los pocos lugares del cuerpo donde no estaba mortalmente empapada de sangre, pero aun así se esforzaba para liberarse de los brazos de Pleasance y volver a la batalla.

De hecho, Pleasance no tenía idea de hacia dónde se había desplazado la batalla. Después de que Morvath hubiera apuñalado a su madre y él mismo escapado, a duras penas, de la escaramuza mientras una docena de damas encolerizadas se le echaron encima, la gente se dispersó y la refriega se dividió en pequeñas batallas. El choque del metal y el estallido de repentinos y breves gritos resonaban en la abadía mientras los esbirros perseguían a las piratas y las piratas perseguían a los esbirros dependiendo de quién estuviera a la cabeza del grupo; se oían explosiones que hacían retumbar todo el edificio. Pleasance olió humo y supo que, si el fuego se dirigía hacia ellas, no tendrían escapatoria.

Siempre había pensado que, cuando muriera, le gustaría que su fantasma acechara un hermoso ático lleno de telarañas o quizás un sótano misteriosamente cerrado con llave en la casita de campo de un duque. Sería el lamento que estremecería a un hombre, por lo demás, estoico; el susurro que atraería a los niños hacia juegos inquietantes, la última silueta que una esposa triste vería antes de deslizarse hacia la muerte debido a un ataque de corazón. La idea de morir en Northangerland Abbey la angustiaba. Aquí tendría que colocarse en una larga línea de fantasmas, criaturas y extrañas apariciones antes de que se le permitiera una oportunidad de practicar el arte del acecho.

—Pleasance —murmuró la señorita Darlington con los labios azules—. Déjame, querida niña. Sálvate tú.

Con un grito ahogado, Pleasance agarró a la vieja dama acercándola aún más a su regazo.

—Nunca la dejaré, señorita —prometió—. Moriremos junt… Bueno, es decir, sobreviviremos juntas y seremos rescatadas; esta noche tomaremos una taza de té juntas en la comodidad de su propia casa. Por lo menos, yo serviré el té y usted lo beberá, y lavaré la taza después.

Miss Darlington extendió la mano débilmente para tocar el rostro brillante y humilde de Pleasance.

—Me encantaría tomar el té contigo —susurró.

Pleasance se ruborizó de orgullo. Se aferró a la cama para levantarse, luego estuvo de pie un momento tratando de no vacilar mientras varios fantasmas se le acercaban para murmurarle. Los espantó con una exhalación decidida. *Miss* Darlington no iba a morir en esa habitación lúgubre. Pleasance la rescataría incluso si le costaba su propia e insignificante vida.

En la parte más recóndita de su mente, varios fantasmas se frotaban sus manos espectrales

con maliciosa anticipación. Pleasance los ignoró. Necesitaba un arma si iba a rescatar a *Miss* Darlington, y había solo una disponible en esa habitación. De modo que apretó los dientes, las extremidades, incluso los dedos de los pies, y con un repentino movimiento brusco, se extrajo el cuchillo del brazo.

Casi se desmaya del dolor. Pero Pleasance era una heroína y permaneció en pie. Peinándose los rulos salvajes, ignorando la sangre que le brotaba del brazo, tomó la manta putrefacta de la cama, colocó en ella a *Miss* Darlington tan suavemente como pudo y comenzó a arrastrar a la vieja dama hacia la puerta.

Casi lo logró.

De repente la puerta se entreabrió con un estruendo y un hombre con el rostro duro y con un hombro vendado irrumpió en la habitación. La pistola en alto. Antes de que Pleasance pudiera siquiera pensar en el cuchillo de su mano, él se lo quitó.

—Bueno, bueno, ¿a quién tenemos aquí? —dijo él con lúgubre placer—. *Miss* Jamine Darlington.

La furia explotó dentro de Pleasance. Atravesó ardiendo cualquier barrera que aún se erigiera en ella entre la realidad y la ficción e hizo surgir a la baronesa loca que tenía dentro.

Entonces, con un grito sediento de sangre, Pleasance se abalanzó sobre Jacobsen.



Northangerland Abbey se estaba rompiendo en mil pedazos. Las casas se elevaban desde sus patios con jardín mientras las piratas escapaban de la escaramuza para unirse a la gran batalla. Los cañones de la abadía rugían y sus ametralladoras resonaban estrepitosamente, pero no podían apuntar hacia arriba para disparar a las casas que sobrevolaban el edificio, ni tampoco podían alcanzar a las tropas reales, cuyos cañones tenían un alcance mayor. Los disparos aumentaron. Las fachadas se hicieron añicos. Los esbirros comenzaron a correr mientras gritaban que se rendían con las manos en alto.

En el ático de la casa Darlington, Cecilia contemplaba la destrucción con una mirada fría. Casi todas las personas que conocía en el mundo estaban en ese edificio. Sin embargo, diligentemente apuntó el cañón una vez más y abrió fuego…

Una esquina del ala izquierda de la abadía voló por los aires. Era su más exitoso disparo hasta el momento; con un agujero abierto en el lado, el componente estabilizador del encantamiento de vuelo no funcionaría. Northangerland Abbey no iría a ninguna parte. Cecilia inhaló profundamente con alivio…

Y su coraza terminó quebrándose y la emoción empezó a golpear su mente. Se tropezó hacia atrás y dio un grito ahogado.

¿Acababa de matar a la tía Darlington? ¿Y si la vieja dama hubiera abandonado la lucha, atravesado la abadía, subido varias escaleras y entrado en el ala oeste?

—¡Cielo santo! —exhaló Cecilia—. ¡Oh, Dios!

Sin embargo, Dios no respondió y los arraigados dictados de la piratería la sacaron de ese

pánico negro. Con una respiración más profunda, dominó el terror, cargó otro cañón y apuntó.

Y temblaba con tanta violencia que no pudo encender la mecha.

Un proyectil pasó frente a ella. El humo salía a raudales de la fachada de la abadía. Podía dejar de disparar, pero otros piratas lo seguían haciendo, además de las tropas de infantería. La batalla escapaba a su control. No podía dejar de temblar. Se alejó del cañón, sujetó la trompeta de cobre y gritó.

—¡Aterricen la casa!

Siguió un momento de silencio y estupefacción y, a continuación, la voz de Ned le llegó desde la cabina de mando en el piso de abajo:

—Cecilia, ¿estás bien?

«No», pensó ella, restregándose la frente con ambas manos. No, no estaba bien. Estaba aterrada y sola, y su corazón le dolía con una insoportable nostalgia de la salvaje y amable sonrisa de su madre. Quería que los disparos cesaran. Quería una taza de té.

—Estoy bien —dijo a través de la trompeta—. Tengo que entrar en la abadía y rescatar a mi tía.

—Pero eso es…

Él se detuvo, pero ella lo escuchó en su silencio: «Eso es como caminar hacia una trampa mortal». El corazón de ella retumbó, el pánico volvía a aparecer. Una trampa mortal que retenía a la tía Darlington. Y a Pleasance. Y a todas las locas y magníficas damas de la Sociedad Wisteria. Nunca las abandonaría; debería haberse quedado a luchar a su lado, sin importar lo que le ordenaran.

Debería haberse quedado con su madre, de modo que Cilla no hubiera muerto sola.

Toda su vida había escapado, haciendo lo que le decían, escapando hacia el vacío y dejando un rastro de muerte a su paso.

De repente la casa se inclinó para eludir el fuego de la abadía y Cecilia casi se cae. Se agarró del cañón, pero su estómago parecía seguir cayendo y supo que si se quedaba en esa habitación le daría un ataque de histeria. Entonces se arremangó las faldas y corrió de nuevo… pero en la dirección correcta esta vez.

Ned había hecho un excelente trabajo con la magia estabilizadora, pero incluso así Cecilia se golpeó contra la pared y la balaustrada mientras corría escaleras abajo tambaleándose. Se derrumbó en la sala de mando y Ned la miró con ojos tranquilos que sugerían que había estado esperando su llegada.

—No voy a dejarte regresar allí. —Su tono era cordial, pero definitivo.

—Apártate de mi timón —le respondió ella.

—Tu tía no querría que arriesgaras… Espera, ¿qué es eso?

Él estaba mirando por la ventana. Al sospechar un posible engaño, Cecilia agarró el timón. Sin embargo, él no lo soltó, y lo tenía agarrado con tanta fuerza que ella no pudo moverlo ni siquiera un grado.

—Mira —dijo señalando con la cabeza hacia la ventana.

Cecilia entrecerró los ojos para ver través de la brillante luz de la mañana.

—Es una casa —dijo despectivamente—. Devuélveme mi timón.

Él sacudió la cabeza.

—Demasiado pequeña para ser una casa.

Ella trató de empujar el timón de nuevo, pero falló. El objeto volador llamó su atención, la luz del sol reflejándose con pequeños destellos en su superficie. Miró con mayor detenimiento y lo identificó.

Eso es un cobertizo de jardín.

—Creo que tienes razón —convino Ned—. Alguien se está escapando.

Miraron hacia el cobertizo un momento, luego se volvieron a mirar entre sí.

—Morvath —dijeron al unísono.

—Podría ser cualquiera —agregó Ned razonablemente.

—Pero es él —dijo Cecilia—. Lo puedo sentir.

—Eso es algo muy Brontë.

Cecilia arqueó la ceja.

—Bueno, entonces, en lugar de eso permíteme consultar con mi posible ancestro Darwin.

Tomó el catalejo de un estante cercano y miró a través de él. El mundo era un enorme agujero negro, resonando como los mordaces espacios entre palabras forjadas en el alma…

Ned se inclinó y le quitó la tapa a la lente, y la poesía se convirtió en ciencia de nuevo.

Cecilia ajustó el foco y vio una pequeña ventana en el cobertizo del jardín. Más ajustes la llevaron a ver una cabeza plateada adentro. Reconoció a su padre de inmediato.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó Ned vacilante.

Cecilia pestañeó y el mundo se expandió. Se dio cuenta de que había arrojado el catalejo a través de la habitación, haciendo trizas la lámpara de vidrios de colores de la condesa Ambury.

—Es él —confirmó ella y señaló más allá de la ventana—. Sigue a ese cobertizo, Ned.

Volaron tras él; Ned murmuraba la tercera estrofa del encantamiento para aumentar la propulsión mientras la casa de ciudad se esforzaba por mantenerse a la velocidad del pequeño cobertizo.

—Más rápido, si eres tan amable —dijo Cecilia y golpeteó con el tacón de su bota contra el suelo; y cruzó los brazos, luego los descruzó—. *Más rápido* —reiteró.

Ned no respondió, porque todavía estaba recitando la estrofa, pero su ceño fue elocuente. Cecilia se alejó, volvió a ordenar unos pocos libros en las estanterías y golpeó de nuevo el suelo con sus tacones.

—¿En serio —dijo regresando— es esta la velocidad máxima a la que puedes navegar? Un escolar con la lengua trabada traduciendo del latín podría hacerlo mejor.

—¿Por qué no diriges tú? —sugirió él, alejándose del timón. Ella lo cogió de inmediato, por desgracia interfiriendo en el encantamiento. Ned trató de no reírse—. Me encargo de las armas —dijo él.

Cecilia se detuvo, dando un traspié en la primera palabra de la estrofa.

—Espera, ¿qué?

Ned la miró con los ojos en blanco.

—Las armas. Para dispararle. Asumo que es lo que queremos hacer. ¿Qué hay de eso de que es un villano que hay que detener y toda esa historia?

—Claro —dijo ella, pero su voz había palidecido tanto como su rostro.

—¿O quizás no? —agregó Ned gentil.

Cecilia dudó. Miró como el cobertizo del jardín se inclinaba y viraba como si corriera hacia el horizonte.



De joven tenía el cabello rojizo.

Cecilia lo recordaba contándole eso, aunque ella nunca lo había visto con sus propios ojos, porque su cabello había encanecido antes de que ella naciera. Su madre le contó que él había sido muy vanidoso debido a sus rulos de Tiziano y que usaba gafas plateadas aunque su vista era perfecta, y que leía suplementos literarios que casi no comprendía, todo para parecerse lo más posible a Branwell Brontë. Sus padres adoptivos lo habían llamado George, como el viejo rey, pero cuando supo la verdad sobre sus orígenes, lo cambió por Patrick, en honor a su abuelo Brontë, y encontró sentido en pertenecer, por fin, a ese noble linaje. Poeta… pirata… cruel villano.

Una noche le había mostrado a Cecilia un retrato de él de joven y se había reído deliberadamente ante cómo había reaccionado ella abriendo los ojos de par en par.

—Pero eres más guapo ahora —le dijo ella tocándole los mechones de cabello.

Él se rio de nuevo, pero esta vez sonaba afilado, como una espada rozando la piel. Se había molestado, sencillamente.

—Perdón —murmuró ella, bajando los ojos.

—Los hombres no son guapos —le explicó—. Los hombres son apuestos o distinguidos. Y el cabello rojo es mi herencia Brontë, como lo es la tuya. Esa herencia es algo de lo que sentirse orgulloso, Cecilia Patricia.

Ella no tenía idea de lo que quiso decir. Era tan pequeña que sus rodillas no llegaban al borde del sillón. Tan pequeña que debería estar en la cama, con sus muñecas y el maníaco papel de pared con cacatúas, y una niñera bordando el velo que planeaba vestir para casarse tan pronto como su prometido regresara de visitar a un misterioso conde en Transilvania. Pero Morvath, que había bebido demasiado brandi esa noche, tenía ganas de charlar.

—¿Qué quiere decir «herencia»? —le preguntó Cecilia; su diccionario particular esperaba ansioso añadir una nueva palabra.

—¿Herencia? Vaya, lo es todo. Mi padre, el gran poeta Branwell Brontë, nos ha legado todo lo que es lo mejor de nosotros. La imaginación, la pasión, el salvaje espíritu irlandés. Todo eso fluye a través de mí hacia ti. ¡Sé que crecerás para ser una tempestad!

Cecilia trató de ser tempestuosa para él, pero siempre le daba dolor de cabeza. Se sintió aliviada cuando la tía Darlington se encargó de ella. Incluso leer *Cumbres borrascosas* fue una dura prueba… ella seguía queriendo editarla.

Pero en ese momento, en la sala de mando de la casa Darlington, viendo a Morvath escaparse de las consecuencias de su maldad una vez más, sintió la tempestad hervir en su interior. El hombre merecía morir. Había asesinado a su madre, a la madre de Ned, quizás incluso a la tía Darlington. Había secuestrado a la Sociedad Wisteria y planeado derrocar a la legítima reina. Se dio la vuelta para decirle a Ned que sí, que le disparara a Morvath. Ned esperaba en silencio su respuesta. Su rostro estaba pálido, sus ojos cansados, pero Cecilia lo vio por un momento como lo había visto cuando llamó por primera vez a la puerta de su casa en Mayfair, vestido en un ridículo

abrigo, tratando de hacerle creer algo imposible. La mezcla de dulzura y peligro estaba todavía allí, ladeando su sonrisa, aunque trataba de mantener una expresión amable. Y ella sintió la misma certeza que había sentido todo ese tiempo: a pesar de llamarse a sí mismo asesino, él quería hacer del mundo un lugar mejor, un poco más luminoso, un poco más divertido, si pudiera.

Le devolvió la sonrisa.

—No —le dijo—. Dispárale por tu cuenta, si quieres, para vengar a tu madre, pero no te pediré que seas un asesino.

Por un breve momento, la complacencia del joven se fracturó, mostrando dolor, soledad, vulnerabilidad, y luego se encogió de hombros.

—Estoy a favor de no gastar municiones —dijo—. Tan solo sigámoslo. Tarde o temprano tendrá que aterrizar.

Sus miradas se sostuvieron, sus almas se abrieron para compartir un momento de profundo entendimiento sin palabras. Luego Cecilia asintió.

—Bien —dijo rápidamente.

Regresaron a la ventana y vieron como el cobertizo chocaba contra la ladera de una colina y explotaba en llamas.



20

TRIUNFO - AUSENCIA DE ESPÍRITUS - A TRAVÉS DEL ESPEJO - INCONSOLABLE - CERCA DE LA MUERTE POR PORTAZO - ABRAZOS ESPECIALES - PEQUEÑAS MUERTES - EL PRIMER ADIÓS

Si Ned tuviera que vivir de nuevo su vida, habría seguido a rajatabla el mandamiento de nunca leer los manuscritos de Morvath o escuchar los relatos poéticos de sus múltiples asesinatos, ni siquiera una vez por semana. Los pasados dos años habían sido atroces. Pero ya había terminado. Mientras hacía volar la casa Darlington hacia el campo de batalla, podía ver a la distancia casas acumulándose de forma caótica entre Northangerland Abbey y el castillo de Windsor. Ned sonrió. El gran sueño misógino de Morvath de conquistar el mundo había chocado con toda la fuerza de las damas y se había desmoronado en menos de una hora. El propio Morvath estaba muerto.

Toma ya selección natural.

«Te hicimos justicia, mamá», susurró Ned al espíritu de su madre. No recibió respuesta, salvo su antiguo dolor, y no se sorprendió, después de todo, ya que él era el encargado de mezclar la harina de cereal y el agua para hacer ectoplasmas para las sesiones de espiritismo, por lo que en realidad no creía en fantasmas, aunque, al mismo tiempo, lo entristecía más de lo que podía soportar. Y enmarañado de algún modo con todo aquello, sentía también tristeza por Morvath,

por lo menos por el hombre confundido que tenía un corazón lleno de poesía y un profundo deseo de ser valorado. Pero al pensar en ello, a Ned le entraban ganas de llorar, lo que a su vez le daba ganas de maldecir, por lo que se concentró en pilotar la casa.

A su lado, Cecilia miraba a través del telescopio. Había estado callada después de la explosión. Su calma era frágil, inquietante, y Ned esperaba con inquietud que ella comenzara a llorar. Pero a medida que se acercaban a Northangerland Abbey, ella se limitó a dejar el telescopio e inspirar profundamente.

—Da la vuelta —le dijo.

Ned frunció el ceño. Seguro que la había escuchado mal.

—Vi a mi tía a través del telescopio —le explicó ella—. No estoy segura de en qué estado se encuentra, pero está fuera de la abadía y viva. Da la vuelta y aterriza detrás del bosque, por favor.

—Pero… —dijo Ned y hubiera añadido más expresiones de desconcierto si Cecilia no hubiera cogido una pistola de un estante cercano y se la hubiera apuntado a la cabeza.

—Sé amable y haz lo que te pido.

Él se rio.

—¿Estás secuestrando tu propia casa?

—Estoy secuestrando mi propia vida, por lo menos durante un rato. Por favor, no quiero dispararte. Haría que besarte fuera sin duda desagradable.

Ned hizo virar la casa hacia atrás con presteza y murmuró tan rápido la estrofa de aterrizaje que la casa tembló. Mientras se deslizaban sobre las copas de los árboles hacia un prado que yacía entre el bosque y las colinas, Cecilia oscilaba entre fruncir el ceño o hiperventilar. Ned no sabía si tener miedo de ella o por ella. Decidió que su opción más segura era simplemente concentrarse en aterrizar la casa y recitar la estrofa de anclaje en el orden correcto.

—No podemos quedarnos en esta habitación —declaró Cecilia una vez que aterrizaron. Hizo un gesto con su pistola hacia el mobiliario elegante y el piso lustroso—. Sería demasiado incómodo. Tendrás que venir a mi… bueno, a donde duermo.

—¿A tu habitación? —preguntó Ned, más confundido que nunca.

—Exacto. —Su expresión era tan rígida que podría quebrarse en cualquier momento—. Aunque tendrás que disculparme por el desorden. No esperaba compañía.

—¿Por qué me estás siquiera invitando a tu habitación?

Ella miró a través de la habitación hacia un libro ligeramente mal colocado en un estante.

—Pronto deberemos regresar al campo de batalla. Me reuniré con mi tía y supongo que tú tendrás que presentar un informe a la reina. Dado que me confesaste que no eres un asesino de verdad, no te veré más. Mi vida volverá a la normalidad. Meriendas con él. Robos de banco. Largas veladas leyéndole a mi tía hasta que se duerma. Esto es…

Se detuvo, tragándose una palabra indecible. Pero Ned no tenía intención de dejar que se saliera con la suya esta vez.

—¿Esto qué es, Cecilia?

Ella se encogió de hombros sin mirarlo todavía.

—Lamentable.

—Ya veo. —Y lo veía. Detrás de sus rígidos modales, estaba aterrada. _Detrás de la postura tensa y erizada de su cuerpo, estaba temblando con vulnerabilidad y dolor. Él dio un paso hacia ella, cogió el arma y la arrojó a una silla. Luego la abrazó y la acercó hacia él.

—Está bien llorar —le susurró. Ella trató de liberarse, pero él continuó abrazándola, decidido a no dejarla ir incluso si ella se convertía en un monstruo marino, una yegua chillona o una *lady* Armitage que escupía veneno. Acarició su largo y hermoso cabello. Olía a rosas y a humo de cañón, y su cuerpo la deseaba de un modo que sabía que no podría satisfacer.

Por lo menos, no todavía. Aunque pronto. Se casaría con ella en el patio de la Biblioteca Bodleiana, decidió. La llevaría de luna de miel a la Biblioteca Marciana. Podrían nombrar a su primogénito William, en honor al incomparable Shakespeare. O quizás Wilhemina, si eran lo suficientemente afortunados para tener una hija. Pero no la nombrarían Cecilia. La herencia terminaba aquí.

Sin embargo, su sueño romántico se quebró cuando ella le pisó el pie y se liberó de él tan con tanta fuerza que lo hizo tropezar.

—Oh —dijo él con cara de dolor. Ella se quitó el cabello del rostro y le devolvió también un gesto de dolor—. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque no quiero llorar, Ned. Y no quiero tu *consuelo*.

—¿No lo quieres? —Nunca había estado tan confundido en toda su vida. Incluso en ese momento, podía ver la timidez en los ojos de ella, podía prácticamente sentir el dolor que emanaba de su cuerpo. O quizás era su propio dolor, creciendo tan poderosamente en algunos lugares que temió que pudiera…

Oh.

Su mueca de dolor desapareció cuando finalmente entendió. La de ella se transformó en rubor. Alzó su mentón con exquisita altanería, casi ocultando, aunque no del todo, su incomodidad, y comenzó a darse vuelta.

Él la cogió de la mano. Sin mediar palabra, la alejó de la cabina de mando y caminó con tanta decisión a lo largo del pasillo que ella tuvo que correr a trompicones para mantener el ritmo. Él se detuvo en una puerta, le lanzó una mirada inquisitiva. Ella sacudió su cabeza.

—La próxima —murmuró ella con determinación y vergüenza.

Él caminó hasta la siguiente puerta, la abrió con tanto entusiasmo que la puerta golpeó contra la pared y luego casi le rompe la cara, rebotó y se le cerró en los morros. El esfuerzo de Cecilia por tratar de no reírse incrementó su impaciencia. Abrió la puerta de nuevo, más cuidadosamente, y la arrastró dentro de la habitación.

Él gimió. Frente a él estaba la cama más atractiva que había visto jamás. Sábanas blancas apiladas sin arrugas, dos almohadas tan delgadas que incluso un indigente las desdeñaría; era una cama que hablaba tanto de Cecilia que él casi no podía respirar al mirarla. Ella dormía en esa cama, su cuerpo se movía contra esas sábanas, su camisón enrollándose hacia su cintura…

Rápidamente, se apartó. El resto de la habitación respiraba la misma calma, aunque con toques femeninos que mitigaban su austeridad santurrona: perlas, chales, un rifle Winchester lustroso. Sobre una de las paredes colgaba un retrato con cortinas negras de Cilla, que miraba hacia abajo, sus ojos pintados enfocados en él como si supiera lo que estaba planeando hacer. Ned hizo una mueca. Era tan degenerado como cualquier hombre, pero no podría seducir a una muchacha mientras el retrato de su madre lo estuviera mirando.

—Shhh —dijo Cecilia. Liberó su mano, caminó a través del cuarto y arregló las cortinas de luto para cubrir a Cilla. Cuando miró a Ned de nuevo, le guiñó un ojo.

Una risa estalló dentro de él, un repentino placer desenfadado que no había sentido en años.

El deseo sexual que recorría su cuerpo se convirtió en un afecto más rico y sincero «Maldición —pensó—. Amo a esta mujer». Se acercó a ella, le puso las manos sobre los hombros, miró sus ojos glaciales.

—Dime qué estás pensando.

—Estoy pensando que soy una bandida —dijo ella, con la voz fría a pesar de su rostro inflamado—, por lo que voy a coger lo que quiero; es decir… si me lo das.

—Con mucho gusto, cariño. —Luchaba para no arrojarla sobre la cama y lanzarse sobre ella, ya que durante bastante tiempo había querido hacer justo eso. Pero bajó las manos, dejándole espacio—. ¿Estás segura? Porque esto te arruinará para siempre.

—Solo si la gente se entera. —Sonrió con tal intensidad que Ned se olvidó de los buenos modales. La cogió de la mano, le dio la vuelta, besó su muñeca con suaves venas, haciendo con su lengua pequeños círculos contra la piel. Ella se estremeció.

—Quiero decir —dijo él, mirándola a través de sus pestañas— que estarás arruinada para cualquier otra experiencia.

Ella se rio.

El sonido de su risa lo atravesó como un rayo de fuego. Colocó su mano detrás de la cabeza de ella, la acercó y la besó con toda la pasión y el deseo que había sentido por ella desde que le había abierto la puerta en Londres. Ella pareció derretirse en su abrazo, dejando finalmente a un lado su rigor protector; su corazón y cuerpo se rindieron. Pero a medida que ella se movía, Ned sintió el peso de su inexperiencia y su propio deseo de protegerla de cualquier daño. Por Dios, necesitaba calmarse. Se tranquilizó, sonrió y quitó el cabello de su amado rostro.

—Trataré de ser cuidadoso —prometió.

—Por Dios —dijo ella con voz ronca—, eso es lo último que quiero que seas.

La acunó entre sus brazos, la llevó a la cama, se tropezó con un garrote y la arrojó sobre el colchón. Solo para ser cuidadoso. Por suerte, ella llevaba un vestido anticuado sin armazón, por lo que no rebotó.

—Te advertí acerca del desorden —dijo sonriéndole desde un revuelo de muselina blanca y largo cabello pelirrojo; y él casi muere de adoración en ese momento. Se subió a la cama, con botas, abrigo, todo, y ella tragó saliva nerviosa, su sonrisa estremeciéndose.

No hubo tiempo para desvestirla, para explorar cada revelación de piel desnuda y blanca con manos y boca; si no regresaban pronto, enviarían una partida de búsqueda y, entonces, ella estaría perdida de verdad. Pero Ned pensó que, de todos modos, no la habría desvestido esta primera vez, cuando ella había requerido de toda su valentía para yacer completamente vestida debajo de él, su aliento tembloroso y sus ojos encendidos como una tormenta. Le aflojó los botones del corsé, le besó el cuello y el escote, y ella se movió con un salvajismo que hablaba verdaderamente de su inocencia.

Entonces se dio cuenta.

—¡Diablos! —maldijo, recostándose contra las ridículas almohadas—. No traje ninguna protección.

—Está bien —dijo Cecilia con amabilidad—. Puedes tomar prestada el arma de mi mesita de noche, si quieres.

Él se rio. Apoyándose en un codo, la miró con tanto cariño: ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Frunciendo el ceño, pestañeó para limpiárselas. Él le besó la frente, el rabillo de cada

ojo, la boca.

—Quise decir protección contra el embarazo.

Ella dio un grito ahogado.

—¡Cuide su lenguaje, señor! No tiene de qué preocuparse. Pleasance tiene ciertas hierbas que puedo robar.

—En ese caso… —Él se puso de pie; ella suspiró confundida; él se quitó las botas, el abrigo, los cuchillos, el arma y regresó al lado de ella con una sonrisa que había perfeccionado a lo largo de los años, una sonrisa que hizo que ella se cohibiera incluso antes de que él le pusiera un dedo encima. Sin embargo, ella respondió tal como él esperaba, su cuerpo inquieto, su lengua deslizándose a través de sus labios para humedecerlos. Era una visión tan erótica que Ned solo pudo estar agradecido de que se hubiera dejado los pantalones puestos o de lo contrario todo habría terminado mucho antes. Le levantó las faldas hasta las rodillas, le quitó los zapatos y la ropa interior; deslizó una mano a lo largo de uno de sus muslos, tragando saliva con aspereza mientras su tacto se desplazaba desde la media de seda hacia la piel. Esto era secreto, un territorio sagrado. Había pasado por eso con otras mujeres, pero ninguna tan querida para él como Cecilia. Inexplicablemente, comenzó a asustarse.

—Date prisa —le susurró ella.

—Querida —le dijo él—, déjame llevarte más allá del tiempo por un instante.

Y la besó hasta que incluso él se olvidó de que había un mundo más allá de esa habitación.



Cecilia miraba el techo confundida. No sabía cómo proceder, aparte de haber oído por casualidad a *Mrs*. Rotunder decir que era un buen momento para trabajar en su presupuesto semanal. No esperaba que el capitán Lightbourne tocara su muslo de esa forma tan desconcertante, o…

¡Oh! Eso no era su muslo lo que acababa de…

¡Oh!

Habría saltado fuera de la cama si él no hubiera estado encima de ella, apoyándose en un brazo mientras el otro estaba ocupado bajo su vestido. Sus dedos eran sin duda groseros, pero antes de que ella pudiera razonar que esto era aceptable en esas circunstancias, su cuerpo llegó a su propia conclusión. Se acercó hacia Ned con un abandono pirata malvado, las piernas extendiéndose, las caderas moviéndose al ritmo de las caricias de sus dedos. La sensación era…

Por desgracia, todo adjetivo posible desapareció de su mente, llevándose incluso a la propia mente. Se acercó a Ned, peinándole el cabello hacia atrás, colocando su rostro entre las manos, anclándose en su mirada tranquila y fija.

Luego él deslizó un dedo dentro de su cuerpo y ella perdió la cabeza, sus manos cayendo sobre la cama sin que pudiera hacer nada.

—¿Sí? —le preguntó él asegurándose de que todo estaba bien.

Rila quería responder que sí, o por lo menos decirle que no perdiera energía conversando, pero todo lo que pudo hacer fue gemir. Él al parecer tradujo esto correctamente, porque se

desplazó hacia abajo y su lengua dio una respuesta adecuada en el lugar donde sus dedos habían estado. «Vergonzoso», declaró su juicio con excitado horror. «Cállate», respondió su cuerpo.

Incluso cuando la besó, Ned mantuvo su dedo dentro de ella, moviéndolo lentamente al principio, pero luego con más decisión, tensando todos sus nervios hasta que Cecilia tuvo claro que no sobreviviría a tanto placer. La intimidad salvaje, después de pasarse días mirándolo con el rabillo del ojo y soñando cómo se sentiría en sus brazos, se volvió sobrecogedora. De repente, sus nervios se quebraron, lanzando chispas de éxtasis que la atravesaron desde los dedos del pie hasta el grito que salió de su garganta. Su ser se sentía como si fuera un único corazón que latía con fuerza.

Ned se movió para besar su boca abierta. Tenía un sabor extraño, y ella se hubiera ruborizado si no lo hubiera estado haciendo ya de un modo evidente. Los dedos de él permanecieron dentro de ella, sosteniéndola en su calma mientras ella se estremecía hacia la suavidad.

—Oh, Dios —murmuró ella, con una mirada desenfocada.

—¿Estás bien? —Su sonrisa era tierna, como si él supiera la respuesta a la perfección, pero quisiera escucharla de sus labios. Retiró los dedos y ella suspiró.

—Sí, eso creo. Me disculpo por mi comportamiento indecoroso.

—Cecilia, no pidas disculpas por haber tenido un orgasmo.

Ella frunció el ceño.

—Sospecho que esa es una palabra grosera y no deberías decírmela.

—Está bien. Te prometo que no la volveré a decir de nuevo. —Su sonrisa se volvió picara—. Pero te haré esto con tanta frecuencia como pueda.

—Oh. Bueno, supongo que está dentro de los límites de las buenas costumbres.

—Las mejores costumbres, diría yo. —Comenzó a besarla de nuevo hasta la línea de la mandíbula, deteniéndose solo para morderle el lóbulo con suavidad. Ella giró la cabeza lascivamente para alentarlo. Se había preguntado a veces cómo sería volar sin la protección de una casa, de una bruja, sin límites: vivir un sueño propio. Ahora sospechaba que se sentiría así, en los brazos de él, bajo su increíble sonrisa. La idea de recomponerse en una postura rígida y cuidadosa para el mundo le suponía casi un dolor físico, erosionaba su corazón y le daba ganas de llorar. Pero sabía que debía hacerlo. Esto solo estaba destinado a ser un hermoso momento.

—Gracias —dijo ella con bastante formalidad—. Espero que haya sido placentero también para ti.

—Más de lo que puedo expresar —murmuró él contra la mejilla de ella.

—Fue más rápido de lo que supuse; nadie debería habernos echado de menos.

Ned alzó la cabeza, guiñándole un ojo entre los mechones de cabello; frunció el ceño desconcertado.

—Mi amor, ¿no te das cuenta de que todavía no hemos terminado?

—¿No? —Los ojos de ella se abrieron de par en par.

La sonrisa de Ned regresó a su rostro, incluso más picara que antes.

—Todavía no estamos ni a medio camino. —Tomando la mano de ella, la apoyó contra la hinchazón dura en sus pantalones—. ¿Lo ves?

Cecilia se sonrojó. Los dedos de él estaban húmedos; sus ojos se estaban volviendo oscuros de la forma más conmovedora.

—Me preguntaba, es decir, me preguntaba si, bueno, si el elemento del caballero estaba

involucrado en el procedimiento…

Él se rio.

—Eres demasiado perfecta —dijo y, mientras ella respiraba profundo para desarrollar su teoría, él la besó para sumirla en un silencio caliente y urgente.

Ella sintió la ansiedad de elevarse de nuevo mientras se imaginaba lo que podría pasar a continuación. Pero él besó su rostro y le susurró tonterías y, pronto, ella se estaba riendo, retorciéndose deleitada debajo de él, olvidándose de todo excepto de la belleza de él y del acierto de su unión. Luego él se irguió para arrodillarse entre las piernas de ella, abriéndolas con manos firmes, levantando las rodillas de ella y Cecilia contuvo la respiración. Su vestido abultado la protegía de una vista impúdica, pero *él* podía verlo todo.

Cielos. De verdad que deberían tratar este tipo de situaciones en la clase de etiqueta. Cecilia tuvo que refrenarse de bajarse el vestido y pedir perdón de nuevo. Su sentido de la vulnerabilidad y el claro dominio que él tenía de la situación suponían una afrenta a toda su sensibilidad pirata y, sin embargo, al mismo tiempo era muy excitante. Nunca había adivinado que estar desprotegida frente a otra persona la emocionaría tanto. Si tan solo él no mirara.

Él no miró. Le sostuvo la mirada con una fría serenidad mientras comenzaba a desabrocharse los pantalones. Cuando terminó con el último botón y se bajó la ropa por las caderas, Cecilia cerró los ojos y pensó en Inglaterra.

Exuberante, la Inglaterra floreciente permaneció abierta a los vientos jadeantes y acariciantes.

Y entonces él estaba moviéndose dentro de ella una vez más, no con sus dedos esta vez, y ella habría llorado de emoción, tan correcto, tan perfecto, como si toda su vida ella hubiera sufrido un vacío que solo este hombre pudiera llenar. Dolió un poco a pesar del trabajo anterior de sus dedos, pero de alguna manera eso formaba parte de la maravilla. Ned colocó las manos alrededor de los muslos de ella, levantándola sobre su cadera y moviéndose más profundamente mientras se apoyaba en los codos. Los ojos de ella se abrieron de par en par ante el impacto de la sensación. Él captó su mirada y se miraron uno al otro en trance mientras sus cuerpos se unían; sus espíritus ya se habían fundido.

—Ahora estás completamente perdida —murmuró él sonriendo con ironía.

—No —respiró ella—. Me perdí en el momento en que te vi por primera vez. Completamente perdida para todo, por siempre.

—Te lo dije.

—Demonio. —Ella frunció el ceño con burlona severidad.

—¿Libertino? —sugirió él.

—Oh, sí, por favor.

La sonrisa de él se desplomó. Se retiró, luego se deslizó lenta y profundamente de nuevo, y desaparecieron juntos en su propio universo secreto.

«Maldición —pensó Cecilia mientras se movía contra el cuerpo de él empujando—, lo amo».



Su corazón iba a estallar. Ned lo sabía, pero no podía hacer nada. El deseo de ella le escocía, incluso estando dentro de su cuerpo. Quería verla desnuda. Quería besarle los pechos y el ombligo y el resto del cuerpo. Quería servirle el té por la mañana mientras ella le leía historias entretenidas del periódico.

Toda su vida iba a sufrir por esta mujer, sin importar cuán cerca estuvieran.

La desesperación podía haberle robado su gentileza, pero la amaba, y por eso fue tan cuidadoso como le había prometido, sin importar lo que ella le hubo dicho. Ella era demasiado inocente para entender lo que pasaría si él dejaba de ser cuidadoso. Uno de esos días liberaría su pasión junto con la última inhibición de ella. Pero hoy era, era…

Dejó de pensar en ello. Se entregó al pulso rítmico y sin palabras de su cuerpo. Sentía como si se estuviera deslizando hacia la luz del sol.

Y luego Cecilia colocó una mano suave y gentil bajo la camisa de él. Le acarició la espalda con asombro, haciendo que saltaran chispas tras el paso de sus dedos.

—No puedo creer que te esté tocando —susurró, y las palabras golpearon su corazón como nunca antes. Mientras luchaba por controlarse, se movió dentro de ella con más fuerza y ella se balanceó contra él más rápido, y el mundo comenzó a arder.

De repente, la respiración de ella se desmoronó. Ned la sostuvo más cerca, queriendo tenerlo todo en ese momento: su respiración, el latido de su corazón, su alma. Ella se aferró a él con urgencia, sus uñas se le clavaron en la piel y sus músculos más íntimos se aferraron a él, quien también llegó al clímax y encontró su cielo con ella.

—Cecilia —susurró en la oscuridad abrasadora.

—Ned —suspiró ella.

Era su verdad más elemental. Lo era todo.



Después se sentaron juntos en la cama, cogidos de la mano.

—Bueno, yo nunca… —murmuró Ned mirando los delicados dedos de Cecilia enlazados con los suyos.

—Deberíamos regresar —dijo ella.

Ninguno de los dos se movió.

—¿Estás bien? —preguntó él inclinando la cabeza hacia ella.

—Sí. —Ella colocó la cabeza sobre el hombro de él—. Un poco preocupada por que mi tía me mire y sepa lo que he estado haciendo y me encierre en mi cuarto y me obligue a casarme con mi primo Frederick como medida preventiva contra mi obstinación. Aparte de eso, estoy bien, gracias.

—Eres adulta, mi amor. Siempre puedes encerrar a tu tía en su cuarto y robarle la casa.

—Ja, ja.

—O robar nuestra propia casa.

Ella suspiró.

—Ese es mi sueño. Una casita de campo, demasiados libros y…

«Tú». No lo dijo. Después de todo, de momento él le había dado su cuerpo; no podía coger su corazón también. Ni siquiera años de entrenamiento pirata la habían hecho tan cruel.

Ned suspiró.

—Me temo que tenemos que regresar.

—Sí. Pero por lo menos… Por lo menos ahora lo sé.

Él no le preguntó, asumiendo que se refería a su experiencia física y no al reconocimiento amargo del amor que ella nunca podría compartir con él. Se dio la vuelta, la cogió del mentón, la besó suave y lentamente con amor y tristeza.

A ella le pareció un adiós y su corazón lloró e hizo trizas su húmedo pañuelo. Para Ned, sin embargo, era una promesa, una forma de decir que se casaría con ella tan pronto como pudiera, excepto que antes había reinas y tías con las que lidiar. Pero eran piratas, acostumbrados a darle forma al mundo según decidieran. Eran huérfanos de madre. Ninguno de los dos pensó por un momento en detenerse y hablar de ello.

—¿Lista? —preguntó Ned sonriéndole con la mirada.

Cecilia se encogió de hombros.

—¡A la carga!



21

DESORDEN DOMÉSTICO POSTRAUMÁTICO - EL SERVICIO ESPECIAL DE SU MAJESTAD - UN APRETÓN DE MANOS REAL - LOS PANTALONES DE NED - UN CONTROL POLICIAL-EL FANTASMA DE MISS DARLINGTON - DEGENERACIÓN (METAFÓRICA Y LITERAL) - MÁS POR PARTE DEL SERVICIO ESPECIAL DE SU MAJESTAD - UNA VICTORIA SIN DERRAMAMIENTO DE SANGRE

Nada es más fácil que admitir la verdad de la inexorable lucha universal por encontrar un buen lugar para aparcar. Después de sobrevolar y maniobrar, Ned finalmente pudo depositar la casa Darlington no muy lejos de donde la reina Victoria estaba sentada haciendo un pícnic con gran ceremonia junto a Tom Eames y Constantinopla Brown. La presencia de Oply explicaba por qué la reina estaba allí, pero Ned no pudo imaginársela ni a ella ni a Tom con la habilidad para elevar un castillo y volarlo desde Windsor. Curioso, preocupado, murmuró la estrofa de anclaje, luego se apresuró escaleras abajo.

Cecilia alzó la mirada mientras barría el suelo del vestíbulo. Parecía tan implacable como un cartucho de dinamita. Ned miró la escoba con recelo mientras se acercaba, no estaba del todo

seguro de que ella se limitase a golpearlo para calmar sus nervios.

—Estoy a punto de terminar —le dijo—. Tengo que limpiar el suelo, pasar el plumero por las mesas auxiliares, limpiar la cocina y colgar la ropa de cama para que se airee. Entonces todo volverá a estar en orden.

Él se acercó. Su mirada tranquila y sin pestañear la atrajo, manteniéndola inmóvil, de modo que él pudo quitarle la escoba sin que ella se opusiera. La depositó contra una pared que en realidad no estaba para nada cerca y, mientras la escoba caía al suelo con estrépito, él la abrazó.

Durante un momento pensó que ella protestaría. Pero tan solo suspiró y se relajó contra su cuerpo. Él no le susurró nada en particular, sino que besó su cabello. Ella se acurrucó más cerca, y entonces fue él quien suspiró. Estaba al borde de suplicarle que se casara con él cuando alguien, llamando de forma repentina a la puerta, lo interrumpió. Cecilia se alejó, despojándolo de un modo extraño, y cruzó la habitación para abrir la puerta.

—¿Sí? —dijo.

Dos docenas de soldados armados estaban en el umbral.

—Buenos días —dijo el hombre al mando—. ¿No estarían interesados por casualidad en una rendición incondicional?

—Por supuesto —respondió Cecilia—. No sé quiénes son ustedes, pero acepto su rendición con mucho gusto.

—Emm… —dijo el hombre con una mueca incómoda—. Me refiero a que se rinda usted, señora. Soy el teniente Fluthian del servicio secreto de Su Majestad. Y está bajo arresto.

—Oh, por el amor de Dios, Fluffy —dijo Ned abriendo la ventana de par en par y poniéndole mala cara al teniente—. No seas tan imbécil.

—Comandante Candent. —El teniente se puso rojo como un tomate—. No me di cuenta.

—¿Comandante? —repitió Cecilia levantando una ceja.

Ned se encogió de hombros.

—Nos superas en rango a todos —dijo ella divertida.

—También soy coronel en algún que otro lugar. No significa nada. Quítate de en medio, Fluffy. Vamos a hablar con la reina.

—Oh. Yo… Bueno… ¿Puede usted…? Bueno, sí… Por supuesto, señor. —El teniente Fluthian dio un paso al lado y sus tropas replicaron el movimiento con impecable sincronicidad. Ned le ofreció el brazo a Cecilia, que lo cogió, y salieron juntos de la casa Darlington.

Habían dado dos pasos cuando Cecilia se detuvo.

—¡Un momento! —dijo y, lanzando una mirada elocuente al teniente Fluthian, volvió para cerrar con llave la puerta.

Ned sonrió ampliamente.

—El servicio especial de Su Majestad no es propenso a robar —la regañó.

—Entonces devuélveme mi anillo de amatista —le respondió ella.

Riéndose, Ned extrajo el anillo del bolsillo de su abrigo. Cecilia extendió la mano para cogerlo, pero él se la retuvo, la sostuvo firme y deslizó el anillo en el dedo medio de ella. Ese deslizarse lento y pesado hizo que su corazón se removiera. La miró a través de sus pestañas, le sonrió y vio como su hermoso rostro se ruborizaba.

—¿Alguna vez me vas a devolver el corazón? —le preguntó con suavidad.

Ella se encogió de hombros.

—Quizás a cambio de un rescate. Por el amor de Dios, ¿es esa Constantinopla Brown?

La joven pirata corría hacia ellos, su vestido una vorágine de volados, su mata de cabello recogido aleteando como si estuviera tratando de despegar.

—¡Estás aquí! —gritó con felicidad—. ¿Viste lo que hice?

—¿Está mi tía Darlington a salvo? —preguntó Cecilia de inmediato.

Constantinopla hizo un gesto con la mano.

—¡Por supuesto! Maestro Luxe, ¿no ve que he traído a la reina para socorrerlo?

Ned asintió divertido.

—Ya lo veo, *Miss* Brown. También recuerdo haberte dicho que te quedaras en Ottery St. Mary.

Ella se sonrojó, pero su sonrisa no decayó.

—Oh, fue culpa de Tom. Prácticamente me arrastró hacia Windsor.

—¿Dónde está mi tía? —preguntó Cecilia.

—En algún lugar —respondió Constantinopla, sin quitar su mirada brillante del rostro de Ned—. En el castillo o en algún lugar. Un médico la está atendiendo. ¡Mira el vestido que me dio la reina!

—¿Un médico? —casi gritó Cecilia, y Ned le apretó la mano para consolarla.

—No es más que un rasguño, —les aseguró Constantinopla despreocupadamente. ¡Deberías haber visto cómo quedó el otro tipo! ¡Maestro Luxe, la reina misma me ayudó a hacer volar su castillo! ¡Por fin tengo mis alas de piloto!

—¿En serio? —murmuró Ned. Miró sobre el hombro de ella y sonrió—. Hola.

—Grosero incorregible. —Se escuchó como respuesta.

Constantinopla giró y casi se tropieza consigo misma al hacer una reverencia.

—Su… Su Majestad —tartamudeó.

—Sí, sí —dijo la reina después de lanzar un suspiro de cansando—. Jovencita, ¿podrías ir corriendo a buscar mi sombrilla mientras intercambio unas palabras con el comandante Candent?

Constantinopla era lo suficientemente inteligente como para no mirar la sombrilla china de papel que la reina llevaba consigo. Hizo otra reverencia y se fue. La reina Victoria lanzó a Ned una mirada inexpresiva, que se torcía en los bordes y centellaba en los ojos. La sonrisa amplia de él fue en aumento. Con el rabillo de su ojo vio a Cecilia mirándolo con incredulidad.

—Nunca había visto una joven tan dispuesta a recordarme mi majestuosidad —dijo la reina Victoria—. La constante reverencia me marea bastante. —Miró luego a Cecilia—. Tú, en cambio, no estás haciendo ninguna reverencia.

—Señora —dijo Cecilia y le extendió la mano. La reina Victoria la miró como si fuera la peluca de un arzobispo.

—Su Majestad —dijo suavemente Ned, dando un paso hacia adelante—. Permítame presentarle a *Miss* Cecilia Bassingthwaite, sobrina de *Miss* Jemima Darlington, una pirata de mala reputación. Cecilia ha residido hasta hace poco en Mayfair y tiene un interés especial por la literatura. *Miss* Bassingthwaite, Su Majestad la reina Victoria, reina de Inglaterra y emperatriz de la India.

—Encantad de conocerla —dijo Cecilia.

—Veo que usted es una de esas jóvenes *educadas* que creen que son iguales a todo el mundo —comentó a la reina maliciosamente—. No puedo tolerar el tema de los derechos de las mujeres.

Es una locura similar a la noción de matrimonio. La única mujer con libre albedrío debería ser yo, y el único hombre digno del matrimonio era mi querido Alberto. —Sin embargo, extendió sin ganas la mano y rozó con sus dedos la palma de la mano de Cecilia, como si le estuviera dando una bendición.

Cecilia giró la mano, tomó firmemente la de la reina y la estrechó. Los ojos, narinas y, de hecho, todo el rostro de la reina se ensanchó. Ned se mordió el labio para evitar reír.

Victoria recuperó su mano.

—Comandante —dijo virando hacia Ned con el ceño fruncido—, ¿dónde está ese Morvath sobre el que todos me han estado importunando?

—Muerto, Su Majestad —informó Ned—. Trató de escapar en un cobertizo de jardín, pero se estrelló.

—¿Está seguro?

—Hubo una explosión bastante convincente, señora. El mundo y la industria editorial están a salvo por fin de las maquinaciones del capitán Morvath.

—Excelente. Venga y tome el té conmigo, mi lindo pícaro, y cuénteme todos los detalles. ¿Destripó a alguien con su espada? ¿Se vio forzado a seducir a alguna mujer para obtener información? —Le tendió la mano y Ned soltó la de Cecilia para cogerla. Rozó con la punta del dedo la piel desnuda de la reina y ella resopló con divertida reprobación. Inclinándose hacia Cecilia, la reina dijo:

—Su sentido de la moda es intolerable, pero declaro que hay una hermosa figura debajo de esa ropa. Qué vergüenza que los hombres ya no lleven calzones ajustados. Me pregunto, ¿usted diría que le cuelga del lado izquierdo?

—Me temo que no entiendo lo que quiere decir, señora —murmuró Cecilia, pero la mirada que le dio a Ned lo hizo ruborizar. La reina sonrió.

—Discúlpeme —dijo Cecilia—, pero debo encontrar a mi tía.

—¿Darlington? —preguntó la reina Victoria—. Mi médico la está atendiendo en la habitación de huéspedes número treinta y dos. Que un lacayo le muestre el camino.

—Muchas gracias, señora —dijo Cecilia y salió corriendo sin mirar atrás.

Ned suspiró mientras la veía irse.

—Estoy tan contenta de que esté de regreso —dijo la reina Victoria—. Yo promulgo que nunca más se irá.

—A sus órdenes, señora —respondió y le sonrió con todo su encanto pirata.

Ella se rio.

—¡Qué mentira!

—Usted es la primera que lo pone en duda, señora.

—Y eso se debe —dijo ella dirigiéndolo hacia el lugar del pícnic— a que algunos son simples piratas y yo soy reina.

Cecilia estaba casi llegando al castillo cuando Alex O'Riley la detuvo. Se cruzó en su camino, seis pies de altura y erizado de armas, le lanzó una mirada tan efectiva como un cuchillo en la garganta.

—¿Lo puedo ayudar? —le preguntó ella.

—Ha pasado mucho tiempo ausente —dijo sin rodeos.

Cecilia se irguió y lo miró tan darlingtonianamente que él palideció y dio un paso atrás.

—Estábamos experimentando dificultades técnicas —dijo, desafiándolo.

—¿Es así como lo llaman ahora?

—No lo sé, capitán O'Riley. Pero si no se aparta de mi camino, lo llamaré asesinato, lisa y llanamente.

Él se rio.

—Me cae bien, *Miss* Bassingthwaite.

—E incluso así está obstruyendo mi paso.

Él se retiró, haciendo una reverencia, y ella comenzó a irse sin siquiera dedicarle una mirada. «¡Hombres!», pensó con irritación mientras seguía su camino. La naturaleza histérica de esos seres era una dura prueba para cualquier criatura racional.

Un lacayo la alcanzó en la puerta del castillo y, después de otra mirada fría y unas pocas palabras bien escogidas, le rogó con humildad que la escoltara hasta la habitación número treinta y dos. Sin embargo, nunca lograron ir muy lejos. A medio camino de la escalera de mármol del vestíbulo central del castillo, encontraron a *Miss* Darlington descendiendo. Al principio Cecilia pensó que era un fantasma, porque su tía vestía un voluminoso camisón salpicado de sangre, con el cabello flotando alrededor de su impresionante rostro pálido, los ojos abiertos de par en par mirando a su alrededor mientras bajaba a un ritmo precipitado; es más, Pleasance iba tras ella gritando «¡No se vaya! ¡No se vaya!», en el mismo tono que había utilizado cuando el fantasma del salón de la casa Darlington había aceptado un nuevo y más estresante trabajo con la baronesa Reve.

Pero *Miss* Darlington exudaba vitalidad cuando pasó junto a Cecilia.

—No te quedes ahí de pie, niña —dijo con una voz para nada espectral (aunque a Cecilia le dieron escalofríos a lo largo de la espalda)—. Debemos irnos de inmediato.

El miedo y la tensión cedieron en el cuerpo de Cecilia mediante una larga exhalación. Tenía la inclinación salvaje y burda de abrazar a su tía, pero entonces la tensión regresó abruptamente. ¿Adivinaría *Miss* Darlington lo que había estado haciendo más allá del bosque?

Aparentemente no. Su tía descendía rápido las escaleras, sin mirar atrás. Cecilia se apresuró a seguirla. El lacayo que había estado acompañándola mantenía el ritmo con un paso nítido y profesional, acostumbrado al dramatismo de las damas mayores.

—¿Qué ha pasado, tita? —preguntó Cecilia mientras caminaban.

—Me han asaltado —declaró *Miss* Darlington. Estiró un brazo con énfasis y el lacayo atrapó a tiempo el antiguo jarrón que golpeó con su extremidad—. ¡No permaneceré en este antro de iniquidades ni un minuto más!

Cecilia miró a Pleasance de manera inquisitiva.

—Había un médico —explicó Pleasance.

—Oh, Dios.

—Después de que le curara las heridas, quiso inyectarle morfina para el dolor y ella lo llamó

pervertido.

—¡Degenerado! —especificó *Miss* Darlington. Se abalanzó hacia el suelo lustroso del gran vestíbulo, luego se detuvo abruptamente, haciendo que el resto se tropezara con confusión al detenerse. Miró hacia una armadura de caballero.

—No es una persona real, tía —le aseguró Cecilia.

—Shhh —respondió *Miss* Darlington. Con un tirón firme, arrebató la lanza que descansaba en el puño de la armadura, luego la partió en dos con la rodilla. El lacayo gimió de dolor. *Miss* Darlington arrojó la lanza rota y procedió a utilizar la otra mitad como bastón para apoyarse mientras daba grandes zancadas a lo largo de la alfombra roja que cubría la superficie del vestíbulo.

—Oh, mis pobres huesos —gimió de manera poco convincente.

El lacayo abrió la boca para protestar por el tratamiento que le había dado a las antigüedades de Su Majestad, pero Cecilia lo miró y, astuto, él permaneció en silencio. Se apresuraron para mantener el ritmo.

—¿Qué pasó con el médico? —le susurró Cecilia a Pleasance.

—Le dijo que no fuera una vieja señora tonta y que tomara morfina —susurró Pleasance.

—Entonces, ¿tenía ganas de morir?

—Aparentemente. La sangre en el camisón es de él.

—Si está muerto es su culpa —dijo *Miss* Darlington, probando que tenía el oído de los murciélagos y de las viejas tías del mundo—. Tan solo utilicé su jeringa contra él.

—En su… eh… —Pleasance bajó la mirada, moviendo las cejas con elocuencia.

—¡Oh, Dios! —murmuró Cecilia de nuevo.

—Sí, bueno —dijo *Miss* Darlington—, si amenazan con apuñalarme con un instrumento metafóricamente fálico, prepárense para que los apuñale en su verdadero…

La puerta del castillo se abrió de golpe. Todos se tambalearon hasta detenerse mientras vislumbraban una figura voluminosa con el cabello gris recortada contra la luz del sol.

—¿Usted de nuevo? —*Miss* Darlington bufó con exasperación.

—¡Jehovahsen! —Cecilia soltó un grito ahogado.

Él dio unas zancadas hacia ellos. Su rostro estaba manchado por el humo, su brazo vendado desde el hombro hasta el codo. Cecilia empujó al lacayo detrás de ella en actitud protectora. Pleasance rechinó los dientes. Y *Miss* Darlington balanceó su bastón de modo que el extremo dentado estuviera apuntando a Jacobsen.

—He tenido una mañana muy agotadora —dijo ella— y le agradecería mucho si se detuviera aquí, mi buen señor. Cualquier conducta indebida me obligará a destriparlo y de verdad solo quiero ir a casa a tomar una taza de té.

—Por favor, no luchen en el vestíbulo de entrada —suplicó el lacayo con tono lastimero—. Nunca podremos limpiar la sangre de la moqueta.

Todos miraron hacia la moqueta bajo sus pies.

—Es roja —dijo Cecilia—. Del color de la sangre, de hecho.

—Hay una mancha aquí —agregó Pleasance, moviendo su zapato para señalarla.

—Puedo matarlo sin derramar sangre —se ofreció *Miss* Darlington.

—Máteme y la colgarán —dijo Jacobsen—. Soy un capitán del servicio secreto de Su

Majestad, pero…

—¿Qué?, ¿otro más? —Cecilia sacudió la cabeza—. Parece que últimamente una dama no puede hacer sus negocios criminales en paz sin ser acosada por los agentes del servicio secreto.

Jacobsen miró con la boca abierta por un momento, luego volvió a sus cabales.

—Soy el sargento Jacobsen, empleado por el coronel Williams para espiar al comandante Candent, que estaba espiando al capitán Morvath —dijo, luego hizo una pausa mientras todos trataban de procesar sus palabras—. Cuando me enteré de que usted estaba metida en todo este asunto, *Miss* Darlington, traté de contactar con su sobrina para que me proporcionara su paradero, porque usted me debe…

—Oh, por el amor de Dios. —*Miss* Darlington balanceó su improvisado bastón y golpeó al sargento en su brazo vendado haciéndolo gritar. Luego giró el bastón, clavó su extremo dentado en el estómago del hombre y lo golpeó en la cabeza. Él se desplomó, aterrizando con un repugnante crujido en su brazo, ya de por sí muy maltrecho. Tras un gruñido, perdió la conciencia.

—Esto es lo que les pasa a los cobradores de deudas que son lo suficientemente groseros para aparecer sin haber concertado una cita —dijo *Miss* Darlington. Un reflejo de dolor atravesó su expresión solemne, pero ella irguió la espalda, peinó para atrás su rala aureola de cabello y marchó hacia la puerta abierta, con el bastón balanceándose en su mano como si fuera una porra—. Nada de sangre, por si no se han dado cuenta.

—Eh, gracias —dijo trémulamente el lacayo.

—¡Cecilia! Aprieta el paso. Estoy por desmayarme y quiero hacerlo en mi propia casa antes de que Anne Brown o esa Rotunder me vean.

Era demasiado tarde. En ese preciso instante, Gertrude Rotunder llegó agitada hacia ellas, como si pudiera aparecerse ante la sola mención de su nombre. Una criada corría detrás de ella tratando de mantener la sombrilla sobre la cabeza de la dama mientras también le llevaba un chal, un par de guantes extra, la cartera y un rifle.

—Jem, ¡por fin te encuentro! —exclamó *Mrs*. Rotunder—. ¿Es verdad que tu hijo está muerto? ¿Volado en pedazos por tu nieta?

Cecilia y Pleasance se estremecieron, pero *Miss* Darlington tan solo mostró una expresión de ligero y educado interés.

—No se me ha informado de tales sucesos —dijo—. Cecilia, querida, ¿está en lo cierto *Mrs*. Rotunder?

—No —respondió Cecilia—. Es decir, lamento decirte que está muerto, tía, pero no fui yo. Accidentalmente se estrelló contra una ladera de colina. Su fin ha sido inmediato y sin dolor.

—Ya veo.

A continuación hubo una tensa pausa, durante la cual *Mrs*. Rotunder buscó con esperanza algún signo de colapso emocional en la vieja dama, y Cecilia y Pleasance estuvieron ansiosas y atentas a lo mismo. Pero *Miss* Darlington se limitó a inhalar.

—Pleasance, querida, corre y pon la tetera. Y enciende el horno, si eres tan amable. No recuerdo en qué día estamos, pero pienso que el venado me vendrá bien para el almuerzo. Cecilia, estás pálida. Déjame que te ofrezca el brazo para que te apoyes de camino a casa.

Cecilia rápidamente dio un paso hacia adelante y extendió un brazo. *Miss* Darlington se las

ingenió para apoyarse en él sin que su espina dorsal perdiera un ápice de su imperiosa rigidez.

Sortearon a *Mrs*. Rotunder y siguieron a Pleasance hacia la casa.

—Las rehenes han sido rescatadas —dijo *Mrs*. Rotunder insistiendo detrás de ella—. Olivia está planeando una fiesta de celebración para esta noche.

—No asistiremos —respondió *Miss* Darlington—. La salud de Cecilia no soportaría tanta excitación. Por favor, transmite nuestras disculpas a Olivia.

(Una forma educada de decir: «Que se vaya a la mierda»), *Mrs*. Rotunder resopló con tanta vehemencia que las flores de satén de su sombrero se agitaron. Cecilia supuso que un nuevo asesino se presentaría a la puerta de su hogar en los próximos días. Trató de no sonreír. Pero *Miss* Darlington, captando su mirada con el rabillo, le guiñó el ojo y la joven vio cómo sus labios se retorcían muy a su pesar.

—Que tenga un buen día, *Mrs*. Rotunder —dijo *Miss* Darlington, dio un taconazo y se retiró.

Miss Darlington examinó el caos alrededor de ella con un ojo entrecerrado y desaprobador. Las damas piratas y los soldados estaban agitados con el buen ánimo (o el puro alivio) que surge después de una batalla victoriosa. Los esbirros de Morvath se amontonaban bajo la supervisión de los guardias, algo por lo que parecían estar agradecidos, dado que varias damas de la Sociedad Wisteria abogaban por desmembrarlos, y solo el profesionalismo estoico de los soldados de la reina los mantenía a salvo. *Miss* Darlington sacudió la cabeza.

—Un comportamiento vergonzoso para las damas —opinó—. Gritando así para torturar a los cautivos. En mi época habríamos dejado fuera de combate a esos soldados y habríamos hecho azotar a los cautivos sin hacer tanto ruido antes.

—Creo que todavía es tu época, tita —le aseguró Cecilia.

—Sí, pero estos huesos duelen, querida —admitió *Miss* Darlington susurrándole—. Y ese médico me cosió como si fuera un jamón para hornear. ¿Cómo puede una herida respirar aire fresco y limpio si está cosida? Si muero durante la noche, esta casa es tuya, al igual que las esmeraldas que he escondido bajo mi cama. Asegúrate de que Pleasance no lea demasiadas historias de terror.

Cecilia se tragó un impuso de sentimentalismo.

—Estarás bien, tita. La muerte no se atrevería a acercarse a ti sin tener tu permiso antes.

Miss Darlington suspiró, pero, de hecho, había estado dirigiendo la conversación hacia otro lugar.

—Entonces, realmente ¿ha muerto?

—Me temo que sí —murmuró Cecilia.

—Ah. Por lo menos, después de todos estos años, podré llorar su pérdida por completo. Aunque será difícil hacerlo sin un mechón de cabello o una fotografía suya sentado muerto en su silla, sosteniendo un libro y con una pipa entre los labios inertes. La cicatriz que me ha hecho tendrá que ser suficiente. Ya estamos en casa, gracias a Dios. ¿Por qué hay agua y sangre en mi vestíbulo? Casi puedo ver los gérmenes nadando. Cielos, moriremos todas de difteria. Ahora mismo, cierra la puerta, Cecilia… Tengamos algo de paz.



22

TRANQUILIDAD - UN TORNEO DE FÚTBOL ENTUSIASTA - LA REINA DE LAS SALES AROMÁTICAS DE BOHEMIA - UN TIPI BRILLANTE - INVASIONES - LAS SEÑORITAS FAIRWEATHER RECIBEN UN CASTIGO APROPIADO PARA SUS CRÍMENES - UNA VISITA - ALMAS GEMELAS

No es la más fuerte de las especies la que sobrevive, ni la más inteligente, sino la más equipada con criados que las asistan y sobrinas solteras que hagan lo que se les pide. En media hora *Miss* Darlington se encontraba en una forma magnífica, a pesar de sus múltiples heridas y de la edad, y sus ya mencionados huesos.

Sin embargo, debido a sus gemidos y suspiros, puede que no fuera tan evidente. Cecilia y Pleasance eran expertas en traducir su idiolecto; aunque, de todas formas, todavía se preocupaban por la dama, tanto a fuerza de costumbre como de amor. Le procuraron chales, colocaron un banquito para los pies, depositaron pañuelos en una mesa confortablemente al alcance de *Miss* Darlington. Todas las damas se lavaron con agua tibia perfumada y luego se pusieron ropa limpia. Afuera, la cacofonía de voces continuaba, pero dentro del salón lila de *Miss* Darlington reinaba la tranquilidad.

—Un poquitín de licor de cereza en el té —susurró *Miss* Darlington dolorosamente a Pleasance—. Solo para endulzarlo un poco.

Pleasance vertió un poco de licor del decantador de cristal de la condesa Brabinger en la tetera de *lady* Askew. Una explosión desde Northangerland Abbey sacudió la casa.

—Eso no es un poquitín sino una miseria —dijo *Miss* Darlington—. Añade un poco más, por favor.

Pleasance continuó vertiendo hasta que *Miss* Darlington estimó que la cantidad era un «poquitín», lo que equivalía a media taza.

—Cecilia, querida, ¿podrías leer en voz alta para llenar el silencio? —pidió *Miss* Darlington.

Una salva se escuchó a modo de celebración y los soldados comenzaron a cantar. Cecilia cogió el volumen de *Hiawatha*. Los recuerdos agitaban su corazón. Vio de nuevo una sonrisa perversa y entrañable, un mechón de cabello cayendo sobre un ojo brillante, un folleto sobre las alcas. Recordaba los dedos de él deslizándose en la parte superior de sus muslos y…

—Estás tardando demasiado para aclarar la voz —observó *Miss* Darlington.

—Discúlpame, tita. No te preocupes, estoy bien.

—¡Estás al borde de una laringitis! Pleasance, tráele a *Miss* Bassingthwaite un poco de limonada.

—Sí, señorita —dijo Pleasance, que comenzó a atravesar la habitación, pero se tropezó cuando la turbulencia de una casa que se elevaba sacudió la suya.

—¿Alguien se está yendo? —dijo *Miss* Darlington sorprendida—. A Olivia no le gustará si no tiene un número par de invitados para la mesa de su fiesta.

Cecilia se asomó para mirar por la ventana.

—No, parece que algunas personas están jugando al fútbol —dijo.

—¿Y cómo puede esa actividad —*Miss* Darlington hizo una pausa mientras la casa volvió a temblar— generar una turbulencia?

—Están jugando con las casas.

Miss Darlington frunció los labios en señal de desaprobación ante tal efervescencia juvenil.

—El fútbol no es un juego apropiado para las damas. Pero esto es un signo de los tiempos, por desgracia. Me temo que, a medida que el nuevo siglo se avecine, perderemos el decoroso hábito femenino de la amabilidad.

—Quizás —respondió Cecilia—. Oh, Dios, has tirado la botella de sales aromáticas de Bohemia de la reina por la cual disparaste en la rodilla a dos guardias y sedujiste a un tercero antes de tirarlo por la ventana. ¿Te la recojo?

—No, no te preocupes. No sirve para nada. Es demasiado pequeña para su propósito. Léeme, querida. Calma mi mente agitada.

Cecilia regresó a *La canción de Hiawatha*. Había encontrado justo el lugar bajo la luna cuando un golpe frenético se escuchó en la puerta.

Pleasance entró para informar de la presencia de un visitante de la misma forma que un médico informa a un poeta romántico que tiene tuberculosis.

—Ignóralo —murmuró *Miss* Darlington desde su rincón acogedor.

—¿Ignorarlo? —La boca de Pleasance se abrió de par en par. Para ella, una llamada a la puerta sin responder era equivalente a tener que dejar un libro tres páginas antes de terminarlo.

Le arrojó a Cecilia una mirada suplicante.

—Ignóralo —reiteró Cecilia, aunque con una sonrisa comprensiva—. «Y ante él en la tierra alta, podía ver el Wigwam brillante…».

—¿Quién? ¿Dónde? —Pleasance miraba a su alrededor ansiosa, como si, al haberla dejado olvidada en la puerta, *Miss* Wigwam hubiera accedido a la casa por otra entrada.

—Es lo que dice el poema, querida —explicó Cecilia—. Hiawatha ve la tienda del mago.

Se escuchó de nuevo un golpe en la puerta, solo que esta vez acompañado del repiqueteo de tacones en el suelo del vestíbulo y una voz cantarína.

—Hola, hola. ¿Jem? ¿Hay alguien en casa?

Miss Darlington suspiró.

—Ann Brown —murmuró.

Y *Miss* Brown entró en la habitación, con un impulso tan decidido, y ayudada por los fuelles de las faldas, que Pleasance no tuvo más opción que apartarse o ser atropellada.

—La puerta estaba abierta —dijo *Miss* Brown—. Quiero decir, estaba cerrada y con llave, pero *en esencia* estaba abierta, si sabéis lo que quiero decir. ¡Pero Jem!

Miró horrorizada a *Miss* Darlington:

—Te ves bastante hecha trizas.

—Es solo un rasguño —respondió *Miss* Darlington despectivamente.

—Son varios cortes y una herida de puñal —corrigió Cecilia—. Me temo que mi tía no puede recibir visitas en este momento.

Miss Brown le lanzó una mirada fría y penetrante.

—Por Dios, cómo has crecido desde la última vez que te vi, Cecilia.

—Eso fue hace dos horas, *Miss* Brown.

—Exacto. Es increíble lo que escapar volando sin supervisión y con un villano, derrotar al propio padre y conocer a la reina pueden hacer por la estatura de una muchacha.

Cecilia contuvo la respiración. ¡Había llegado por fin! ¡Finalmente! El momento de su promoción.

Pero luego Anne Brown se giró.

—No te preocupes, Jem. No te molestaré mucho tiempo. Solo tengo un pequeño asunto en el que busco tu consejo.

—Está bien —dijo *Miss* Darlington, frunciendo el ceño hacia Cecilia, que había suspirado fuerte—. ¿Qué asunto?

Miss Brown miró por encima de su hombro.

—Tráiganlas, muchachas.

Varias damas de la Sociedad Wisteria entraron en la sala de estar, arrastrando la mísera figura de *Miss* Muriel Fairweather. Se encorvaba dentro de su vestido roto y manchado de humo, sin hacer ningún esfuerzo por repeler las manos de las damas. El desdeño inundaba sus ojos, pero cuando Cecilia se cruzó con esa mirada pesada y oscura, se dio cuenta de que el desdén se dirigía a ella misma; *Miss* Fairweather se lamentaba mucho de haber sido atrapada.

—Hay una disputa acerca de qué deberíamos hacer con esto —explicó *Miss* Brown.

Miss Darlington se esforzó por sentarse erguida en su silla. Pleasance se apresuró con un almohadón para colocárselo detrás de la espalda; *Miss* Darlington cogió el mencionado

almohadón y lo arrojó hacia *Miss* Fairweather.

—¡Traidora!

Miss Fairweather se encogió de hombros.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa? No hay excusa que valga para traicionar a tus compañeras de la Sociedad Wisteria.

Miss Fairweather se encogió de nuevo:

—Me hizo rica.

—Ya veo. —Las cejas de *Miss* Darlington formaron un ángulo como para discutir el asunto entre ellas. Miró a *Miss* Fairweather un momento, luego su expresión se calmó.

—Tiene sentido.

—¿Cómo? —pestañeó *Miss* Fairweather con asombro.

—Yo también hubiera hecho lo mismo —dijo *Miss* Darlington—. ¿Y tú, Anne?

—Probablemente —convino *Miss* Brown.

Las damas de la Sociedad Wisteria se miraron entre sí y asintieron. Algunas dieron palmadas a *Miss* Fairweather en la espalda felicitándola.

—¿Cuán rica? —preguntó la monstruosa Millie.

—Varios miles de libras y un diamante bastante hermoso —dijo *Miss* Fairweather con una sonrisa triunfante.

—Diez por ciento para el fondo de la Sociedad —decretó *Miss* Darlington—. Eso nos comprará té y galletas para las próximas reuniones. Y que sea una lección para ti.

—¿No traicionar a tus amigas? —sugirió Olivia Etterly.

—¿No estar allí cuando todo colapse? —añadió la sabuesa Bess.

Miss Darlington sacudió la cabeza.

—Nunca confíes en un hombre que hace volar un edificio ridículamente grande. Obviamente está compensando. Ahora, todo el mundo afuera.

Las damas salieron, aunque Olivia se quedó atrás para decir que lamentaba que la casa Darlington no pudiera asistir a su modesta *soireé* esa noche.

—Como puedes ver, Cecilia no está en condiciones —dijo *Miss* Darlington, e inspiró profundamente a través de los dientes mientras las suturas debajo de su pecho tiraban de su piel.

—Pero ¿te veremos en el banquete del jubileo?

—¿Te han invitado? —preguntó Cecilia, tratando de mantener la sorpresa en su voz.

Olivia y *Miss* Darlington se rieron.

—Por supuesto que no —dijo Olivia y se fue.

La calma regresó a la casa. *Miss* Darlington se hundió en su asiento.

—Más té —pidió—, y esta vez un toque mayor de licor de cereza. Una porción. De hecho, tan solo vierte un poco de té en el licor de cereza.

Pleasance se dispuso a preparar la nueva bebida. Cecilia regresó a Hiawatha.

—«El Wigwam brillante —leyó ella— del Manito de Wampun…».

—¿Una mano pequeñita? —Pleasance dejó caer una cuchara de té.

—No, querida —Cecilia la tranquilizó—. Quiere decir, eh…

Otra llamada a la puerta la salvó de que su ignorancia literaria se viera expuesta.

Miss Darlington suspiró.

—Y alguien aún pensaría que hay más paz en el campo. Pleasance, échalos.

—Sí, señorita —dijo Pleasance y salió por la puerta de la sala de estar.

Tan solo para volver de inmediato, corriendo de espaldas para evitar ser engullida por una estampida humana. Frederick entró en la habitación con una floritura que le requirió el uso de todo el cuerpo, con Jane Fairweather corriendo a su lado.

—*Miss* Darlington —dijo él—. Cecilia. Y, eh, mujer desconocida con mirada bastante alarmante. Les traigo noticias del tierno corazón de Bassingthwaite, es decir, de su servidor, en tal propicio…

—¿Quién es este? —preguntó *Miss* Darlington.

—Es, oh, venerable tía quien…

—Frederick Bassingthwaite, señorita —anunció Pleasance con retraso.

—¿Quién? —preguntó *Miss* Darlington, cogiendo un par de binoculares de ópera para examinarlo más de cerca (aunque borrosamente, ya que los binoculares eran una adquisición reciente de la duquesa de Argyll, que era más corta de vista que nuestra dama).

—Tu sobrino Frederick —explicó Cecilia.

Miss Darlington lo miró inexpresiva.

—Te lo presentaron esta mañana.

—No me suena.

—¿El nieto de tu hermana?

—¿Aloysius, querido? —Sonrió con un afecto sincero repentino.

—No —dijo Cecilia paciente—. Aloysius murió cuando intentaba robar un cáliz de oro de la Catedral de St. Paul. Lo alcanzó un rayo, creo. Este es el hermano menor.

—Oh. —*Miss* Darlington depositó los binoculares de ópera de nuevo sobre la mesa con un tintineo agudo que generó en todos los que estaban en la habitación una mueca de dolor—. ¿Qué quieres muchacho?

Frederick tragó saliva nerviosamente.

—Me gustaría invitarla a un casamiento. —Miró a Cecilia con una sonrisa flácida.

—No —dijo Cecilia antes de que se pudiera controlar.

—¿Por qué demonios no, querida? —*Miss* Darlington preguntó—. Me gusta un buen casamiento. Los vestidos hermosos. Las flores. Las ricas carteras para robar.

—Frederick —dijo Cecilia amablemente—. Lo siento, pero no puedo casarme contigo.

—Oh —dijo él haciendo un gesto de incomodidad—. Oh, querida. Lo siento, prima, pero quise decir que me voy a casar con *Miss* Fairweather.

Cecilia se quedó boquiabierta. Parpadeó de Frederick a Jane, cuyo rostro recatado no ocultaba del todo su sonrisa de satisfacción, y luego de nuevo hacia Frederick.

—Pero, pero…

—Es verdad, nos acabamos de conocer —dijo Frederick—, pero me impactó inmediatamente en el corazón mediante sus dardos dorados de belleza en forma de estrellas. No tuve cómo defenderme contra eso. «Mucho más fuerte que la potencia de los nervios o tendones; o el vaivén de la magia poderosa sobre el sol y las estrellas, es el amor».

—¿Cómo es el refrán? —preguntó *Miss* Darlington con el rostro agrietado por el asombro.

—Está citando a Wordsworth, tía —explicó Cecilia.

Frederick escuchó el desdén en su voz y lo malinterpretó. Dio un paso hacia adelante y le cogió la mano.

—Mi queridísima perla de prima, no estés angustiada —imploró, alargando sus pesados ojos del color del aceite hasta que se hincharon. Cecilia notó que su bigote todavía tenía un poco de mantequilla y trató de no reírse—. ¡Todo esto escapa completamente de mi control! He sido alejado de ti por mi propia verdadera reina de los piratas, y si tan solo…

—Por favor, no te preocupes —murmuró Cecilia, soltándose de la mano de su primo con poco esfuerzo porque Frederick tenía un agarre suave y delicado—. Me alegro por ti y por Jane. Habéis encontrado el uno en el otro lo que os merecéis. Eh, quiero decir, la felicidad. Jane, te felicito.

Jane hizo una mueca debajo de sus pestañas.

—Gracias, las tomaré con el mismo espíritu con el que me las has ofrecido —respondió— y te deseo todas las tranquilas bendiciones para tus días de doncella, querida Cecilia. Debes venir a visitarnos a Starkthorn Castle en cuanto me haya instalado como su señora.

—Hermosa idea —se entusiasmó Frederick.

—Tendré… ¿cuántas, Frederick? ¿Treinta habitaciones a mi disposición para ofrecerte? Por supuesto, como esposa, tendré un especial placer en proporcionar consuelo y hospitalidad a todas mis huéspedes solteras.

Cecilia se sentía demasiado cansada para pensar en una respuesta cortante. *Miss* Darlington acudió al rescate.

—Frederick es un hombre afortunado por tenerte, querida Jane. Tu talento para sacar lo mejor de ti en una situación difícil se demuestra continuamente. Considerando que la hacienda de Bassingthwaite está casi en la bancarrota, se beneficiarán mucho con tu sagacidad.

—¿En bancarrota? —repitió Jane incisiva.

—¿Eso fue antes o después de que el capitán Morvath despojara el castillo de todas sus municiones, tita? —preguntó Cecilia.

Jane dio un grito ahogado. Que Frederick no muriera instantáneamente por las dagas que ella le arrojó no se debió tan solo a que fueran metafóricas, sino porque estaba ocupado en sonreír como un idiota y no se dio cuenta.

—De verdad soy un hombre afortunado —dijo—. Mi corazón ha sido premiado con la mejor fortuna, sus cofres desbordan con el encanto de Jane…

—Sin embargo, no tus cofres de verdad —murmuró Jane intempestivamente.

—Entonces, ¿fue amor a primera vista? —conjeturó *Miss* Darlington—. ¡Qué romántico! Siempre sospecho del amor ganado por la familiaridad, muestra falta de imaginación. Claro que una inspección rápida a las finanzas puede probar el valor del amor verdadero. Pero ¿quién soy yo para opinar? Tan solo una vieja doncella que desconoce las alegrías de ser dominada por un hombre, viviendo de forma independiente en mi pequeña casa propia. —Suspiró mirando alrededor hacia los tesoros amontonados en su sala de estar—. Ahora, váyanse ustedes dos. La cabeza está comenzando a dolerme.

Frederick y Jane se retiraron y Cecilia pudo escuchar a Jane siseándole a Frederick a lo largo del vestíbulo. La puerta se cerró con un golpe detrás de ellos. Cecilia añadió una gota de estricnina medicinal al té con licor de cereza de *Miss* Darlington para que la ayudara con el dolor de cabeza y, mientras devolvía la tapa a la botella del remedio, su mano tembló ligeramente.

Miss Darlington lo notó de inmediato.

—Cecilia —chasqueó—. Te estás volviendo bastante histérica. Creo que, cuando regresemos a Londres, debemos buscarte un médico. Un poco de masaje pélvico será lo mejor para regresar la calma a tus nervios.

—Gracias, tita —dijo Cecilia—. Estoy tan solo un poco cansada.

Entonces la casa se sacudió de nuevo mientras alguien gritaba «gol»; Cecilia se sumergió en la poesía.

—«El más poderoso de los Magos…».

Alguien llamó a la puerta.

Miss Darlington dio un suspiro forzado. Cecilia cerró el libro de forma audible.

—No estamos en casa —le dijo *Miss* Darlington a Pleasance.

—Sí, señorita —dijo la criada y se apresuró a transmitir el mensaje al visitante. Un momento después, regresó con el rostro pálido y temblorosa.

—Es… es… es… su…

—Shhh —dijo *Miss* Darlington.

—Shhh —respondió una nueva voz.

Las mujeres giraron la cabeza y vieron a la reina Victoria entrar.

Pleasance, que había sobrevivido a los encuentros fantasmales, a las damas piratas y a suficientes demonios internos que podrían poblar el círculo del infierno, se cubrió la cabeza con el delantal y se escondió detrás de una silla.

Cecilia vio caminar a Ned detrás de la reina. Cuando sus ojos se encontraron, ella sintió un impulso de amor y nostalgia, y fue todo lo que pudo hacer para no ponerse en pie de un salto y correr hacia él. Él le sonrió y luego desvió la mirada, y su expresión se volvió opaca.

—Queremos conocer a la dama de la que todos hablan tan afectuosamente —entonó la reina Victoria como si hubiera una multitud de parlamentarios ante ella, en lugar de dos piratas exhaustas y una silla que ocultaba una criada.

—¿Afectuosamente, eh? —*Miss* Darlington estaba impresionada—. No puedo especificar por qué preferiría ansiosa o respetuosamente, o con una mirada temerosa.

—Eso es en verdad más satisfactorio —convino la reina.

—Siéntese, por favor —la invitó *Miss* Darlington.

Cecilia se levantó para ofrecerle su silla a la reina. Victoria se sentó, los amplios volados de su vestido desbordaron la silla. Su rostro lacerante no se alteró mientras contemplaba la sala de estar elegantemente atestada hasta que, de repente, sus ojos se abrieron de par en par, brillando de excitación.

—Una pregunta, ¿es eso licor de cereza español?

Cecilia le sirvió un vaso. Mientras tanto, la reina Victoria y *Miss* Darlington compartieron una mirada fría y profesional.

—Nos ha llegado que su hijo la apuñaló —comentó la reina.

—Nos ha llegado que a su hijo le van las apuestas y desperdicia sus días manteniendo amantes —respondió *Miss* Darlington.

El vaso con licor se tambaleó mientras Cecilia se lo entregaba a la reina.

Victoria lanzó a Cecilia una mirada penetrante y luego se encogió de hombros y sonrió

agradecida, como si hubiera ganado una discusión silenciosa con ella misma.

—El comandante Candent dejó algo de valor personal en su cabina de mando —dijo—. Asumo que tiene su permiso para recuperarlo.

—Por supuesto —concordó *Miss* Darlington—. ¿Comandante Candent, eh?

Ned hizo una reverencia.

Ella lo miró intensamente durante un instante y luego suspiró, como si hubiera perdido su propia discusión interna.

—No puede ir solo —estipuló—. Después del día que he tenido, no quiero que me roben también.

—No le robaría —dijo Ned, pero todas lo ignoraron.

—Pleasance —dijo Cecilia—, por favor, acompaña arriba al caballero.

La silla que ocultaba a Pleasance tembló.

Miss Darlington y la reina intercambiaron una mirada cargada de implicaciones.

—No debes tener miedo de las escaleras, niña —dijo la reina—. Vaya si las habré subido sin ayuda durante años hasta ahora y nunca me he caído. Estoy segura de que estarás a salvo y no te tropezarás hacia una muerte desagradable.

—El cuello roto —dijo *Miss* Darlington.

—El cerebro estrellado —agregó la reina Victoria.

La silla se estremeció.

—Tampoco debes tener miedo del caballero —dijo *Miss* Darlington—. Ha probado ser un completo fracaso como asesino. Estoy segura de que no te hará ningún tipo de daño.

—La garganta cortada —dijo la reina Victoria.

—El corazón ensartado —agregó *Miss* Darlington.

La silla se balanceaba violentamente sobre sus patas.

—Iré yo —dijo Cecilia.

—Solo si insistes —murmuró su tía.

—Muy amable por tu parte —agregó la reina.

Cecilia frunció el ceño, sospechando juego sucio por parte de las damas, pero *Miss* Darlington y la reina Victoria se limitaron a sonreír al unísono y sorber el licor de cereza.



23

GRANDES BOLAS DE FUEGO – BESO ITALIANO – EXPLOSIONES (SENSUALES)– UNA VISIÓN IMPACTANTE – CECILIA NO ESTÁ MAL – PARTIDAS – ALERGIAS – UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL TEST DE BECHDEL – POR DESGRACIA, DE NUEVO LOS HOMBRES

Las peticiones falsas para encontrar un objeto perdido son muy injuriosas para el progreso de la ciencia y Cecilia estaba decidida a adoptar un enfoque científico respecto a su asociación con Ned Lightbourne. Sabía perfectamente bien que él no se había olvidado nada en la cabina de mando, y ella quería castigarlo tan pronto como estuvieran lejos del alcance del oído de *Miss* Darlington, la reina Victoria, el guardaespaldas real de pie alerta en el vestíbulo, las damas de compañía que se apoyaban cansadas contra la balaustrada y los fantasmas de abajo.

Pero en el momento en que él abrió una puerta al azar a lo largo del pasillo del piso de arriba y la hizo pasar, la ciencia corrió el mismo destino que los dinosaurios.

Cecilia sabía perfectamente debía resistirse, pero todo su buen sentido se había derretido por completo en un pozo de calor. Lo abrazó, lo cogió del abrigo, y mientras su lengua penetraba en la boca de ella, escuchó campanas.

Campanas de iglesia.

Ella dio un grito ahogado y lo alejó.

Él parpadeó aturdido.

—¿Qué sucede?

Los ojos de ella también estaban aturdidos, al igual que sus extremidades, corazón y cerebro.

—Las campanas están tañendo y no puedo casarme contigo a pesar de lo que la convención exija tras nuestro comportamiento inmoral, porque, aunque pueda sentirme inclinada a seguir ese curso ante la más íntima persuasión, también estoy obligada a servir amorosamente a mi querida tía, quien me necesita para su consuelo y…

—Cecilia. —Con un dedo le tapó los labios—. Es solo el reloj que está dando la hora.

Ella miró por encima del hombro de él hacia el reloj en la pared, su péndulo estaba dando metódicamente la hora.

—¡Oh, Dios! —blasfemó ella y empujó a Ned un poco más lejos. Él se tropezó un poco y su ceja se arqueó con desconcierto.

—¿Qué sucede?

—Esta habitación —respiró ella.

Él miró hacia el papel de pared marrón, la cama rellena de edredones, la mesita de noche y el lavamanos.

—Es una habitación —dijo él.

—Es la habitación de la tía Darlington —explicó Cecilia—. Me besaste en la habitación de la tía Darlington. —Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Ned sonrió con malicia.

—Y lo voy a hacer de nuevo.

—No —dijo ella y trató de retroceder, pero la puerta detrás a su espalda resultó implacable en sus propiedades materiales. «Maldita ciencia», pensó. Por lo menos las Brontë habrían dejado la puerta abierta o una mujer enloquecida habría quemado la casa.

—¿No? —preguntó él acercándosele.

—De ninguna manera —declaró ella. La mirada fogosa de él no era buen augurio para una conversación tranquila y razonable.

—De acuerdo —concedió él alejándose mientras ella lo agarraba de la solapa del abrigo, lo acercaba de nuevo hacia ella y lo besaba hasta que él se tropezó hacia adelante, presionando sus manos contra la puerta. Luego, escabullándose bajo sus brazos, ella se liberó y lo dejó mirando con frustración el adhesivo de un querubín que *Miss* Darlington había pegado en la puerta. Por suerte, había recuperado su calma interna y podrían tener una conversación medida.

La propia calma interna de ella había desaparecido en algún lugar donde no podía encontrarla, pero eso no tenía importancia: ella era una mujer y, por ende, tenía fuerza de voluntad.

Aunque quizás no mucha fuerza. En ese momento parecía que lo único que la mantenía en pie era la ya mencionada fuerza de voluntad. Por Dios, y ¿la tía Darlington había besado a *dos* hombres?

(Cecilia estaba poco dispuesta a pensar que la tía Darlington hubiera hecho algo más que *besar* a hombres, aunque la evidencia indicaba lo contrario. Eso ya era lo suficientemente perturbador. Era similar a recordar de dónde provenía la leche. Cecilia miró hacia la cama y su calma interna abordó un vapor y navegó hacia las Indias Occidentales).

—Cecilia —comenzó a decir Ned, la mano en el cabello, la voz pesada.

—No. —Ella sacudió la cabeza, tratando de convencerse—. No. Si me casara contigo, la tía Darlington viviría en con el constante miedo de que yo enloqueciera o contrajera alguna otra enfermedad marital.

—Podría venir a vivir con nosotros. O yo podría vivir aquí.

Cecilia sonrió con ironía y tristeza.

—Te comería vivo. Además, *cualquier día de estos* la Sociedad Wisteria me hará miembro sénior. Me ofrecerán una bandera negra y me darán permiso para volar mi propia casa…

—¿Darte permiso? —repitió Ned secamente—. Mmm, ¿no eres una pirata? ¿Una transgresora de la ley sin escrúpulos?

—Sí. ¿Y?

Él se rio.

—¿De verdad no ves la ironía?

—Todo lo que veo es que finalmente seré aceptada por completo por mi familia, eh, mi Sociedad. Pero, si me uno a un hombre atractivo y misterioso, nunca más confiarán en mí. No eres tú. No soy ni siquiera yo. Se trata de mi madre huyendo con mi padre y traicionando a la Sociedad, y luego de él matándola y el hecho de que nunca nadie se recuperó de eso… Es mi herencia.

—No estoy planeando matarte, Cecilia.

—Lo sé. Pero lo siento; no puedo arriesgarme a hacer algo como ella, no ahora, después de esperar y trabajar tanto tiempo por esto. —Y, sin embargo, ¡oh!, ¡cómo deseaba en secreto…!

Un té. Eso es lo que ella deseaba. Té. Y una rica galleta.

Y quizás un baño frío.

Cecilia suspiró. Ned suspiró. Inclinó el cuello hacia la puerta. El aliento de él era pesado y sus eran ojos oscuros detrás del mechón de cabello. Brillantes y oscuros. Calientes y oscuros.

¡Oh, Dios!

Cecilia tragó saliva con sequedad y se estiró la falda.

—La única conclusión a la que podemos llegar —dijo con una voz fría— es que debemos pretender que nada de esto sucedió.

—¿Falsificar las pruebas? —dijo él, con una sonrisa medio salvaje e irónica—. ¿Reescribir la historia?

Excelente. Él entendía los dos posibles lados de su herencia. Eso iba a hacerlo más fácil.

—Sí.

Él se rio, y ella se dio cuenta de que no había entendido nada.

O quizás simplemente no le importaba. Estaba claro por su expresión que la única razón por la cual no la estaba besando de nuevo era porque temía lo que ella pudiera hacerle si lo intentaba. Y, sin embargo… la violencia no era la cuestión; se dio cuenta de ello con una extraña sensación de ahogo. Le pareció que lo que más temía era que ella lo ablandara, lo desarmara, lo hiriera de formas más profundas que con un cuchillo. Ella recordó su apariencia dos horas antes, la vulnerabilidad en sus ojos mientras yacía con ella. Pero ahora sonreía ampliamente, con un gesto arrogante, y se peinaba el cabello despreocupado. Ella miró sin respirar como el cabello volvía a caer mechó tras mechón.

—Cecilia, eres una pirata —le dijo—. La descripción completa de tu oficio implica un comportamiento atrevido.

—Para un hombre quizás —respondió ella—. Pero nosotras las damas debemos adherirnos a los códigos sociales.

—¿Incluso cuando robáis y estafáis?

—Especialmente al robar y estafar.

—Ya veo. —Ladeó la cabeza y la miró en silencio—. Eres todo un enigma.

—Y tú estás poniendo en peligro mi reputación.

—Sospecho que ya se extinguió, señora.

—Bueno, yo…

—… nunca… Por supuesto.

Se miraron fijamente. Para continuar el símil paleoarqueológico, era como la erupción de la Caldera de Yellowstone, solo que con ropa bordada. Al rato, Ned suspiró.

—No puedo alejarme de ti sin más, Cecilia.

—Y yo no puedo caminar contigo al lado. Además, eres un agente de la Corona. Yo soy una pirata. Tarde o temprano deberías arrestarme.

—En realidad no soy un agente de la Corona, lo sabes —confesó él—. Solo me gané la confianza de la reina Victoria. (Y ciertos otros pequeños objetos de valor que no viene al caso mencionar ahora). He sido un pirata desde el día en que mi madre murió y la tuya me rescató.

—Un pirata sin casa —se burló ella.

—Una casa es fácil de robar. Tu corazón, parece que es más difícil.

Cecilia frunció el ceño. ¿No había sido lo suficientemente clara?

—No tienes que robar mi corazón. —Su voz se quebró y tuvo que tragar saliva con fuerza antes de poder continuar hablando. Incluso entonces, solo salió un susurro—. Te lo daría voluntariamente si pudiera.

—Oh. —Él cerró los ojos, se puso una mano sobre el pecho, saboreando esas palabras—. «Eso por lo menos recordaré, me ha enseñado que lo que más quiero había merecido ser lo más querido de todo».

—Byron —dijo ella un poco sorprendida—. Vaya, ese es un poema para piratas. Y recitado de la manera correcta, también. Me temo que te empiezo a conocer justo en el momento en el que debo decirte adiós.

Él abrió un ojo para mirarla, con una media sonrisa.

—¿Y ningún argumento te persuadirá de lo contrario?

El corazón de ella se agitó con fuerza con una respuesta desesperada, pero ella lo reprimió como seguramente la tía Darlington lo hubiera hecho.

—No, señor.

—Entonces, ¿puedo por lo menos besarte *alla prossima*?

—¿Quieres besarme fuera?

Él se rio.

—No, es una forma italiana de decir «adiós».

—Entonces, eres *signor* de Luca.

—No —dijo con suavidad—. Tan solo Ned. Solo yo.

Ella encogió un hombro, contra el que presionó su rostro.

—Muy bien. Un beso de despedida.

Ned sonrió. No era una sonrisa malvada de pirata, ni una inclinación seductora de los labios.

Era delicada, triste y se derritió a través de Cecilia hasta que ella casi dijo no, «No, no me beses, no me digas adiós, quédate para siempre a mi lado». Pero un silencio pesado y educado llenó su garganta y solo pudo mirar mientras él se acercaba hacia ella de nuevo y tomaba su mano.

Le dio la vuelta, inclinó la cabeza y, muy suavemente, le besó la muñeca.

Dinosaurios, montañas, mundos, todo desapareció mientras el sol explotaba en la oscuridad.

Cecilia sentía que estaba pálida cuando regresaron abajo. Estaba casi llegando al vestíbulo cuando percibió el sonido de espadas chocando en la sala de estar. El personal de la reina estaba apelotonado alrededor de la entrada, estirando los cuellos ansiosamente para ver lo que sucedía dentro. Cecilia y Ned se abrieron paso.

Y luego se detuvieron, mirando con asombro.

Miss Darlington estaba de pie, envuelta en un chal de seda, con una mano presionando sus costillas heridas mientras la otra agarraba una espada apuntando a la reina Victoria.

—¡Cielo santo! —murmuró Cecilia.

Y la reina estaba de pie con las caderas giradas, una mano en el aire como una cantante de ópera y la otra sosteniendo una espada que apuntaba hacia *Miss* Darlington.

—¡Cielo santo! —suspiró Ned.

—Necesita mover el pie izquierdo hacia adelante un poco más —dijo *Miss* Darlington— y bajar la mano derecha.

—¿Así? —preguntó la reina moviéndose sin sentido alguno.

—Exactamente —respondió *Miss* Darlington.

—Disculpen, señoras —interrumpió Ned severo—. No creo que esto sea enteramente apropiado. Su Majestad, ella es una pirata.

—Tonterías —se burló la reina—. Un gato puede mirar a una reina.

—Y una reina puede mirar a una pirata experta —agregó *Miss* Darlington.

—Sí, pero no deberían esgrimir las espadas una contra la otra. Alguna puede salir lastimada.

—Oh, no seas tan quisquilloso —respondió Victoria. Puso los ojos en blanco y sacudió su cabeza hacia *Miss* Darlington—. Los hombres hoy en día. Albert era igual. «No vayas en un carruaje abierto por temor a los asesinos». «No hagas fiestas». «No me golpees con los muebles». Necesitan soltarse un poco.

—Es verdad —convino *Miss* Darlington—. Y sin embargo…

La reina Victoria suspiró con nostalgia.

—Y, sin embargo… Ah, comandante Candent.

Bajó la espada y, al hacerlo, cercenó el borde de una mesa auxiliar.

—¿Encontró lo que había perdido?

—Sí, señora —dijo él—. Pero no me pertenecía después de todo.

La reina lo miró confundida.

—Pero, entonces, seguramente puede reclamarlo.

—No tengo ese tipo de autoridad, señora.

—Entonces, lo roba —dijo *Miss* Darlington.

—Usted me dijo que no le robara, señora.

Miss Darlington resopló. La reina Victoria sacudió la cabeza.

—Querida *Miss* Darlington, traiga a su sobrina a mi banquete de jubileo —dijo la reina.

—Querida reina Victoria, ¿estará bien protegida? —preguntó *Miss* Darlington—. Cecilia tiene una constitución débil y me preocupa su corazón.

—La entiendo. Mi bebé, Beatrice, también tenía una salud frágil. La protegí mientras pude, hasta que ese renegado de Liko me la arrebató. Ahora solo la veo tres cuartas partes del día. *Miss* Darlington, ¡solo tres!

—Trágico —convino *Miss* Darlington.

—De todas formas, nosotras las damas de más edad no podemos evitar que las jóvenes se diviertan. Por lo menos, no para siempre, a pesar de nuestros recursos y voluntad. Por lo tanto, no tema por el corazón de Cecilia. El comandante Candent estará a cargo de la seguridad en el banquete.

—Ah. Excelente. Puedo ver que es usted una mujer de mi misma cuerda.

—No, usted una mujer de *mi* misma cuerda.

Cecilia miró los ojos de su tía estrecharse y dio un paso al frente antes de que una discusión estallara.

—¿Por qué no te sientas, tita? —dijo quitándole la espada y haciendo que *Miss* Darlington ocupara su asiento con cuidado.

Ned también había intervenido en la refriega.

—Sugiero que nos vayamos ahora, Su Majestad —dijo, cogiendo la espada de su mano y colocándola a un lado—. La zona no es segura y me gustaría verla de nuevo a salvo en Windsor.

La reina puso mala cara.

—Eso quiere decir que volveré a tener a esa muchacha haciéndome reverencias. Es capaz de volar un edificio, pero si me vuelve a llamar «Su Majestad» de nuevo, estaré tentada de arrojarla al calabozo.

—No se preocupe —dijo Ned mientras acompañaba a la reina suavemente fuera de la habitación—. Yo volaré el castillo de regreso al lugar que le corresponde.

—¿Puedes volar un castillo entero tú solo?

—Claro.

La reina miró por encima de su hombro a *Miss* Darlington. Un diálogo entre sus cejas tuvo lugar a continuación. A Cecilia le gustó incluso menos que la lucha de espadas y se interpuso entre ambas con la excusa de servirle a su tía otra taza de té. Cuando volvió a mirar hacia arriba desde la tetera, la reina, su personal y Ned Lightbourne se habían retirado. Como si nada.

Y su corazón parecía haberse ido con todos ellos. El aburrimiento se instaló en su lugar con pesadez, pegajoso, pero ya había sentido este tipo de pérdida antes y sabía que pronto volvería la tranquilidad. Un bálsamo de tranquilidad sinfín del color del invierno. Entonces hizo que sus labios todavía entumecidos sonrieran y le pasó el té a *Miss* Darlington.

—Pareces triste —dijo su tía.

—Me temo que pueda estar enfermando —respondió ella.

—Tonterías.

Cecilia parpadeó.

—¿Perdón?

—Estás sana como una manzana, mi niña. No vamos a presenciar ninguna enfermedad fingida en esta casa. Ahora, llévate a Pleasance arriba, por favor. Quiero que estemos en el aire

antes que ese castillo. Una Darlington no sigue a nadie.

El sol de la primera hora de la tarde adornaba el mundo. El cielo era todo posibilidad, o todo vacío, dependiendo de la perspectiva. Mientras Pleasance murmuraba el encantamiento de vuelo, Cecilia navegó la casa Darlington hasta la serenidad de su legítimo hogar. Tenía los ojos húmedos por la luz «o posibles alergias», dijo cuando Pleasance la miró con recelo.

—En esta época el campo está lleno de polen, al fin y al cabo.

Polen dorado sobre sonrientes ojos celestes, eh… cielos celestes.

Una vez en el aire, las dos mujeres estaban de pie ante la ventana de la sala de mando, mirando el campo de Devonshire, donde Northangerland Abbey había encontrado su perdición. Una bandera pirata ondeaba confiadamente desde las ruinas de la abadía. Los soldados de Su Majestad se estaban reagrupando con precisión militar, aunque inclinaban sus sombreros y hacían reverencias a las piratas mientras regresaban al castillo. Varias casas continuaban jugando al fútbol, mientras los niños bailaban con espadas de entrenamiento y timones de juguete. Podía verse a Constantinopla Brown corriendo tras ellos feliz, las faldas subidas hasta las rodillas, y Tom Eames corriendo a su vez tras ella.

—Indecoroso —dijo Cecilia.

—Vandalismo —concordó Pleasance.

Suspiraron con melancolía.

Cecilia se apoyó en el timón mientras miraba al largo y pálido cielo.

—¿Adónde irías, Pleasance, si pudieras ir a cualquier lugar? ¿Qué harías?

—Pues, servirla a usted y a *Miss* Darlington, señorita. —Pleasance respondió rápido.

—Claro. ¿Y ahora tu respuesta sincera?

Pleasance miró hacia el horizonte.

—Me gustaría visitar castillos abandonados. Secuestrar unos pocos autores. Asistir a una serie de conferencias de un científico loco. Ya sabe, formarme.

La calidez invadió el corazón de Cecilia ante esa visión.

—¿Qué harías con tu formación?

—Mejorar cualquier parte del mundo que pudiera.

—Sí —dijo Cecilia como si estuviera soñando.

—Quizás escribir algunos libros yo misma, experimentar un poco con la luz. Pero no para crear monstruos, usted me entiende. Respetaría a las personas. Y quizás me ganaría algo de respeto para mí.

—Respeto. Sí. Y los mismos derechos.

—Y tener voz en el Gobierno.

—Y la tiara de esmeraldas de *lady* Coffingham.

—Oh, eso suena bonito, señorita.

—Sí, y a ella no le queda bien para nada.

—Entonces usted le estaría haciendo un favor.

Cecilia sonrió. Luego frunció el ceño.

—Hay sangre en tu manga, querida.

Pleasance la miró.

—El vendaje debe haberse empapado. Lo reemplazaré pronto.

—¿Vendaje? Pleasance, ¿te han herido?

Pleasance se encogió de hombros y luego hizo un gesto.

—Solo un rasguño, señorita. Todavía puedo servir bien.

—No me preocupa que me sirvas bien. Ve abajo, por favor, y cuida de tu herida. Estoy bien aquí sola.

Pleasance miró a Cecilia tan profundamente como, por lo menos, una herida de puñal, pero Cecilia estaba mirando el horizonte de nuevo.

—Pensé que era un tipo muy atractivo —observó Pleasance.

—Pasable, supongo —dijo Cecilia.

—Volverá por usted.

—Yo soy la que lo dejó. No que yo… no en el sentido de que hubiera uno que dejara al otro, por supuesto. Solo fue despedirse de un conocido. Un socio temporal. Un…

—¿Amigo?

Cecilia pestañeó.

—Malditas alergias —murmuró, restregándose primero un ojo y después el otro.

Pleasance le dio un pañuelo, luego se fue abajo para coser su propio brazo. Cecilia voló sola hacia la magia blanca del horizonte oriental, con el castillo de Windsor siguiéndolas a cierta distancia.



24

TOMANDO EL CAMINO BAJO – EL PALACIO DE BÜCKINGHAM – EL PRÍNCIPE ALBERTO SE COME CON LOS OJOS A CECILIA – ROBO ACCIDENTAL – LA BARBA DEL REY DE BÉLGICA – EL DOCTOR LUMES – EL VALS ROMÁNTICO OBLIGATORIO – UNA PROPUESTA DE ROBO

Un hombre que se atreve a perder una hora de su tiempo no ha descubierto todavía el valor de una entrada triunfal. *Miss* Darlington y Cecilia se dirigían al Palacio de Buckingham con lo que parecía ser un paso relajado, como correspondía a su superioridad social; de hecho, estaba cronometrado al minuto, por lo que obtuvieron exactamente el grado correcto de impuntualidad.

A través de las ventanas de su carruaje (es decir, el de lord Bacomb) pudieron ver la ciudad en una estela onírica de oscuridad combinada con la luz dorada de las farolas. Cecilia había mirado un rato hacia afuera, pero se mareó por el movimiento y se sentó de nuevo. *Miss* Darlington nunca varió su postura erguida. El carruaje se balanceaba y ellas se aferraban a los asientos con almohadones, poco acostumbradas a un medio de transporte tan torpe y primitivo.

—Muy pocas veces me he rebajado de esta manera —dijo Miss Darlington—. Espero que nos alimenten bien después de este sacrificio.

Cecilia miraba a su tía; resplandeciente en seda azul (y una capa negra, unas orejeras marrones

y una bufanda gris) con zafiros en su garganta y orejas, tenía el magnífico aspecto de una reina, y conjeturó que sería más feliz en casa junto al fuego, vestida en su camisón de franela y tomando té. Las heridas todavía le dolían, aunque no se quejaba. Y sus pensamientos estaban un poco mejor, a juzgar por la serenidad de su rostro. La serenidad de *Miss* Darlington era su escudo de acero, forjado a lo largo de una vida canallesca: ni siquiera el menor arrepentimiento penetraba en ese mundo. Y, sin embargo, había líneas en su frente que no estaban visibles una semana atrás, y una sombra de cansancio en sus ojos. Cecilia sabía que su tía era mayor, pero por primera vez comenzó a percibirla como una anciana. Era doloroso llegar a dicha comprensión.

—Estoy segura de que el menú de la reina será adecuado —dijo—. Aunque dudo que supere la tarta de pollo de Pleasance.

Miss Darlington chasqueó ante esa broma poco entusiasta, pero, de hecho, Cecilia lo decía en serio. A pesar de las perlas, ella también hubiera preferido ir vestida de franela junto a un fuego acogedor mientras leía en paz su lectura más reciente (*El origen de las especies*). La idea de socializar con reyes y reinas no le producía ninguna emoción. *Miss* Darlington había prohibido el robo durante la velada, y Cecilia no podía pensar en nada interesante sobre la realeza que no fueran sus joyas. Al fin y al cabo, hacían poco más que estar sentados en casas que no volaban, irritar a sus ministros y casarse unos con otros.

Además, el comandante Candent estaría en el banquete y, presumiblemente, en el salón de baile después. Cecilia no quería ver al comandante Candent. No quería pensar en el comandante Candent.

O en Ned Lightbourne. O en Teddy Luxe con sus calzas ajustadas y sus zapatos de bailar rosas, deslizándola por el salón mientras bailaban un tango.

—¿Estás bien, querida? —preguntó *Miss* Darlington—. Te has estremecido de forma considerable.

—Estoy bien, gracias, tita —respondió Cecilia.

—Me temo que ha sido un error venir esta noche. Morirás de dengue antes de que termine la velada.

—No, a menos que algo me muerda —dijo Cecilia, y luego tuvo que abanicarse con su mano enguantada con bastante urgencia.

—Mmm. —*Miss* Darlington hurgó en su cartera, luego le entregó una pastilla a Cecilia—. Toma esto, querida. Te dará algo de protección.

Cecilia miró la pastilla con recelo.

—¿Qué es?

—Tan solo una dosis de cocaína. Siempre la tengo a mano en caso de dolor de muela, neuralgia o sífilis.

—Gracias. —Cecilia fingió tomar la pastilla. Luego la deslizó discretamente dentro de la cartera, junto con un pañuelo, la polvera y un revólver con mango de perla. Era improbable que algún remedio curara su aflicción. Si un sobre con perfume floral hubiera llegado en cualquier momento con una invitación para tomar el té con las miembros sénior de la Sociedad Wisteria, quizás ahora se encontraría mejor. Pero al haber sacrificado el amor por el bien de su carrera, todavía esperaba su ascenso.

¡Quizás sucedería esa noche!

O quizás nunca.

—Has estado de mal humor esta semana —observó *Miss* Darlington—. Y nunca llegué a conseguirte un médico. Quizás lo que necesitas es un buen intento de asesinato para revitalizar tu sangre.

Cecilia imaginó al *signor* de Luca introduciéndose en su habitación, con la espada desenvainada, y trató de no gemir.

—*Lady* Armitage no me ha molestado tampoco —reflexionó *Miss* Darlington—. Ni siquiera una manzana envenenada ni un misil. Espero que esté bien.

—Quizás su casa al final se destruyó —sugirió Cecilia.

—Mmm —dijo de nuevo *Miss* Darlington y miró por la ventana como si deseara que una casa de ciudad con puertas rojas cayera de repente en picado frente a ellas con las armas resplandeciendo en su intento de asesinarlas.



El Palacio de Buckingham resplandecía como la caja de joyas que Cecilia le había robado a *lady* Diana Hollister cuando tenía once años (y se la había vendido de nuevo para beneficencia cuando tenía quince). Ayudaron a las damas a descender del carruaje y las escoltaron hacia la magnífica sala Bow Room, donde la realeza, la aristocracia y varios piratas de incógnito socializaban en una exhibición de riqueza tan ostentosa que Cecilia tuvo que entrelazar sus dedos para mantenerlos a raya.

La gente se daba la vuelta para mirarlas a medida que entraban, y *Miss* Darlington caminó con grandes zancadas a través de la multitud, que se hacía a un lado como si ella fuera la reina misma. Había dejado su bastón en casa y, aunque Cecilia sospechaba que su marcha estable se debía solo a su fuerza de voluntad y a la ayuda de varias píldoras de cocaína, no dio ninguna muestra de fragilidad.

Detrás de ella, Cecilia la seguía sin mirar para nada a su alrededor en busca de Ned Lightbourne (tampoco es que lo viera). Los murmullos se extendían entre los asistentes —«canallas», «mujeres peligrosas», «esos aros de zafiro se parecen a los que perdí»—. Los caballeros hacían reverencias. Pero ninguno de ellos tenía el cabello rubio cayendo prácticamente sobre un ojo, ni tampoco un aro de plata en la oreja, ni el efecto desconcertante en su pulso que podría haber hecho que Cecilia se tropezara.

Pasó junto a Olivia Etterly en conversación con el rey de Dinamarca.

—Oh, sí, es una oportunidad excelente, Su Majestad, compré tierras allí tan solo el mes pasado, con unas vistas tan hermosas de la jungla, me gustaría presentarle a mi agente, quien justamente se encuentra aquí esta noche.

—¿Cómo se llaman?

—*Miss* Fairweather, Su Majestad. Una viuda de integridad y excelente reputación.

Mirando hacia otro lado con una sonrisa, Cecilia divisó a la sabuesa Bess riéndose efusivamente con el príncipe Wilhelm de Alemania mientras se apropiaba de una medalla de oro

que colgaba de su pecho.

Ella y *Miss* Darlington se presentaron ante la reina Victoria y Cecilia se sorprendió al ver a *Miss* Darlington hacer una reverencia a la reina. Siguió su ejemplo y, cuando se irguió, vio que la reina la miraba fijamente.

—Ah, sí, el enigma —dijo Victoria. Cecilia sonrió con educación, pero sus sentidos empezaron a escudriñar su interior, hurgando en viejas cajas, arrojando recuerdos aquí y allá, tratando de recordar dónde había escuchado esas palabras—. Nos complace verlas esta noche aquí —continuó la reina—. Una debe hacer lo que puede por la generación más joven, ¿no te parece, querido Alberto?

Dirigió esta pregunta a un busto de mármol del príncipe Alberto que estaba en una mesita con un paño negro al lado de su asiento.

El busto no tenía nada que decir, pero miró a Cecilia con tanta intensidad que ella deseó llevar un abrigo sobre su vestido de gala.

—Gracias, Su Majestad —dijo Cecilia.

—No que realmente *queramos* hacer algo —agregó la reina—, pero los suspiros de lamento ya han ido demasiado lejos.

—Entiendo a qué se refiere —dijo *Miss* Darlington mordaz.

Cecilia, que no tenía idea de a qué se referían, vio que las dos damas se sonreían la una a la otra y comenzó a preocuparse. Quizás debería haber tomado esa pastilla de cocaína después de todo: sospechaba que tendría dolor de cabeza antes de que terminara la noche.

Cenaron en una sala opulenta rodeada de paredes altas y recargadas, y el brillo de tantas velas que Cecilia casi no podía ver la comida en su plato dorado. Estaba sentada entre el rey de Bélgica y la princesa Louise, y si el brazalete de la princesa se cayó subrepticiamente en un bolsillo de la falda de Cecilia, eso podría ser descrito como una colisión accidental entre dedos y cadena de oro; y si el rey más tarde no pudo encontrar su sello, bueno, cualquier cosa podría haberle sucedido, debe de haber una docena de razones inocentes por las cuales terminó en la cartera de Cecilia.

Además, «nada de robos» era obviamente más una directriz que una norma, dado que debía haber circunstancias en las que el robo era esencial, por ejemplo, si la vida del rey Leopoldo hubiera estado en peligro debido al sello (debido a una alergia espontánea al oro), y todo el mundo sabía que en ese contexto era moralmente aceptable ignorar dichas directrices.

La comida fue tan tediosa como Cecilia suponía. Se pasó el primer plato escuchando al rey jactarse de todos los edificios que había mandado erigir (aunque no literalmente, los belgas son demasiado prudentes para ejercer la piratería), y él confundió el brillo en los ojos de Cecilia por un interés profundo. Por desgracia, ella de alguna forma se las ingenió para dar la vuelta a una vela y la barba del rey se prendió fuego, lo que por lo menos quebró el tedio durante unos minutos; a continuación, se giró hacia su izquierda y durante el resto de la cena habló del tiempo con la princesa Louise.

Después pasaron a otro gran salón, donde una orquesta tocaba y la gente bailaba en un remolino chispeante y aturdidor de color. Olivia Etterly la detuvo mientras se dirigía allí para preguntarle con un susurro si había visto a *lady* Armitage esa noche.

—No —susurró Cecilia a modo de respuesta—. ¿Está aquí?

—Ese es el problema —dijo Olivia—. Nadie lo sabe. Nadie la ha visto u oído nada sobre ella en toda la semana. Ningún intento de asesinato, ningún periódico advirtiendo a la opinión

pública, ni siquiera niños corriendo aterrorizados por la calle mientras ella los persigue con su casa. Es como si hubiera desaparecido.

Cecilia pensó en la última vez que había visto a *lady* Armitage: de pie en el bosque, riendo al darse cuenta de que Cecilia estaba tratando de hacer que Morvath la capturara.

Al escuchar esa risa, Cecilia se había sentido orgullosa por un momento. *Lady* Armitage la había considerado peligrosa y la había admirado por ello, poniendo los pies en polvorosa debido al plan de Cecilia. No como las otras damas de la Sociedad Wisteria, que habían hecho todo lo posible a lo largo de los años para reprimirla, manteniéndola en el sillón de las jóvenes y asegurándose de que saliera como Patrick Morvath o, peor en cierto modo, como Cilla.

Como la seguían reprimiendo todavía.

Un repentino y extraño amor por la vieja astuta *lady* Armitage atravesó el corazón de Cecilia. Devolvió a Olivia una sonrisa lacerante. La mujer mayor dio un paso hacia atrás y allí estaba: la precaución oscureciendo sus ojos, viendo a los fantasmas de Cecilia más que a la mujer en la que se había convertido.

De forma inusual, no le dolió. Tan solo percibió la agudeza en su sonrisa y en su mirada.

—No importa —dijo—. Conociendo a *lady* Armitage, probablemente estará por ahí casándose. No me preocuparía, por lo menos no por ella, si fuera tú.

Olivia tragó saliva secamente.

—Tienes razón —murmuró, luego bajó la cabeza y se apresuró a retirarse para huir de la sonrisa de Cecilia.

Cecilia encontró un lugar tranquilo en un extremo de la sala donde podía estudiar a la multitud. Quizás era su propia ferocidad repentina, o quizás la mención de *lady* Armitage, pero tuvo una sensación de peligro que hizo que sus nervios se endurecieran y sus sentidos se pusiera alerta.

Pero más allá de un helecho con hojas afiladas que la preocupó por un momento, balanceándose cuando alguien lo rozó y recordándole la caída del cabello de su tita Army, nada sugería que hubiera necesidad alguna de alarmarse. De hecho, el peligro parecía una quimera entre tanta amabilidad. Las princesas brillaban, los príncipes reían. Alex O'Riley, en un traje elegante de noche, pero sin afeitar, estaba compartiendo una intensa conversación con el príncipe Wilhelm y el rey de Bélgica. Alzó la mirada y le guiñó un ojo antes de que el príncipe alemán se aferrara a su manga, reclamándole su atención. Incluso *Miss* Darlington estaba bailando en un vals con el príncipe Edward como si no hubiera sido apuñalada una semana atrás por su hijo perdido; el príncipe estaba luchando para mantener el ritmo. Cecilia suspiró.

—¿A qué viene tanta tristeza? —Escuchó que alguien le decía al oído.

Cecilia casi (y no científicamente) entró en combustión espontánea. Miró de reojo la picara sonrisa de Ned Lightbourne antes de mirar rápidamente hacia delante de nuevo. Cualquier pensamiento acera de *lady* Armitage se perdió de inmediato frente a este nuevo peligro inminente. Ned no estaba vestido como un oficial de las fuerzas de Su Majestad; llevaba, en cambio, una impecable camisa de lino blanco bajo un frac negro, esos pantalones negros tan ajustados eran peligrosos para su flujo sanguíneo, tenía el cabello peinado de forma sofisticada hacia atrás. Parecía como si estuviera planeando robar el castillo y a todas las damas que había en él. Cecilia buscó consuelo por instinto tanteando el cuchillo escondido entre sus faldas.

—Parece que estás justo donde deseabas estar —comentó él—. De pie sola en un segundo plano, cuidando de tu tía para que no se sienta sola o triste.

Observaron a *Miss* Darlington girando como un remolino, haciéndole ojitos al príncipe inglés.

—Vete, Ned —murmuró Cecilia.

—¿Ned? ¿Quién ese Ned del que hablas? ¿Señora, me permite el honor de presentarme? Dr. Edward Lumes a su servicio. Justo de regreso en la ciudad después de pasar una temporada en el campo y dispuesto a… eh, a su servicio.

—Dr. Lumes —repitió ella mordaz—. Supongo que me sugerirá hacerme un chequeo físico completo.

—No, no soy ese tipo de doctor —respondió con una voz lánguida y se inclinó incluso más cerca de ella para susurrar—. Soy un doctor en literatura, señora.

Ella casi se desmaya en sus brazos.

—¿Me echaste de menos? —le preguntó él.

—¡Oh, cielo santo, sí! —respondió ella sin poder contenerse y luego se sonrojó virulentamente mientras él le dedicaba una enorme sonrisa. Abrió su abanico con tal vehemencia que los cuchillos que escondía cayeron al suelo y rechinaron. Comenzó a abanicarse con el vigor de una persona cuyas aletas de la nariz (en su caso, las hormonas) están en llamas, pero no tuvo ningún efecto discernible excepto arrojar una leve brisa sobre el cabello de Ned. Un mechón cayó sobre la frente de él y el calor interno de Cecilia creció tan intensamente que dejó de abanicarse y se sirvió un vaso de limonada.

Un trago largo y poco femenino le informó demasiado tarde que la bebida contenía vino. Pronto dejó el vaso y, anticipando un terrible dolor de cabeza, recuperó la píldora de cocaína de su cartera. La tragó sin vacilar, sorbiendo la bebida alcohólica para hacerla bajar. Luego se giró hacia el capitán Lightbourne con una mirada severa.

Parecía estar de pie al lado de los espectros de *signor* de Luca y Teddy Luxe, pero cuando ella pestañeó, se volvió una sola figura, aunque ligeramente borrosa.

—Si bien estoy encantada de conocerlo, doctor —dijo ella fría—, me considero lo suficientemente instruida sin necesidad de ningún servicio que usted pueda proporcionarme. Gracias y que tenga unas felices Pascuas. Quise decir, buenas noches. ¿Dónde puse mi abanico? —Lo buscó inútilmente en su cartera, sobre la mesa y en el suelo.

—Baila conmigo —susurró Ned, recorriendo con su dedo enguantado la piel desnuda de la espalda alta de ella.

Ella se encogió de hombros.

—La música dejó de sonar.

—Va a comenzar de nuevo. He hecho un pedido especial a la orquesta.

Cogió el abanico de ella y lo arrojó por encima de su hombro, donde cayó con un gran despliegue de rosas. Luego extendió una mano y los buenos modales de Cecilia (o la ebriedad) hicieron que la tomara antes de que supiera lo que estaba haciendo. Casi de inmediato trató de soltarse, pero él la tenía agarrada y no pensaba dejaría ir.

—Muy bien —se resignó ella—. Un baile. Pero esto es muy impertinente por su parte, capitán Lightbourne. Ya nos habíamos despedido.

—Tú dijiste «adiós» —le replicó mientras la conducía hacia la pista de baile. Detrás de ellos,

las rosas explotaron en una lluvia de humo y pétalos, haciendo que los presentes gritaran y suspiraran horrorizados.

—Yo dije «*alla prossima*». En italiano quiere decir «hasta la próxima».

—Bueno, si vas a hablar italiano conmigo, ¿qué esperanza tengo?

Él sonrió y, cogiendo suavemente la mano de ella, la hizo girar hacia él. La agarró de la cintura con su mano libre y movió su otra mano de modo que sus palmas enguantadas estuvieran juntas.

—Ninguna esperanza, *Miss* Bassingthwaite —dijo alegre y, mientras la música inundaba de nuevo la sala, la acercó más todavía hacia él.

—¡Un vals! —gritó ella ahogada—. Es demasiado decadente.

—Quizás hace setenta años. Y no eres tan mayor, querida mía —agregó mirando con admiración el escote de ella. Movió su pie izquierdo hacia adelante y Cecilia movió su pie derecho hacia atrás en defensa propia. Antes de que se diera cuenta, estaban deslizándose por la sala.

—Eres un sinvergüenza —le susurró furiosa.

—Sí —convino él—. Estoy pensando en fundar una Sociedad de Caballeros Sinvergüenzas.

—Llegas un milenio tarde. Ya existe y se denomina «patriarcado».

Él se rio.

—*Touché*. Por desgracia, nunca te superaré en el arte de la conversación, ¿no es cierto?

—No.

—Aunque te he dejado sin palabras varias veces hasta ahora y eso es mucho más satisfactorio.

Ella lo miró aterrada.

—Y veo que lo he conseguido una vez más. Sí, de verdad, muy satisfactorio. —Sonrió ampliamente mientras levantaba las manos de ambos y ella daba un giro bajo su brazo y regresaba hacia él. Volvió a colocar su mano alrededor de la cintura, y ella trató de no estremecerse. Invocando a su juicio, le pidió un comentario apropiadamente mordaz…

Pero su juicio se había vestido de tul rosado resplandeciente y bailaba con los ojos cerrados, el rostro mirando hacia los candelabros centelleantes e ignorándola felizmente. Cecilia enmudeció (y se mareó un poco).

Ned era un bailarín magnífico. Flexible y confiado, la sostenía con una firmeza que la hacía sentir delicada en sus brazos. Pero ella no era delicada, se recordó a sí misma. Podía matarlo, si quisiera, en un abrir y cerrar de ojos.

Y, sin embargo, la limonada intoxicante, o la intoxicante magnificencia de la ocasión, la convencieron por una vez para desistir, dejarse llevar, rendirse a este momento de ensueño con el hombre atractivo, seductor y totalmente peligroso que bailaba con ella. Cerró los ojos y se unió a la felicidad que experimentaba su juicio, bailando esa noche hacia la libertad.

—Ahora que estás callada —murmuró Ned—, debo hacerte una confesión.

—No, no hables —susurró ella—. Lo arruinarás todo.

Él la inclinó mientras bailaban y, cuando ella recuperó la verticalidad con la mente llena de estrellas, él suspiró.

—Me temo que debo hacerlo. Discúlpame, Cecilia, pero he robado a Pleasance.

Ella abrió los ojos y el sueño se desvaneció.

—¿Cómo?

—He robado a Pleasance —repitió él—. Ya sabes, la joven criada, la baronesa vampírica muerta, y sospecho que algún que otro fantasma secundario también. Pensé que me daría algo de trabajo, pero resultó que solo tuve que mencionar que soy amigo de Robert Louis Stevenson y ella cayó inmediatamente en mi argucia.

—¿Qué argucia? —preguntó Cecilia y él levantó las manos de ambos. Ella giró un poco demasiado rápido, sus faldas ondeando y sus sentidos trastabillándose.

—Voy a matarte —le advirtió en cuanto se recuperó.

—Espero que lo hagas despacio —dijo él, sonriendo de un modo tan cálido que todas las palabras en su garganta quemaban y ella solo pudo dar un grito ahogado de indignación—. ¿Utilizarás ese cuchillo escondido en el liguero al calor de tu muslo? ¿O lo harás directamente con las manos?

—Te voy a desmembrar —dijo ella deliberadamente, y él hizo una mueca de dolor.

—Puede que te resulte difícil —respondió él.

—Estoy segura de que solo notarás un pequeño pellizco.

—Seductora.

—Libertino.

Pasaron bailando junto al príncipe Wilhelm y la reina de Hawái, quienes danzaban el vals con pesadez, y les hicieron un gesto de reconocimiento con la cabeza.

—Renegado —continuó Cecilia, siseando las palabras a través de su sonrisa—. Derrochador.

—Sí, sí, lo sé —respondió Ned—. Truhán, vividor, etcétera. Pero regresando a nuestro asunto. Robé a Pleasance y ella robó un edificio, y juntos vamos a robarte a ti.

—¿Qué edificio?

—Ya verás.

Bailó con ella más allá de la multitud, entre las sombras de los helechos. Sus pasos se ralentizaron y su mano la empujó con suavidad más cerca hasta que ella pudo sentir los latidos de su corazón a través de sus huesos. Él no reía ahora. El encanto, la alegría placentera y fácil, habían desaparecido. La franqueza y la nostalgia vulnerable oscurecieron sus ojos.

—Te amo, Cecilia Bassingthwaite —dijo él—. Por favor, cásate conmigo. Por favor, di que sí.

—Oh. —Ella lo pisó, pero ninguno de los dos lo notó.

—Yo… pero mi ti…

—Y esa es la razón por la cual te estoy secuestrando. Pleasance está de acuerdo. Es como si te hubieras enjaulado en el deber y la culpa. No vas a liberarte por ti misma.

—No puedo. —Había dejado a su madre y su madre había muerto. Además, la tía Darlington estaba tan mayor ahora, tan frágil…

¡Crash!

De acuerdo, así que la tía Darlington acababa de chocar contra una silla en su exuberante danza con el pobre príncipe Edward, a quien estaba a punto de llevar a la extenuación, pero eso no venía al caso.

—No tienes que dejarla —dijo Ned—. Solo tienes que dejarme que te lleve conmigo.

Ella miró sus hermosos y solemnes ojos, y sus sentidos contuvieron la respiración; las manos sobre sus corazones, que latían rápido, los ojos abiertos de par en par mientras esperaban recibir órdenes. Pero no los necesitaba para dar una respuesta. Abriendo la boca, dijo…

—Disculpen. —Se escuchó la voz del capitán Morvath detrás de ella—. ¿Puedo interrumpir?
Y ella sintió una daga larga y afilada en la garganta.



25

NO HAY ZOMBIES. TE LO ASEGURO – LAS SEMILLAS DE LA POESÍA – EL MAL MOMENTO HACE DEL VILLANO UN IDIOTA – UN NOMBRE DEL PASADO – LAS CONSECUENCIAS DE NO EDUCAR A LAS MUJERES – UN PLAN DIABÓLICO – EL PESO DE LA CORONA – CECILIA PONE EN PELIGRO SU REPUTACIÓN – LA HORA DE CENICIENTA

En la lucha por la supervivencia, los más aptos ganan a expensas de sus rivales porque guardan un paracaídas en el cobertizo del jardín y lo utilizan en el momento oportuno para evitar estrellarse. Por ende, Patrick Morvath fue capaz de eludir la extinción y, después de un breve desvío para visitar a un sastre de Londres, llegó al banquete del jubileo para vengarse de la reina Victoria (y posiblemente leer en voz alta su poema más reciente a los miembros de la realeza allí reunidos, dado que un público tan exigente seguro que apreciaría su genio, especialmente si se subía encima del cadáver de la reina de Inglaterra mientras recitaba).

Pero cuando llegó al Palacio de Buckingham y vio a Jemima Darlington entre la multitud, su plan voló por los aires en blancas llamas candentes. La había apuñalado con todo el dolor y la furia que albergaba en su interior y, sin embargo, allí estaba ella, ¡bailando!

¡¡Sonriendo en brazos de algún petimetre con un bigote ridículo!! ¡¡¡Era como si solo la

hubiera rozado!!!

Un grito salió de su alma, pero lo contuvo, dado que un gemido cargado con toda la soledad y vergüenza de un niño pequeño no era apropiado para un baile real. Se desfogaría con su escritura más tarde, se dijo a sí mismo, lacerando página tras página con la poesía de su psique herida. Por ende, a la manera de todos los genios creativos, extraería una gran verdad artística de esta tragedia…

«Desmadre» haría una excelente rima con «madre».

Comenzó a dirigirse hacia Jemima Darlington (teniendo que zigzaguear porque bailaba muy rápido), pero se detuvo cuando vio a Cecilia con ese traidor de Lightbourne. Bajo la luz cristalina, su cabello era dorado y se parecía a Cilla más que nunca. El corazón de Morvath se contrajo. De repente un nuevo plan enfrió su mente. Una forma de matar a dos pájaros de un tiro.

Jemima Darlington vería morir a Cecilia antes de morirse.

Sonrió y pasó la lengua por los labios anticipando el placer.

A pesar de la aglomeración en el salón de baile, pensó que le costaría coger a su presa desprevenida, pero al final resultó absurdamente fácil. Cecilia y Lightbourne estaban tan ensimismados el uno con el otro que ni siquiera notaron cuando se les acercó.

—Disculpen —dijo—. ¿Puedo interrumpir?

Y agarró a Cecilia poniéndole una daga en la garganta.



Morvath alejó a Cecilia de los brazos de Ned antes de que cualquiera de los dos pudiera comprender la situación del todo. Al dar un paso atrás, chocó contra la maceta de un enorme helecho, que se cayó estruendosamente al suelo. Se apartó arrastrando a Cecilia con él y los bailarines gritaron mientras se apresuraban a alejarse del escándalo. Ned desenfundó su arma, pero no podía dispararle sin poner en peligro a Cecilia, y Morvath se rio de él.

—¡Niño tonto! —se burló.

Ned frunció el ceño y colocó la mano en el oído como para escucharlo mejor:

—¿Qué? La música está muy fuerte. ¿Puedes repetir eso?

Morvath gruñó.

—¡Niño tonto! —gritó—. Te voy a cortar las extremidades, arrastrar a un pozo de serpientes venenosas y arrojarte al fondo.

La música se detuvo de golpe y «al fondo» resonó a través del repentino silencio.

—Esa boca —siseó una mujer anónima, y el rostro de Morvath se incendió.

—¡Cállese! —gritó él—. ¡Cierre la maldita boca! He escuchado suficiente de las mujeres como para tener para toda una vida. ¡Las voy a silenciar a todas!

—¿Quién es este tipo engreído? —preguntó el príncipe Wilhelm—. ¿Qué se piensa que está haciendo, invadiendo nuestro banquete y arruinando la paz de esa forma tan beligerante? ¿Qué tipo de hombre hace eso?

—Es solo Patrick Morvath —gritó la sabuesa Bess—. Un poeta inédito.

—Les dije que se callaran —rugió Morvath con tal ímpetu que Cecilia hizo una mueca de dolor—. Ningún artista es verdaderamente apreciado durante su vida. Y una sola palabra más de cualquier mujer y le cortaré el cuello a Cecilia delante de todos ustedes.

—No debería matar a su propia hija —dijo Ned lacónico. Sostenía su arma con ambas manos, apuntando entre los ojos de Morvath. Sus propios ojos estaban centrados firmemente en el capitán; no se atrevía a mirar a Cecilia

—¿Cómo sé que es mi hija? —replicó Morvath—. Puede que Cilla me pusiera los cuernos. Dios sabe que las mujeres son bestias infieles y volubles. Miren a mi propia madre. Jemima Darlington —bramó—. Da un paso al frente y así te presento como la mujerzuela que eres.

Un grito ahogado surgió entre la multitud.

—Lo que digo, buen hombre —declaró el príncipe Edward—, es que, si es su madre, no puede hablar así de ella.

—¿Qué sabrá usted de eso? —replicó Morvath.

—Mi madre es la reina —respondió el príncipe Edward. Hizo una pausa mientras la gente llegaba a su propia conclusión acerca de esa declaración—. Discúlpese con la dama de inmediato.

—¡Nunca! Ella es la que debería disculparse conmigo. Su comportamiento lascivo, inmoral…

—Silencio —rugió una voz masculina furiosa. Todos miraron fijamente, boquiabiertos, mientras un hombre grande con ropas polvorientas y un brazo vendado se abría camino entre la multitud para colocarse cerca de *Miss* Darlington. Tenía el rostro blanco, pero sus ojos ardían con un oscuro fuego de pasión. *Miss* Darlington lo miró con asombro, y él le devolvió la mirada con severidad, como si estuviera dispuesto a cobrar su deuda y ni siquiera un banquete real se lo fuera a impedir—. ¡Otra palabra acerca de esta magnífica dama y lo mataré, señor!

—¿Jaggersen? —dijo Morvath incrédulo.

—¡Jacobsen! ¡Jacobsen! —El hombre con el nombre equivocado dio un pisotón al suelo de pura frustración—. Jake Jacobsen de Coventry, hijo de Joe Jacobsen, oficial de la guardia real de Su Majestad.

—Encantado de conocerlo —dijo un chistoso en la multitud.

—Oh, Jake Jacobsen —dijo *Miss* Darlington inesperadamente—. Ahora te recuerdo.

Él llevó se una mano al corazón.

—Nunca la he olvidado, señora.

—El cabello me confundió. Solía ser pelirrojo, ¿no es cierto?

—Hace bastante tiempo —dijo él pasando la mano con timidez por sus rulos grises.

—¡No! —gritó Morvath.

Miss Darlington se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Si la sociedad quería que llevara un registro de mis amantes ilícitos, deberían haberme educado mejor.

—¡Pero si es un don nadie! —se encolerizó Morvath—. Tan solo un tonto pelirrojo seguramente criado en una granja.

—En una granja porcina —acordó Jacobsen.

Morvath arrastró a Cecilia dos pasos, presionando la daga tan fuerte contra su garganta que ella pudo sentir su pulso latiendo con urgencia contra el filo. Trató de pensar en cómo podría liberarse de él, desarmarlo, pero el vino y la cocaína estaban arremolinándose densamente en su cuerpo, haciéndola sentir como si en cualquier momento pudiera caer rendida en los brazos de su

padre. Miró a Ned, a su boca seria que solía sonreír, los ojos fríos que la habían ablandado tantas veces. Trató de fijar su visión en el cerebro de modo que, cuando Morvath la matara, ella pudiera llevarse su propio cielo secreto más allá de la tumba. En algún lugar allí afuera estaba de pie la tía Darlington, pero Cecilia ya la había guardado en su corazón. Era Ned a quien ella quería en sus últimos momentos. Ned como un misterio, una llamarada de magia, un horizonte.

—Tú —gritó Morvath, haciendo que sus pensamientos se desvanecieran—. El rey de Portugal se señaló el pecho y dijo horrorizado:

—¿Yo?

—Sí, tú. Encuentra algo para atar las manos y amordazar a las mujeres piratas que puedo ver en la multitud.

—¿Por qué? —preguntó Olivia, los pies en alto, las manos sobre la cadera—. ¿Cuál es tu plan?

—Sí, revélanoslo —le apremió la sabuesa Bess.

Morvath se puso morado de ira.

—¡No se burlarán de mí! —Inspiró largo y profundo tratando de calmarse. Mientras exhalaba, comenzó a entonar el encantamiento pirata de vuelo. El castillo se sacudió; la gente gritó, agarrándose los unos a los otros mientras se tropezaban; algunos se cayeron de bruces.

—No sea estúpido —le advirtió Ned—. Usted no tiene la fuerza para volar un castillo como este solo, especialmente sin un timón.

—No necesito un timón para elevarlo y luego dejarlo caer —replicó Morvath.

—Pero, entonces, usted morirá también.

—Ja. No soy tan estúpido como usted, Lightbourne. Siempre tengo un edificio a mano. Cecilia y yo nos vamos al techo, donde un cobertizo para herramientas espera mi huida. Si alguien trata de seguirme, tendrá que pasar por encima de su cadáver.

—Bueno, eso es un plan bastante razonable —dijo *Miss* Fairweather a la sabuesa Bess, quien asintió.

—No lo haga —dijo Ned.

—¡Cállate… niño… niño… niño de mamá! —respondió Morvath con cara de desprecio.

Ned puso los ojos en blanco.

—No estaba hablándole a usted.

—¿Qué…?

Morvath miró hacia atrás, pero era demasiado tarde. Con un grito inarticulado, se desmoronó y yació inerte en el suelo.

La reina Victoria levantó la corona de esmeraldas con la que había aporreado al villano en la cabeza.

—Les dije que estas coronas eran pesadas —dijo, entregándosela a una dama de compañía.

Una exhalación de alivio atravesó a la multitud. Alex O'Riley sostenía el arma que había estado apuntando en silencio hacia Morvath. Varias damas piratas se dieron la vuelta, se encogieron de hombros y luego miraron a su alrededor en busca de otro trago. Ned dio un paso al frente y cogió a Cecilia en sus brazos, pero ella luchó por liberarse.

—Señor —le susurró ella—. No sobre el cadáver de mi padre.

—No creo que esté muerto —la tranquilizó Ned—. Puedo escucharlo gemir. Ese fue siempre el problema de Morvath: nunca supo cuándo callarse.

—¡Pero mi reputación!

—Cecilia, tu padre ha tratado de asesinar a la realeza de varios países. Creo que tu reputación ya está perdida por completo. —Se alejó, con las manos colocadas en cada lado de la cabeza de ella, la empuñadura del arma apretada contra su oreja—. Mi amor —dijo y la besó.

La multitud reunida gorjeó y silbó de un modo nada propio a la realeza.

Cecilia trató de alejarlo, pero su juicio esta vez se apoderó de sus nervios y la forzó a hundirse contra el cuerpo de él. Él la sostuvo cerca y, sin embargo, ella sintió como si estuviera volando hacia un horizonte salvaje. Finalmente, la soltó y ella se trastabilló hacia atrás, confundida por la gravedad.

—Ahora tendrá que casarse con él —dijo la reina Victoria con un chasquido. Luego hizo un gesto mirando hacia abajo donde estaba el cuerpo inconsciente de Morvath.

—¡Qué tipo tan repulsivo! Y su chaqueta es demasiado larga. Que alguien limpie este desorden.

Dos guardias con uniforme rojo se apresuraron a arrastrar a Morvath fuera de la sala de baile. Las damas se hicieron a un lado, subiéndose las faldas contra las piernas para que no las mancillara mientras se lo llevaban a rastras. Los caballeros murmuraron a quienquiera que escuchara que, por supuesto, podrían haber atacado al malvado y abortado su nefasto plan, si tan solo hubieran estado lo suficientemente cerca… llevando sus espadas… si no hubieran estado protegiendo a la dama que tenían al lado… si no sufrieran una terrible enfermedad sin nombre que ralentizaba sus movimientos. Cuando el cuerpo pasó junto a Petunia Dole, el pie de esta sufrió un inesperado espasmo y lo pateó en la cabeza. Olivia Etterly estaba tan asombrada que se tropezó y solo al pisar pesadamente la entrepierna de él pudo restablecer el equilibrio.

Morvath fue llevado desde el palacio hacia la custodia de la policía. (Acusado de perturbar la paz, intento de asesinato y enojar a la reina en su día especial, fue enviado en barco a Afganistán, donde lo pusieron a trabajar en una mina de cobre. Pero se escapó, desarrolló una adicción por el opio y deambuló por las montañas del sur recitando poesía épica acerca de la amapola —*que rima con granola*— hasta que, en cierto punto, murió a manos de una futura novia y su comadreja).

Cecilia terminó recuperando la compostura y su resolución interior.

—Lo siento —le dijo a Ned mientras se estiraba el vestido—. Te agradezco la generosa oferta y, bueno, la amable expresión de tu ardor, pero no puedo casarme contigo, capitán, a pesar de lo que me dicta el corazón. Tal como discutimos antes, estoy ligada por el deber a mi tía.

—*Miss* Darlington —dijo la reina.

—Sí. ¿Qué sucede? —*Miss* Darlington dejó de sonreírle por un momento a Jacobsen, sus ojos pestañeaban, su expresión trataba de volverse seria—. ¿Alguien quiere algo de mí?

La multitud rio. Ned enfundó la pistola en la parte trasera de su cinturón y sonrió ante el rostro sonrojado de Cecilia hasta que ella suspiró.

—No es divertido —dijo ella—. Estoy tratando de hacer lo correcto.

—Oh, ¡cielo santo! —*Miss* Darlington levantó las manos, impaciente. (El anillo de perlas de la condesa Fedora se deslizó de su guante y rodó por el suelo)—. Esto ha ido demasiado lejos. ¿Acaso no te eduqué para que seas una bandida como Dios manda, Cecilia? ¿Acaso no has sido educada en las formas correctas de la piratería femenina? ¿Por qué estás siquiera *pensando* en tratar de hacer lo correcto?

Cecilia parpadeó, confundida.

—Yo, eh…

—Huye con el muchacho. Abandona tus deberes. Vive en el pecado. O si no, tu mal nombre será completamente redimido.

—Pero… —comenzó a decir Cecilia.

—Mientras prometas tomar tu tónico diario, usar una bufanda en todos los climas y no ir tras la fortuna de Bevelrede a la que le tengo echado el ojo…

—¿Qué? —gritó el conde de Bevelrede entre la multitud.

—… te daré mi bendición para que huyas con él. Pero, por supuesto, depende de ti.

Cecilia frunció el ceño. ¿Qué haría una heroína en ese momento? ¿Cómo podría adaptarse a este desarrollo de los acontecimientos?

—Por otro lado —dijo Olivia de repente y Cecilia se giró hacia ella—, si te quedas, tenemos un asiento para ti en nuestra mesa para piratas sénior. Casi todas están de acuerdo. Has probado ser una buena muchacha y confiamos en que obedecerás nuestras leyes. ¡Felicidades!

Cecilia parpadeó, balanceándose ligeramente por el asombro. Diez años de sueños se agolparon en su garganta e inspiró para responder.

—¡Esperen!

La reina había hablado. Todos se dieron vuelta para mirarla con anticipado silencio. Tenía la mano levantada y la cabeza algo inclinada como si escuchara.

—Será medianoche en un minuto —dijo—. Ahora es su momento mágico, *Miss* Bassingthwaite. La decisión es suya. ¿Huirá y será una mujer salvaje o se quedará y bailará con un príncipe? Aquí tenemos varios para que usted elija.

Cecilia miró a *Miss* Darlington. La vieja dama frunció el ceño y Cecilia sintió que el corazón le saltaba de amor y gratitud.

—*Hiawatha*… —trató de decir, pero *Miss* Darlington sacudió la mano con desdén.

—Me estaba aburriendo horriblemente. Estos estadounidenses no tienen idea de cómo ser unos aventureros intrépidos. Recuerdo que *Mr*. Jacobsen solía leerme en voz alta las obras de Byron.

La reina Victoria y varias damas suspiraron con anhelo soñador.

—Te las leeré de nuevo cada día, mi querida Jemima —declaró Jacobsen—. Y colocarás tus pies sobre mis manos cada noche.

—¡Qué romántico! —murmuraron las damas de la multitud.

—¿Es eso una metáfora? —preguntó un caballero de la multitud.

Ned se inclinó para susurrarle a Cecilia.

—Parece que has sido despedida.

Cecilia frunció el ceño.

—Podría elegir el asiento en la mesa sénior.

—Es una posibilidad —acordó él.

—Podría robar mi casa y vivir sola.

—Podrías.

—Ser independiente.

—Sí.

—Leer lo que quiera sin tener que comentarlo con nadie.

—Eso es verdad.

De repente, el reloj marcó la medianoche. Sus tonos estentóreos reverberaron a través del expectante silencio de la sala de baile. Cecilia inspiró profundamente. Ned inspiró profundamente, mirándola. *Miss* Darlington bostezó.

Y luego Cecilia sonrió ampliamente. La decisión no era tan dura después de todo, en su interior se había desatado la magia sin límites del amor. Hizo una reverencia a su tía, asintió enérgicamente hacia la reina, se levantó la falda y le devolvió a Ned una mirada imperiosa.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Vienes o no?

Y con eso salió del salón de baile.

Ned miró a la reina Victoria, haciendo una mueca con la boca en señal de disculpa. Ella sacudió la mano. Detrás de ella, y robando un brazalete de perlas de la muñeca de la princesa Louise, Alex le lanzó una sonrisa sardónica, luego asintió para indicarle a Ned que debía darse prisa e ir tras Cecilia, considerando que ella ya estaba prácticamente fuera de la sala. Ned no corrió, pero casi…

Justo antes de llegar a la puerta, Cecilia se dio la vuelta.

—Dijiste que casi todas —le preguntó a Olivia—. ¿Quién estuvo en desacuerdo?

—Dos miembros —dijo Olivia—. *Lady* Armitage envió un voto por correo. Y…

—Y yo dije que no —interrumpió *Miss* Darlington. Le dio a Cecilia una larga y poderosa mirada—. Vuela libre, querida mía.

Lágrimas repentinas brotaron de los ojos de Cecilia.

—¡Oh! —suspiró ella, sobrecogida por la emoción—. Te amo, tita. —Sí, sí. Te quiero de vuelta el miércoles, sabes que no puedo hacer los crucigramas del *Times* sin tu ayuda.

Cecilia se rio.

—Te veré entonces.

Y colocando su mano en la de Ned, abandonó el salón de baile.

—¿Eso es todo? —preguntó la reina con una mirada centelleante dirigiéndose a la multitud —. ¿Alguien más quiere intentar un asesinato en masa o escapar con un pirata libertino? ¿No? Entonces, ¿podemos regresar a celebrar mi persona?

La multitud hizo una reverencia.

—Su Majestad —murmuraron todos con satisfacción.

Y la orquesta comenzó a tocar.



26

LA LIBERACIÓN DE UNA MUJER – BAJO UNA LUNA DOLORIDA – LIBRESCO – CECILIA SE CONVIERTE EN UNA MUJER CAÍDA – DESNUDA – GENERIFICACIÓN – REGRESO A CASA

Y así Cecilia se abrió camino. A saber, cogiendo la mano de Ned y aconsejada por los ujieres acerca de cómo salir del castillo, y seguida por los guardias que parecían pensar que quizás robaría los tesoros reales si le quitaban el ojo de encima, aunque fuera por un momento; pero era independiente de corazón, que era lo que de verdad importaba. Salieron a la luz de la luna.

No era que la luz de la luna se distinguiera mucho, teniendo en cuenta todas las lámparas de gas que resplandecían en el patio y las luces que brillaban a través de las ventanas del palacio; pero Cecilia podía sentir la luna allí arriba en algún lugar. Brillaba como la sonrisa torcida de Cilla Bassingthwaite, la reina pirata perdida, enviándole los mejores deseos que salpicaban el cielo y que relucían suavemente en la memoria de Cecilia. Nunca había tenido que mirar para sentir la luz de su madre.

—¿Piensas que Cilla me aprobaría? —preguntó Ned como si supiera lo que ella estaba pensando.

—Yo te apruebo —respondió ella—. Eso es lo único que importa.

Él sonrió y ella lo miró a él en lugar de al alto y brillante horizonte. La elegancia formal de

Ned se había arrugado un poco en los extremos y el brillo irónico y presumido de sus ojos había regresado. Ella pensó en el arma que él había enfundado en su cintura y se le calentó la sangre. De repente lo quería sin esa chaqueta tan elegante y dentro de un armario para escobas.

—Bueno —dijo él—. Espero que apruebes esto también.

Ella siguió el gesto de su mano y sus ojos se abrieron de par en par mientras un edificio se posaba en la tierra ante ella. Escuchó los pasos de guardias corriendo, vio con el rabillo del ojo a Ned tranquilizándolos con un gesto. Sin embargo, ella no podía quitar los ojos del edificio.

—¿Te gusta? —preguntó Ned.

—Mmm —respondió Cecilia elocuentemente.

—Es un regalo. —Le apretó la mano con suavidad y ella respondió devolviéndole el gesto, probando la estabilidad de él, asegurándose de que podía reducirlo en cualquier momento si era necesario, antes de relajarse y dejarle que estuviera a su lado como compañero.

La casa que le había traído era una casita de campo de piedra marrón con un techo empinado y ventanas con marcos blancos que brillaban gracias a la luz de las lámparas encendidas en la oscuridad. Las rosas trepaban por su fachada, enmarcando una puerta pirata de color rojo. El humo flotaba como una fragancia de la chimenea. Mirando la ventana de la fachada sobre el techo, Cecilia vio a Pleasance correr una cortina de encaje blanca para saludarla desde allí. Aturdida, no le devolvió el saludo. En cambio, bajó la mirada hacia la puerta de entrada. Dirigiéndose hacia allí, llevando a Ned con ella, leyó la placa en el dintel:

—Biblioteca Comunitaria Pucklechurch. ¡No!

Ned sonrió.

—Sí.

Ella se giró para mirarlo fijamente.

—¿Robaste una biblioteca?

—Bueno. Hice algunos arreglos, pero Pleasance hizo el trabajo. Tan pronto como te fuiste al banquete hoy por la noche, ella voló a Gloucestershire en un cobertizo y regresó a máxima velocidad para llegar a tiempo.

—¿Pleasance hizo eso por mí? —Cecilia estaba profundamente conmovida. Y excitada al pensar en su primer robo a la tía Darlington: le había robado la criada—. Pero ¿Pucklechurch no exigirá justicia?

—Me imagino que estarán más que felices de que les hayamos quitado el edificio de las manos. Querían expandir su cementerio para acomodar a todos los turistas que van allí a hacer pícnic, de modo que esta biblioteca estaba a punto de ser demolida y los libros iban a venderse o quemarse.

Cecilia dio un grito ahogado.

—Hay veinte mil libros, aproximadamente. Solía ser una casa privada y tiene una cocina y un baño, pero necesitaremos renovar y adquirir algo de mobiliario y municiones para convertirla en un hogar. Espero que no te importe.

—¿Importarme? —Los ojos de ella se encendieron—. Piensa en cómo nos divertiremos comprando sillones y armas y lámparas.

—¿*Robándolos* querrás decir?

Ella levantó el mentón regiamente, y Ned tuvo una premonición de lo que sería el resto de su vida con ella.

—Adquiriéndolos con discreción —declaró ella.

—Allanamientos de moradas —replicó él.

—Haciendo visitas sin molestar a los residentes.

Él se rio. Pero cuando ella lo miró con sus hermosos ojos luminosos, su risa desapareció. Su sonrisa se volvió profunda, pesada. Ella se acercó, tocándose el corazón y él sintió cómo sus miles de defensas contra encanto, astucia y descuido se le desmoronaban ante la amabilidad de ella, dejándolo por fin, frente a frente, con la pura verdad. La amaba. La necesitaba.

Levantó una mano y la depositó con cuidado sobre la mejilla de ella. Ella era cálida, suave, no como una princesa de mármol o una pirata feroz, simplemente Cecilia, abriendo su silencio para él. Habría llorado entonces, debido a la confianza que ella le daba, a la vulnerabilidad en sus ojos de color invierno.

De repente la puerta de la biblioteca se abrió, alterando su paz íntima. Se giraron con las manos instintivamente buscando las armas y Pleasance les lanzó una amplia sonrisa.

—Bienvenida a casa, señorita —dijo haciendo una reverencia.

Cecilia se dirigió hacia ella para darle una tímida palmada en el brazo.

—Gracias, querida. ¿Te encuentras bien después de este trayecto apresurado?

Y es que los rulos de Pleasance estaban más erizados que de costumbre y sus ojos brillaban como si hubiera rasgado el borde del cielo para llegar a Pucklechurch y regresar a tiempo.

—Me siento un poco tísica, señorita —respondió Pleasance alegre—. Pero así es la vida. Una sombra cuelga sobre todos nosotros, reclamando nuestras almas incluso desde el momento del nacimiento, y todo lo que podemos hacer es rendirnos o sucumbir a los gritos de locura. Por favor, entre.

Dejó la puerta entreabierta. Cecilia iba a dar un paso hacia adelante cuando Ned la cogió de la mano. Antes de que ella pudiera oponerse, él la alzó en sus brazos y procedió a llevarla a través del umbral.

Luego retrocedió y giró hacia un lado para que el vestido de baile no bloqueara la entrada.

Y luego empujó un poco.

Pero se tropezó con la larga falda ondulante, con lo cual ambos cayeron al suelo embaldosado del vestíbulo.

—¡Cielo santo! —dijo Pleasance—. Es de mala suerte caerse cuando se entra por primera vez en una casa. Molesta a los fantasmas. —Sonaba muy emocionada ante esa posibilidad.

—No es mala suerte, tan solo las malditas modas ridículas de las mujeres —murmuró Ned. Se puso de pie, quitándose un hilo de su impecable chaqueta y acomodándose la pajarita.

—O las costumbres irracionales de los hombres —replicó Cecilia. Ned le extendió la mano y ella la cogió mientras la miraba—. La etiqueta requiere que un caballero se quite el guante antes de ayudar a una dama a levantarse del suelo al que tan imprudentemente la arrojó.

—Le pido disculpas, señora. —Cogió el borde de su guante y lo deslizó sobre la mano, revelando la piel que había debajo. Nunca dejó de mirar sus ojos, lo que Cecilia consideró afortunado porque quería decir que no la estaría viendo tragar saliva con dificultad.

—Bueno, mmm, debería irme —tartamudeó Pleasance y, sin embargo, permaneció en la sala con ojos abiertos de par en par ante la escena que se desarrollaba frente a ella.

Una vez se hubo quitado el guante y con los dedos al desnudo, Ned ofreció su mano de nuevo. Cecilia se sonrojó mientras la tomaba. Él agarró los dedos enguantados de ella y la ayudó

a ponerse de pie. Ella se balanceó un poco, pero él la sostuvo firme, tocándole solo la mano, haciéndole sentir que de alguna manera la estaba tocando en todas partes. Sus miradas se enzarzaron en una contemplación muy indecente.

—Entonces, ¿está feliz, señorita? —interrumpió Pleasance, saltando un poco, haciendo que Ned sonriera forzadamente y que Cecilia casi lo hiciera tontamente—. ¿Le gusta su nueva casa?

—Sí —dijo Cecilia—. Es muy agradable.

Pleasance giró su rostro brillante y enrojecido hacia Ned.

—Este es un gran elogio de la señorita, señor. Ha hecho bien.

—No podría haberlo logrado sin ti, Pleasance querida —respondió él de forma encantadora.

—Era lo menos que podía hacer por *Miss* Bassingthwaite. Ella es nuestra heroína.

—Yo no diría eso —murmuró Cecilia.

—Pero rescató a la Sociedad de Northangerland Abbey, señorita.

—De hecho, ellas se rescataron a sí mismas.

—Usted disparó las armas Darlington para hacer que la abadía se volviera inestable para volar.

—Pero fue Jane Fairweather quien encontró las casas en el jardín —corrigió Cecilia con esmerado cuidado—. Sin ella, no podríamos haber ido a ninguna parte.

—Usted derrotó a sus esbirros.

—Esas fueron las tropas reales, a las que Constantinopla alertó.

—Pero usted le disparó al capitán Morvath.

—En realidad, se estrelló contra la ladera de una colina. Y luego reapareció hoy en el banquete.

—¡Cielo santo! —Pleasance dio un grito ahogado.

—Está bien —la tranquilizó Ned—. Morvath hizo prisionera a Cecilia, pero…

—¿Pero ella se vengó contra él por el trágico asesinato de su madre? —sugirió Pleasance, señalando un retrato de Cilla que antes estaba colgado en la habitación de Cecilia, pero ahora presidía el vestíbulo de entrada.

Ned sacudió la cabeza.

—¿Lo enredó con su astucia habitual?

Ned hizo una mueca.

—La reina lo golpeó en la cabeza con su tiara —explicó Cecilia—. Me temo que no hice nada como para contribuir a la acción.

—Elegiste venir conmigo —le recordó Ned.

—Entonces, ¿esto es simplemente una historia de amor? —Frunció el ceño en desaprobación —. Esperaba que fuera una aventura épica o un misterio gótico por lo menos.

Ned rio.

—No te preocupes, Darlington. La historia acaba de comenzar.

Cecilia sonrió ampliamente y lo tomó de la mano, y si Pleasance estaba mirando o se había escabullido con discreción, no lo notó. Cecilia se acercó para besarlo.

El edificio se elevó, o quizás fue solo su corazón.

—Te amo —le susurró.

—Por supuesto —le respondió él maliciosamente.

Y juntos caminaron hacia la biblioteca.





INDIA HOLTON vive en Nueva Zelanda, donde disfruta de un estilo de vida tranquilo: deambula por los bosques y pasea descalza por las playas. Ahora vive en una cabaña cerca del mar, escribe libros sobre mujeres poco convencionales y pícaros encantadores, y bebe demasiado té.